

Alberto Fausto
Ojhmron
La Belleza de lo Oscuro

Ojhmron. La Belleza de lo Oscuro

Corrección ortotipográfica: Pilar G.
Diseño e ilustración de portada: María Salcines
Ilustraciones interiores, mapa y *packaging*: Miguel Vararte
Kindle Direct Publishing
Paperback Edition Noviembre de 2023



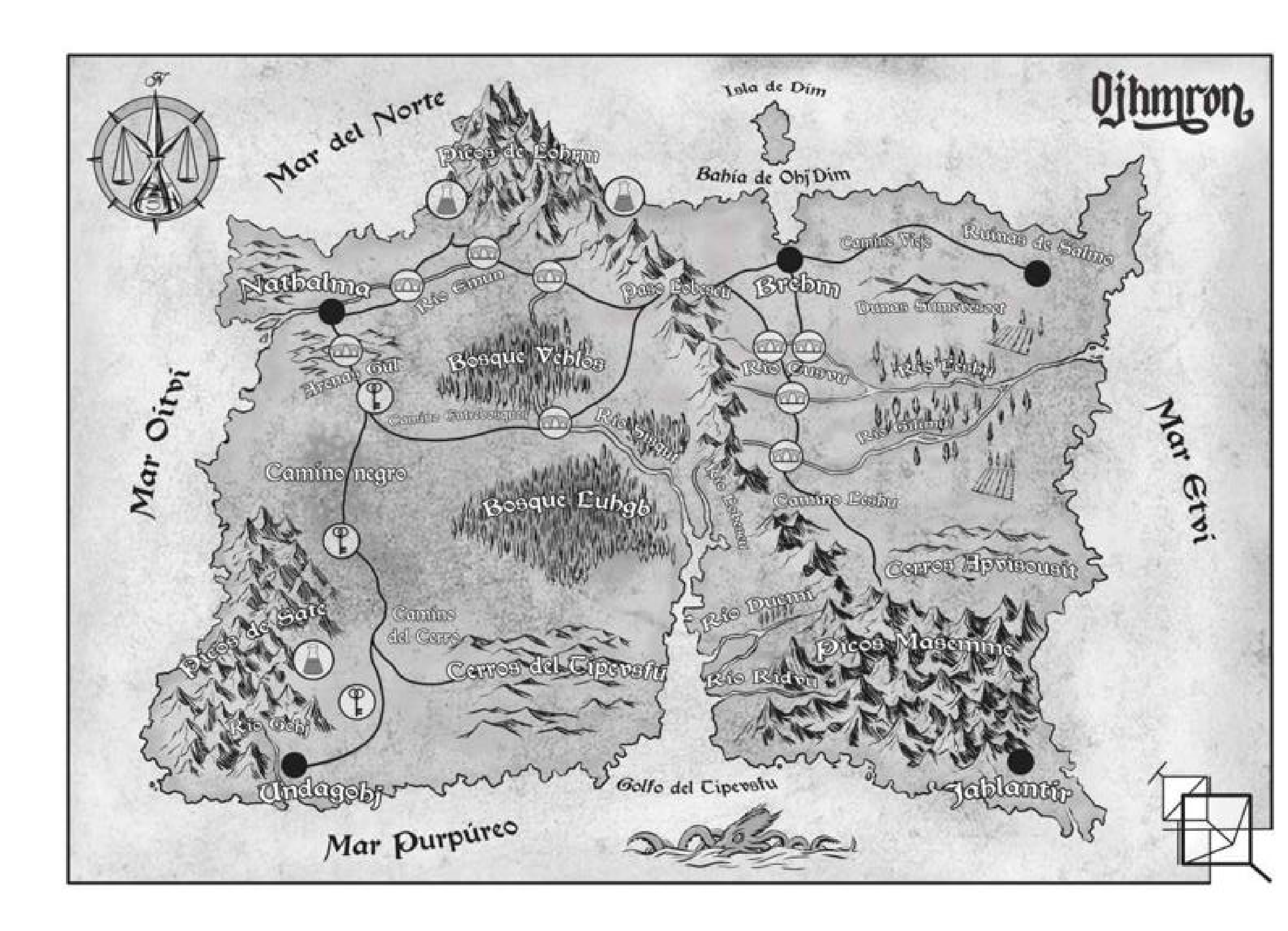
La Belleza de lo Oscuro





Alberto Fausto

¿Por qué respondemos con desdén a la abundancia, incluso cuando esta es extraordinaria? ¿Por qué aborrecemos lo común y anhelamos aquello que escasea, aunque no tenga más uso que el de la propia admiración?


Ojhmron
Mar del Norte
Isla de Dim
Bahía de Ohj'Dim
Picos de Lohrm
Nathalma
Río Emm
Paso Lobezú
Brehm
Camino Viejo
Ruinas de Salmo
Dunas Sumeecaset
Bosque Vehlos
Río Gueru
Mar Oitvi
Mar Etvi
Camino negro
Bosque Luhgb
Cerros Apvisousit
Río Duemi
Picos Masemme
Río Ridvu
Camino del Cerro
Cerros del Tipevsfu
Picos de Sate
Río Gohj
Undagohj
Golfo del Tipevsfu
Jahlantir
Mar Purpúreo

« …y tras el séptimo aviso, la tierra quedó desvaída y falta de color, los campos restaron yermos y la piedra se tornó negra. Solo vestigios quedaron de lo que fue, y la tristeza ensombreció páramos y planicies más allá de donde la vista alcanzaba. Ese fue el castigo impuesto a los hombres, y desde entonces, no hubo esperanza para ellos…»

Soduf Cumosit, Pasajes de los Siete Avisos

EL INICIO DE LAS COSAS

Todo empezó con un adiós, con el frío de la escarcha matutina arañando los cristales negros de las ventanas. Algo había sucedido en la última noche, pero nunca hubiese imaginado que acabaría desembocando en aquella repentina e inesperada despedida. Yo solo tenía doce años, y unos ojos azules y asustadizos componían el gesto más reconocible de mi semblante. Comprendí que aquello que me turbaba era el miedo, más quieto y calmo que cualquier otro que hubiese llegado a conocer, y me costaba articular palabra, de hecho no recuerdo haber dicho nada más que un simple «adiós».

Ella lloraba, apenas sin dirigirme la mirada, entre tanto, mi padre se acercaba para revolverme con la mano el pelo negro, enmarañado. Lo hizo unas cuantas veces, sin darse cuenta de que aquel gesto terminó por resultar algo errático; sin percatarse de que aquella especie de caricia, era más fría y distante cada vez que sus dedos se perdían entre mis cabellos.

Yo me preguntaba qué había pasado, cuál era el motivo de aquel repentino cambio. ¿Había hecho algo mal? ¿Era aquello una especie de castigo? Tan solo recordaba la llegada de una carta, una carta con lacre rojo que envolvió nuestra casa en un silencio denso y más tarde, la hizo llenarse de gritos e improperios. Al principio, yo no sabía qué había escrito en ella, únicamente podía imaginarme la importancia de su mensaje por el lacre tintado. Nadie en su sano juicio utiliza *tintum* rojo para sellar una carta, y eso lo sabe todo el mundo, hasta un niño de doce años asustadizo e ignorante como yo lo era en aquel entonces. Había visto a mi padre sellar y enviar cientos de cartas, sobre todo a mi hermano Dehljos, pero no podía siquiera imaginármelo lacrando alguna de ellas con un tintum rojo. Era una locura, un derroche al alcance de muy pocos, lo que quería decir una de dos cosas: o bien, quien enviaba la misiva era alguien muy rico, o bien, estaba a punto de morir.

Para que lo comprendáis, el tintum rojo es tan escaso y valioso, que para hacerte con un solo frasco no bastaría con el dinero de todo un mes de trabajo en las minas. Mi padre bien lo sabía, pues había pasado gran parte de su vida picando para los alquimistas en las Minas Nehf. Hacía unos años que el viejo Goghj le había ofrecido un puesto de ayudante en la herrería, y aunque no se ganaba tanto como con los alquimistas, mi padre se alegró de poder tener más tiempo para estar con nosotros.

Les vi abrir la carta. Los espiaba desde el rellano de la escalera. Yo

esperaba que el lacre fuese un símbolo de buena fortuna, no sabría explicar por qué, pero mi mente infantil y poco entrenada quedó simplemente maravillada con la tintura de aquella cera. Después de todo, alguien se había tomado muchas molestias a la hora de enviar el dichoso sobre. Debía de tratarse de algo importante, cuando menos.

Mi padre deslizó los dedos con suavidad para no romper la figura roja dibujada por la cera; casi era un sacrilegio destruir aquello que con tanto esmero alguien se había prestado a hacer. Entonces, sacó con toda delicadeza una sola hoja de papel de dentro del sobre. Y no era papel parduzco como el que yo había visto utilizar algunas veces, era de un blanco impoluto, casi deslumbrante.

Desde la escalera, asomando disimuladamente la cabeza, esperé encontrarme con algún tipo de reacción, pero mi padre acabó de leer la carta, imperturbable, y solo pude ver cómo sus manos descendían lentamente para depositar aquel papel blanco en la mesita de madera del comedor. «Es una mala noticia», pensé, «alguien va a morir y lo sabe». Era una costumbre bastante enraizada en Ojhmron, si la vida te abandona, de nada te sirven cien cintos guardados bajo la alcoba, los gastas en un tintum rojo y te despides con solemnidad de aquellos a quien más amas o respetas. Es una especie de último capricho, la última voluntad antes de partir al reino de los Siete.

Mi madre palideció, y ambos se miraron con cara de consternación. Él sabía que yo espiaba desde los primeros escalones, y torció el cuello para dirigirme una mirada glacial. No por fría, sino por su fragilidad, era una mirada dolorosa y quebradiza, casi inflamable en contraposición a su definición misma. No la comprendí, pero sentí cómo un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Qué querían decir esos ojos? ¿Qué se escondía tras ellos? Corrí escaleras arriba, asustado, y ni siquiera me tomé la molestia de amortiguar el sonido de mis pasos en los peldaños de madera.

Me encerré en mi habitación, y noté que me faltaba el aliento. No tenía ningún motivo para temer a mi propio padre y, sin embargo, aquella mirada me había atravesado el corazón. Sabía que algo no marchaba bien, lo supe desde el mismo instante en que torció el cuello para que nuestros ojos se encontraran.

Les oí gritar, escuché pasos que recorrían todo el piso de abajo, y luego distinguí a mi madre llorando. Después, silencio, más largo y perturbador que ninguno que yo conociese. Aquella carta había traído consigo un mutismo extraño y siniestro, una especie de mudez que hablaba por sí misma. Normalmente hubiese vuelto a espiarlos. No era la primera vez que discutían, y en ocasiones resultaba hasta divertido observarlos. Pero esta vez era diferente, esta vez había algo raro en el ambiente, algo malo, un oscuro sentimiento que se palpaba en el aire cargado de nuestra casa, antes siempre alegre.

No bajé a la hora de la cena, ni tampoco subieron a buscarme. Aquello me inquietó todavía más, pues nunca me había ocurrido nada parecido. Sabía que mi padre podía ser algo despistado para este tipo de cosas, pero mi madre hubiese muerto antes de dejarme una noche sin cenar. No comprendía nada.

Abrí la pequeña ventana de madera que había en una de las paredes. No hacía especialmente calor, ni mucho menos, pero yo sentía que todo mi cuerpo ardía por dentro. Traté de escuchar algo de lo que ocurría abajo, pero el viento solo me trajo desesperación y desconsuelo. Nada, ni el más mínimo susurro, y aquello era peor que los gritos, pues no me daba ninguna pista de lo que podía estar sucediendo.

Pensé en descolgarme por la fachada y espiarlos desde fuera de la casa, pero habrían cerrado las ventanas y éramos demasiado pobres para poder permitirnos cristal transparente. Con un poco de suerte, quizá pudiese escuchar lo que decían, pero sabía que la posibilidad de llegar a verlos era muy reducida, y más en una noche cerrada como aquella, en la que mi padre se habría afanado en atrancar bien ventanas y contraventanas.

Sin rechazar del todo la idea, me asomé y dejé que la brisa nocturna me acariciara las mejillas, que tenía sonrojadas por el sofocón. Fue entonces que escuché unos pasos que se acercaban a mi puerta, y el golpear de unos nudillos en la madera.

—Delos, hijo. Tu padre y yo tenemos que hablar contigo.

No me gustó cómo sonaba aquello. Había dicho «tu padre» en lugar de «papá», y era la primera vez que yo escuchaba algo parecido.

—Hay ciertas cosas que deberías saber.

Aunque no hubiese estado la puerta de por medio y ella hubiese susurrado esas palabras a mi oído, el efecto que me produjeron habría sido el mismo. Mi madre me hablaba de forma extrañamente mecánica, como si hablase con alguien que acabase de conocer. Me acerqué al portón y lo abrí con lentitud. Al otro lado descubrí a una mujer abatida, sus ojos rojos evidenciaban su llanto, y aunque se esforzó por ofrecerme la mejor de sus sonrisas, esta me pareció totalmente vacía, y vi que le temblaban las manos.

—Ven, hijo. Tu padre y yo tenemos que hablar contigo. —Era la segunda vez que decía aquello en menos de dos minutos.

Descendimos las escaleras en silencio. Yo delante, ella detrás. Mi padre estaba en el mismo sillón en el que había abierto la carta, y encima de la mesa, pude ver los pedazos de aquel papel tan bonito, blanco como la nieve. El sobre estaba intacto… y a la solapa se adhería casi intacto el lacre de tintum rojo. Me pareció algo siniestro, ahora que lo observaba tan de cerca. Me detuve a pocos pasos, sin poder apartar la vista de algo tan extraordinario, y casi olvidando para

qué había ido hasta allí. Mi padre me sacó de mi ensueño.

—Delos. —Le miré a los ojos, que eran azules como los míos, y descubrí un atisbo de aquella mirada que tanto me había aterrorizado —. Sé que aunque todavía eres pequeño, sabes comprender ciertas cosas. —Asentí con la cabeza, y él esbozó una sonrisa que me pareció sincera—. Sabes que las cosas no nos han ido muy bien últimamente. ¿Verdad, hijo?

—Sí, padre. —No me sorprendió la firmeza de mi voz. Con él siempre me había resultado fácil estar relajado, pues existía una sana complicidad entre nosotros.

—Goghj apenas recibe material de las minas, y no podemos cumplir con los pedidos tanto como nos gustaría.

—Los alquimistas se llevan las mejores piedras —afirmé.

Mi madre me dio una bofetada.

—No deberías hablar así.

Noté el dolor subiendo por mi mejilla derecha, pero no dije nada. Había sido una bofetada tremenda.

—Jul, deja al chico. Yo hablaré con él. —Ella nos miró a ambos con los ojos rojos, y luego se marchó escaleras arriba. Oí como lloraba de nuevo.

—Esto está siendo muy difícil para todos, Delos. Tu madre solo está nerviosa, no se lo tengas en cuenta.

—Sí, padre. —Esta vez mi voz sonó algo más trémula, hice un esfuerzo por retener una lágrima involuntaria que se había formado en mi ojo derecho a raíz del golpe.

—¿Conoces el tintum rojo? —Señaló el sobre de la mesa, asentí—. ¿Sabes cuánto cuesta lacrar con ese tintum?

—Sé algunas cosas, padre. Sé que hacen falta más de cien cintos para comprarlo, y sé que nadie en su sano juicio lo gastaría para enviarnos una carta a nosotros.

Debí decir algo gracioso, mi padre esbozó una amplia sonrisa, silenciosa, amable, enternecedora. Me tranquilicé un poco.

—¿Qué más sabes?

—Sé que suelen utilizarlo personas adineradas, es una forma de demostrar su poder —Él me miró como si esperara que dijese algo más, yo titubeé—. También he oído que lo usan aquellos que van a morir y lo saben.

Su gesto se tornó serio, regio como una roca. Noté que se aferraba fuertemente con las manos a los reposabrazos del sillón.

—Tu hermano ha muerto, Delos. Él envía la carta.

Aquello fue como un mazazo, fue como si mis peores sospechas se hiciesen realidad. Me sentí levemente mareado, pues aunque había conocido poco a mi hermano mayor, en Ojhmron se nos enseña de bien pequeños a respetar y admirar al primogénito. Se nos inculca una

especie de amor inherente hacia ellos, un amor incondicional por encima de todas las cosas. No sabía muy bien cómo reaccionar, pues únicamente guardaba vagos recuerdos de niñez sobre aquel a quien debía amar. Era casi como amar al viento.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, y yo no tenía respuesta para aquella pregunta.

—Siento frío, padre. —Él hizo un gesto de aprobación.

Pensé en los cambios que podrían producirse a partir de esta inesperada noticia, nunca me había planteado que sucediese algo parecido. Me estremecí, pero traté de que no se me notase. Mi padre se levantó de su asiento.

—Honor al primero de tus hijos —dijo, y supe que me estaba invitando a terminar la frase. Comencé desde el principio…

—Honor al primero de tus hijos, temor hacia el segundo, vasallaje al resto.

Noté que algo se rompía dentro de él, entretanto esbozaba una trémula sonrisa. La noticia de la muerte de mi hermano mayor rondaba mi mente como si buscase un lugar en el que pudiese encajar. De pronto se me ocurrió una idea absurda, o brillante, depende de cómo se mire.

—Padre. Mi hermano aún no ha muerto… ¿No podríamos salvarlo? ¿Hacer algo para que continúe viviendo? —Noté que se me formaba un nudo en la garganta.

—Tu hermano está muerto, Delos. Ha utilizado el tintum rojo. Nada se puede hacer por los que van a morir y lo saben.

Por la forma en que lo dijo supe que no habría manera de hacerle cambiar de opinión. Miré el lacre rojo sobre la mesa, sintiéndome extraño ante el poder de una señal tan pequeña e inofensiva.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Ven aquí. Acércate a tu padre. —Obedecí, cuando llegué a donde él estaba me revolvió con la mano el pelo—. Sabes que siempre hemos querido lo mejor para ti. Lo sabes, ¿verdad, hijo?

Asentí con la cabeza. Mi padre me hablaba con una voz dulce que hasta entonces me había sido desconocida. No me gustó.

—Tu madre y yo siempre hemos tratado de ignorar los preceptos de la Orden, de labrarte un buen futuro aunque no fueses el primero de nuestros hijos. Y ahora que Dehljos no está, las cosas no son diferentes. Seguimos queriendo lo mejor para ti —hizo una breve pausa reflexiva—, pero a veces para alcanzar nuestras metas debemos hacer sacrificios.

Se agachó, mis ojos azules se reflejaban en los suyos.

—Delos, hijo. Duhj me paga cada vez menos, y sin la ayuda que tu hermano Dehljos nos proporcionaba, me temo que vamos a tener que aferrarnos a medidas desesperadas.

—Lo entiendo, padre —dije antes de que me preguntara.

—Eres un chico listo, Delos —un débil brillo le cubría los ojos—, y serás aún más listo cuando pasen unos años. —Sentí miedo, era como si preparase el terreno para decirme algo horrible. Me sudaban las palmas de las manos—. Tu madre y yo lo hemos pensado mucho. Sabes que nunca hemos creído en los preceptos de la Orden. ¿Por qué se supone que debo temer a mi propio hijo?

Me sorprendió escuchar esas palabras, contradecir a la Orden Pura era algo que se castigaba severamente en Ojhmron. Miré las ventanas negras, y sentí alivio de que no pudiésemos permitirnos unas más translúcidas.

—Hijo. Escúchame bien. Si tu hermano ya no está entre nosotros, no tiene ningún sentido que continúes siendo el segundo. ¿Por qué habrías de limitarte a algo mediocre, cuando puedes aspirar al honor de un primogénito?

Sentí que se me erizaba todo el vello del cuerpo. Primogénito, yo. Podría unirme a la Orden Pura, o incluso llegar a ser alquimista. ¿Me estaban diciendo que podría soñar? Un vago recuerdo me sobrevino, unas piernas cortas y delgadas corriendo delante de mí, yo intentaba alcanzarlas, pero por más que corría no lograba siquiera acercarme a ellas. Me sentí raro.

—¿Comprendes lo que te estoy diciendo, Delos?

Volví a la realidad, mi padre me examinaba con seriedad, como queriendo captar hasta la más sutil de mis reacciones. No fui capaz de decir nada.

—La noticia correrá rápido, y debemos actuar antes de que sea demasiado tarde. Le he mandado recado al tío Argo, vendrá esta misma noche —me interrogó con la mirada, para ver si comprendía lo que quería decirme—Te llevará antes de que el sol crezca.

—¿Me llevará? —De pronto todos mis sueños infantiles se desvanecieron, dando paso al terror—. ¿Me llevará a dónde?

—Lo suficientemente lejos.

Temí hacerle la pregunta que rondaba mi cabeza, pero mis labios la formularon casi sin darme cuenta, como un leve susurro.

—¿Suficiente para qué?

—Para que algún día regreses. —Noté que su voz cambiaba, avivada por algún sentimiento que no supe descifrar—. Para que algún día vuelvas como Dehljos, mi hijo primogénito.



CAMINOS NEGROS

El sol todavía no había crecido, apenas despuntaban los primeros rayos de luz y ya nos encontrábamos en el camino. Mi tío Argo se parecía a mi padre, y a mí. Yo lo había visto pocas veces, apenas lo conocía, y por eso permanecía en silencio mientras andábamos a paso ligero. De vez en cuando lo miraba de reojo, pero él parecía estar totalmente ocupado tirando de las riendas de un burro que había traído consigo cuando vino a recogerme.

Mi padre lo había cargado con algunas de mis cosas, sobre todo, ropa. Madre había tratado de incluir algo de comida en los fardos, pero tío Argo no se lo había permitido. Decía que Laki era un burro viejo y había que prescindir de cosas innecesarias. Cuando le dieron veinte cintos, no obstante, le parecieron muy necesarios. Yo habría querido llevarlos, pero sabía que no me habrían dejado guardar tantas monedas aunque lo pidiese, así que callé y me limité a observarlos.

La despedida fue fría y en mi pecho crecía la duda de un amargo sentimiento. Al principio, me habían obnubilado los delirios de grandeza y casi no dudé en que marcharme era lo más correcto, pero recordando bien las palabras de Padre, me di cuenta de que había hablado más de su precaria situación que de la confianza que depositaba en mí. Era como si ahora que faltaba el dinero de mi hermano, yo hubiese pasado a ser un estorbo. Aparté esa idea de mi cabeza una y otra vez, pero no podía remediar sentir la punzada del temor de tanto en tanto.

Íbamos por el centro del camino. Laki, efectivamente, era un burro que ya había prestado muchos servicios, y de vez en cuando no podía evitar pararse a descansar, como si la cosa no fuese con él. Tío Argo lo trataba como si fuese un hijo, le acariciaba el morro y le susurraba cosas dulces al oído. Entonces el burro seguía avanzando y reanudábamos la marcha. A mí me parecía que se entendían a la perfección, y me hizo gracia la idea.

No hablábamos, había creído que él trataría de consolarme o algo por el estilo, que me animaría y me convencería de la parte buena de cuanto había sucedido. Pero no fue así, a tío Argo parecía interesarle bien poco todo lo que se refería a mí. Solo tenía ojos para el camino negro, y para Laki. Caminaba sin soltar las riendas, y sin levantar apenas tierra a cada paso que daba. Me pareció algo curioso, pues bajo mis pies se formaban polvaredas negruzcas a cada trecho. Traté de imitarlo, pero por más que me esforzase no había manera de que me saliese igual.

—¿Qué haces? —preguntó al cabo de un rato sin apartar la vista del burro.

Supuse que se dirigía a mí y dejé de imitarlo. No contesté, me sentía avergonzado por aquella estupidez.

—Cuando alguien pregunta, lo más correcto suele ser responder —volvió a hablar, todavía sin siquiera mirarme.

Yo estaba enfadado. ¿Qué hacía allí, con aquel hombre al que ni conocía? La fría despedida de mis padres iba y venía torturando mis pensamientos, y yo tenía que caminar junto a un desconocido y un burro viejo. No sabía a dónde íbamos, y además, no entendía por qué caminábamos por el centro del camino en lugar de escondernos, si se suponía que íbamos a fingir mi muerte o mi desaparición. Nada tenía sentido.

—Me habéis engañado —dije, y noté que a mi pesar se me formaban lágrimas en los ojos.

—¿Qué? —Por primera vez, tío Argo apartó la vista del burro y se dignó a mirarme. Su expresión era de pocos amigos.

—¡Decís que seré primogénito, decís que volveré y suplantaré a mi hermano, y me lleváis por el centro del camino, sin esconderme!

Exploté, no había querido hacerlo, pero los malos pensamientos no habían dejado de atormentarme desde que abandonamos Nathalma y emprendimos el viaje. Al principio pensé que tío Argo habría previsto algo para proteger nuestro secreto, pero era evidente que no. Nos habíamos cruzado en el camino con varios mineros conocidos de mi padre… ¿cómo iban a creer que estaba muerto?

—¿Por qué dices eso? —Parecía que nada de lo que yo dijese fuese a afectarlo. Si hubiese tenido algo en la boca, habría masticado bien antes de lanzarme aquella pregunta con toda tranquilidad.

—¡Eres un mentiroso! —le espeté—. ¡Y madre! ¡Y padre!

Se detuvo, de pronto sentí miedo. Laki cesó sus torpes andanzas como si comprendiese la necesidad de aquel repentino parón.

—Tu padre es un gran hombre, y un primogénito —su tono se alzaba imperturbable—. No soy yo quien debería recordártelo.

Me sentí avergonzado, me había dejado llevar como un niño llorón. Tío Argo se acercó a mí y yo hice un esfuerzo por no salir corriendo.

—Chico, mírame —me cogió por la barbilla—. Estás asustado, y lo más probable era que acabases gritando como acabas de hacer. ¿Crees que lo más inteligente era montar una escena fuera del camino?

—¿Y sí lo es montarla dentro de él? —Todavía estaba enfadado, reuní todo mi coraje para decir aquello. Tío Argo me observaba con atención, casi divertido.

—Mira, chico, si me montas un cirio en el camino, cualquiera puede pensar que estás cansado de andar y te comportas como un niñato. Pero si armas escándalo fuera de él, lo primero que van a preguntarse

es por qué estás ahí y no en la senda como todo el mundo civilizado.

Pensé en lo que decía…, y a mi pesar tenía sentido. Tío Argo todavía me sostenía por la barbilla, y para no mirarle a los ojos mi visión descendió hasta posarse en su espesa barba entrecana.

—No eres más que un chico asustadizo. Él día que seas un hombre quizá te saqué del camino, pero no hoy. Hoy solo me causarías problemas. —Y dicho esto me soltó con brusquedad y fue de nuevo a coger las riendas de Laki—. Tus padres dirán que te fuiste conmigo a aprender el oficio, y que unos asaltantes nos atacaron en el camino. Será una muerte trágica, con suerte incluso serás recordado.

Yo no volví a quejarme, llevábamos horas andando, pero la idea de una nueva reprimenda me hizo callar. Así que continuamos, el burro, tío Argo, y yo, como tres almas en pena. Laki continuaba parándose de vez en cuando, y yo comencé a agradecerlo, pues no estaba acostumbrado a caminar tanto tiempo seguido. Tenía hambre, y miraba el sol con la esperanza de que nos detuviésemos pronto para comer algo, pues ya casi estaba sobre nuestras cabezas.

—¿A dónde vamos?

Como no quería reconocer que estaba hambriento, me pareció prudente comenzar por ahí.

—A mi casa.

—¿Dónde está eso?

—En algún lugar.

Fruncí el ceño. Tío Argo parecía divertirse.

—¿Qué sabes de los caminos? —me preguntó.

—Sé que cualquiera pagaría por ir a caballo sobre ellos, o encima de un burro —añadí sin intención de insinuar nada.

—¿Ah sí? ¿Por qué? Es agradable pasear con el sol a espaldas.

Al parecer no compartíamos el mismo concepto de «paseo».

—Te ensucias los pies y el bajo del pantalón, como si no fuera ya lo bastante negro —me quejé, y después me arrepentí de haberlo hecho.

—Yo no me ensucio —dijo él, y volví a fijarme en la curiosa forma que tenía de caminar sin levantar una pizca de arena—. Es cuestión de estilo.

—¿Por qué tienen que ser negros los caminos? —pensé en voz alta —. Si la tierra fuera blanca me revolcaría por encima de ella.

—Eso es lo más estúpido que he escuchado en mi vida —afirmó tío Argo—. Te creía más inteligente.

Me dolía que se metiese conmigo, sobre todo con mi inteligencia. Siendo un segundo no había recibido ninguna educación, pero me gustaba pensar que mis razonamientos eran buenos.

—¿Por qué es estúpido? Cualquiera haría igual que yo, y rodaría por la tierra hasta estar blanco. Eso no tiene nada de estúpido.

—¿Rodarías por la tierra negra?

—¡Claro que no!

—¿Y por qué no lo harías?

—¿Qué gracia tendría llenarme de suciedad?

—Solo un necio se queja de lo que abunda. Dime, ¿por qué la tierra negra es suciedad y la blanca no lo sería?

—Mmmm —me costó darle una respuesta—…, porque no hay tierra blanca, encontrarla resultaría casi una obra de los Siete.

—¿Lo ves, ves como es absurdo? Si los caminos fueran blancos matarías por tierra negra.

La idea me pareció extraña. Caminos blancos… traté de imaginármelos, pero me resultaba difícil, sobre todo ante aquel sendero de roca y tierra negra interminable. A izquierda y derecha crecían algas *Nott*, casi tan oscuras como la propia roca, lánguidas y lacias. Parecían cabellos alborotados a ambos lados de una raya mal hecha.

—Eso es imposible —dije al fin, turbado. Mi tío parecía pasarlo cada vez mejor.

—Míralo de otra forma. ¿Por qué crees que es caro el tintum rojo de la carta de tu hermano?

—Porque es muy difícil de conseguir —afirmé resuelto.

—Pues es lo mismo, chico. Si la piedra negra escaseara, pagarías por ella.

Las ideas de tío Argo eran algo alocadas, pero después de todo, me alegré de tener alguien con quien hablar. Me ayudaba a no pensar en casa, y en que cada vez la teníamos más lejos.

ALGAS NOTT

Paramos a comer, por fin. Laki fue a un lado del camino y masticó algunas algas Nott, entretanto yo esperaba que tío Argo se sacara un as de la manga, pero aquello nunca ocurrió. En lugar de buscar algo entre los fardos del burro, se acercó a él y se sentó a su lado, tan cerca que podía acariciarle el morro. Después de hacerlo, arrancó un alga larga y flácida, y comenzó a mordisquearla por la punta. Yo me quedé perplejo.

—Es una broma, ¿no? —di media vuelta, avergonzado, preguntándome si alguien podía vernos. Nathalma todavía se veía imponente a lo lejos. La ciudad que me vio crecer, cada vez más inalcanzable y lejana. Pensé en dejar a aquellos dos burros allí sentados y salir corriendo.

Tío Argo no contestó, pero comprendí que aquello iba muy en serio. Ya se había comido la mitad del alga, y por la expresión de su rostro yo no tenía la menor duda de que después cogería otra, y las que hiciesen falta. Nunca había visto nada parecido, sabía que los burros rumiaban aquello, pero que lo hiciese una persona era algo bien distinto.

Las algas Nott se utilizan para muchas cosas, pero no para eso. Machacadas se puede hacer con ellas una infusión estimulante, y si las secas, puedes incluso obtener cuerdas más o menos resistentes, siempre que las selecciones bien. Padre me había enseñado a escogerlas y trenzarlas, yo mismo tenía unos cuantos tramos de soga en mi habitación, pero nunca, nunca, había visto a nadie comérselas sin más.

Pensaba que en algún momento confesaría, que se levantaría y reconocería que todo formaba parte de una broma pesada. Pero no, tío Argo se incorporó media hora más tarde, solamente para reanudar la marcha. Me dio algo de beber, pero no insistió en que comiese, supongo que sabía que yo no lo habría hecho.

Y volvimos a estar igual que antes, o peor. En silencio, ante el camino negro interminable: Laki, tío Argo y yo. Viajábamos hacia el sur, y yo me preguntaba dónde podría estar el lugar al que nos dirigíamos. Al sur de Nathalma había leguas y leguas de desierto, nadie construía casas demasiado alejadas de los núcleos urbanos. Además, allí el viento formaba remolinos con la tierra negra, el aire se movía cambiante de un lugar para otro y las rocas duras del camino solo se alternaban con pequeños matojos de algas Nott. Era casi como estar en el infierno, aunque eso sí, comida no nos faltaba…

—Chico, vas a resultar más tonto de lo que yo pensaba —dijo al cabo de un rato tío Argo—. Las algas son un manjar para el caminante. Si no empiezas a comerlas pronto, morirás de hambre.

—Prefiero esperar. Comeré algo cuando lleguemos —calculé bien mis palabras procurando no incordiarlo. No me apetecía discutir.

—¿Cuando lleguemos? —Noté que reprimía una carcajada—. Me parece bien, siempre que seas capaz de aguantar cinco días sin comer.

De pronto me sentí mareado. ¿Cinco días? ¿A pie? ¿Llevando a rastras a un burro viejo y soportando el humor irónico de tío Argo? Miré hacia atrás, y me sentí invadido de una extraña tristeza, ahora que veía Nathalma desde tan lejos. Era una ciudad inmensa y cada vez se mostraba, no obstante, más pequeña e insignificante, como despidiéndose de mí.

—Esta noche estarás tan hambriento que comerás algas, o lo que yo te diga. Todavía tenemos horas de camino por delante.

No quise rechistar, pero mi cara debió ser como un mapa abierto.

—Chico —odiaba que me llamase así—, no llegarás a nada comportándote como un idiota.

—¿Y eso quién lo dice?

Pensé que aquello le haría enfadar, y lo había dicho casi con esa intención. Me sentía tan frustrado que el miedo desaparecía poco a poco en mí.

—Cierto, soy un segundo, como tú. Pero sé vivir la vida. Que no porte la *hache* y la *jota* no significa que deba ofrecerte pleitesía. Nadie me ha dicho nunca lo que tengo que hacer, ni a dónde tengo que ir. Eso ya me da derecho a hablarte como me venga en gana.

Sí, eso le había dolido, aunque tratase de disimularlo. En Ojhmron, solo los primogénitos pueden portar la *hache* y la *jota* en el nombre. Tío Argo era segundo de mi padre Arghjo, de la misma manera que yo era segundo de mi hermano Dehljos. Se les pone nombres idénticos a los primeros dos hijos —independientemente de su sexo—, únicamente diferenciados por esas dos letras casi mudas, que aunque apenas se pronunciaban, son perfectamente audibles a los oídos de cualquier ojhmrino.

—Te crees muy listo, chico, y no haces más que insultarte a ti mismo —prosiguió—. Poniendo en duda mi valía no haces más que poner en duda la tuya. Tú mismo lo has dicho, los dos somos segundos.

No había manera de cogerlo desprevenido. A mi pesar, tío Argo era sagaz, inteligente. Sus ideas tomaban forma tan rápido como sale disparada la flecha de un arco, y se clavaban en mi conciencia como lo harían en la corteza seca de un árbol. De pronto, me sorprendí a mí mismo disfrutando con aquellas discusiones.

—Tío Argo —lo llamé al cabo de un rato—. ¿De verdad crees que

podré hacerlo?

El sol había superado el álgido y comenzaba a decrecer. Tenía los pies y las piernas doloridas y puede que el cansancio me empujase a sincerarme un poco.

—¿Es lo que tú quieres? —preguntó él, y de pronto me di cuenta de que nadie me lo había preguntado antes.

Tuve que pensarlo, la idea de ingresar en la Orden Pura me repelía bastante, aunque por supuesto, no se lo había dicho a nadie. La alquimia era diferente, transformar el negro era lo más grande que podía aspirar a hacer nadie en todo Ojhmron.

—Sí —me limité a responder, y noté que mi voz era más firme de lo que había imaginado.

—Entonces, lo harás bien.

*****

Seguimos la marcha. Horas y horas, hasta que el sol comenzó a perderse en el horizonte al oeste. Desde el camino, era una imagen impactante, los rayos de luz alumbraban la roca negra y le robaban destellos de luz blanca. La *oscurita* es la piedra más abundante en Ojhmron, es el mineral que hace que todo alrededor sea negro. Existe en nuestras tierras en una proporción tan alta, que plantas y animales crecen tintados de oscuridad. Despreciada por la mayoría, ahora me parecía la cosa más bella del mundo. Era curioso, que justo antes de anochecer la oscurita se tornase blanca y brillante allá por donde el sol se ponía. Y de pronto, el mundo se mostró más enigmático, más mágico. Era casi como habíamos dicho antes, como si los caminos fuesen blancos.

Tío Argo me miraba mientras descargaba a Laki de sus fardos, como si comprendiese la extraña influencia que sus palabras habían creado en mí. Yo, por mi parte, no pude apartar la mirada de aquel espectáculo de luces. El sol se escondía más y más, pero parecía completo, pues su otra mitad aparecía reflejada en un fulgor blanco sobre la oscurita, cerca de donde rompía el horizonte. Así permanecí hasta que se desvaneció por completo, y la noche nos arropó de lleno. De pronto, el espejismo desapareció y me vi envuelto en una negrura como nunca antes había conocido.

Era la primera vez que se me hacía de noche en el camino. A mis doce años, casi nunca había salido de Nathalma, nada más que para acompañar a Padre a algún pueblo cercano del este, cerca de las minas. Nunca había avanzado tanto hacia el sur, ni mucho menos contemplado una puesta de sol como aquella.

—¿Lo ves? —dijo tío Argo —. Hasta las cosas más comunes brillan, si se las sabe ver.

Nos sentamos cerca de Laki, esta vez estaba demasiado cansado

como para quejarme. Un silencio perturbador nos envolvía, pero a la vez, no sé por qué, era hermoso. Estar allí, sobre la oscurita maltratada del camino: el burro, tío Argo y yo. Era emocionante, y arriesgado. Ahora que el sol no estaba la luna ganaba protagonismo. Antes, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba sobre nuestras cabezas, y pensé en el extraño equilibrio de las cosas y en como todas las piezas parecen perseguirse hasta encajar en su lugar correspondiente.

Tío Argo buscó entre unas algas Nott al borde del camino, y arrancó una para mí. Laki ya hacía rato que se estaba dando un atracón, y yo sentí nauseas al percibir el olor a alga triturada. No protesté, estiré la mano y me hice con la larguirucha Nott. Era lo único que crecía cerca de Nathalma y, como la oscurita, era comúnmente despreciada por todos, a pesar de sus diversas utilidades. Cerré los ojos, y le di un mordisco, no quería volver a parecer débil delante de tío Argo. Tragué el primer trozo sin masticarlo, y no fue tan horrible como esperaba. El alga mediría cerca de una vara de largo por unas tres pulgadas de ancho y yo me había propuesto comérmela entera. Pero a medida que iba dando bocados desde la punta hacia la base, era más gorda y soltaba un pringoso líquido negro a cada mordisco. Retuve una arcada y luego miré a tío Argo. Si pensaba que el resto del día se había divertido a mi costa, ahora estaba pletórico.

Hice un esfuerzo por tragarme el trozo que tenía en la boca y así, poco a poco, fui descendiendo hasta la base hasta que, por fin, engullí el último pedazo. Miré a tío Argo, orgulloso, queriendo reconocer algún tipo de asentimiento en su semblante, pero en lugar de eso, estalló en una estruendosa carcajada que se perdió en ambas direcciones del camino. No podía parar de reírse, como si fuese algo superior a él. Y yo fruncí el ceño, desconcertado, creía que reconocería mi esfuerzo después de tragarme aquel horrible manjar.

De pronto, me di cuenta de algo, Laki y yo habíamos comido, pero a tío Argo no lo había visto pegar un solo bocado. Mientras la furia y el sabor a Nott se me subía a la cabeza, él escarbó en uno de los fardos que había descargado del burro, y sacó un chorizo enorme y una hogaza de pan. Me sentí profundamente mareado, y aunque traté de evitarlo, acabé vomitando un espeso fluido negro donde correspondía, sobre las demás algas. Mientras me agarraba el vientre, tío Argo no dejaba de reír, y su voz resonaba de forma extraña en la noche vacía. Yo estaba profundamente enfadado.

Cuando me recompuse, me giré hacia él para gritarle —no sabía el qué—, pero al ver que me ofrecía un trozo de chorizo con pan, hice lo indecible por controlar mi ira y me senté junto a él.

—Mañana te enseñaré a comer algas Nott —dijo, y volvió a sumirse en un ataque de risa profundo e interminable. Cuando fui a darme

cuenta, yo también estaba riendo.

Dormimos al raso. No llevábamos ninguna tienda, y de haber sido así, montarla nos hubiese llevado demasiado tiempo, así que nos limitamos a coger unas mantas de los fardos y nos envolvimos en ellas sobre el camino de oscurita, uno al lado del otro para guardar el calor. Los ojos se me cerraban, había sido un día largo y cansado, y pensar en los que vendrían no resultaba demasiado alentador. Mientras le daba vueltas, mis ojos se perdieron en las estrellas, había más de las que yo había visto nunca y las pocas que conocía brillaban con un blanco espectacular sobre el cielo negro. Quizá para vosotros sea algo difícil de comprender, pero en Ojhmron, cualquier cosa que sea capaz de brillar sobre algo oscuro, es símbolo de lo inalcanzable, de lo mágico y lo que no se puede explicar. Allá, en lo alto, las estrellas nos observaban desde el reino de los Siete y yo me sentía extrañamente vigilado por ellas, en el medio del camino desierto. Todo era negro a mi alrededor, una sombra común y monótona: la oscurita, el cielo, nuestras ropas, y hasta las mantas que nos envolvían. Pero allá, en lo alto, titilaban los astros sobre sus invisibles atalayas, guardándome de los peligros del camino.

Me sentí curiosamente cobijado, para estar a la intemperie. Y los ojos se me cerraron al fin internándome en sueños de alquimia, de piedras preciosas de colores desconocidos y de caminos blancos que se perdían en el infinito de una noche brillante.

EL SEGUNDO DÍA

El segundo día fue el peor de todos, Desperté con el cuerpo molido, y habría dado cualquier cosa por quedarme allí tirado, en medio del camino del sur. Tenía las piernas tan agarrotadas que me daba miedo moverlas, y la espalda rígida y dolida como si me hubiese pasado por encima un carro tirado por caballos.

Al abrir los ojos, vi que tío Argo ya se había levantado, y al parecer, hacía bastante rato de eso, pues Laki tenía los fardos cargados y engullía tranquilamente algas Nott a un lado del camino. ¿Cómo demonios podía comerlas constantemente? Me compadecí de él, la vida de un burro no debía ser demasiado amena, aunque eso sí, este sería con diferencia el animal mejor tratado de todo Ojhmron.

Me hice el dormido queriendo arañar los últimos minutos que me quedaban, pero me era imposible volver a conciliar el sueño, pues el sol había empezado a crecer y la luz me molestaba. Escuché pasos que se acercaban, y la voz de tío Argo se clavó dolorosamente en mis costillas, mis tendones, y cualquier parte reconocible de mi cuerpo que pudiese sentir dolor.

—Vamos, chico, ayer nos retrasamos con tanta charla. Hoy viene lo duro de verdad.

No hubiese podido decirme otra cosa más desagradable en aquel momento. Le miré, y tenía buena cara, más incluso que el día anterior. Parecía que la caminata le había sentado muy bien, todo lo contrario que a mí. Me desperecé como pude, sintiendo cada miembro de mi fisionomía entumecido, y cuando me puse en pie las piernas me temblaban.

—Cuando andes un rato se pasará —afirmó al comprobar mi estado —. Una vez calientes los músculos, todo irá mejor. Y mañana te sentirás nuevo, ya lo verás.

Yo ponía en duda aquellas palabras zalameras, pero prefería creerlas y guardar así una débil esperanza. De no haberlo hecho, habría abandonado allí mismo.

Bebimos algo de agua de uno de los pellejos, y nos pusimos en marcha. Cada paso era un infierno, y en silencio, rezaba a los Siete para que el dolor cesara, o al menos se atenuara. Tío Argo tenía razón, y al cabo de un rato, seguía sintiéndome profundamente cansado, pero mis piernas reaccionaban mejor y ya no las sentía tan agarrotadas.

Noté cambios sutiles en el paisaje, nunca había estado tan al sur de Nathalma, y pude comprobar que la oscurita era cada vez más quebradiza y arcillosa. Estaba acostumbrado a ver la roca dura del desierto negro, pero aquí, incluso el camino se volvía más arenoso de lo que yo había visto nunca.

—¿Qué le pasa a la oscurita? —pregunté, y tío Argo pareció no comprenderme—. ¿Por qué es tan débil aquí? —pisé fuerte una piedra negra cerca de mis pies y se deshizo en polvo.

—La oscurita es un mineral complejo. Los alquimistas dicen, que sometida a experimentos pirolíticos podría cambiar incluso de color.

—¡Venga, va! ¡Me tomas el pelo!

Él sonrió, pero su mueca no delataba si me daba la razón o si hablaba en serio.

—¿Por qué aquí se rompe tan fácilmente?

—El terreno aquí es diferente, no ha sufrido la misma presión que al norte, cerca de Nathalma. ¿No te han hablado de las arenas Gul?

—Sí, pero nunca las he visto.

—Pues mira por dónde, al final el viaje te va a servir de algo.

Concentré mi mirada en la oscurita arcillosa. Sabía que las arenas Gul estaban más al sur todavía, pero ya me hallaba emocionado de solo pensar en verlas. Me habían contado historias de gente que se internó demasiado en ellas y nunca regresó, de su movimiento apenas perceptible, ondulante como el agua cuando le lanzas una piedra. Decían que si te tragaban, podías aparecer en alguna gruta olvidada de las minas, aunque yo lo dudaba, pues ello supondría que la mitad de Ojhmron estuviese atravesado por túneles subterráneos. Pensando con claridad, era bastante improbable, sobre todo teniendo en cuenta que la entrada a minas Nehf se hallaba muy al noreste de donde estábamos.

—¿Y el puente de arena? —pregunté.

—¿Qué?

—¿Existe de verdad?

—Eso tendrás que comprobarlo tú mismo.

Tío Argo no era tan malo como en un primer momento me había parecido. Empecé a soportar su extraño humor, y casi agradecí que eso me ayudase a despejar mi cabeza. Pensar en el tintum rojo y en mi hermano Dehljos, me ponía nervioso. No acababa de entender muy bien dos cosas: la primera, que aunque Dehljos fuese aprendiz de alquimista hubiese podido adquirir el tintum, su sueldo no hubiese dado para tanto; y la segunda, qué es lo que habría pasado para que estuviese tan seguro de su muerte. Normalmente, aquellos que van a morir y lo saben suelen ser ancianos, o personas enfermas que presienten que les queda poco, pero mi hermano solo tenía tres años más que yo, y que supiese no se le reconocía enfermedad alguna.

A los siete años lo enviaron al templo de la Orden Pura de Brehm, como a la mayoría de los primogénitos. Allí, durante un año se valoran las mejores aptitudes de cada niño, y según eso se decide si ingresará en la Orden o si por lo contrario pasará a engrosar las filas de los alquimistas. Es un tiempo duro para los padres, que no reciben

noticias de su hijo hasta que se define su camino. Solo entonces se les comunica la decisión del consejo y se permite a los aprendices enviar cartas a casa con más regularidad.

Yo estaba acostumbrado a leer las cartas de Dehljos, padre decía que así crecería mi admiración y respeto por mi primero. Hablaba de cosas extrañas, de experimentos que no comprendía y de la severidad de sus maestros alquimistas. Era un mundo desconocido para mí, un mundo que secretamente, y desde lo más profundo de mi ser, siempre había anhelado.

Por supuesto el lacre de aquellas cartas era de vulgar tintum negro, el más barato de todos. En alguna de las misivas Dehljos explicaba que lo había extraído él mismo de arena de oscurita, y que una vez había aprendido a hacerlo comprendía por qué era tan económico. Ahora, yo pensaba en todo aquello mientras deshacía a patadas las piedras del camino. Mi mente volaba a aquellas anécdotas que me habían formado una imagen de mi primero en la cabeza, y en silencio, soñaba con crear mi propio tintum negro, aunque fuese la cosa más vulgar de la tierra.

—Estás muy callado —dijo tío Argo—. ¿En qué piensas?

Medité unos segundos si era apropiado contarle la verdad. Aún no tenía suficiente confianza en él como para revelarle mis más íntimas cavilaciones.

—Pensaba en mi hermano Dehljos —me limité a responder, a fin de cuentas no era ninguna mentira.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Laki pasó corriendo entre los dos, los fardos se le habían descompensado, y hacía fuerza para no caerse. Tío Argo se apresuró a alcanzarlo.

—No lo sé…, no entiendo por qué ha enviado el tintum rojo —me atreví a decir avergonzado, sin apartar la mirada de mis botas llenas de polvo.

—¿Qué? ¡Ven aquí, chico, ayúdame con esto!

Tío Argo había alcanzado a Laki, y se esforzaba por equiparar el peso de los bultos a un lado y a otro del animal. Me acerqué, supuse que no habría oído lo último que dije, y casi me alegré de ello. Al fin y al cabo, me habría tratado como a un estúpido, al igual que cuando se lo dije a padre. «Tu hermano está muerto, Delos. Ha utilizado el tintum rojo. Nada se puede hacer por los que van a morir y lo saben», sus palabras todavía me perseguían como si acabase de escucharlas. Así que callé, esperanzado en que el tema se olvidara, y proseguimos el camino.

Al cabo de un rato paramos a comer, y tío Argo puso todo su empeño en explicarme cómo se comían las algas Nott.

—Mira, arrancas una cualquiera. —Cogió una de las dichosas algas

—. El truco está en no tragarse la piel. Fíjate en Laki.

Miré al burro, que estaba dándose otro de sus atracones, y vi que dejaba caer tropezones continuamente. Había pensado que era por torpeza, pero al parecer sabía comer mejor que yo.

—La hoja es indigesta, muy difícil de disolver. Piensa que se utiliza para hacer cuerdas… por eso ayer la vomitaste. Lo que tienes que hacer es exprimirle el jugo. ¿Ves? —Succionó aquel líquido negro que tan malos recuerdos me traía—. Vamos, inténtalo.

Cogí una Nott cualquiera, y le arranqué la punta con las manos. El olor me trajo un vago recuerdo de mi última vomitona, y tuve que cerrar los ojos para concentrarme.

—No cierres los ojos, eso no la convertirá en algo más delicioso —se burló tío Argo.

Así que hice de tripas corazón y succioné el maldito mejunje negro. Aparté rápidamente la hoja de mí, esperando no soportarlo, y cuando ya me hallaba haciendo caras de asco —y para mi grata sorpresa—, el líquido se me antojó dulce y sabroso como el más rico de los manjares.

—La hoja es amarga —comentó él—, pero dejamos que los primerizos la coman para divertirnos. Es casi como un ritual de iniciación.

—¿Dejamos? ¿Quién?

—Laki y yo, por supuesto. Nunca viajamos por separado.

Miré al burro, tenía cara de no saber qué estaba pasando.

—Ah, ya veo —pensé que estaban locos, los dos…

Probé una vez más, y otra. Sabía a queso tierno, y se pegaba a los dientes y a las encías. Nunca pensé que pudiera estar tan bueno. Para cuando me di cuenta me había zampado dos algas enteras yo solo, y satisfecho, como si acabara de enseñar a su cachorrillo un nuevo truco, tío Argo me dio unas palmaditas en la espalda. Después, continuamos.

Cada vez que parábamos, cargábamos y descargábamos los fardos de Laki, y yo empecé a tomarle cariño. Me daba empujones con el morro a modo de caricia y yo le rascaba detrás de las orejas como recompensa. Hablaba menos que tío Argo, y pensé que si había sido capaz de soportarlo tantos años, el pobre burro se había ganado una plaza junto a los Siete. La idea me hizo sonreír.

—¡Dichosos los ojos! ¡Si empiezas a reírte!

Por lo visto no podía hacer nada sin que se metiese conmigo.

—Tío Argo —cambié de tema.

—¿Sí?

—Has dicho que me llevas contigo a aprender el oficio, y que unos asaltantes me asesinaban o algo por el estilo. Esa era nuestra coartada.

—¿Y bien?

—¿Cuál se supone que es tu oficio?

Tío Argo tiró de las riendas y detuvo a Laki. En el día y medio que llevábamos juntos yo había aprendido que eso solo sucedía cuando él decidía parar, o cuando el propio Laki se ponía algo perezoso y no había manera de hacerle continuar la marcha.

—Esa es una buena pregunta, chico. ¿Cuál dirías tú que es mi oficio?

Lo miré de arriba a abajo. Era fuerte, tenía el pelo negro —como padre y como yo—, y le llegaba más o menos hasta los hombros. Me miraba con unos ojos de un azul intenso, también marca de nuestra familia, y vestía una camisa negra de manga corta y pantalón largo a juego. La Orden Pura no permite utilizar lana o piel clara sin tintar y, como nosotros, Argo no podía permitirse ningún otro tintum para la ropa que no fuese el negro. A favor de la verdad, eso sí, he de decir que transportaba un cálido abrigo en uno de los paquetes de Laki, pues aún en verano las noches eran frías al raso.

—No lo sé…, ¿labrador? Padre nunca me lo ha di…

—Calla, chico —me interrumpió, y su voz era serena y fría.

Le eché un ojo y vi que ya no miraba hacia donde yo estaba, sino que tenía los ojos clavados en el camino. Alguien se acercaba.

—Ahora escúchame bien —dijo sin moverse—. Haz todo lo que te diga y puede que nuestra coartada siga siendo solo eso.

Logró asustarme, si era otra de sus bromas, no tenía ninguna gracia.

—Pero…

—Pero nada. Descarga los fardos de Laki y monta encima. Si las cosas se complican, te llevará a lugar seguro.

Escruté de nuevo el horizonte. Una silueta negra se perfilaba en el camino, casi como si formara parte de él. Pero no, se movía, y venía hacia nosotros.

—¿Es que no me has oído?

Comencé a descargar a Laki, dejando caer los bultos al suelo. Los nervios me traicionaban y me resultaba difícil desatarlos. Además, sabía que debía hacerlo proporcionalmente para que el burro no perdiese el equilibrio. Si le hacía soportar demasiado peso en uno de los dos lados, nos iríamos ambos al suelo, y la idea de que me aplastase no me pareció muy atractiva.

—Ahora, escóndelos. En las algas. Rápido.

Tío Argo no gritaba, pero noté un extraño acento en su voz. Era evidente que estaba nervioso y que esta vez no bromeaba. En el horizonte, la silueta negra se hacía cada vez más grande, a medida que se aproximaba a nosotros. Parecía una sola figura humana, y yo no comprendía a qué se debía tanto espanto. No obstante me afané en esconder los paquetes entre las algas Nott lo mejor que pude y después corrí al lado de mi protector. Cuando él me vio, sin embargo, me reprendió por no estar ya encima de Laki.

—Monta. Ahora.

Le hice caso y monté en el burro. Curiosamente, me sentí más indefenso allí arriba, a lomos de tan servil animal. Fue entonces que tío Argo habló en un idioma que yo no había escuchado en mi vida, y sus palabras cortaron el aire como un susurro para mis oídos.

—*Tsepraome, Laki, a mo sipen* —Laki tensó las orejas, como si comprendiese perfectamente.

Y yo, anonadado, y encima de aquel burro que había creído estúpido, esperé a que la sombra se acercase. Después de todo, no podía hacer más que eso.

La silueta al fin estuvo tan próxima que pude empezar a distinguir sus rasgos. Era un hombre, de aspecto descuidado. Estaba delgado y no cargaba con ningún equipaje. Su estatus me fue claramente revelado al ver que toda su ropa era negra, como la nuestra. Tenía pinta de no haber comido ni bebido en varios días. Cuando se acercó más, tío Argo me hizo una seña para que bajase del burro y se puso a buscar entre los fardos que habíamos escondido entre las algas.

—*Femte amesne* —Laki volvió a tensar las orejas, e inmediatamente se puso a comer al lado del camino. Había infravalorado a ese burro, sin duda alguna. Me quedé plantado a su lado mientras masticaba algas, y el extraño al fin llegó hasta nosotros.

—¿Cuál es la nueva del camino, señor?

El hombre jadeó e hizo como si tratase de recuperar el aliento. Tío Argo le tendió uno de nuestros pellejos de agua y él bebió escandalosamente. El agua caía por la pechera de su camisa, volviéndola de un negro más intenso, si cabe. Comprobé que desde lejos su aspecto no me había engañado, un poco más y no lo cuenta. Al fin, y tras vaciar la cantimplora al completo, cogió aire para decir algo.

—¡Por los Siete, si no los encuentro podría darme por muerto! —exclamó en un tono realmente exagerado—. Siento mucho no poder pagarles por el agua. ¿Puedo hacer algo que les compense el mal causado? —tenía los ojos desorbitados y lucía una delgadez extrema.

—No se preocupe por el agua, tenemos más. —Hizo una pausa tío Argo—. Dígame, ¿de dónde viene?

—Trataba de cruzar el puente de arena, hacia el sur —señaló a sus espaldas—, pero me ha resultado imposible. He tenido que regresar por donde había venido.

—¿Y cómo es eso? ¿Asaltantes? ¿Algún peligro que yo desconozca?

—No, señor. Es el puente en sí. El dique de arena se está derrumbando y uno no distingue entre lo que es puente y no lo es. No sé si me explico.

—¿Se puede pasar?

—No podría asegurarlo. Desde luego yo no he tenido coraje, y no es

plato de buen gusto recorrer el camino de vuelta, créame.

—Comprendo —caviló unos instantes—… Bien, de todos modos ahora no podemos volver atrás. Delos —era la primera vez que me llamaba por mi nombre—, carga a Laki.

El hombre me miró, y hasta entonces apenas se había fijado en mí. Vi que sus ojos se ensanchaban, y entonces comprendí lo que tío Argo había hecho. Aquel hombre contaría que se topó con dos locos en el camino negro, y que aunque les advirtió del peligro continuaron hacia el puente de arena. Con un poco de suerte incluso recordaría mi nombre. ¿Qué mejor coartada que aquella?

Obedecí rápidamente, e inicié la tediosa tarea de atar cada uno de los bultos a los lomos de Laki, bien distribuidos para que no cayese. Tío Argo seguía hablando con aquel hombre. Presté más atención para oír lo que decían.

—Señor —rogaba el desconocido con voz de súplica—. ¿No le sobraría un poco más de agua para un viajero fatigado? Por supuesto, no quisiera abusar de su amabilidad, pero antes ha dicho…

—No puedo darle más agua —se limitó a responder tío Argo—. Coma algunas algas, son ricas en líquidos.

Tenía que ver aquella cara. Asomé por un costado de Laki y estuve a punto de estallar en una carcajada. El pobre hombre creía que le tomaban el pelo.

Al fin terminé de cargar los fardos y emprendimos el camino. Yo todavía me estaba aguantando la risa, cuando me giré y vi a aquel señor delgaducho escarbar entre las algas. Seguimos andando, pero la tensión se palpaba a cada paso que dábamos. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, tío Argo y yo no lo pudimos aguantar más, y reímos hasta que nos faltó el aliento. Fue así como comprobé que resultaba mucho más divertido observar las bromas del lado de los bromistas.

—¿Se morirá?

—No hombre, solo vomitara un poco, como tú —dijo con cara de malicia—. Además, no creo que lo saque todo, y lo que dije de los líquidos era cierto. Así que en el fondo le he hecho un favor.

—Sí. Seguro que vuelve a darte las gracias.

Y volvíamos a estallar en carcajadas, tan fuertes y duraderas, que me dolía la mandíbula del esfuerzo. Aquello me recordó que el malestar de la espalda había remitido y apenas sentía entumecidas las piernas. Tío Argo me había dicho la verdad.

—No te preocupes, no le pasará nada —dijo al verme cara de preocupación.

—No es eso. Es que tenías razón, ya no me siento tan cansado.

Laki pasó rápido entre los dos, rozándonos con los fardos. Yo creí que iba a caerse, y me puse a correr tras él.

—Déjalo, chico, deja que corra un poco. Total, para una vez que se arranca…

Detuve mi carrera y miré a tío Argo, parecía saber en todo momento lo que pasaba por la cabeza de Laki. Recordé las extrañas palabras que le había dirigido hacía un rato.

—Tío Argo.

—Chico, me vas a gastar el nombre. Suéltalo de una vez.

—Mmmm… quería preguntarte. ¿Qué idioma es ese que has utilizado antes, cuando le hablabas a Laki?

—¿No conoces el *gohjiano*? ¿Pero qué clase de educación te han dado tus padres?

—No —«Soy un segundo, ¿recuerdas?», reprimí para mis adentros.

—¿¡*Pave*!? ¿¡*Cecs'up*!? ¿Ni siquiera eso? —Negué con la cabeza—. ¡Por la concordia de los Siete! ¿A qué jugáis los niños de hoy en día?

Me encogí de hombros, no tenía ni la más remota idea de qué me estaba hablando.

—Bueno. Ya te enseñaré algún día de estos. El gohjiano fue el idioma predominante en Ojhmron hasta que Undagohj se inundó. Después, la ciudad se convirtió en hogar de putas y ladronzuelos, y la Orden Pura decidió crear una nueva lengua que diferenciara a los civilizados de los salvajes. Toda una muestra clasista. Vamos, en su línea.

No acabé de captar algunos conceptos, me había quedado demasiado pasmado al escuchar las palabras «puta» y «ladronzuelo» en la misma frase, sobre todo viniendo de la boca de tío Argo. Eso sí, me pareció que no guardaba demasiada simpatía por la Orden Pura, precisamente. En eso también se parecía a padre y a mí.

—¿Quién creíste que era el hombre de antes?

Hizo un movimiento aburrido con la mano, como quitando importancia al asunto.

—Creí que preparaba el truco del sediento.

Por cómo lo miré, supo que yo tampoco sabía a qué se refería. Compuso un gesto de exasperación, y luego comenzó a explicarme.

—Un hombre se acerca en solitario y pide algo de agua. Dos o tres hombres más se esconden entre las algas, cerca de donde nos ha interceptado el primero. Este analiza la situación, y si le parece factible, hace una señal a los otros para que salgan. El resultado es que nos quedamos sin burro y sin ninguno de nuestros fardos, y eso si las cosas salen medianamente bien.

—Por eso me hiciste descargar a Laki…

—Con tanto bulto no hubiese resultado demasiado rápido, mucho menos contigo a lomos.

—¿Y tú qué hubieras hecho?

—Les hubiese distraído para daros algo de margen. Como no llevo

nada de valor habrían acabado por dejarme en paz.

Pensé en el hombre solitario y sentí un escalofrío. Nunca me hubiese parecido sospechoso.

—¿Y cómo supiste que no preparaba nada?

—El pillaje en los caminos da bien de comer. Ese hombre estaba demasiado flaco para ser un asaltante. Aunque quién sabe, podría haberme equivocado, esos bandidos montan teatros muy convincentes.

*****

El sol había pasado su punto más álgido y hacía rato que decrecía. Caminábamos en silencio cuando al apoyar uno de mis pies en tierra se me hundió hasta el tobillo, solté una exclamación involuntaria y me apresuré a sacarlo del hoyo que se había creado.

—Cuidado, estamos cerca de las arenas Gul, y de tu puente de ensueño. Pronto verás que no todo es tan magnífico como te han contado.

Miré a izquierda y derecha, y era cierto que el desierto se veía distinto, aunque yo no me había dado cuenta hasta entonces. Alternándose con la roca dura, se veían remolinos de arena negra aquí y allá. Al ser todo tan oscuro resultaba difícil distinguir una cosa de otra, pero prestando atención incluso me pareció ver que la arena se movía en ciertos puntos, formando siniestros agujeros en el terreno.

Los pies se me hundían cada vez más en el camino, que a medida que avanzábamos perdía su consistencia para convertirse en una extraña balsa de arena negra. A tío Argo no parecía preocuparle en absoluto la situación, pero yo estaba lo que se dice aterrado.

—No te salgas de la senda, y no te pasará nada.

Traté de delimitar lo que era la senda y solo fui capaz de hacerlo por las algas Nott a ambos lados. Hasta entonces, el camino había sido duro y medianamente liso, fácilmente diferenciado del campo abierto, pero ahora todo era maldita oscurita deshecha, mirase uno donde mirase.

La luz del sol arrancaba destellos a las dunas, cada vez más abundantes en el paisaje, y el viento traía consigo ráfagas de arena que nos golpeaban cuerpo y alma con vehemencia. Súbitamente comprendí a aquel hombre que habíamos visto antes, y casi deseé que tío Argo entrase en razón y diese media vuelta como hizo él. Pero claro, eso hubiese sido demasiado pedir.

Miré a Laki, y parecía estar acostumbrado a andarse por estos ruedos. Si no fuese porque las algas estaban medio enterradas, probablemente se habría parado a tomar un aperitivo. Yo, por mi parte, ya tenía bastante sacando una y otra vez las piernas de la arena, y he de decir que cada vez se me hundían más. Tío Argo, como siempre, parecía imperturbable, y aunque debía pesar el doble que yo,

misteriosamente se hundía menos en la tierra.

A los pocos minutos apenas podía ver donde pisaba. El viento comenzó a azotarnos más fuerte y nos vimos inmersos en una espectacular tormenta de arena negra. Me agarré a los fardos de Laki para no desorientarme.

—¿¡Estás seguro de que…!? —La boca se me llenó de tierra y tuve que callarme. Supe con toda seguridad que tío Argo ni siquiera me había oído.

El viento zumbaba alrededor. Me protegí la cara como pude con el brazo que tenía libre y comencé a otear el suelo, pues mirando hacia delante solo conseguiría llenarme de oscurita los ojos. Bajo aquella tempestad, odié el mineral negro más que en toda mi vida, y no por su color, que hubiese sido lo más lógico, sino porque me golpeaba incesantemente hasta el punto de casi hacerme caer.

Tropecé con algo, y por un instante pensé que era el fin, que me había salido del camino y andaba desorientado cerca de las dunas. Pero no, aquella oscura figura que tenía enfrente era tío Argo, y me hacía señas para que me quedase donde estaba. Se acercó a Laki y revolvió entre los paquetes hasta encontrar algo. A través de la tormenta, pude ver un óvalo de madera negra atravesado por una red, y con unas extrañas correas atadas a esta. Cuando se acercó vi que no se trataba de una, sino de dos piezas idénticas, y tío Argo me hizo señas para que me las atara a los pies.

Le hice caso, puse uno de los óvalos sobre la arena y pisé en el centro de la red con el pie derecho, donde estaban las correas. Seguidamente, até estas a la punta de mi bota, y al descargar el peso sobre esa pierna para sacar la izquierda de la tierra, comprobé que apenas me hundía. Me coloqué el otro extraño andador, y tío Argo volvió al otro lado de Laki tras asentir con la cabeza.

Ahora que la tierra ya no me tragaba solo tenía que preocuparme de la tormenta y de no perder el rumbo. A mi izquierda únicamente veía la cabeza de Laki, pues tío Argo se perdía entre la densa tormenta al otro lado, y para mi sorpresa, me hallé rezando a los Siete por que cesara cuanto antes la terrible furia del viento.

Siete esplendorosos,
Siete en su bondad,
Nesepoe, Aavo y Aojo,
Siete son deidad,
Ruku, Vopofub,
Siete y su verdad,
Visef, Aobujomu,
Siete por piedad.
Guardad estela blanca,

Por mí, os ruego, velad.

Anduvimos largo rato, no sabría decir cuánto, pero cada minuto allí era un auténtico infierno. Entonces, cuando hacía ya tiempo que había abandonado mis oraciones y me resignaba a seguir caminando, noté que aunque el aire seguía alborotado ya no arrastraba tanta tierra como antes. Pensé inútilmente que mis rezos habían surtido efecto, pero inmediatamente me di cuenta de que esa idea era absurda. El viento seguía golpeándonos con igual o incluso mayor fuerza que antes. Pero entonces…, ¿por qué levantaba cada vez menos tierra? El estómago me dio un vuelco cuando al fin vislumbré, a ambos lados del camino: la respuesta.

Un abismo estremecedor se abría a izquierda y derecha del sendero. Las algas Nott habían sido sustituidas por bloques enormes de piedra negra, y solo cuando vi esto último, me di cuenta de dónde estábamos. Yo pensaba que el nombre del puente venía dado por el terreno, que se llamaba puente de arena por cruzar, precisamente, por encima de las arenas Gul. Pero mi corta imaginación no habría podido estar más lejos de la realidad. El puente de arena era eso: un puente de arena.

Cómo lo explicaría. Aquello no era un puente en absoluto, era un torpe pero funcional parche puesto entre dos dunas gigantescas de arena negra, para que locos de atar como nosotros tuviésemos una nimia oportunidad de sobrevivir al paso. Era gigantesco, eso sí, y estaba formado por dos muros de piedra paralelos, separados a una distancia de unas tres varas, altísimos, y cuyo hueco intermedio, en lugar de ser de roca como debiera, había sido rellenado de arena negra.

Contuve el impulso de mirar hacia el precipicio. El hecho de pensar que Laki pudiese tener uno de sus arrebatos me subía los pelillos a la garganta, por decirlo finamente. Si el burro echaba a correr y me daba con uno de sus fardos, sería el fin.

—¡No te separes, chico! —gritó tío Argo desde el otro lado. Ahora que la arena quedaba muy, muy abajo y el viento no la levantaba, podíamos hablar con un poco más de normalidad.

—¡¿Por qué no lo hicieron de piedra?! —farfullé yo, ofuscado.

—¡Lo intentaron, pero las rocas acababan por hundirse y resultaba demasiado costoso, así que decidieron ahorrarse el relleno!

Y entonces vi que había estado muy equivocado al pensar que aquello era una chapuza. Había un enorme sistema de poleas en la parte exterior de cada muro, que recogía tierra de abajo y la vertía continuamente sobre el puente, en varios puntos clave. Poco a poco lo comprendí: estábamos en el centro mismo de Gul, todo un paraíso de arenas movedizas, cualquier intento de puente convencional hubiese sido tragado por la arcilla cambiante. Volví a examinar la

construcción, y entendí que no iba contra las arenas, sino que fluctuaba junto a ellas en un espléndido mar de tierra negra. En realidad era una obra muy inteligente, casi diría brillante. Las poleas proporcionaban el material necesario para que el hueco entre ambos muros nunca estuviese vacío, y de no ser porque no imaginaba cuáles eran los puntos de cimentación en aquel paisaje cambiante, me habría quedado hasta tranquilo.

Ya habíamos llegado casi a la mitad, y pasamos cerca de uno de los grandes sistemas de relleno. Resultaba un poco molesto el caer continuo de tierra cerca de nosotros, pero era mejor que ser succionado por el firme. En total había tres puntos de volcado, y habiendo pasado el primero y el segundo, sentí que empezaba a acostumbrarme a la extraña estructura y que estaba más o menos seguro. Cuán equivocado estaba…

El puente mediría de largo al menos trescientas varas. Era una obra de magnitudes colosales. Pensé en la piedra que habrían ahorrado y me sentí ampliamente fascinado por la mente que hubiese inventado aquel ingenioso sistema. Desgraciadamente, tuve poco tiempo para detenerme en admiraciones.

Estábamos casi al final y tío Argo detuvo a Laki por alguna razón que yo no comprendía. Aun así aminoré el paso y me di la vuelta para ver qué pasaba. Él señaló hacia delante, y entonces vi que el sistema de poleas del muro derecho funcionaba correctamente, pero su simétrico de la izquierda permanecía inmóvil y sin vida.

—No aguantará —dijo él estudiando el trecho que quedaba—. Si pasamos juntos nos hundiremos.

Yo miré a Laki, la verdad es que iba a resultar complicado hacerlo cruzar. Un remolino de oscurita se formaba cerca de las poleas, lo cual quería decir que el sistema de relleno mermado no era suficiente y la tierra era tragada por la propia tierra —valga la redundancia—. A mí no se me ocurría qué hacer, pero para eso ya estaba tío Argo, que parecía saber todas las cosas del mundo. A veces resultaba exasperante…

—Ven, chico.

Obedecí, y no hizo falta que él dijese nada más, simplemente me limité a imitarle y descargar, una vez más, y uno a uno, los fardos de Laki.

—Yo cruzaré primero. —Prosiguió, entretanto ataba una cuerda a la montura de Laki, ya liviano—. Cuando esté allí me lanzas la cuerda. Llamaré a Laki y tiraré de él si veo que se hunde.

—¿Y los fardos?

—Yo llevaré el agua. Después, te volveré a pasar la cuerda y le atas las mantas y alguna cosa más. Lo imprescindible.

Asentí, le hubiera preguntado cómo iba a cruzar yo, pero no quise

parecer un miedica. Supongo que me pasaría la cuerda al igual que haríamos con Laki. Era un poco humillante, pero más seguro. No iba a quejarme por ello.

—Ten. —Me tendió las riendas de Laki—. Háblale para que se tranquilice, no conviene que se asuste.

—Sí.

Dicho y hecho, tío Argo se acercó al remolino y, tras coger carrerilla, dio un salto tremendo atravesándolo por completo. No cayó de pie, supuse que prefirió lanzarse en plancha y sacrificar una caída limpia en pos de aterrizar en suelo más seguro. Me hizo una seña, susurré un par de tonterías a Laki y me acerqué para lanzarle el extremo de la cuerda. ¿Qué se le dice a un burro para que no se asuste?

—Burro bonito, no tengas miedo. ¡Ay, qué bonito es mi burro!

Me sentí estúpido.

Le lancé la cuerda sin demasiada dificultad y él la agarró al vuelo. Entonces, me gritó algo para que se lo dijese a Laki. El sonido de tierra que era descargada una y otra vez sobre el puente hacía difícil escucharle, y le pedí que me lo repitiese.

—¡*Petu fosni,* Laki!

—¡¿Qué?!

—¡*Petu fosni,* Laki!

—¡Vale!

En realidad no le había oído muy bien, pero aquella situación me parecía absurda. Me acerqué al burro.

—*Potuuufose*, Laki, *potuuufose* —El animal me miró, estupefacto—. Vamos Laki, se bueno y hazle caso a tío Argo. Ve con él.

Nada, no había manera. Le di una palmadita en el culo, y tampoco se movió. Miré hacia el otro lado del remolino, tío Argo levantaba los brazos con gesto de no entender qué estaba pasando. Menos lo entendía yo…

—Laki bueno, burro bueno. Venga, ve con tío Argo.

Nada, el condenado no se movía.

—¿Quieres algas, Laki? —cambié de estrategia, y vi que plantaba las orejas—. ¡Eso es, Laki! ¡Mmmm… algas buenas! ¡Están allí! ¡Ve con tío Argo, ve!

Y para mi sorpresa comenzó a caminar. Desde el otro lado tío Argo me miró satisfecho, casi orgulloso.

—¡Eso es, muy bien Laki! ¡Corre con tío Argo!

Y Laki prosiguió poco a poco hasta casi llegar al remolino negro. Pero entonces algo pasó, dudó, y volvió la cabeza para mirarme.

—¡Laki, no! —Le hice señas desesperadas—. ¡Corre!

Sus patas delanteras resbalaron hacia el remolino, y vi como caía de lado justo en el ojo del tragadero.

—¡Laki*, nu ti maiwet*! ¡*Nu ti maiwet*! —gritaba tío Argo desde el otro lado mientras tiraba desesperado de la cuerda—. ¡*Tsepraome*!

Se estaba hundiendo, y tío Argo no tenía fuerza suficiente para sacarlo del agujero. Quizá sí la tuviese para levantarlo en terreno liso, pero no en aquellas condiciones. Y no sé qué pasó dentro de mí, ni de donde saqué agallas para hacer lo que hice, pero el caso es que me hallé corriendo con aquellos extraños andadores para saltar el remolino.

—¡Chico, no!

Pero ya era demasiado tarde. Mis botas surcaban el viento con aquellas dos rejillas ovaladas enganchadas a la base, y mi optimismo iba decayendo a medida que caía inexpugnablemente hacia el agujero. Había sido un salto torpe, y lo sabía.

Caí, caí irremediablemente. Me reuní con Laki en aquel siniestro sumidero, y no supe quién de los dos estaba más asustado, si el burro o yo. Traté de levantarme, la arena ya cubría medio cuerpo de Laki y apenas se le veían las patas. Tenía que salir de allí y llevarme al pobre animal conmigo.

Conseguí enderezarme a duras penas, y gracias a los andadores de tío Argo logré medio salir del agujero. Allí estaba él, a pocos metros de mí. Tenía lágrimas en los ojos, y sin soltar la cuerda de Laki se acercó y me tendió una mano. Sus botas estaban en el límite del terreno firme, y cuando tiró de mí con una fuerte sacudida temí que él también se precipitase hacia el tétrico pozo. No sé cómo lo hicimos, pero ambos acabamos tumbados sobre la oscurita deshecha, más allá del sumidero.

Tío Argo se levantó horrorizado, había perdido la cuerda en la caída. Cuando yo se la mostré levantándola en alto sus ojos compusieron una expresión indescifrable, y ambos nos afanamos en tirar de ella con todas nuestras fuerzas.

Laki estaba hundido hasta el cuello, y parecía imposible incluso contrarrestar la fuerza de las arenas. No obstante tiramos con fuerza, emitiendo gemidos por el esfuerzo que se perdían en el negro horizonte. Poco a poco noté que avanzábamos, alejándonos del sumidero. Temí que la cuerda se hubiese roto abandonando a Laki a sus suerte, pero no era eso. Tío Argo estaba fuera de sí, quería tanto a aquel animal que hubiese muerto allí mismo por salvarlo. Sus ojos no dejaban de llorar, y sus brazos, hinchados hasta el extremo, no cesaban la fuerza sobre aquella cuerda en la que le iba la vida.

Yo no podía mirar hacia el agujero, no podía ver la expresión de Laki mientras era tragado por la tierra. Solo continué tirando, y poco a poco percibí que la cuerda cedía. El momento traspasó mis sentidos como parte de un sueño enrarecido. Al fin, y tras quedar los tres sin aliento, logramos sacarlo del remolino. Y en lugar de caer rendidos allí

mismo: corrimos, corrimos para alejarnos de aquel puente tan bello y nefasto que casi nos cuesta la vida.

Cuando poco después nos dejamos caer sobre tierras algo más firmes, giré la cabeza y miré a tío Argo. Laki le hacía caricias con el morro…, y él seguía llorando.

LO GANADO, LO PERDIDO

Ese día no andamos más, quedamos rendidos de cansancio en aquel mismo lugar en donde había acabado nuestra carrera. El sol se puso y no le prestamos atención. Laki se tranquilizó, y tío Argo dejó de llorar. Yo, por mi parte, sentía un extraño vacío en mi interior y no sabía muy bien a qué se debía.

—¿Qué diantre le dijiste a Laki, chico?

Tío Argo me extendió un poco de agua, que era lo único que nos quedaba. Habíamos perdido todos los fardos en el puente, pero lo importante es que estábamos enteros los tres y que por suerte no hacía demasiado frío.

—No sé…, no oí bien lo que me decías. La arena al caer no me dejaba escuchar nada.

Recordé mi patética conversación con Laki y me costó reprimir una carcajada. Tío Argo no insistió en el tema.

—Aquel hombre —comencé yo—, dijo que no se distinguía bien lo que era puente y lo que no, que el dique se estaba derrumbando. ¿A qué se refería?

—El puente no es solo lo que hemos dejado atrás, chico. Probablemente todavía estemos sobre él. —Una oleada de pánico me invadió—. No, no es lo que piensas. Allá el terreno es demasiado cambiante como para que nada se quede en su sitio, por eso las piedras están bien afianzadas mucho más allá de lo que se ve a simple vista. —Me estudió, cavilando si yo lo entendía—. Lo que aquel hombre quiso decir, es que el rastro del puente se había perdido. Normalmente, se ven las rocas negras a los lados del sendero, pero la tormenta las había ocultado. Lo del dique fue una conclusión precipitada, como pudiste ver el muro estaba en su sitio.

—Ya…, creo que sé lo que quieres decir.

—Piensa, si tuvieras que construir un puente entre arenas movedizas… ¿dónde amarrarías sus extremos?

—Entonces la piedra está bien anclada a varios cientos de varas…

—Eso es, a ambos lados.

—¿Cómo pudieron hacer algo así?

—Es algo incierto, pero se supone que aprovechaban las tormentas de arena y el desplazamiento de tierra. Lo construyeron los gohjianos hace siglos, para hacer más accesible el paso a Nathalma.

—¿La gente de Undagohj?

—Sí. No siempre ha sido hogar de herejes y prostitutas, para disgusto de algunos. Antes de que se inundase era el mayor centro

cultural de Ojhmron. —Hizo una pausa—. Chico, sé que eres un segundo, ¿pero de verdad no te han contado nada de esto? —Negué con la cabeza—. Deberé tener una conversación con tu padre Arghjo, cuando vuelva a verlo.

—¿Cuánto hace de eso, de la inundación?

—Fue en el siglo veintitrés después del séptimo aviso.

—¿Hace seiscientos años? ¿Y aún quedan casas en pie?

—Chico, desprecia la oscurita todo lo que quieras, pero cuando la hallas dura y bien cimentada, es casi indestructible. Gohj fue la ciudad más próspera de todo Ojhmron, lo mínimo es que se construyese con buena piedra. ¿No crees?

No sé por qué preguntaba mi opinión. ¿Qué podía decir yo de todas esas cosas? No tenía ni idea de cómo era el mundo que me rodeaba, ni de cómo había sido antes de que yo llegase a él. Me quedaba mucho que aprender.

Laki se sentó a nuestro lado y nosotros decidimos tumbarnos a descansar. Las estrellas me observaban desde lo alto, y me dieron coraje para pasar a otro punto de la conversación. Al principio no me había atrevido a decir nada, y cuando lo hice tío Argo no me oyó. Pero la pregunta me quemaba en el pecho, tanto que si no la sacaba acabaría por hacerme daño.

—Tío Argo, —me di cuenta de que siempre preparaba el terreno de la misma torpe manera—, ¿tú sabes lo que le pasa a mi hermano? Lo que le pasa de verdad.

Aquella cuestión debió cogerle por sorpresa. Estábamos muy juntos uno al lado del otro, para guardar el calor, y se apoyó sobre un codo inclinándose hacia mí.

—¿Por qué me preguntas eso? Ya has visto el tintum.

—Sí. Lo he visto, pero me parece una tontería. ¿Por qué iba a morir mi hermano? No está enfermo y solo tiene tres años más que yo.

Tras un breve inciso, como si pensase bien sus palabras, tío Argo volvió a hablar.

—Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad. Tu padre y yo competíamos por ver quien era el mejor, aunque los dos sabíamos a quién se le reservaba la gloria. Imagino lo que debes sentir, has ido toda la vida detrás de la estela de Dehljos, y ahora el mundo se te viene encima. —Volvió a tumbarse, y mi visión fue a posarse una vez más en las estrellas fulgurantes—. Hay muchas maneras de morir, chico. No sé lo que ponía en esa carta, pero aunque tu hermano no parta al reino de los Siete, si dice que está muerto es que lo está.

Pensé en ello mientras el frío de la noche invernal me calaba los huesos. Tío Argo dijo que me dejaría dormir un par de horas y luego partiríamos, pues quedarnos al raso y sin mantas toda una noche podía ser fatal. No rechisté, a estas alturas era consciente de que él

sabía lo que se hacía.

Y el vacío en mi pecho persistía, llenándome de una extraña angustia que me recorría todo el cuerpo. ¿Por qué no podía creerlo sin más? ¿Por qué no adaptarme a mi nueva situación sin hacer más preguntas? Quizá es lo que hubiese hecho cualquier otro en mi lugar, pero yo no podía. Recordaba dos piernas que corrían frente a mí, yo tratando de alcanzarlas, siempre tras ellas, siempre siguiendo el rastro de sus pisadas. ¿Quién era yo? ¿Delos? ¿Dehljos? ¿Algún día me acostumbraría a aquel nombre? Y las estrellas no me respondían, brillantes e inalcanzables, como si me empujasen a descubrir las respuestas por mí mismo.

LA BREA Y EL MOLINILLO

Desperté sintiéndome algo desorientado. Me había dormido boca arriba, pero me hallaba doblado en una extraña posición. Entonces, noté que me movía y al alzar la vista vi la oscurita pasar ante mis ojos. Me alcé un poco más, asustado, y fui a caer de culo en el camino. Entonces giré la cabeza y comprendí lo que había pasado. Tío Argo, para no despertarme, me había montado sobre Laki, y por el daño que me había hecho al dar con el suelo, supuse que ya hacía bastante de eso; habíamos dejado atrás el terreno arcilloso y volvíamos a caminar sobre tierra firme.

Me levanté, aturdido, ya podía decir que una vez me desperté sobre un burro. Di unas rápidas zancadas y alcancé a la comitiva, que no había parado ante mi repentino desvelo.

—¿Hemos andado mucho?

—Técnicamente, tú no has andado.

Fruncí el ceño.

—¿Hemos avanzado?

—Sí, traté de despertarte…, pero no hubo manera de que abrieses los ojos. Pensamos en dejarte allí —lanzó una sonrisa burlona—. Pero al final nos diste pena.

Estuve tentado de preguntar a quién, pero recordé que Laki era parte pensante del grupo y decidí callar.

—¿Puedo preguntar a dónde vamos?

—Pararemos en La Brea y el Molinillo, si llegamos antes de media tarde podremos tomar una cena caliente y dormir sobre una litera de paja.

—¿Con qué dinero piensas pagar?

—Chico, si me crees tan estúpido como para dejar veinte cintos entre los fardos de Laki, es que todavía no conoces a tío Argo.

Resultaba extraño caminar de noche, y si bien de día apenas nos cruzábamos con caminantes, de noche el sendero estaba envuelto en un susurro sepulcral, solo perturbado por el sonido de nuestros propios pasos. Me fijé en que volvían a crecer algas Nott en los márgenes.

—¿Dejamos comer a Laki? —pregunté.

—Se dio un atracón hace rato, cuando te llevaba a rastras.

Me imaginé la escena y concluí que debió resultar bastante penosa. Tío Argo contestaba con frases tajantes que ponían fin a mis intentos de conversación. Le observé y me di cuenta de que estaba agotado. Yo había medio dormido sobre un burro, pero él llevaba día y medio sin

cerrar los ojos. Se le habían formado ojeras y caminaba arrastrando los pies. Tendría más ganas de llegar a la posada que yo, si cabe.

—¿Piensas mucho en casa? —me preguntó, al parecer le había preocupado mi inconformismo respecto a la muerte de Dehljos.

—Sí y no. Sé que padre y madre están bien, no me preocupan. Pienso en las cosas que dejo atrás, y en que tardaré tiempo en recuperarlas —«si es que algún día lo hago», pensé.

—Eso está bien. No hay nada malo en ser consciente de las cosas que se quedan en el camino. Pero no le des demasiadas vueltas. En exceso todo acaba por hacer daño.

Asentí, tío Argo me ayudaba más de lo que en un principio había esperado.

—Ah, chico, gracias por lo de antes —dijo como de pasada—. Si no me llegas a echar un cable… Laki no lo cuenta.

Noté que le costaba agradecérmelo, no parecía el tipo de persona que depende de nadie para solucionar sus problemas.

—De nada —musité. Yo era la cara opuesta, y no estaba acostumbrado a resultar útil a nadie.

Seguimos caminando en silencio durante un rato y el sol comenzó a crecer al este. Allí, en su misma dirección, empezaba a divisarse una negra espesura que solo podía ser lo que yo pensaba que era: un bosque. Y si bien era cierto que a la izquierda del camino habían ido apareciendo intermitentes signos de flora, yo todavía era demasiado inexperto como para darme cuenta de ello.

Cerca de Nathalma la máxima vegetación conocida eran las algas Nott, y algún que otro arbusto seco como el *rapine* o el *esqejo*, ninguno de ellos válido para más que la obtención de leña de dudosa calidad. Lo único medianamente pasable era la *hoga*, un árbol autóctono de madera fuerte, resistente, y por descontado de color negro. De hecho, quitando esta noble excepción nunca había visto crecer nada más alto que yo, y poder divisar el bosque desde tan lejos, me indicaba que aquello, fuese lo que fuere, era más inmenso que todo cuanto yo había conocido hasta entonces.

En cierto modo, cuanto había dicho tío Argo se había cumplido. Ya no sentía doloridos los músculos, pero por otra parte, me hallaba tan cansado que temí desfallecer en cualquier momento. No obstante, zancada a zancada, fuimos ganando terreno a las tierras del sur, que se perdían más allá del horizonte. Y mientras lentamente nos dejábamos llevar por el camino negro, de tanto en tanto yo me giraba para buscar, sin saberlo, una ciudad que ya se había desvanecido en la oscura lontananza: Nathalma, el hogar que se perdía a mis espaldas.

El trayecto hasta la posada fue bastante monótono. Estábamos demasiado cansados y hambrientos como para empezar diálogos mínimamente interesantes. Paramos al álgido para comer unas algas, y

proseguimos mecánicamente como si lo único importante en nuestras tristes vidas fuese llegar a La Brea y el Molinillo. El sol comenzó a decrecer hacia el oeste, casi sin que nos diésemos cuenta.

La vimos antes de lo que yo esperaba, a la derecha del sendero. Era una casucha de oscurita de dos pisos, había un abrevadero para los caballos en la entrada, y un par de bancos rústicos con vistas al camino. Además de eso, nada. Ni ruido, ni gente, ni un solo potrillo atado junto al bebedero. Parecía un lugar abandonado, y previamente a internarnos en él, tío Argo solo me aclaró dos cosas.

—No digas nada y deja que yo me encargue de todo.

Antes de que pudiese asentir ya habíamos entrado y recorríamos un amplio salón repleto de mesas y sillas vacías. Al fondo había una larga barra de madera, y tras ella, un hombre delgaducho y barbudo cuyos ojos se encendieron en el momento en que fueron a posarse en nosotros.

—¡*Sadop sihapf'up*! ¿*C'unu ti avsiwit a vipos ara'i*?

No sonó demasiado amistoso.

—*Nu mupvit up cosou* —respondió tío Argo con parsimonia, mientras se aproximaba a él.

—¡Argo*, nu mi tunit eo pimu! ¡Tsit aput, tsit aput hi etqisefu!*

El sonido de la bolsa de monedas cayendo sobre la barra acabó con la discusión. El tabernero palideció y clavó la vista en ella.

—He venido a pagarte Tuhrj, haz el favor de ser cortés aunque sea solo por una vez. No querría que el chico se llevase una mala impresión —me señaló.

—¿Está todo? —preguntó el hombre con cara de incrédulo.

—Todo, más el precio de dos camas, cerveza en abundancia y una comida caliente.

—¡Eso son al menos diecinueve cintos, tres diezmos… y cinco negros!

—Entonces dame la vuelta.

El tabernero buscó dentro de la bolsa sin ningún tipo de miramiento, sacaba las monedas una a una y las hacía caer sobre la barra para comprobar el sonido que emitían.

—Estaremos en la mesa de siempre, tráenos algo rápido, estamos agotados. Y cámbiale el agua a Laki anda, que el abrevadero está lleno de mierda. —Me hizo un gesto para que lo siguiese, y nos acomodamos en una de las mesas, casi al fondo del local.

—Esos eran…

—Calla, chico, de todas formas los creías perdidos. Si no llego a pagarle a este cretino, no nos ofrece ni agua.

Eran los veinte cintos que mis padres le habían dado antes de que partiésemos. Calculé las vueltas: sesenta y cinco negros, algo más de medio cinto. Ver desaparecer aquel dinero por algo que no tenía que

ver conmigo no me hizo demasiada gracia. Pero callé e hice caso a tío Argo, que con aquellas ojeras imponía respeto.

El tal Tuhrj se acercó al cabo de un rato con dos platos de sopa caliente. Olía bien, sobre todo después de los dos días que llevábamos a base de algas Nott. Decir que comimos sería poco acertado, más bien engullimos y devoramos. Cuando el tabernero regresó con dos jarras de cerveza, le tendimos los platos vacíos haciendo señas para que los rellenase. Él puso cara de aburrimiento, pero no dijo nada, pues al fin y al cabo habíamos pagado. Cuando se alejó quise preguntarle algo a tío Argo.

—¿Por qué ese hombre habla gohjiano? Estamos cerca de Nathalma, y por lo poco que sé, Undagohj todavía queda muy al sur.

Él bebió media jarra de un trago, se limpió la espuma de la barba con la manga de la camisa, e ignoró por completo mi pregunta.

—¿No vas a probarla? —Señaló la que se suponía que era mi cerveza.

—¿Yo?

—¡No, Aobujomu! ¡Pues claro, hombre! ¿Quieres llegar a algo en la vida? ¡El primer paso es cogerte una buena borrachera!

O la media pinta le había subido demasiado deprisa, o la demencia se había apoderado de él de alguna forma que yo no llegaba a comprender.

—Bebe hombre, que no muerde. ¡Bebe con tío Argo tu primera cerveza!

Miré a un lado y a otro, la taberna estaba desierta y su voz se perdía en los oscuros recovecos del mugriento local.

Agarré la pinta con algo de inseguridad. Padre nunca me habría dejado hacerlo. Pero entonces vi la cara de tío Argo, expectante, toda su felicidad puesta en aquel desvirgamiento cervecero. Bebí, y no hubiese sabido describir del todo la sensación, pero me gustó, y vaya si me gustó. Tenía un ligero nosequé, una pizca de aquel, o vaya a saber usted, pero su aroma fue un auténtico regalo para mi cuerpo agotado.

Tuhrj nos trajo más sopa, y tío Argo le hizo una señal para que no se fuese. Apuró su cerveza, y tendiéndole la jarra vacía le pidió dos más.

—¡Hay que enseñar al chico las buenas costumbres, ya sabes a qué me refiero!

Actuaba de un modo extraño, como si de pronto se hubiese convertido en el hombre más feliz del mundo. Quizá en realidad lo fuese, quizá estuviese contento por haber salvado a Laki de una muerte segura, o por poder enseñar a su sobrino cómo se bebe más allá del puente de arena. Pero fuese como fuere, el caso es que se mostraba exultante y su vozarrón destacaba a lo largo de toda la taberna vacía.

Nos acabamos el segundo plato de sopa, más tranquilamente, pero no fue aquel caldo lo que más llenó nuestros estómagos. Las jarras iban y venían de la barra a la mesa, la mayoría directas a la garganta de tío Argo. Yo me contenté con acabarme la primera y la mitad de una segunda. Para entonces ya empezaba a sentirme lo suficientemente mareado como para saber que no debía continuar.

—¡Por los segundos! —Brindábamos cada dos por tres sumiéndonos en carcajadas—. ¡Por los que serán primeros! —Y un leve brillo cruzaba los ojos de tío Argo.

Y aunque yo no me daba cuenta, mi voz también comenzaba a sonar estridente en cada recoveco de la taberna, sumándose en la lucha contra el silencio. Era algo curioso aquello del beber, como una extraña flojera que adormecía y descansaba mis sentidos. Me hallaba reflexionando sobre ello, cuando algo hizo que la voz de tío Argo pasara a un segundo plano en mi cabeza.

Una jovencita bajó por las escaleras que había cerca de la barra, y por cómo interactuaba con Tuhrj deduje que era su hija, o al menos eso parecía. Tendría más o menos mi edad, puede que uno o dos años más —como mucho—, y desde donde estábamos yo solo alcanzaba a distinguir sutiles rasgos de su rostro.

Se puso a ayudar con las tareas de la taberna, y mientras limpiaba la barra y barría el suelo cerca de las escaleras, yo no podía dejar de mirarla. Aunque vestía ropas holgadas, su silueta era delgada y curvilínea. Tenía una nariz pequeña y grácil y unos ojos que se adivinaban oscuros y brillantes a un mismo tiempo. No obstante no fue en ellos donde se detuvo mi mirada, sino en unos cabellos largos y lacios que me parecieron lo más hermoso del mundo. Eran de un negro intenso, un negro oscurita inconfundible.

—¿Qué pasa, chico? ¿Es que no me estás escuchando?

Sus palabras llegaron a mí con un ligero retardo, dado mi grado de ensimismamiento.

—No tío Argo, solo recordaba algo que me dijiste —respondí sin apartar la mirada de aquellos cabellos negros. Eran vulgares, nada fuera de lo común en Ojhmron, como los míos y los de madre, como los de padre y los del propio tío Argo—. Tenías razón.

—¿En qué?

—En que solo los necios valoran las cosas por su mayor o menor abundancia.

Tío Argo siguió el rastro de mi mirada hasta la muchacha, y de pronto pareció comprender. Esbozando la mejor de sus sonrisas, se dirigió de nuevo a mí, esta vez en un tono normal y pausado.

—Ve a la cama, chico, por hoy ya has bebido suficiente.

LADRONES

Pensé que aquella noche dormiría a pierna suelta, y hubiese sido así de no ser por el repentino despertar que me guardaba tío Argo. Yo había subido a las habitaciones antes que él, y aquella muchacha de cabello oscurita me había acompañado hasta la puerta. Me hallaba algo aturdido por la cerveza y cuando subió las escaleras delante de mí no pude quitarle el ojo de encima.

Llegamos a un segundo piso algo más austero, todo él construido de madera de hoga. Solo los fuertes muros exteriores eran de piedra, y tanto las paredes de las habitaciones como el suelo eran de madera opaca. Aunque desde fuera imaginé que toda la posada sería de roca, no me sorprendí demasiado. La oscurita era barata, pero pesada y difícil de transportar. Hacían falta menos caballos para llevar un carro de madera que uno de piedra, y la hoga era fiable y duradera.

—Es aquí —dijo la muchacha señalando una de las puertas a mitad pasillo.

De la pared pendía un candelabro con tres velas negras prendidas, y la luz bailaba por encima de su rostro haciéndolo más bello a mis ojos alcoholizados. Sus cabellos brillaban como aquella puesta de sol del desierto, dos días atrás. Yo no sabía nada del amor, no era más que un niño que sentía cosas extrañas en el estómago mientras la miraba, y cuando ella me sonrió, me di cuenta de que me había quedado clavado en el suelo, perdido en su atrayente fisionomía.

Entré a la habitación nervioso y cerré la puerta detrás de mí sin siquiera despedirme. Pero qué podía hacer, sin ni siquiera cumplir los trece años había sido arrojado al mundo de improviso, a un mundo que nunca albergué la esperanza de conocer y con el que ahora me daba de bruces.

En el cuarto había dos colchones de paja, mantas, y un candelabro como el que había visto en el pasillo, con los cirios encendidos. El tintum negro de la cera me hizo recordar las cartas de Dehljos, aquellas que enviaba antes de morir o creerse muerto. Arrebujado en una de las mantas y sobre el mullido colchón, imaginé sus viajes por el mundo, su partida a los siete años hacia el templo de la Orden Pura y sus años como aprendiz de alquimista. Si yo me sentía asustado, él debía haberse sentido mucho peor.

La luz danzaba sobre las mechas encendidas, arrancando gotas de tintum negro que resbalaban hasta el pie de la lámpara. Dehljos me había explicado, en una de sus misivas, que aunque la cera de abeja es de consistencia oscura, al fabricar las velas queda irregular y vale la

pena usar un poco de tintum barato. Después de todo, hasta lo más común resulta mejor con un buen acabado.

Me sentí extrañamente ligado a él, a su breve paso por el mundo. Todavía no era consciente de lo que significaba tener que reemplazarle, y curiosamente, el hecho de partir de casa me había llevado a comprenderlo mucho más que todos aquellos esfuerzos de padre y madre para que le admirase. Sentía como si siguiese su estela, su débil rastro en la negrura perpetua de Ojhmron. Y a la vez, aquel desasosiego en mi pecho se hacía grande, como si supiese que viajaba inexorablemente hacia un tintum rojo en el lacre de una carta indeseada.

Probablemente fuese la cerveza, pero aquella noche le di demasiadas vueltas a todo. Cuando tío Argo entró a la habitación, mucho después que yo, me hice el dormido, y vi cómo se tambaleaba de lado a lado hasta dejarse caer en el colchón. El estruendo que armó no solo me habría despertado a mí, sino a los huéspedes de toda la posada si es que los hubiese habido. De todos modos decidí no dar muestras de desvelo, y así fue como al fin me quedé dormido.

Desperté con un molesto zarandeo. No fue como caer de los lomos de Laki, pero casi. Al principio no supe dónde estaba, pero entonces vi a tío Argo balancearme nervioso, cogiéndome por los hombros. Me dolía la cabeza, recordé las jarras de cerveza y la muchacha de cabellos negros, estuve a punto de sonreír.

—¡Hey, chico, deja de soñar! ¡Tenemos que irnos! —gritó por lo bajo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Shhhhh! ¿Quieres dormir al raso otra noche? —Negué con la cabeza—. Pues entonces hazte caso de tío Argo.

Miré lo que llevaba colgado de un hombro, y comprendí. Había improvisado un hatillo con una de las mantas, y comenzó a tirar de la mía para guardarla en su interior. Hacía frío y no me quedó más que levantarme. Comencé a vestirme tratando de no hacer ruido.

—Debemos salir de aquí antes de que el sol crezca, Tuhrj es muy madrugador.

—¿Qué vamos a llevarnos? —pregunté. Nunca había robado nada y aquella situación me ponía de los nervios. Tío Argo me malinterpretó por completo.

—Buena idea, chico. Pasaremos por la cocina.

—Lo que yo quería decir…

—Sí, no sé si le quedará chorizo pero iremos a verlo. De todas formas seguro que hay algo que podamos llevarnos.

Decidí callar, decir algo más solo hubiese empeorado las cosas. Tío Argo cogió dos velas del candelabro y me tendió una de ellas.

—¿Esto está bien? —me atreví a objetar.

—¿Bien? Ese Tuhrj ni siquiera le cambió el agua a Laki, y nos cobró más de lo que bebimos. —Hice un cálculo mental de las jarras yendo y viniendo, perdí la cuenta—. Además, nos quedan sesenta y cinco negros, con eso no nos da ni para las mantas. Y créeme, chico, hoy no encontrarás algas en el camino.

Ya me había convencido, pero siguió hablando de todas formas.

—Llevamos tres días y hoy ya es el cuarto. Pero todavía nos queda un buen trecho que recorrer. ¿Quieres pasar dos días sin llevarte nada a la boca?

—No, tío Argo.

—Ese es mi chico. Ten, lleva el hatillo, yo iré delante y lo iré llenando de cosas.

Y allí estábamos, bajando los peldaños de madera de hoga y tratando de hacer el menor ruido posible, él a la cabeza, y yo detrás acomodándome el improvisado fardo a la espalda. Al llegar al piso inferior, miré nuestra mesa de la noche anterior con cierta añoranza. Salir de allí a hurtadillas me sabía un poco mal, sobre todo por la muchacha. Tuhrj tampoco es que nos hubiese tratado como a reyes.

Rodeamos la barra y entramos a la cocina. Lo primero que vimos fue una gran olla con sobras de la sopa que habíamos comido. Todo estaba algo revuelto y tenía pinta de insalubre, pero tío Argo parecía satisfecho como un niño el día de su crecida, ante una mesa llena de regalos.

—¡Lo tengo! —Se volvió hacia mí entusiasmado, y entre las manos llevaba una ristra de choricillos del tamaño de mi brazo. La metimos en el hatillo —. Guárdalo bien.

Seguimos escudriñando aquí y allá, y encontramos unas alcachofas maduras y nueces de *Nuhem*. La mayoría de las especies vegetales de Ojhmron son de hoja negra y fruto también oscuro, a excepción de las manzanas *ruku* y algún que otro capricho de las altas esferas, como las cerezas. Conocemos pocas cosas que se puedan llevar a la boca y cuya tonalidad supere el gris oscuro.

Hay historias que hablan de la naturaleza y de la pérdida de los Siete. Los cimientos más puristas de la Orden están basados en esas mismas leyendas, solo que cambiando algunos detalles a su gusto. Básicamente, en las historias del *Soduf Cumosit* se habla de las razas y de cómo fueron afectadas por los siete avisos. Algunas desaparecidas, otras estigmatizadas por siempre y algunas, las más fuertes, llamadas a restaurar el mundo antiguo. Los hombres habíamos salido medianamente bien parados, y por eso, según las escrituras, todavía hoy tenemos los ojos azules o verdes. La flora, sin embargo, fue de las razas más afectadas, y salvando pocas excepciones, condenada a vivir en perpetua negrura.

Por eso, yo buscaba entre los cacharros sucios de la cocina, esperanzado en encontrar algunas cerezas o manzanas ruku. Sabía que era una idea bastante estúpida, pues el negocio de Tuhrj no parecía estar en auge y nunca hubiese podido permitirse ese tipo de manjares. Dicen que esos frutos solo se hallan en lo más profundo de los bosques, donde los siete avisos tuvieron menos impacto. Eso implicaba que fuesen tan difíciles de ver, y consecuentemente, tan caros.

—El negocio no parece funcionarle demasiado bien al pobre Tuhrj —concluyó tío Argo algo desilusionado—. Saca los chorizos anda, nos llevaremos solo unos cuantos.

Dejamos la mitad de la ristra y cogimos a cambio unas hogazas de pan que había sobre una mesa de madera vieja.

—Vámonos, chico. Este está para robar y no para que le roben.

Me sentí admirado por tío Argo, era una especie de ladrón con escrúpulos, una combinación un tanto inusual por nuestros lares.

Abandonamos la posada en silencio y desatamos a Laki del poste que había junto al abrevadero. Miré el agua y vi que era cierto, nadie la había cambiado. Tío Argo le dio de beber de uno de nuestros pellejos, que habíamos rellenado en la cocina. Y me sorprendió ver lo habituado que estaba Laki a cazar el chorro de agua al vuelo.

Cargamos el hatillo a lomos de nuestro tercer compañero y nos acercamos al camino. El sol todavía no había comenzado a crecer al este, donde se perdían nuestras miradas. Y en lugar de girar a la derecha y continuar hacia el sur como yo había esperado. Tío Argo cruzó el camino y se encaminó hacia la oscura lontananza.

Cuando Laki y yo le seguimos, los primeros rayos anunciaban ya el alba blanquecina. Y allí, frente a nosotros, a lo lejos, pude ver de nuevo aquello que tanto me había fascinado cuando llegamos a La Brea y el Molinillo. Apreté el paso mientras sujetaba las riendas de Laki, y observando la espesura negra en la distancia, sentí un escalofrío.

SILUETAS NEGRAS, SOMBRAS NEGRAS

Ya no había camino, sorteábamos rapines y esqejos en una llanura seca y negra como una noche sin estrellas. El sol estival arrancaba pequeños brillos a la oscurita y se alzaba poco a poco frente a nosotros, por detrás de la espesura inquietante a la que nos dirigíamos. Tío Argo iba delante, mientras que Laki y yo avanzábamos algo rezagados tratando de no quedarnos atrás.

—Tío Argo —llamé en un vago intento para que aminorase el paso—. Ese tal Tuhrj… ¿no crees que puede ser un problema? Quiero decir, puede contar a alguien que nos vio.

—La Brea y el Molinillo no dispone de una clientela muy distinguida. Si Tuhrj comenzara a desvelar los secretos de sus huéspedes no tardaría en quedarse sin ninguno. Y ya has visto que las cosas no le van demasiado bien. Además, no sabe dónde vamos, ni con qué propósito. No es algo que deba preocuparnos.

—Ya… ¿Y no crees que se enfadará por las mantas y los chorizos?

—Bah, no le des tantas vueltas, chico.

Su marcha no disminuyó un ápice. Tuve que resignarme a hablarle desde varios metros atrás. No obstante, no me era necesario gritar, dada nuestra absoluta soledad.

—Tío Argo.

—¿Sí? —noté un deje de irritación en su voz.

—¿Por qué nunca venías a casa? Al fin y al cabo, también vives en Nathalma.

Vi que encogía los hombros.

—Un segundo no debe inmiscuirse entre un primero y la educación de sus hijos.

—Y sin embargo aquí estás, llevándome contigo al bosque.

Quedó mudo durante unos instantes. Reflexivo.

—¿Cómo sabes que vamos al bosque? —se giró con expresión burlona.

—¿Podríamos dirigirnos a algún otro sitio? —miré a mi alrededor, y todo más allá de los arbustos que nos rodeaban era negra espesura.

—Quien sabe, la oscurita es madre de muchos escondites por estos parajes.

—Va, no te hagas el interesante.

—¿Por qué te interesa tanto el Bosque Vehlos? No es más que un bosque de segunda.

—Muy apropiado para nosotros dos.

Poco a poco me había ido soltando, y cada vez me atrevía a hablar

más seguro de mí mismo y de cuanto decía.

—Chico. Si te has guardado algo de cerveza y la estás bebiendo por el camino, ya es hora de que compartas algo con tío Argo.

«¿No tuviste suficiente con la de ayer?», estuve tentado de preguntar.

—¿A qué edad bebiste tu primera cerveza?

—¿Yo? Me escabullí un día con tu padre, cuando tenía once años. Él tenía trece y consiguió una pinta en La luciérnaga verde. Supongo que la conoces, no está muy lejos de tu casa. El caso es que teníamos un amigo algo mayor, que trabajaba en las cocinas, y nos sacó una jarra por unos negros.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que tu abuelo Jerojh nos encontró con la pinta en un callejón de Nathalma y nos dio unos buenos azotes. —Hizo una pausa algo teatral—. Yo era un segundo y se esperaban de mi aquel tipo de bajezas, pero del bueno de Arghjo se deseaba un comportamiento mucho más decoroso. —Se volvió un instante para observar mi reacción—. Siempre se llevaba la peor parte, el pobre. Pero nos lo pasábamos bien, fueron tiempos felices.

—¿Por qué padre no partió al templo de la Orden, como la mayoría de los primogénitos?

—De tu padre se esperaban cosas diferentes. Tu abuelo Jerojh era carpintero, no sé si Arghjo te lo habrá contado.

—Algo sé, pero poca cosa, padre no habla mucho de cuando él era pequeño.

—Supongo que tiene su lógica —respondió tío Argo, y Laki y yo apretamos el paso, pues se nos estaba escapando.

—¿Por qué?

—Porque tu padre quería ser alquimista, al igual que tú.

—¿Quién ha dicho que yo…?

—Chico, no me tomes por tonto. Tu mirada se pierde hasta en el tintum de una vela negra.

Me ruboricé, no sabía que mis pasiones resultasen tan evidentes. Sentí que tío Argo hurgaba en una parte de mi intimidad.

—El caso es que él era igual que tú, con la suerte añadida de ser un primero. Ansiaba que lo mandasen al templo, como a todos. Pero tu abuelo Jerojh decidió que iba a enseñarle el oficio.

—¿Y qué hizo él?

—¿Qué esperabas que hiciese? ¿Desobedecer a padre? No, nadie tendría la osadía de decirle que no al abuelo Jerojh.

Me sorprendió su sinceridad, y me pregunté qué clase de padre había sido mi abuelo.

—Eran otros tiempos, chico. Tiempos de control y obediencia. A veces los echo de menos, aunque ahora uno puede ser más libre.

Padre nunca me había contado nada de aquello. Yo siempre lo había conocido como minero de los alquimistas, o como aprendiz de herrero estos últimos años. ¿Cómo habría llegado hasta esa situación?

—Sé lo que te estás preguntando, chico. ¿Por qué tu padre no es dueño de una carpintería, o alquimista, o miembro de la Orden? ¿Por qué se conforma con un puesto mediocre de aprendiz de herrero, a su edad?

Era cierto, no entendía por qué un primero debía degradarse a tal extremo. Si bien era cierto que solo los primogénitos podían poseer un negocio propio, un segundo con buenas referencias podría llegar a ayudante de herrero sin demasiados problemas.

—¿Tú lo sabes?

—Es una historia larga. Pero te la contaré, cuando puedas comprenderla.

—¿Por qué no ahora?

—Porque te pareces demasiado a él, chico.

Cada vez el paso se hacía más y más difícil. Al principio se alternaban pequeños rapines o esqejos, no muy difíciles de sortear. Pero a medida que avanzábamos los arbustos eran más grandes y poblaban una mayor proporción de suelo. Sus ramas negras nos arañaban piernas y brazos a su paso, y aunque tío Argo parecía moverse en terreno propio, a Laki y a mí se nos hacía más arduo el progreso a medida que avanzábamos.

¿Sería así el bosque? ¿Irían creciendo los matojos hasta alcanzar una proporción desorbitada y envolvernos por completo? Mi pensamiento iba y venía de las oscuras ramificaciones a las palabras de tío Argo y las razones desconocidas por las que mi padre era quien era.

Me daba cuenta de que en mi vida habían faltado las preguntas. Siempre había aceptado las cosas tal y como eran, sin sentir curiosidad hacia el cómo o el porqué. Mi mente había estado adormecida mucho tiempo, y tío Argo lograba estimularla de alguna forma con aquellos juegos de retórica.

Caminamos un rato más, y daba la impresión de que empleábamos mucho tiempo para recorrer muy poco espacio. Los matorrales fueron aumentando en tamaño proporcionalmente, a medida que nos acercábamos a la silueta negra de la espesura, y noté, por añadidura, que los esqejos desaparecían casi en su totalidad para dar paso a un campo sembrado exclusivamente de rapines: fuertes, de ramas largas y tortuosas, cada vez más anchos, más altos, y más enrevesados.

—¿Tienes hambre, chico?

Paramos a comer en un claro entre tanta rama negra. Dosificamos los choricillos de la manera que a tío Argo le pareció más apropiada.

—Guardaremos la mitad para esta noche. Si las cosas no han

cambiado demasiado por aquí, mañana espero encontrar algo de comida.

—¿Y Laki? —pregunté.

—Laki tendrá que conformarse con el pan hasta mañana, cuando pueda encontrarle algo mejor. —Compuse una cara de pena, pero tío Argo le quitó hierro al asunto—. No deja de ser trigo negro, y a él le gustan esas cosas.

Asentí, y me entretuve dándole pedazos de pan a la vez que iba masticando mis choricillos.

—¿Y tú, tío Argo? —Me miró con expresión distraída—. ¿Tú con qué soñabas cuando eras pequeño?

Percibí cierta sorpresa en su semblante, aunque rápido de mente como él era, procuró mudar el gesto en cuanto le fue posible.

—Creí que los segundos no podían permitirse esas cosas. —Me guiñó un ojo—. Aunque supongo que corren tiempos nuevos.

Me di cuenta de que aquello había sido una evasiva, además, y bastante torpe. Le dirigí mi mejor expresión de insatisfacción.

—Yo quería entrar en la Orden —se resignó a decir, y casi se me atraganta un trozo de chorizo en la garganta—. No por sus estúpidos dogmas, sino porque siempre han tenido acceso a la mejor información. A la verdad de las cosas.

—¿De qué tipo de cosas?

—¿Por qué la tierra es negra? ¿Por qué las estrellas se mueven en el cielo? ¿Por qué el álgido del sol es más alto en verano que en invierno…? Por qué tengo los ojos azules, o por qué el mundo acaba abruptamente en el final de los mares. Ese tipo de cosas.

—Son muchas preguntas.

—Y pocas respuestas. ¿No crees que es injusto?

Le di a Laki otro pedazo de pan.

—Supongo que sí. Pero también creo que no podemos explicarlo todo.

—Cierto, ¿pero debemos por ello dejar de intentarlo?

Sus ojos brillaban con un fulgor especial, parecido al brillo ocasionado por la cerveza, la noche anterior.

—¿Siempre va a ser así? —le inquirí.

—¿El qué?

—Lo de dejarme sin argumentos.

—Espero que algún día sea al revés. Si es que tengo algo de fe en mi faceta de profesor.

—¿Y para qué se supone que vas a prepararme?

—Para el mundo, chico, ¿te parece poco?

Después de dejar que nos bajara un poco la comida, continuamos con la marcha. Tío Argo me transmitió con todo énfasis que no deseaba que me quedase atrás. Al parecer, íbamos a internarnos en

zonas cada vez más pobladas de aquellos dichosos rapines y debíamos guardar especial cuidado en no tropezar con ninguna rama baja. No quería que Laki se rompiese una pata, ni tener que cargar con un calcillas. Por supuesto, con esto último se refería a mí.

Así que proseguimos. Tres siluetas negras escabulléndose entre las ramas negras de los rapines, arrojando sombras negras sobre tierra negra, y avanzando hacia la promesa de cobijo que nos ofrecía una también oscura espesura, cada vez más palpable.

Yo podía sentir una extraña llamada en mi interior. Se hacía presente cerca de aquella ausencia en mi pecho, de aquel sentimiento desconocido que llevaba persiguiéndome desde días atrás. Era como si la negrura de aquel bosque quisiese reemplazar el vacío, como si anhelase suplir la añoranza que sentía hacia un hogar perdido, llenándola de una nueva y dulce melancolía.

Poco a poco el sol abandonó el álgido y comenzó a decrecer a nuestras espaldas. Entonces, ocurrió algo extraño, pues ya no éramos siluetas que arrojaban sombra, sino figuras opacas que perseguían su propio reflejo negro. Los pies arrastrándose sobre la oscurita, entre las ramas negras de los rapines y hacia la espesura, siempre hacia el negro del horizonte.

La concentración era máxima. Ponía todo mi esfuerzo en seguir los consejos de tío Argo y no resultar herido por una de aquellas traicioneras extremidades de madera. Laki iba conmigo, a mi izquierda, y yo no soltaba las riendas ni un solo momento. Era tal nuestro empeño, que no intercambiábamos palabra a no ser que fuese estrictamente necesario.

Resultaba complicado apartar la vista del suelo. Distinguir las ramas bajas era una tarea que cansaba la vista con facilidad. ¿Cómo diferenciar lo que era la planta de lo que era la piedra, si ambas se perdían en la ambigüedad de las mismas tonalidades? A todo esto había que sumar la rapidez con que tío Argo se movía y lo torpes que nos sentíamos Laki y yo siguiendo su estela. No podíamos permitirnos un fallo, perderse allí hubiese resultado fatal.

El horizonte había desaparecido. Ya no había un bosque en la lontananza, sino que los arbustos habían ascendido a tal extremo, que superaban con creces la altura de nuestras cabezas y apenas nos permitían ver. Altos, ambiciosos, sinuosos, apuntando hacia el cielo y ocultándolo a nuestros ojos. Era como internarse en una noche ficticia. El bosque, sin que yo me diese cuenta, nos había devorado en sus entrañas.

—Chico, trae a Laki. Hoy dormiremos aquí.

Tío Argo señalaba un pequeño claro entre la maleza. Cuando Laki y yo llegamos, miré hacia arriba y vi que todavía era muy de día.

—¿No vamos a andar más?

—Eso sería poco prudente. Por aquí ya es difícil encontrar un lugar donde quepamos los tres juntos, pero más adelante será tarea imposible. Si quieres que la noche te atrape entre esos rapines, es que no sabes lo que te haces.

—¿Es esto el Bosque Vehlos? —pregunté, algo decepcionado.

—¿Y qué esperabas?

—No lo sé. —Miré a mis pies, y el suelo a mi alrededor era de oscurita maciza, como en el camino negro—. Puede que esperase algo más parecido a los bosques de las historias.

—Esos bosques desaparecieron con los siete avisos. De hecho, lo más probable es que ni siquiera hayan existido.

—No es que me disguste. Es que parece como si el bosque estuviese triste.

—Y lo está, chico. No quedó mucha alegría para la raza de los A'uepofu.

—¿Los qué?

—Los árboles, las plantas, la raza del bosque —me increpó buscando una respuesta por mi parte—. ¿Tampoco conoces esa historia?

—De hecho, creo que no conozco ninguna, aparte de los cuentos que madre me contaba cuando era más pequeño.

—Bueno. Dale de comer a Laki mientras yo preparo un fuego. Después, si quieres, te contaré alguna historia de los A'uepofu.

Desaté el hatillo de lomos de Laki y lo desensillé. El burro se tumbó, aliviado de su carga, y yo comencé a darle trozos de pan. Comía directamente de mi mano, y me hacía cosquillas con el morro húmedo. Era un buen animal y yo le había cogido cariño. Le di agua de uno de nuestros pellejos y la cazó al vuelo, como cuando se la ofrecía tío Argo. Me sentí extrañamente complacido.

Argo, por su parte, arrancaba unas cuantas ramas a los rapines para hacer el fuego. Me fijé en que no lo hizo cerca del círculo, sino que se internó un poco más allá para obtenerlas de otros arbustos. Cuando regresó, tenía solo un puñado de madera negra, a mi entender muy poca como para que ningún fuego decente prendiese. Y fui a decir algo, pero me hizo un gesto con la mano para que callase.

Estaba oscureciendo. Nos sentamos, yo saqué los chorizos que quedaban del hatillo y él construyó un pequeño montículo con las ramas en el centro del claro, sobre la oscurita negra. Entonces buscó con la mirada y recogió del suelo una piedra redonda, que a mí me pareció que no tenía nada de especial. Con cuidado, la depositó bajo la montaña de ramas, justo en el centro.

Me dirigió una mirada divertida, y sus ojos poseían algo que me hizo sentir miedo. Hice un esfuerzo por no apartar la vista y él asintió con una lenta inclinación de cabeza, como si hubiese captado mis

pensamientos. Seguidamente, extendió la mano derecha y tocó aquella piedra con la punta de los dedos. Después, la retiró hacia el pecho, dejándola apoyada cerca de su corazón.

Yo no tenía idea de qué estaba haciendo. Sus ojos azules refulgían a la luz del crepúsculo, entre el juego de sombras creado por los dedos afilados de los rapines. Ya casi había anochecido por completo y un silencio casi doloroso recorría el lugar. Percibí el latir de mi corazón, más vigoroso de lo habitual, y entonces me pareció escuchar algo filtrándose entre las ramas. Un eco que jugaba a perseguirse entre las siluetas tortuosas de los arbustos negros.

Aquel susurro inaudible crecía y crecía con la oscuridad, como si se afanase en confirmar que el sol se había despedido del horizonte en algún lugar, allá en el oeste. Una negrura ominosa se adueñó de todo a nuestro alrededor, más allá de la penumbra que se produciría normalmente en nuestro particular emplazamiento. Las ramas afiladas nos escondían de la luz de la luna, e impedían a esta llegar a nosotros con nitidez, apenas alumbrándonos a través del débil claro que se abría paso sobre nuestras cabezas.

Sin dejar de clavarme aquellos ojos espeluznantes, supe que tío Argo estaba haciendo algo, algo que escapaba a mi control. Mantenía su mano diestra inmóvil contra el pecho y la izquierda dejada caer a un lado con cierta despreocupación. La oscuridad parecía absorberlo todo, cada vez más poderosa, llenando hasta el más pequeño de los rincones. De tal naturaleza era esta inusual invasión, que ya solo quedaban susurros y sombras entre nosotros, como si todo lo demás no importase nada.

De pronto, un pequeño sonido rompió la incómoda quietud, y sentí que una oleada de calor atravesaba todo mi cuerpo. No fue un ruido normal, sino más bien la conjunción de miles de sonidos en uno solo. Tío Argo no se movía. El azul de sus ojos se encendió en un brillo inesperado, pero no había en ellos nada fuera de lo normal. Simplemente reflejaban el fuego que, frente a nosotros, había prendido en la pequeña piedra redonda, y lamía las ramas de rapine arrancándoles un sutil humo blanco.

Yo no podía articular palabra. No sabría decir qué había pasado allí, en aquel claro entre los arbustos alejado de toda civilización. Pero había visto la llama nacer de aquella vulgar oscurita, y veía como las ramas prendían una a una bajo su yugo, formando una cálida y agradable fogata. Como si de una lámpara de aceite se tratase, aquella piedra ardía en una intensa llamarada, y aquellas ramas de rapine que yo considerara escasas, prendían en un fuego cada vez más grande y ambicioso.

Tuve miedo, temí que los arbustos cercanos también se incendiasen. El fuego desprendía tanta luz y calor que estuve a punto de salir

corriendo. Pero estaba clavado en el suelo y no podía articular el más mínimo movimiento, dado mi nivel de asombro. Me fijé bien en la consistencia de las llamas, que bailaban la más bella de las danzas alumbrando aquella noche de especial negrura. Y aunque en ocasiones rozaban los rapines cercanos, curiosamente estos no parecían verse afectados por ellas.

Fue entonces que, conservando esa indescifrable sonrisa que cruzaba su rostro, tío Argo me habló, y sentí que todo el vello de mi cuerpo se erizaba.

—Bienvenido a Bosque Vehlos, chico. Ahora, si todavía quieres, te contaré una historia de los A'uepofu.

LOS A'UEPOFU

—¿Cómo…? ¿Cómo lo has hecho?

Tío Argo hizo un gesto, indicándome que no debía preguntar. Yo todavía estaba estupefacto por cuanto acababa de ver, y observé la piedra negra y redonda, hasta que la hoguera prendió por completo y esta fue apagándose poco a poco. Tío Argo, con un movimiento ágil, esquivó varias ramas ardientes con la mano y la alcanzó. Me la lanzó.

—¡Ah! —grité instintivamente cuando la cogí al vuelo. Pero la piedra no quemaba, y me la pasé de mano a mano examinándola con cautela.

Laki dormía plácidamente a mi izquierda, ajeno o poco interesado por todo cuanto allí había pasado. Tendí la mano para devolverle la piedra a tío Argo.

—Quédatela. Como un recuerdo. —Asentí, guardándola en el bolsillo del pantalón. Después, me acerqué un poco al fuego para calentarme. Comenzaba a perderle el miedo, pero seguía guardándole respeto.

—¿Por qué no se incendian los rapines? —Señalé a nuestro alrededor.

—El bosque es inteligente, un rapine nunca arde a no ser que sea previamente arrancado. La corteza es difícil de prender, el combustible está dentro.

Recordé que había cogido las ramas de unos arbustos alejados del claro, y de pronto lo comprendí. Si las hubiese obtenido más cerca, los rapines podrían haber ardido a partir de las ramas rotas.

—¿Quieres oír esa historia, chico? —Asentí, y le pasé la mitad de los choricillos que nos quedaban—. Dámelos todos, vamos a pasarlos un poco por el fuego.

Cogió una rama que no había utilizado para hacer la hoguera y succionó por donde la había partido. Escupió un líquido negro parecido a la parte comestible de las algas Nott y luego, rellenó el vacío con agua de uno de los pellejos. Repitió el proceso, y entonces consideró que había preparado la rama correctamente. Atravesó uno a uno los chorizos en ella y la introdujo en el fuego, directamente en el centro de las llamas. Como bien había dicho, no hizo amago ninguno por arder.

—Bueno, esta es una historia de los A'uepofu, te sonaría si tu padre te hubiese instruido al menos en las cosas más básicas. Pero como no es así, tendremos que empezar por el principio. Los A'uepofu

conforman una de las cuatro razas que componen el mundo, junto con nosotros los Haneput, los Aojobofu y los Mevisobofu. Puede que estos nombres te suenen raros, desfasados o desgastados por el tiempo, pero lo cierto es que este fue el idioma del mundo, y que las cosas se llamaban así antes de que alguien decidiese llamarlas de otro modo. Tú mismo lo has utilizado casi sin darte cuenta.

—¿Yo?

—Cuando rezabas, llegando al puente de arena. —Volteó la rama para que los choricillos se hiciesen por ambos lados.

—Creí que no me escuchabas.

—Pues creíste mal. Te oí encomendarte a los Siete, y pronunciaste sus nombres uno a uno, ¿en qué idioma crees que los llamaste?

—¿Eso es gohjiano? Pensé que solo eran nombres.

—Y lo son, demasiado sagrados como para ir cambiando de un idioma a otro.

—Entiendo.

—Pues bien. Los A'uepofu eran una de las razas más admirada por los Siete. Cuando los Dioses todavía se permitían a sí mismos caminar por la tierra, hicieron lazos con ellos, pactos, sellos que ni el tiempo podría destruir. Visef, señor de la naturaleza y poseedor del verde, era entonces su mayor aliado.

—¿Plantas verdes? Eso es una locura.

—Chico. ¿Quieres escuchar la historia o no?

Callé, los chorizos ya estaban hechos. Tío Argo los desplazó hacia uno y otro extremo de aquella rama ignífuga, y luego la partió por el centro para darme la mitad del pincho. Ambos dimos un buen mordisco a la carne y él prosiguió con la narración.

—Visef, poseedor del verde, era su mayor aliado. Le gustaba descender hasta los bosques y tocarlos con su magia, darles vida. Probablemente, chico, esos sean los bosques de tus historias. Dicen que el suelo, en lugar de ser de oscurita, estaba compuesto por una capa interminable de vegetación, y que era tal el contento de Visef con esta especie, que le permitió avanzar por llanuras y desiertos llegando incluso hasta las primeras ciudades.

»Era un mundo como nunca antes se ha conocido, y los A'uepofu —ahora en un estado de sueño profundo—, crecían verdes, fuertes, flexibles y robustos. El bosque se llenaba de vida y de siniestras murmuraciones, de canciones entre los árboles y voces que uno nunca llegaba a alcanzar por mucho que corriese. Eran tiempos plenos para la raza, y Visef, orgulloso de sus logros, invitó a otros de entre los Siete a contribuir en tan espléndido desarrollo.

Así descendieron también Vopofub, dueño del violeta y rey de los mares; y Ruku, maestro del rojo y señor del fuego. Junto a Visef, contribuyeron al fortalecimiento de la raza. De tal manera, que los

hombres comenzaron a temer internarse en los bosques profundos, o perderse de noche en las espesuras, por pequeñas que estas fuesen. Los A'uepofu crecían y crecían bebiendo de los arroyos, que Vopofub dirigía concienzudamente hasta ellos; aprendían de la belleza del fuego gracias a Ruku, e incluso se les fue permitido dar frutos de su mismo color, atrayentes como la más bella de las llamaradas. Y al mismo tiempo, las demás especies seguían su lento camino en la evolución. Los A'uepofu tomaban la tierra.

Se comenzaron a contar historias de leñadores que desaparecían misteriosamente, o gentes que enloquecían tras beber extrañas infusiones. Los A'uepofu tenían formas particulares de ejercer su influencia, pues como su propia naturaleza limitaba su movilidad, necesitaban de la intervención de otros elementos para su expansión y desarrollo. Así, mostraron abiertamente sus tesoros mejor guardados, esto es, sus frutos más secretos, aquellos que Visef y los Siete les habían proporcionado. Dejaron que el resto de las razas disfrutasen de las propiedades mágicas que se les había otorgado, ya fueran curativas, paliativas, o meramente alucinógenas. Y aunque los hombres guardaban cierto recelo a los bosques, aprendieron a aprovechar sus cualidades y, sin saberlo, ayudaron a que su raza se extendiese. Los A'uepofu, con la ayuda de los Dioses, expandieron su dominio por el mundo.

No era la clase de dominio que entendemos los de nuestra especie. Los A'uepofu sometieron a las demás razas de una forma sutil, haciéndose imprescindibles para estas. La tierra misma agradecía su presencia, pues aunque los A'uepofu bebían de ella, devolvían con creces lo que tomaban. Volvían el terreno estéril en fértil, y llenaban campos vacíos donde antes no habían crecido siquiera un puñado de algas Nott.

Los animales, la raza de los Aojobofu, pronto agradecieron los frutos coloridos que caían de los árboles. Muchos de ellos incluso dejaron de comer carne, y por eso a día de hoy a Laki le gustan las algas. Cogiendo solo lo que necesitaban, los animales fueron respetados y admitidos entre los A'uepofu, y desde entonces algunos vivieron en los bosques.

Eran tiempos prósperos para la mayoría de las razas. El juego de los Dioses había dado su fruto, y lo que concienzudamente hicieron bello en los A'uepofu, admiró a las demás especies y las hizo más sabias, siempre en busca de la explicación de aquella extraña y divina belleza.

Pero los hombres queríamos más. La raza de los Haneput es arrogante, y no se conforma con jugar al juego que todos juegan. Insaciables, deseábamos nuestro propio juego, con nuestras propias reglas. Los hombres condujimos el mundo al desastre. Al principio, cogíamos lo que necesitábamos, como lo animales, pero pronto

quisimos más. Queríamos más manzanas de las que tenía el árbol y más madera de la que nos daba su tronco. Queríamos frutos durante todo el año, y queríamos que estos estuviesen a la puerta de nuestras casas, pues era cansado ir al bosque a por aquello que los Dioses nos regalaban.

Entonces jugamos a ser Dioses, y de los frutos caídos hicimos crecer nuestros propios árboles, en nuestras propias casas. La posesión era lo más importante, pues lo que de uno es puede venderse, y jamás se ha conocido mayor defecto en nuestra raza que la codicia.

Castigamos la tierra, la especie de los Mevisobofu, que tanto se había enriquecido con la ayuda de los A'uepofu. Cultivamos una y otra vez sobre los mismos campos, sin respetar los ciclos naturales, hasta que el terreno se volvió baldío y dejó de darnos fruto. Pero la envidia y el ansia de posesiones ya nos habían cegado. Habíamos acuñado la primera moneda, y sin saberlo, el primer signo de nuestra propia destrucción. Los hombres, no obstante, no tuvimos suficiente.

Volvimos a los bosques, donde los animales convivían con los árboles. Y no conformándonos con someter a los A'uepofu, hicimos esclavos a los Aojobofu. Nos llevamos con nosotros a todo animal que consideramos útil. Las cabras y las vacas daban leche y carne, las gallinas daban huevos, y los caballos nos servían como transporte. Una vez más, los llevamos a las puertas de nuestras casas y los atamos a postigos de madera, allá donde en otro tiempo crecían y morían los propios A'uepofu.

Los comimos, los vendimos y nos vestimos con sus pieles. Fuimos los dueños y señores de todo aquello que nunca fue nuestro, y aun así quisimos más. Pero los Siete no iban a soportar nuestra osadía mucho tiempo, y Visef, enloquecido, fue a comprobar con sus ojos aquello que sabía que era cierto. El mundo, pensado para ser un lugar apacible donde la libertad fuese tomada como la primera de las insignias, se había corrompido. Gentes sin escrúpulos arrasaban los bosques, otros sometían a los animales y otros hacían negocio con ello. Visef sintió una inmensa furia hacia la raza de los hombres, hacia los animales y hacia la tierra, pero sobre todo, sintió una indescifrable ira hacia los A'uepofu, aquellos en los que habían confiado.

Aunque ellos no tuvieron directamente la culpa del desastre, Visef los acusó de no saber proteger sus secretos, de no haber sabido cuidar los tesoros que los Dioses habían vertido sobre la raza. Irresponsables y desagradecidos, les llamó, mientras los hombres esclavizábamos a las especies anudándolas a la puerta de nuestras casas. Y la ira de Visef era tal, que castigó a los A'uepofu con la pérdida de todos sus privilegios.

Ninguno de los Siete volvió a descender jamás para pasearse por alguno de nuestros bosques. Dicen que Visef amó tanto a los A'uepofu,

que jamás se recuperó de lo que le pareció la más horrible de las traiciones. Hay historias populares que lo sitúan en las profundidades de la tierra, donde ni el resto de los Siete ni ninguna de las razas pueden verlo. Dicen que allí, pasea por su jardín secreto, uno que le recuerda a cómo llegaron a ser los bosques.

Y sobre la tierra, los A'uepofu languidecieron sin el beneplácito de los Siete. Perdido todo su encanto odiaron en secreto a los hombres, por considerarlos culpables directos de su más grande desgracia. Por eso se muestran hostiles ante nuestra presencia. Por eso cualquier humano cuerdo, sabe que no debe internarse más de lo razonable en ninguno de los bosques que todavía nos quedan. La magia de los Dioses fue poco a poco abandonando a los A'uepofu, hasta convertirse en apenas un eco lejano, y desde entonces los bosques son negros, y ninguna raza ha vuelto a ver el verde en la hoja de un árbol.

*****

La luz de la hoguera había hipnotizado mis sentidos. La historia de tío Argo, aunque extraña y bastante fantasiosa, había logrado cautivarme. Su voz, expresamente melódica para la ocasión, había danzado alrededor del fuego llenando aquel pequeño claro en el que nos hallábamos. Miré los rapines a mi alrededor y por un momento sentí una leve tristeza. Solo eran la sombra de aquellos A'uepofu de los que él había hablado. Y aunque sabía que únicamente se trataba de una historia, observé la corteza de las ramas dentro de la hoguera, y vi que ninguna de ellas se consumía.

Había cierta magia, si uno quería verla, hasta en Bosque Vehlos. Entre las ramas ignífugas de sus arbustos negros y en el silencio que se atrevía a silbar junto al viento; en el suelo de negra oscurita y en el hecho de que allí pudiesen crecer semejantes formas de vida, abriéndose paso entre la dureza de la roca. Una cosa sí era cierta, y es que ninguna de las otras razas podría sobrevivir en aquel emplazamiento. Los A'uepofu, a su manera, habían encontrado su hogar en la tierra.

—¿Dónde escuchaste esa historia? —pregunté.

—No la escuché en ningún sitio. La leí, es uno de los primeros capítulos del *Soduf Cumosit*. En ellos se habla de la creación de nuestro mundo. De los primeros días de Ojhmron.

—¿Eso está en el *Soduf Cumosit*?

—¿Te sorprende?

—Pensé que era un libro serio. —Me di cuenta de que esa no era la palabra más adecuada—. Quiero decir, no pensaba que tuviese tintes fantásticos.

—¿Y por qué habría eso de restarle seriedad?

—Porque habla de cosas importantes, debería ceñirse a la realidad.

—Es una opinión. Ahora dime, ¿cuánta gente conoces que sepa leer?

—Nosotros sabemos.

—Pero sabes que no es lo habitual. Tú sabes leer porque tu padre os enseñó a ti y a tu hermano. ¿Cuántos primeros conoces que tengan suficiente tiempo para eso?

Asentí, era cierto que la mayoría de los primogénitos estaban ocupados con la Orden o con su trabajo de alquimista. El de mi padre era un caso especial.

—La gente recuerda las historias, Delos. —Había dicho mi nombre, y aquello me cogió por sorpresa—. ¿De qué sirve escribir el mejor libro de nuestra civilización si nadie es capaz de contarlo? El *Soduf Cumosit* es una obra más inteligente de lo que crees. Es cierto que adorna la verdad con algunas fruslerías, pero eso es lo que hace posible su difusión. La gente cuenta historias, siempre ha sido así.

—Pero, están contando mentiras.

—¿Quién dice que lo sean?

—Tío Argo, por favor... Árboles verdes, Visef paseándose por los bosques. ¿Quién esperas que crea esas cosas?

—Mucha gente lo hace.

—¿Y tú?

—Yo creo, a mi manera.

—¿Y eso que quiere decir?

—Que me quedo con lo útil de las historias, con las cosas que nos enseñan. Por ejemplo, este relato de los A'uepofu, más allá de la intervención divina de los Siete y de los colores verdes. ¿De qué crees que habla?

Era una pregunta retórica, pero aun así me encogí de hombres.

—Habla de los Haneput, Delos. Habla de nuestros antepasados y de los errores que cometieron. Habla de la arrogancia del hombre, de codicia y de sometimientos por la fuerza. ¿De verdad crees que esta historia no nos enseña nada?

Su voz parecía enardecer el fuego, que aunque llevaba largo rato encendido no daba seña de perder intensidad.

—Nunca menosprecies una historia bien contada, Delos, porque puede mostrarte muchas cosas valiosas. Hasta el más pequeño de los cuentos puede guardar una gran verdad.

Aquella noche, junto a las llamas inagotables de la hoguera, le di muchas vueltas a todas aquellas cosas. No se veían las estrellas, los rapines ocultaban gran parte del cielo y el fuego deslumbraba con su luz rojiza mis ojos cansados. Eran unas llamas extrañamente silenciosas, pues ni la menor de las chispas osaba turbar la noche. El viento silbaba a su paso entre el laberinto de ramas negras que componían el bosque y parecía traer consigo el eco de unos tiempos lejanos.

Ramas negras, rocas negras, cielo negro, sombras negras. ¿Sería cierto que en el pasado las cosas fueron distintas? ¿Serían verdaderas aquellas imágenes de un mundo lleno de color que ni siquiera mi imaginación lograba componer? ¿Por qué nuestra obsesión por los colores? ¿Porque nunca los tuvimos, o quizá porque siempre quisimos recuperarlos?

Recordé pasajes de la historia de tío Argo, aquellos en que los hombres sometíamos cruelmente a las demás razas. Nunca había pensado en ello, pero era cierto que guardábamos a animales que designábamos como nuestros en corrales, y que sembrábamos en lo que hacíamos llamar nuestros campos. Trazábamos líneas en la tierra y decíamos esto es mío o esto es tuyo, y después, comerciábamos con todo cuanto creíamos poseer. ¿Estaba el mundo hecho para esto, con este propósito, o lo habíamos malinterpretado todo?

Ladeé la cabeza para mirar a izquierda y derecha. Esa noche teníamos la hoguera, así que no dormimos tan apretados. A mi diestra tenía el fuego, zigzagueante y bello entre tanta negrura; caliente y reconfortante para los cuerpos cansados por el viaje. A mi izquierda: la espesura, las profundidades de Bosque Vehlos. Un bosque que como bien decía la historia de los A'uepofu, parecía sumido en un profundo letargo.

Metí la mano diestra en el bolsillo del pantalón y toqué aquella piedra redonda con que tío Argo había prendido las primeras ramas de rapine. Su tacto era liso y frío, y la superficie había sido pulida naturalmente. Observé la oscuridad entre las ramas, a la vez que acariciaba la suave superficie de la piedra. El fuego creaba juegos de luces con los afilados dedos de los rapines, que se enredaban en sinuosas formaciones hacia el cielo. ¿Qué había hecho tío Argo? ¿Era aquello magia? ¿Acaso la energía del bosque dormido, concentrada en un solo punto para crear el fuego de la nada?

Eran demasiadas cosas para una noche, y más siendo aquella una noche tan oscura. El viento mecía las ramas más delgadas de los arbustos, y dejándose llevar uno podía imaginar el lento desplazamiento de los rapines a lo largo de las inmensidades del bosque. Un movimiento lento y fluctuante, apenas perceptible.

Los ojos se me cerraban poco a poco y anestesiado por el calor del fuego, vi o creí ver cosas inexplicables allá donde la vista se perdía, en las profundidades del bosque. Creí escuchar canciones que emergían de secretos agujeros y jugaban a perseguirse por el laberinto de ramas negras. Y eran canciones bellas, y algunas de ellas susurraban mi nombre. Delos, o Dehljos, según se quisiese escuchar. Creí ver figuras solitarias vistiendo ropajes verdes, que paseaban tristes entre los parajes desolados de Vehlos. Creí vislumbrar enormes frutos rojos colgando de bellas ramas bajas, invitándome a que los cogiese. Y en



algún lugar entre todas estas cosas, crucé la línea del sueño y me uní en uno solo al profundo letargo del bosque.

BOSQUE VEHLOS

Cuando desperté, el fuego se había apagado, pero las ramas que tío Argo había utilizado para hacer la hoguera permanecían intactas. Bueno, al menos visiblemente. Alcancé una de ellas, y la observé detenidamente, era ligera y hueca, pues sus fluidos internos se habían consumido con las llamas. Intenté romperla, pero no logré más que ponerme rojo y sentirme avergonzado. Tío Argo habló a mis espaldas.

—El fuego la hace más fuerte. Talla convenientemente una rama de rapine, métela en la hoguera, y tendrás un rudimentario puñal. Simple, pero mejor que nada.

—¿Por qué iba a querer yo un puñal? —En realidad la idea me fascinaba.

—Algún día necesitarás protegerte, y entonces agradecerás las ideas absurdas de tío Argo —entonó con voz socarrona—. Hasta entonces, limítate a hacer lo que te diga.

Como siempre, cargamos lo poco que teníamos sobre Laki y emprendimos la marcha. Yo me sentía algo cansado, más mental que físicamente. Un vago sentimiento de culpabilidad rondaba mi cabeza, como si el hecho de alejarme de Nathalma no estuviese bien. Apenas pensaba en padre y madre, y aunque solo hacía cuatro días de nuestra partida, daba la impresión de que llevase toda una vida con tío Argo, recorriendo los caminos e internándome en los bosques.

«Ellos están bien», me decía a mí mismo para tranquilizarme. «Regresarás y honrarás tu nombre. Ellos están bien».

La marcha no se auguraba muy divertida, teniendo en cuenta los antecedentes. La vista se perdía allá donde los rapines crecían a tal extremo, que yo me preguntaba si Laki o incluso yo podríamos sortearlos. Tío Argo parecía optimista, como de costumbre, así que no quedó más que emprender el camino, si es que se le podía llamar así.

Dejamos atrás el claro, y yo sentí un ligero temor a no encontrar nada parecido en los próximos días. Las ramas negras y afiladas me arañaban las piernas, los brazos y el rostro, pero aun así, ponía todo mi empeño en apartarlas antes de que pasase Laki. Un corte podía curarse, pero la pata rota de mi compañero nos pondría en una situación muy difícil, y yo era más consciente de ello a medida que avanzábamos.

Aunque el sol ya había crecido, más bien parecía que fuese media tarde. Los arbustos eran cada vez más altos, y apenas dejaban penetrar rayos lumínicos hasta donde nosotros nos hallábamos. Aquello que nos envolvía eran rapines, sin duda, no obstante cada vez se

mostraban más grandes y opulentos. Sus ramificaciones, en lugar de partir desde el mismo suelo, comenzaron a aparecer a alturas bajas y medias, dando aspecto de árbol a aquello que antes fue arbusto. Y ese hecho solo podía indicar una cosa: que esta parte del bosque era más vieja, y que íbamos directos hacia el mismo corazón de Vehlos.

Recordé aquella especie de sueños de la noche anterior. Recordé la silueta verde entre las ramas negras y un escalofrío me recorrió la espalda. Las canciones, no obstante, no podía recordarlas. Sabía que las tenía clavadas profundamente en algún lugar de mi cabeza, pero por más que lo intentase no venían a mi mente. Sus letras eran extrañas, melódicas y cambiantes, pero sus músicas no eran de este mundo, se perfilaban en el aire como un espectro apenas audible.

Estuve tentado de comentarle algo a tío Argo, pero pude imaginar su respuesta…, y preferí callar. Sin embargo, había algo en esas ensoñaciones, algo que me hacía recurrir a ellas constantemente mientras caminábamos entre la negrura del bosque. ¿Acaso habían sido algo más que un sueño? ¿Acaso el bosque me había hablado la noche anterior?

Y volvía a mí aquella sensación en el pecho, como si los A'uepofu tratasen de reemplazar el lugar que hasta entonces había ocupado mi hogar en él. Era una percepción desconocida, nunca antes experimentada en mis propias carnes. Una especie de llamada que me atraía hacia las profundidades del bosque y a la vez me advertía de algo, de algo oscuro y siniestro que escapaba a toda lógica.

Entonces los vi, y supe que no era la primera vez que mis ojos se topaban con ellos. Vi los ropajes verdes bailando entre las ramas de los rapines, a izquierda y derecha. Eran como la estela de un grupo de fantasmas que jugaran a esconderse entre las garras negras de los arbustos. Estaban lo suficientemente lejos para que no resultase fácil llegar hasta ellos, pero lo suficientemente cerca como para que los distinguiésemos sin demasiada dificultad.

—¡Tío Argo! —musité—. ¡Hay alguien en el bosque!

Me hizo una señal para que no me detuviese. Y respondió con tranquilidad, aunque me pareció ver que un tanto forzada.

—Llevan tras nosotros desde anoche. Están estudiándonos.

—¿Estudiándonos? ¿Para qué?

—Observan el trato que le damos al bosque, y juzgan si es correcto.

Sin soltar las riendas de Laki, concentré la vista en la espesura a mi diestra. Uno de aquellos oteadores se detuvo un instante y pude ver su rostro durante un fugaz espacio de tiempo. Su piel era pálida, y sus cabellos lisos y rubios resaltaban el color de sus ojos verdes. Un verde intenso a juego con aquellos ropajes que me robaron la respiración. Jamás había visto un tintum semejante, ni en el más pequeño detalle de las vestiduras de algún miembro de la Orden. El tintum verde se

creía popularmente perdido hacía siglos, o pura invención de los historiadores más ávidos de protagonismo. No obstante, allí estaba, en las túnicas de aquellas gentes que jugaban a bailar con el bosque.

—¿Quiénes son? —pregunté ensimismado.

—Tienen muchos nombres. Ellos se hacen llamar *Lut Eufuput*, los que nunca se fueron. *Lut qaf si qafebupo*, o los que se quedaron.

—¿Viven aquí?

—Desde hace siglos. Su vida es por y para el bosque. Hay quien dice que solo son un puñado de locos, o que descienden de la sangre de los Siete. Puedes escuchar muchas historias sobre los Eternos, pero la verdad es que nadie sabe nada de ellos, aparte de su existencia aislada y su estilo de vida poco corriente.

—¿Ya los habías visto?

—Sí. He intercambiado con ellos algunas palabras. Pero son hostiles y hoscos. Si estoy vivo es porque respeto a los A'uepofu. ¿Comprendes? Trata de no hacer nada que les moleste, y no habrá problemas.

—La historia de ayer. ¿Tiene algo que ver con ellos?

—No estrictamente, aunque en parte así es. Nunca se lo he preguntado, pero por sus ropas es deducible que son adoradores de Visef. Una especie de clan religioso que lo ensalza por encima de los otros Siete.

—Tiene sentido.

Mientras hablábamos, tratábamos de andar con normalidad, pero a mí me resultaba imposible apartar la vista de ellos.

—Si conté la historia —siguió tío Argo—, además de para instruirte un poco, fue para que conociesen nuestras intenciones. Alguien que transmite leyendas de los A'uepofu está en sintonía con el bosque. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

Volví a mirarlos. Aquello parecía más un recibimiento que una persecución. Se movían de forma tan fluida entre las ramas que era como si formasen parte de ellas. Su danza resultaba mágica a mis ojos, un baile improvisado que surgía con cada pequeño salto, con cada sutil giro para esquivar los tupidos arbustos negros.

Y entonces el bosque también cambió, como si se vistiese de gala para recibirnos. Seguía habiendo rapines y más rapines, gigantescos, de troncos cada vez más gruesos y amplios. La gran diferencia radicaba en una especie de lianas que emergían cerca de ellos y se enroscaban alrededor de sus siluetas. Negro contra negro, generando bellas formaciones al contraste de los dos tonos oscuros. Se adherían a sus cortezas como una escalera de caracol, subiendo en espiral a lo largo de sus cuerpos lánguidos y durmientes.

El sol…, el sol ya resultaba una utopía. Y por contradictorio que

esto pareciese, dentro del bosque parecía brillar una luz propia, una especie de resplandor que hacía las cosas visibles a nuestro paso. Afuera, a metros de distancia sobre nuestras cabezas, el sol estaría bañando las copas de aquellos extraños rapines convertidos en árbol. Sin hojas, sin frutos, solo dedos afilados en busca del cielo.

Las lianas pronto lo habían invadido todo, y lejos de conformarse con llegar hasta el extremo de las ramas, se dejaban colgar desde ellas creando efectos preciosos a la vista. Era como si formasen parte de los propios rapines desnudos, como si sintiesen pena de ellos y los arroparan en un curvilíneo abrazo, para luego dejarse caer de nuevo hacia el suelo de oscurita.

Fui a tocar una de aquellas puntas colgantes, y la liana se movió lentamente enroscándose a mi muñeca. Estuve tentado de gritar, pero recordé que debía aparentar armonía con el bosque, y me liberé ayudándome de la otra mano, con toda la delicadeza de que fui posible.

—¿Qué son? —interrogué ansioso a tío Argo.

—Nosotros no tenemos un nombre para ellas. Solo conozco el antiguo. Son *lobobu*, o al menos creo que lo son. En el *Soduf Cumosit* también se habla de ellas, y es bastante casual que aparezcan justo ahora, cuando nos siguen nuestros amigos del bosque —se tomó la licencia de ironizar un poco—. Como ellos, básicamente protegen a los A'uepofu, se enredan a ellos y evitan que nadie los toque. Por el veneno.

De pronto se me heló el corazón. Acababa de permitir que la punta de una de esas lobobu se me enredase en la muñeca, y la había tocado con la palma de la mano al apartarla. Tío Argo me miró con cara de preocupación.

—¿Qué pasa, chico? —era asombroso que volviese a llamarme así de nuevo, y más aún que yo me fijase en esas nimiedades, dada mi situación.

—¿Has dicho veneno?

Tío Argo detuvo la marcha, su rostro palideció. Y se acercó hasta mí y hasta Laki, que también nos habíamos detenido.

—¿La has roto? —Me abrió los párpados con los dedos para ver el blanco de mis ojos—. ¡Dime ,chico! ¿La has roto?

—¡No! ¡Yo solo…, se ha enredado en mi muñeca!

Me zarandeó por los hombros, y trató de hablarme con más seriedad, si cabe.

—Chico, escúchame. ¿La has roto? —su rostro era todo tensión.

—¡No! ¡Solo la he apartado con la mano!

Quedó en silencio, como si tratase de interpretar el fondo de aquellas sencillas palabras. Poco a poco su semblante se relajó. Tenía la frente empapada en sudor.

—Ha sido culpa mía. Debí haberte avisado.

—¿Va a pasarme algo?

—No, si dices la verdad. —Me examinó de nuevo con la mirada—. Y creo que dices la verdad.

Asentí con la cabeza.

—Trata de no tocarlas —siguió hablando—. Pero por encima de todo, no las cortes, ni las rompas. El veneno escaparía a presión y lo empaparía todo a varas de distancia.

—¿Es mortal?

Tío Argo reemprendió la marcha y Laki y yo le seguimos. No era prudente que nuestros oteadores nos viesen hacer nada extraño.

—Afecta al sistema nervioso. En muy bajas dosis puede ser un anestesiante, pero mal administrado te pararía el corazón.

Pensé en ello mientras trataba de tranquilizarme. Mi corazón todavía latía con fuerza y deduje que era buena señal, dadas las circunstancias.

—¿Y es capaz de hacer todo eso a través de la piel? —La sola idea me parecía terrible.

—Nunca lo he probado. Y prefiero seguir sin hacerlo. Mi conocimiento llega hasta cierto punto, chico. Tú limítate a no tocarlas.

Continuamos, y ahora yo empleaba los dos ojos que tenía en las lianas negras y en que no nos rozasen ni a mí ni a Laki —como si ya no resultase suficientemente complicado sortear las ramas de los rapines—. Los Eternos, como los había llamado tío Argo, seguían espiándonos a través de la maleza. Ahora desde más cerca, como si nuestra parada hubiese sido estudiada con más detenimiento y ya no se hubiesen vuelto a distanciar.

Sus ropajes verdes seguían llamando mi atención en extremo. Hay que entender, que yo jamás había visto nada de aquel color, aparte de los ojos de algunas personas privilegiadas. El verde era una de las pérdidas más señaladas de los siete avisos, o eso me había contado padre. Otros colores se desvanecieron parcialmente, o perdieron candidez, pero el verde de Visef había sido borrado de la tierra. Y yo lo estaba viendo, aprovechaba cada instante que las lobobu me permitían para observarlo en todo su esplendor. ¿De dónde habrían extraído aquel tintum las gentes del bosque? ¿Cómo era posible que Ojhmron guardase tales secretos a solo unos días de Nathalma?

Y de pronto una voz lamió las profundidades del bosque, una voz que eran muchas en una y que yo reconocí casi como propia. Podía decirse que era la voz de los A'uepofu, a través de las gargantas de aquellos que los guardaban. Eran las canciones de mi sueño, aquellas que no lograba recordar. No obstante, cuando llegaron a mis oídos reconocí su melodía indescifrable, y sus notas melancólicas tocaron mi corazón como el susurro del viento que mece las aguas.

Di tofoqut oowofefut hecobo,
y eo tofoqut petefut vowio.
Eovuf lut A'uepofu cepubo,
depabo, bejobo, jafibo y ro'fo.
Cajebo eo lihefu y lu gabufep,
di auvimopu qaf nu lut supuj'ip.

Lut eufuput, lut qaf sohvip,
auvimopu qaf si qafebupo,
auvimopu qaf nu si ditujefo.
Cup lut A'uepofu si hisobobupo,
di sa mepu cenopep y vowip.

El sonido era evocador, realmente parecía el lamento del bosque, ahora que estábamos llegando al corazón de Vehlos. Resulta complicado explicar por qué tuve aquella sensación, pero daba la impresión de que todo cuanto nos rodeaba estaba vivo, en el sentido más mágico de la palabra. Lianas que se movían, gentes que danzaban y cantaban a nuestro alrededor, una luz extraña que permitía vislumbrar todo a nuestro alrededor, y el susurro del viento, trayendo consigo notas de instrumentos desconocidos a mis oídos; notas discordantes y a la vez inmersas en la más grande de las bellezas.

Volví a fijarme en los Eternos y vi que cada vez los teníamos más cerca. Algunos de ellos trepaban por las lobobu e incluso saltaban de unas a otras. Lo hacían con una especial maestría y tranquilidad, como si no existiese nada peligroso en aquel hecho. No obstante, y si tío Argo no se equivocaba, la rotura de una de ellas hubiese resultado fatal.

La sinfonía se repetía, rasgando la corteza de los árboles. Era impresionante cómo unos arbustos insignificantes se habían transformado en las opulentas figuras que nos rodeaban. Traté de reconocer algunas palabras de entre la letra de su música, pero solo me pareció escuchar alguna referencia a los A'uepofu.

—¿Qué idioma es este? —susurré, estaban tan cerca que extremaba mis precauciones.

—Es gohjiano. Pero está bien que lo preguntes —él también susurraba, y aquello me preocupó.

—¿El idioma del bosque? ¿Gohjiano?

—Lo del gohjiano es una farsa, chico. Solo el legado de alguien que quiso darle un nuevo nombre al idioma del mundo.

—¿Por qué haría nadie eso?

—Resulta más fácil que inventar uno nuevo —se encogió de hombros—. Pero sobre todo, apropiarse de algo extendido y ponerle el nombre de uno…, puede ser muy buena propaganda, si se hace bien.

—No lo entiendo —hablé tan bajo que temí que no me escuchase.

—Gohj fue la ciudad más prospera de Ojhmron, chico. Y la prosperidad a esas escalas ciega a los hombres, les hace creer que el mundo es suyo. —Traté de aparentar normalidad, pero uno de aquellos oteadores se había acercado a pocas varas de Laki y de mí, y seguía danzando entre las ramas mientras avanzábamos—. A los hombres les gusta ponerles nombre a las cosas, y si las cosas buenas y grandes llevan el suyo, mejor.

—Ya —me atreví a decir, sintiéndome vigilado. Tío Argo actuaba como si no pasase nada.

—¿Quieres que la traduzca?

No me pareció en absoluto lo más apropiado, pero tío Argo se mostró decidido a hacerlo. Y su voz, aunque sin cantar, resonó suavemente sobre aquellas otras que nos perseguían entre los mágicos contrastes de negrura que Bosque Vehlos ofrecía.

—De tiempos olvidados hablan, y en tiempos pasados viven —comenzó a decir—. Entre los árboles cantan, danzan, bailan, juegan y ríen. Cuidan el legado y lo guardan, de aquellos que no les sonríen.

Entonces la canción llegaba a un punto intermedio, y las voces descansaban para dar protagonismo a las enrarecidas músicas que las acompañaban. Yo estaba azorado, tanto por la proximidad de aquel Eterno a mi diestra, como por las revelaciones de la letra que tío Argo traducía. Y todo pasaba lento ante mis ojos asustados, cuando las voces sonaron de nuevo.

—Los Eternos, los que siguen, aquellos que se quedaron, aquellos que no se despiden. Con los árboles se hermanaron, de su mano caminan y viven.

SOLEDAD Y PENUMBRA

Así anduvimos largo rato, acompañados por aquel singular grupo de cantantes y bailarines. Si bien era cierto que oíamos las voces con claridad, era difícil saber de dónde venía la música. Se percibía nítida a través de la espesura, pero resultaba imposible definir el lugar de su procedencia o imaginar los extraños instrumentos que le daban forma. Y entre tanta algarabía, yo debía vigilar las puntas colgantes de las lobobu, que parecían retorcerse suavemente al ritmo de los compases.

Tío Argo parecía feliz, como si acabase de regresar a casa después de muchos años de viaje. Iba delante de mí, y yo podía escuchar incluso el leve tarareo provocado por sus labios. Conocía aquellas canciones, y conocía Bosque Vehlos a un nivel que yo había ignorado hasta entonces. Recordé cómo había hecho arder la oscurita, y mientras examinaba su delatora sonrisa, me pregunté por primera vez quién era él: quién era realmente tío Argo, y por qué sabía tanto de tantas cosas.

De no ser por el inusitado pánico que me producían las lianas colgantes, habría clavado mis dos ojos sobre él y estudiado cada uno de sus movimientos. Pero esquivar el veneno era más importante en aquel momento, y me limité a guiar a Laki entre los árboles —pues a esos rapines, de ninguna manera se les podría llamar arbustos.

A mi diestra, seguía danzando aquel oteador. Tan próximo que hubiese podido tocar sus ropajes verdes con tan solo extender la mano. De tanto en tanto, dada su agilidad, se permitía asomar la cabeza entre las ramas que nos separaban y mirarme con una expresión que yo no sabría haber definido. Parecía no entender muy bien la clase de espécimen que yo era, como si no hubiese visto nada parecido. No obstante, por tío Argo no mostraba ninguna curiosidad, ni él ni ninguno de sus congéneres.

En una de aquellas ocasiones en que asomó por entre los negros rapines, me fijé en su semblante con más detenimiento. Sus cabellos largos y rubios se recogían en sinuosas formaciones detrás de la cabeza. Había utilizado pequeños trozos de ramitas para sujetarse el topo, y este detalle la hacía un tanto peculiar. Digo «la» porque me pareció que era una mujer. No sé cómo lo supe, pero aquellos ojos verdes encerraban la mirada de una muchacha. Sus orejas eran levemente distintas a las mías, algo puntiagudas en la parte más alta. Y sus cejas, finas y curvadas, acentuaban el poder de sus ojos verdes. Eran de tal poder, que me hubiese gustado saber describirlos mejor, pero en Ojhmron apenas tenemos una palabra para definir cada uno

de los colores, dado su poco uso. Solo el negro dispone de infinidad de apelativos, vocablos oscuros y enrevesados que vosotros jamás comprenderíais. El caso es que aquellos ojos tenían algo peculiar, poseían un brillo que alguien como yo jamás había visto en ningún otro lugar.

Podía sentir su curiosidad hacia mí, casi tan grande como la que yo sentía hacia ella. Sus incursiones de entre la maleza cada vez resultaban más frecuentes y atrevidas, de forma que en ocasiones nuestros rostros estaban cerca de tocarse. Comencé a perder el miedo gradualmente, pues no reconocí hostilidad en sus movimientos. Y en parte, agradecía poder observar con tanto detalle los pormenores de su rostro. Pronto estuve tan ensimismado en ello, que comencé a descuidar las lobobu y su incesante amenaza.

La música, sin darme cuenta, fue atenuándose entre los árboles. Y lo que había llegado a ser una melodía claramente definida, comenzó a perderse con el viento, aquí o allá, en lejanos susurros que llegaban hasta nosotros casi por pura casualidad. La muchacha de los ojos verdes emergió una vez más de las sombras, justo enfrente mía.

—*Qaf lut A'uepofu ti gabufip* —pronunció con suavidad, y por un segundo sus labios me hechizaron y los consideré lo más bello del mundo.

Después, con una velocidad asombrosa, volvió a internarse en la espesura, y en unos pocos segundos había desaparecido. Miré primero a tío Argo, y luego a izquierda y derecha. La música se había desvanecido por completo en las profundidades de Vehlos, y aunque yo no sabía cómo, todos los Eternos que nos habían acompañado hasta entonces se habían marchado con ella.

Tío Argo se acercó hasta mí, retrocediendo. Yo me había quedado clavado en el lugar en donde la oteadora me había hablado. Estaba como despertando de una profunda ensoñación, tratando de encajar en mi cabeza todo cuanto había pasado en las últimas horas.

—Me ha hablado —logré decir—. Ha mencionado algo de los A'uepofu.

—Te da la bienvenida al bosque —me puso una mano en el hombro—. Han decidido que no somos una amenaza para Vehlos.

Cuando me recompuse, traté de analizar el lugar en el que nos hallábamos. Los rapines eran cada vez más gruesos y altos, con lo que la dificultad para esquivar sus ramas se había reducido considerablemente. Las lobobu se enroscaban hasta las puntas de las ramas sin importar cuán altas estuviesen estas, y desde allí se dejaban caer hasta alturas cercanas al suelo, pero sin llegar a tocarlo.

—Tío Argo.

—¿Sí?

—Tengo un poco de hambre —De pronto, la vuelta a la realidad me

había dado consciencia de mi estómago vacío.

—Ya. Dentro de poco encontraremos algo comestible, o eso espero. Hasta entonces, tendremos que continuar.

Me había acostumbrado a acatar las decisiones de tío Argo. Así que tiré de las riendas de Laki y nos pusimos en marcha. Ahora que la soledad nos envolvía, eché de menos la música de los Eternos, y sobre todo los ojos de la muchacha que me había hablado.

—¿Por qué se han marchado? —pregunté, albergando la débil esperanza de volver a verla.

—Ya han hecho lo que tenían que hacer. Su vida es por y para el bosque, si creen que no vamos a dañarlo, no tiene sentido que se queden con nosotros.

—¿Y qué hubiese pasado si…?

—Nos hubiesen matado, probablemente.

Tuve que tragar saliva. No imaginaba a la muchacha de ojos verdes manchándose con nuestra sangre.

—Parecían… Parecían amistosos.

—Y lo son, con todo aquel que respeta a los A'uepofu. No debes preocuparte, pero ten cuidado con hacerle algo a alguna de estas plantas antes de preguntarme.

—¿No les ha molestado que hiciéramos fuego?

—No, porque lo hicimos bien. Cogimos lo que necesitábamos y ningún rapine sufrió daños innecesarios o irreparables.

La historia que tío Argo me había contado cobraba fuerza por momentos. Aquello que al principio me había parecido un cuento para niños, ganaba peso con la aparición de los Eternos y su dedicación al bosque. Si había gente que vivía bajo esos preceptos, algo de verdad debía haber en ellos, y en la historia de los A'uepofu.

IRIDISCENTE

Hacía ya largo rato que yo me preguntaba de dónde diantres provenía la tenue luz que hacía retroceder las penumbras del bosque. Por más que trataba de hallar una explicación no encontraba ninguna razonable. De tanto en tanto miraba hacia arriba y solo veía una maraña de ramas retorciéndose en las alturas; el sol tampoco filtraba sus rayos por entre los troncos, ni al norte ni al sur, ni al este ni al oeste.

—Tío Argo. ¿De dónde sale la luz?

—Muchacho, deja de llamarme tío. Con Argo es suficiente.

Era increíble la capacidad con la que no solo eludía mis preguntas, sino que además introducía una nueva orden a tener en cuenta en mi conducta.

—Argo…

—Está bien, chico, está bien. La luz es emitida por las lobobu. Brillan en la oscuridad.

—Yo no las veo brillar.

—Espera a que se haga de noche de verdad.

Y ya tenía otra cosa con la que distraerme, como si no fuese suficiente hallarme en aquel lugar tan desconocido para mí, acosado por criaturas danzarinas vestidas de verde y con el estómago vacío. Miré a Laki, que movía la boca como si mascase tabaco. Era el burro menos impresionable que había conocido.

—¿De dónde has salido tú?

Evidentemente no respondió, y no esperaba que lo hiciera. Fue tío Argo quien interrumpió mis pensamientos.

—Por fin. Algo de comer.

Laki y yo nos apresuramos a llegar hasta él, y comprobamos que se hallaba en un pequeño claro. Al principio no pude verlos, pero de los rapines que cerraban el circulo pendían unos frutos que yo desconocía.

—¿Qué son? —Me dio la impresión de que estaba preguntando demasiadas cosas, pero la verdad es que era lo único que podía hacer. Tío Argo no pareció molestarse.

—Deliciosos como la mejor de las manzanas, y más nutritivos. Prueba uno.

Alcancé uno de los frutos redondos con la mano derecha, y antes de pegarle el primer bocado quise asegurarme de algo.

—¿Con piel? ¿O va a provocarme una diarrea de muerte?

Tío Argo sonrió.

—Estás aprendiendo, chico. Pero tranquilo, puedes comerlo entero. —Cogió uno y le dio un mordisco—. Dormiremos aquí.

No me gustó cómo sonó aquello. Demasiado definitivo.

—¿Esta noche?

—Y todas las noches del resto de tu vida —se burló—. Venga hombre, no es para tanto.

—¿Esperas que pase aquí los próximos dos años?

—¿Dos años? Es una estimación aproximada. ¿Cómo lo has calculado?

—¡¿Tres?! ¡¿Cuatro?! —puse el grito en el cielo.

—Tres, dos y algo con suerte. Todo depende de cuándo te salgan los primeros pelillos en la barba y de que crezcas un par de palmos.

—¿Esperas que pase tres años con un burro y un loco durmiendo a la intemperie?

—Tendremos una cabaña. Y no te preocupes, acabarás acostumbrándote a mis locuras, y a Laki sé que le tienes cariño, es inútil que te esfuerces por aparentar lo contrario.

—¡Pero…!

—¿Pero qué? Escogiste la gloria, todo tiene un precio.

Callé, no podía hacer otra cosa y era consciente de ello. Tío Argo hubiese desmontado cualquier queja que yo profiriese con solo una palabra de sus labios y yo estaba demasiado cansado como para intentar rebatirle.

—Entonces…, ¿ya hemos llegado?

—Técnicamente sí, aunque mañana buscaremos mi pequeño agujero.

—Tu… ¿Agujero?

—Si no me equivoco está muy cerca de aquí.

—¿Vamos a vivir en una cueva?

—Algo así.

—¿Y lo de la cabaña que mencionaste?

—Mi agujero no es un agujero convencional, chico. Puedo ver lo que estás imaginando, una abertura en la roca, ¿cierto? Un refugio en la piedra de alguna pequeña montaña. ¿Es eso?

Asentí con la cabeza.

—El problema es, querido Delos, que no hay muchas cuevas naturales por aquí cerca, porque como podrás observar aquí no hay montañas.

—¿Y bien?

«Tap, tap», golpeó con sus botas la oscurita.

—¿En el suelo? ¿Tu agujero está en el suelo?

—Eso es.

—Esto es una locura.

—Así es, chico, pero no te queda más que hacerte a la idea.

—Entonces… La cabaña es para…

—La cabaña es para cubrir la entrada y que no se inunde con las lluvias. De hecho, es probable que no se haya secado del todo después de las últimas y tengamos que echar mano de un par de cubos para drenarlo.

Estuve tentado de preguntar de dónde demonios pretendía sacar dos cubos. Desistí.

—Argo…

—¿Sí?

—¿Realmente crees que funcionará? ¿Crees que podré volver como Dehljos, el primogénito?

—Corres mucho, chico, pero sí, de otro modo no estaríamos aquí.

Debí poner cara de poco convencimiento, porque prosiguió.

—Te enseñaré a ser lo que debes ser, Dehljos. Perfeccionarás la lectura y la escritura, aprenderás el idioma antiguo y nociones básicas de alquimia. Aprenderás a rezar y lo que es más importante, que los demás crean que rezas con fervor. Aprenderás a sobrevivir sin más que tus manos, a respetar lo que te rodea y a hacer que te respeten. Te instruiré en el poder de la palabra y en cómo puedes vencer batallas con ella, antes siquiera de que estas se declaren. Y cuando regreses dentro de algunos años a través del puente de arena, no serás Delos, sino Dehljos, el primogénito.

—Honra al primero de tus hijos… —musité.

—Teme al segundo —respondió él, y sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Por primera vez, descubrí un significado en aquella frase que siempre me había desconcertado. ¿Era yo alguien a quien temer? ¿Era precisamente esto que estábamos haciendo a lo que se refería el tan arraigado dogma?

—¿Por qué…?

—Shhhh, chico. Haces demasiadas preguntas. Duerme y deja que mañana nos alumbre un nuevo sol. Tenemos mucho que hacer y las dudas no harán sino ensombrecer nuestro paso. Disfruta de esta noche como Delos, porque mañana te alejarás de ese nombre para siempre.

Como tío Argo había apuntado anteriormente, las lobobu brillaron aquella noche con un resplandor verdoso sobrecogedor. Era bello y aterrador a partes iguales, como un reclamo que guiara al incauto hacia el veneno que guardaban en su interior. Mientras trataba de dormir las estudié con la mirada una y otra vez. Y no hicimos fuego alguno, pues la espesura era allí demasiado densa como para arriesgarse a un incendio. Por otra parte, tampoco es que hiciese frío, pues de algún modo los robustos rapines impedían el paso del viento hasta donde nos encontrábamos.

Pensé en despedirme de mi nombre y por alguna razón no me pareció extraño. En unos días había aprendido más cosas que en los

cortos años de mi existencia, y en algún lugar de mi alma algo me decía que eso era lo que siempre había deseado. No ya ser un primero, ni llegar a ser un alquimista, sino aprender y llenarme de todos aquellos conocimientos que siempre se me habían negado por el simple hecho de haber nacido en determinada fecha.

Quizá debiera haber estado desorientado o asustado, y en parte por supuesto que lo estaba, pero sentía que estaba hecho para aquello, sentía que aquel tintum rojo era lo mejor que me había pasado y quise ahogar un sentimiento de culpabilidad que en realidad no tenía, pues no conocía a mi hermano más que a través de sus cartas. ¿Cómo llorar la pérdida de alguien a quien ni siquiera reconocería en una multitud?

Y frente a la luz verde de aquellas lianas tocadas por la magia de Visef, mi mente desvarió entre lo que estaba bien o mal, entre lo que hubiera sido de mi vida y en lo que ahora iba a ser de ella, en si estaba preparado para aquello o si no se derrumbarían todas mis aspiraciones como un montículo de arena.

LOS PRIMEROS DÍAS

La mañana siguiente, y aunque yo no era consciente de ello, comenzó mi preparación, aunque en realidad no empezó como yo lo había imaginado. Lo primero que noté fue un detalle que me sorprendió en la forma de hablar de tío Argo, y es que después de cinco días refiriéndose a mi como «chico», pasó a llamarme Dehljos sin ningún titubeo. Era raro, pero no me molestaba, estaba claro que si estábamos allí era para algo, así que no puse objeción.

Pasamos gran parte de la mañana buscando su «agujero», como él lo llamaba. Cuando se detuvo ante lo que a mí me pareció un cenagal, crucé en vano los dedos para que aquello no fuese nuestra casa.

—Habrá que sacar el agua —dijo él dilapidando todas mis esperanzas.

—¿Cómo se supone que vamos a hacerlo?

—Haremos cubos con madera de rapine —dicho lo cual se adelantó adentrándose en la espesura—. Ven, Dehljos, te enseñaré a escoger las mejores.

Le seguí, me hacía cierta ilusión aquello de fabricar algo, aunque la idea de pasarme horas sacando agua del pozo de tío Argo no me pareció muy halagüeña.

—Debes tener en cuenta que las ramas de rapine son duras y muy difíciles de moldear una vez pasadas por el fuego, por contra, si intentas darles forma antes son demasiado quebradizas, por eso tienes que escoger las que más se adecuen a lo que quieres hacer.

—Ya… —a mí todas me parecían iguales.

—Por ejemplo, si lo que quieres es hacer un puñal, nos vale una como esta. —Señaló la punta de una rama sobre nuestras cabezas. Era fina y tortuosa, de punta afilada como un cuchillo—. Sus curvas harán la herida más irregular y mortal, y sería fácil de esconder entre la ropa. —Dio unos pasos más al frente—. ¿Ves esta otra? Es muy gruesa en la base y con ella haremos un cubo.

Y nos pusimos a ello. Tío Argo sacó de los fardos de Laki un machete y cortó la rama en un punto suficientemente grueso. Pronto, un denso líquido negro resbaló de la herida del árbol.

—Ahora lo dejaremos secar unas horas —dijo, y aunque yo creí que se refería a la rama cortada vi que la dejaba en el suelo, y comprendí que hablaba del árbol.

Regresamos horas después, ya habiendo llenado nuestros estómagos con unas rapinas —así de original era el nombre que Argo le daba a los frutos del rapine. La rama cortada seguía en el suelo y el líquido

negro se había solidificado en el árbol cerrando la herida producida por el corte.

—Ven, súbete a mis hombros —se agachó.

Una vez en sus lomos, me pasó el machete y me indicó dónde debía cortar.

—Aquí. Clávalo con fuerza. —Señaló en una parte aún más gruesa que la del corte anterior—. Ahora da un golpe seco.

No sin cierta emoción, levanté el machete por encima de mi cabeza.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo —y hendí la hoja con todas mis fuerzas contra el rapine.

Fue una sensación extraña. Cuando el filo del cuchillo entró en contacto con la corteza del árbol no sentí una gran resistencia. El filo atravesó la enorme rama sin apenas dificultad, cercenando un gran trozo del tamaño de una cabeza. Tío Argo me quitó el cuchillo.

—No te emociones.

Al bajar de sus hombros, me acerqué al trozo de rama que acababa de desprenderse del árbol y comprendí lo que quería hacer. El leño tenía forma de cubo y lo que sería su base se había solidificado tras el primer corte. La parte más gruesa escupía aquella especie de sangre negra, y supe que solo tenía que sacarla de ahí para obtener un rudimentario cubo, perfecto para nuestros propósitos.

—¿Lo vacío? —pregunté por si acaso.

—Muy bien, Dehljos, no esperaba menos de ti —Asintió.

Me sentí satisfecho ante el elogio y me puse manos a la obra, entretanto él preparaba otra rama para recogerla luego.

—¿Por qué no has hecho las dos a la vez?

—Buena pregunta. —Sonrió satisfecho—. La resina solo seca sobre el árbol. Si te fijas en las ramas desechadas verás que todavía está tierna. Además, hay que pensar que los recursos del árbol no son infinitos. Si le haces un corte, cicatriza; si le haces dos también lo hará, pero repartirá sus recursos y el resultado será de menor calidad. ¿Entiendes?

—Sí. No queremos cubos agujereados.

—Básicamente.

Acabé de vaciar el pedazo de tronco y quedé admirado ante el resultado. Tenía ante mí un cubo con capacidad para al menos cuatro litros y las manos llenas de aquella pegajosa sangre negra.

—¿Dónde me limpio?

No me sorprendió tener que hacerlo con el agua turbia del cenagal de tío Argo, como yo lo había bautizado en secreto. Aquello tenía más de porqueriza que de agujero de ninguna clase, pero tampoco me quejé por ello; había aprendido a no hacerlo.

—Dehljos, ve y corta la rama que hemos preparado antes. Trae también los restos que hemos dejado por el suelo.

Me llevé a Laki conmigo. Tuve que subirme a su lomo para llegar con el machete a la rama en cuestión. Al igual que antes, la hoja cercenó con precisión la corteza del rapine y el segundo cubo cayó al suelo lleno de resina.

—Abajo, Laki —dije, y el burro me sorprendió sentándose para hacerme más fácil el descenso. Le acaricié el morro y se levantó de nuevo, era un animal excepcional.

Regresé con el cubo lleno y las ramas sobrantes que habíamos dejado en el suelo. Una vez con tío Argo, me empleé en sacar la resina del tronco como hice antes, entretanto él construía una escuálida pirámide con las otras ramas.

—Dame la piedra, chic… —se le escapó—. Dehljos.

Saqué la piedra lisa del bolsillo y la observé antes de entregársela. Me fascinaba de una forma especial la capacidad que tenía de hacer fuego a partir de aquel objeto inerte.

—¿Me enseñarás a…?

—Te enseñaré —hizo una pausa para analizar mi reacción y yo reprimí un alarido de euforia—. Pero no todavía…

Se divertía con aquello, se le veía feliz organizando toda aquella aventura en el bosque y enseñándome todo lo que sabía. Poco a poco, había ido surgiendo cierta complicidad entre nosotros, y aunque sabía que él conocía mis pensamientos, traté de aparentar indiferencia, así que me senté junto a él y simulé no sorprenderme ante ninguno de sus movimientos.

Una vez más, realizó aquellos extraños gestos que ya hizo en su momento, llevándose la piedra al pecho y extendiéndola luego bajo las ramas de la hoguera. Esta vez, no obstante, no lo hizo de forma tan ceremoniosa, como si no buscara sorprenderme. El efecto en mí, no obstante, fue mayor dada la normalidad con la que llevaba a cabo el proceso. Manejó la piedra con total soltura, y poco después de dejarla bajo la leña, nació en ella una lengua de fuego que en pocos segundos había prendido la madera de rapine.

—Ten —me la devolvió, y como la otra vez, comprobé que estaba tibia.

Pasamos los cubos por las llamas, que aunque no prendían por estar limpios de resina, se fortalecieron e hicieron más duros durante el proceso. Después, los dejamos enfriar y cuando estuvieron listos tío Argo abrió la boca para decir lo que a mí me pareció una broma.

—Venga, Dehljos, ahora debes vaciar el agujero.

Quedé estupefacto. ¿Pretendía que, yo solo, drenara aquel pozo de quién sabe cuánta profundidad con un par de cubos? Lo observé con detenimiento y su mirada me dio la respuesta: Sí, eso pretendía.

Así que empecé a sacar agua del cenagal. No solo tenía que llenar los cubos, sino que debía alejarme lo suficiente a vaciarlos como para

que el agua no volviera a estancarse en el mismo sitio. Tío Argo y Laki estaban tendidos en el suelo comiendo rapinas y deleitándose con el espectáculo, entre tanto yo me llenaba de barro hasta los dientes.

No quería parecer débil y hacía lo imposible por no estallar en cólera —porque en cólera estaba, solo que no quería que se notase—, pero resultaba difícil pasar una y otra vez sosteniendo ambos cubos llenos por el borde y viendo la sonrisa de satisfacción que Argo esbozaba, cómodamente apoyado en Laki frente a una pequeña colina. En más de una ocasión caí al suelo y ninguno de los dos pareció inmutarse, y lo que es más, después de un largo rato achicando, con los brazos y las piernas doloridos, parecía que el nivel del agua no había descendido un ápice.

—Esto es inútil —dije al fin arrojando los cubos vacíos contra la oscurita.

—¿El qué?

—Nunca voy a conseguirlo. Parece que el agua se cuela por alguna parte y regresa al mismo sitio.

—Dehljos, no desvaríes. El nivel debe de haber bajado ya al menos una pulgada.

—¡¿Una pulgada?!

—Después se estrecha, te resultará más fácil.

—¿Y qué se supone que aprendo con todo esto?

—Dices bien cuando antepones la suposición a la palabra aprender, porque con esa actitud no creo que aprendas nada.

Logró sonrojarme, había caído en la trampa aun queriendo evitarla desde el primer momento.

—Pero ya que lo preguntas te lo diré: perseverancia, fe, capacidad de trabajo, mejora del rendimiento físico… —Su tono era irónico, pero supe distinguir la razón en sus palabras. Cogí de nuevo los cubos negros y continué sacando agua del agujero.

No sé cuánto tiempo pasó, pero estuve largo rato drenando aquel sucio cenagal en el que cada vez había menos agua y más barro. Los cubos pesaban más a cada viaje, en parte por el cansancio y en parte por la mayor densidad de los líquidos recogidos, pero al fin parecía que todo el esfuerzo estaba comenzando a dar sus frutos. El nivel del agua había ido descendiendo hasta alcanzar un punto en que el gran orificio se empezaba a distinguir con claridad. Las paredes de dura oscurita delimitaban el diámetro de algo más de una vara que descendía hacia las profundidades, y en cuanto Argo lo vio se levantó —por primera vez durante el proceso— y se acercó hasta donde yo estaba.

—Bien hecho, Dehljos, ya queda poco.

Después, cogió una de las ramas de rapine que se habían endurecido en la hoguera y la introdujo en el pozo para medir su profundidad.

—¿Ves? —dijo después de que la rama tocara fondo—. Apenas te queda una vara, ya casi lo tienes.

Después de todo el esfuerzo aquello resultaba alentador.

—Está bien, deja que acabe entonces.

Y seguí llenando los cubos de fango y desechándolos en el bosque hasta que el nivel descendió tanto, que casi no alcanzaba a llenarlos ni siquiera tendido en el suelo y alargando los brazos.

—Métete dentro, Dehljos. El fondo es estable.

¿Y qué podía hacer yo, sino introducirme en el agujero y achicar el agua desde allí? Argo se acercó a echarme una mano y solo tenía que pasarle los cubos para que él los vaciase, así que visto de otro modo, no fue más horrible que el resto del proceso.

—¿Cómo notas el barro por ahí? —preguntó.

—Cada vez es más duro.

—Buena señal, sigue llenando los cubos —me devolvió uno de ellos.

En unos minutos el fango se había hecho ya tan denso que apenas podía llenar el culo de un cubo arrastrándolo con fuerza contra el suelo.

—Creo que ya no se puede sacar mucho más —dije mirando hacia arriba. La profundidad del agujero era ya mayor que mi altura y el gesto de tío Argo no parecía contradecir mis impresiones.

—Está bien. Sal de ahí —me tendió una mano.

—¿Qué demonios es esto? —pregunté al estar fuera.

—Es mi agujero.

—Ya sé que es tu agujero…, lo que quiero decir es… ¿De qué sirve un hoyo en el suelo?

—No es un hoyo en el suelo —soltó una carcajada—. Esto es solo la puerta.

Por mucho que miré, no entendí a qué se refería.

—Debe de haber alguna losa bloqueando el paso, pero el barro no la deja ver. Hace tiempo sellé la entrada para que nadie pudiese acceder en mi ausencia. Mi intención era precisamente esta, que no pareciese más que un agujero en el suelo.

—Pero, de ser así estará todo inundado…

—Espero que no. ¿Sabes lo que son los vasos gemelos, Dehljos?

—¿Más cubos?

—¡Ja ja ja ja ja! No, chico, no. Los vasos gemelos son dos recipientes conectados por un tubo en su base. Si echas agua en uno de ellos, esta pasará por el tubo hasta que el nivel de ambos este perfectamente nivelado.

—¿Y bien?

—El agujero de tío Argo es igual —y dijo lo de tío Argo no sin cierta satisfacción—, solo que tienes que imaginar un vaso más alto que otro. Por mucha agua que eches al primero jamás llenaras del todo el

segundo.

—Porque los niveles deben ser iguales…

—Eso es.

—Entonces…, el agua rebosaría del primero pero no llenaría el segundo más que hasta la misma altura que este.

—Eres un chico listo, Dehljos.

—¿Y cómo se aplica esto a tu agujero?

—Este es el primer vaso, —señaló el pozo del que había estado drenando agua—, el segundo está ahí, bajo esa pequeña colina, y debe ser algo así como dos varas más alto que el primero.

—Así que en realidad esto es un túnel…, que lleva a lo alto del segundo vaso, donde está la verdadera entrada.

—Eso es, chico. Cuando vuelva a Nathalma voy a darle un buen puñetazo a tu padre por desaprovechar tu potencial. —Dicho lo cual, y para mi sorpresa, se metió en el agujero—. Debe de estar justo aquí.

Desde fuera, observé cómo se llenaba de barro las manos escarbando en el lado de la pared que estaba orientada a la colina. Pronto, a base de desprender el fango negro topó con lo que parecía una gran roca de mayor consistencia, y haciendo gala de toda su fuerza la hizo rodar a un lado descubriendo un pasadizo. Yo, aunque no quería reconocerlo, estaba fascinado ante lo que podría encontrar allí dentro.

—¿Vienes? —me invitó antes de ponerse en cuclillas y desaparecer por el túnel.

Me apresuré a seguirlo, tan emocionado que descendí de un salto al agujero salpicando el barro con violencia y estando a punto de caer. Me arrodillé y descubrí que apenas se veía nada, pues las paredes de oscurita del túnel ni siquiera se distinguían de la negrura reinante.

—¿Argo? —llamé y nadie respondió, con lo cual decidí internarme en el agujero.

Aunque había que agacharse para entrar, no resultaba incómodo moverse una vez dentro. Pronto me di cuenta de que había peldaños horadados en la piedra, y dada la naturaleza ligeramente ascendente del pasadizo, uno tenía la sensación de hallarse en unas escaleras. La pendiente, muy débil en la primera y segunda vara, se acentuaba rápidamente en un ascenso cada vez más vertiginoso. Los peldaños, a su vez, eran más profundos a medida que avanzaba, de modo que me era más fácil asirme a la roca.

Mientras me internaba en la oscuridad, palpando a tientas antes de realizar el siguiente de mis movimientos, comprendí por qué me había costado tanto achicar el agua. El suelo estaba menos mojado a medida que ascendía y entendí que me hallaba bajo la colina que había visto desde el exterior. Esta parte del túnel actuaba como el segundo vaso del que había hablado tío Argo, y horas atrás había estado repleta de

agua. Por eso me había costado tanto drenar el maldito agujero, porque había mucho más líquido del que a primera vista podía observarse.

Al final, el pasadizo volvía a estabilizarse a una altura presumiblemente superior —de otra forma se inundaría—, y escuché a tío Argo algo delante de mí, no sabría decir cuánto.

—Dehljos. ¿Estás ahí?

—Sí —susurré algo atribulado por el eco.

—Trae la piedra.

—¿Qué piedra?

—Tu piedra, demonios, tráela.

De pronto supe a qué se refería y busqué en mi bolsillo. Después, le entregué la piedra lisa de hacer fuego no sin cierta dificultad, dada la estrechez del pasadizo —un hombre adulto cabía a cuatro patas con cierta holgura, pero no hubiera podido darse la vuelta por mucho que lo intentase—, y esperé a ver con qué me sorprendía ahora. Lo siguiente fue el sonido de unos golpes secos, seguido de unos chispazos de luz que al principio me asustaron y luego me hicieron sospechar. No obstante no dije nada, pues una pequeña vela de tintum negro se encendió y proseguimos hasta topar con un portón redondo de madera que bloqueaba el paso.

—Bienvenido a casa, Dehljos —y el portal se abrió, yo mirando por encima de su hombro y preguntándome, con el corazón en un puño, cómo sería aquel hogar subterráneo en el que iba a vivir los próximos años de mi vida.

HOGAR

El túnel terminaba de pronto tras aquel portón y uno se encontraba con que el suelo desaparecía dejando paso a lo que parecía una gran estancia. Para descender a tierra firme era necesario hacer uso de una escalera de mano cuyos peldaños de madera —para mi sorpresa—, no crujían a nuestro paso. Descendimos una longitud de unas cinco varas antes de topar con tierra firme y una vez estuvimos abajo comencé a percibir las primeras sensaciones que aquel lugar transmitía. El aire, lejos de estar viciado como yo había podido imaginar, era fresco y neutro y no arrastraba tras de sí ningún aroma concreto.

—¿Qué te parece? —inquirió tío Argo sosteniendo la vela de tintum negro por encima de nuestras cabezas.

No respondí, pues la curiosidad que aquel lugar lograba inspirarme me había cortado el habla. La luz del cirio producía un baile de brillos en las paredes de roca negra y en el mismo suelo, y poco a poco pude distinguir los primeros detalles de la cueva en penumbra. Había algunos muebles de madera robusta, como una mesa o una suerte de estanterías que atravesaban uno de los costados. Sobre ellas pude ver algunos libros y objetos extraños cuya utilidad no supe reconocer. Eran cachivaches ininteligibles a la mirada de alguien como yo; metales con formas abruptas e irreconocibles cuya utilidad no podía imaginar, o utensilios de madera que estaban conectados de alguna manera entre ellos; envases de vidrio amorfos y herramientas que bien podrían servir para descuartizar a uno. En un rincón, descuidada, había una espada tortuosa de rapine descansando contra la pared. Era de una sola pieza, la hoja y el mango habían sido talladas sobre una misma rama y aquello la dotaba de cierta robustez a la vista.

En otra parte del zulo vislumbré lo que parecía ser una improvisada cama de paja sobre el suelo, y más allá, mis ojos se perdieron en la negrura absoluta de un gran pasadizo que se abría en la roca. Fue un momento extraño, mientras me mantenía en pie observando el vasto desconocido que se abría ante mis ojos, y una sensación repentina de vértigo me sobrevino. Pero no era un vértigo físico aquel que me corroía, sino una corriente en la nuca, imágenes las unas sobre las otras y un futuro incierto como aquella boca de oscuridad que parecía tenderme un lánguido abrazo.

Aquel lugar era mi casa y a la vez no lo era. El hogar se hallaba lejos, en Nathalma, donde una cama restaría vacía y unos padres quizá echaran en falta a su hijo. No obstante había algo en aquel lugar, quizá el misterio o la curiosidad que albergaba, que hacía que me

olvidase de todo cuanto me había planteado durante el camino. El caso es que aquello que guardaban las paredes de oscurita me atraía de una forma irresistible.

Esa noche hablamos de lo que estaba por venir. Argo estaba de un humor excelente y se permitió deleitarme con algunas promesas sobre el futuro.

—Te espera una vida mejor. Conocerás los colores de los Siete y las verdades del mundo.

Yo anhelaba saber, anhelaba con todo mi ser hallar aquellas verdades que sus labios se atrevían a insinuar.

—¿Y tú? ¿Cómo sabes tantas cosas?

No hizo falta que dijese más, él sabía muy bien a qué me refería.

—¿Siendo un segundo? —Torció la boca formando media sonrisa—. Hasta los seres más insignificantes de este reino podemos estar dotados de curiosidad. —La palabra «insignificantes» sonó diferente al resto, con cierto deje a sorna en la entonación—. Anda, ve a dormir, mañana será un día duro —sentenció después con tristeza en los ojos.

Dejó que yo durmiese en el catre de paja aduciendo que le gustaba sentir la dureza de la roca bajo la espalda.

—Lo mejor para enderezar la columna de un viejo como yo.

Hice caso y me recosté sobre la cama improvisada sin querer pensar en la clase de pulgas que se amagarían en ella. Hecho un ovillo y tapado con una de las mantas que nos llevamos de La Brea y el Molinillo, traté de dejarme llevar por el sueño con la vista clavada en aquel túnel que se abría en la roca. Y en la débil línea entre el sueño y la vigilia, creí ver sombras que se movían y correteaban en las profundidades del agujero, creí escuchar los cánticos de los Eternos y el sonido de la misma tierra, entretanto aquella boca negra de desconocimiento me llamaba hacia sus adentros. Al fin, me quedé dormido.

A la mañana siguiente, cuando Argo me despertó con un par de rapinas para desayunar, supe que había comenzado una nueva vida para mí. Ya no resultaba tan triste estar lejos de Nathalma y el hogar que me vio nacer, pues de algún modo aquella cueva de oscurita era mi casa, era un lugar al que podía regresar al final del día.

El túnel negro seguía incitando un extraño cosquilleo en mi cuerpo, como si me atrajese hacia sus entrañas, como si quisiese mostrarme todos los secretos que albergaba en su interior. Tío Argo, por su parte, había pasado a ser alguien importante para mí en tan poco tiempo que casi ni me había dado cuenta. Resultaba difícil de explicar, era como si la soledad de los caminos hubiese creado un vínculo entre nosotros. Al fin y al cabo solo estábamos él, Laki y yo frente al resto del mundo, de modo que en cierta parte aquella pasó a ser mi familia desde entonces.

—¿Dónde está Laki? —pregunté.

—Evidentemente, Laki no puede pasar por el túnel, Dehljos. Le construiremos un cobertizo fuera para que pueda refugiarse del frío y las inclemencias del tiempo.

Pegué un mordisco a la rapina que me había dado y saboreé la fruta mientras perdía la vista de nuevo en aquel túnel excavado en la piedra.

—¿A dónde lleva? —señalé la oscuridad que se extendía ante nosotros.

—No quieras saberlo, chico.

De vez en cuando, a pesar de sus esfuerzos por llamarme por mi nuevo y lustroso nombre, todavía se le escapaba aquella palabra.

—¿Por qué, a dónde lleva?

Argo se llevó una mano a la frente, después frunció el ceño y soltó un bufido.

—Tú nunca te rindes. ¿Verdad? —Negué con la cabeza—. Es bueno que seas curioso, Dehljos, pocos segundos lo son. Es una aptitud reservada para los primeros.

«Ya, pero sigues sin responder a mi pregunta», pensé.

—Lleva a alguna parte. —Pareció adivinar mi frustración—. En realidad no lo sé. He entrado en un par de ocasiones y no me han quedado ganas de volver. —Sostuvo una semilla de rapina entre los dientes y la recogió con la mano.

Y mi mirada se perdió una vez más en el sendero negro que me ofrecía la horadada roca. Era una sensación similar al vértigo, como un miedo que me repelía y atraía a un mismo tiempo.

«Algún día entraré», me asaltaron los pensamientos, «algún día entraré y descubriré hasta dónde llega el agujero».

Subimos la escalera de mano y atravesamos el túnel para salir al exterior. Era curioso tener que descender por él para tal cometido, pero el hecho guardaba cierto encanto. La idea de los vasos gemelos se me antojó ocurrente en un principio, pero ahora comenzaba a entender que era una excelente manera de salvaguardar nuestro refugio.

—¿Qué pasa si llueve cuando estamos dentro? —pregunté una vez al aire libre.

—No suele llover tanto como para que se inunde el pasaje. Normalmente, lo único que ocurre es que te pones perdido al salir. —Me miró como estudiando mi nivel de satisfacción—. Y antes de que lo preguntes, si se da el caso y el pasadizo se llena de agua, siempre nos quedan los cubos. El agua se puede tirar en ese túnel que tanto te gusta, se la traga como una garganta seca en el desierto.

Imaginé el agua deslizándose por el piso sólido de oscurita y arrancado destellos a la roca, hacia lo desconocido, hacia las

profundidades de la tierra. La imagen resultó un tanto siniestra.

—Ven, creo que sé dónde se ha metido Laki. —Me sacó de mi ensimismamiento.

Le seguí colina arriba por encima de lo que eran nuestros aposentos subterráneos y al otro lado vislumbramos una pequeña arboleda en la que Laki se había echado a dormir.

—¡Eh! ¡Laki! —lo llamé—. ¡Ven aquí, chico!

El burro levantó las orejas, pero hizo caso omiso a mi petición. Tío Argo me miraba con una expresión desconocida, y su semblante tornó del blanco al rojo hasta que no lo pudo aguantar más y estalló en una profunda carcajada.

—¿Chico? ¿Has oído cómo te ha llamado, Laki? ¡Anda, ven aquí con tío Argo!

Para mi sorpresa, Laki esta vez sí se levantó y se acercó a lo alto de la colina. Argo no podía dejar de reír.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

—Mira, Laki, este se cree que eres un burro. ¿Qué le decimos? —Laki emitió el tipo de sonido que emiten los burros—. Ya, estoy de acuerdo. —Me dirigió la mirada—. Laki es una burra, tonto, y a mucha honra.

—Es… ¿Quieres decir…? —miré los ojos del animal, no había nada de femenino en ellos.

—Pues sí, así que trátala con la deferencia que se merece.

—Ya…

En ocasiones había algo irritante en ese tipo de hermandad que mantenían. Eran como una especie de pareja cómica, aunque quisiesen hacer ver lo contrario y echarme a mí el muerto.

—Así que eres una burrita. ¿Y das leche o algo por el estilo? —comenté con tono mordaz.

Argo volvió a soltar una risotada y la versión recientemente feminizada de Laki emitió un rebuzno de desaprobación.

—¿Hemos mancillado tu virilidad, Dehljos? —y siguió riendo como si no hubiese mañana.

Me aparté de ellos con cara de enfado y haciendo un gran esfuerzo por no unirme a la jarana. Era difícil no contagiarse de su humor sencillo, aunque no me gustase reconocerlo.

Al cabo de un rato Argo vino a buscarme a la falda de la pequeña colina, donde yo me había recostado sin más propósito que admirar el sol de la mañana.

—Hoy empezarás a aprender, Dehljos, y depende de cómo lo hagas te irán bien o mal las cosas el día de mañana.

—¿Qué me enseñarás? —Me incorporé sobre un costado.

—Te enseñaré los nombres de todos los frutos comestibles y aquellos que no lo son, conocerás las plantas curativas y sus usos

comunes, aprenderás a hacer refugios improvisados en poco tiempo y a sobrevivir en la intemperie, a rezar tus oraciones en tiempo de dificultad y a contar las historias como deben ser contadas…

—¿Y cómo deben contarse?

—…a fabricar tus propias armas y a saber cuándo deben ser usadas —concluyó haciendo caso omiso a mi intromisión—. En definitiva, lo primero que te enseñaré es a vivir en el bosque. Después, ya veremos.

—¿Después…? —Mi cabeza viajó al recuerdo de la piedra lisa y la lengua de fuego surgida de la nada—. ¿Y cuándo me enseñarás a hacer fuego?

—¿A hacer fuego? —Arqueó una sola de las cejas en un gesto divertido—. Ahora mismo, si quieres.

Nuestras miradas se cruzaron en lo que me pareció una especie de tira y afloja. Yo no creía que fuese a enseñarme el truco de la piedra pero no quería decirlo por si me equivocaba; él ponía a prueba mi resistencia.

—Trae la piedra, anda.

Sentí que las briznas de hierba parduzca rozaban mi mano cuando busqué en el bolsillo del pantalón. Tan pronto como pude y algo azorado, extendí la piedra a tío Argo.

—Bien. —La sostuvo en alto—. ¿Sabes lo que es un pedernal? —Asentí con la cabeza—. Pues resulta que en ciertas zonas la vulgar oscurita que nos rodea actúa como tal.

—Me tomas el pelo.

—¡No, chico! ¡Mira!

Buscó entre la hierba y levantó un canto rodado, después golpeó ambas piedras y un pequeño haz de chispas nació de la colisión.

—¿Esta otra también…? —Señalé la que acababa de coger.

—No, la buena es la tuya. Ten, prueba —Me lanzó ambas.

Alcancé una al vuelo y busqué la otra entre la hierba. Cuando las tuve en las manos las hice chocar entre sí y un nuevo destello emergió del impacto.

—Pierde toda la gracia cuando sabes el truco.

—Eso es lo que dicen los magos —sonrió él.

—Pero…, ¿cómo haces para que prenda?

—Muy fácil. Ya te he enseñado qué es lo que mejor arde en la hoguera, ¿no es así?

—El rapine… la empapas en savia de rapine y después la golpeas.

—Ajá, pero hay que ser todo un maestro para hacerlo bien, si mojas la parte que vas a golpear, cuesta más hacer que salgan chispas.

—Entonces la otra noche, cuando llegamos al bosque…, te limitaste a embadurnarla y darle contra el suelo.

—Chico listo, Dehljos. Lo que yo decía, tendré que darle una reprimenda a tu padre por desaprovechar tu potencial —dijo

entretanto se alejaba colina arriba.

—¿Y toda tu habladuría? ¿Qué me dices de la puesta en escena?

—Sin esa parte nunca funciona, lo que la gente quiere es espectáculo. Nunca lo olvides.

Pasamos el resto de la mañana seleccionando las mejores ramas para construir un cobertizo: las cortamos, vaciamos y endurecimos al fuego, y al terminar el proceso eran mucho más ligeras y resistentes que al principio. Después, tío Argo entró a la guarida y trajo consigo un pico y una pala.

—¿De dónde las has sacado?

—Bueno, he de reconocer que la última vez que estuve aquí hice un par de visitas al viejo Tuhrj.

—¿Las has robado?

—Shhh. Esa es una palabra muy fea. —Me lanzó el pico y lo así por el mango de madera—. Yo diría que las tomé prestadas.

—Ya…, como los chorizos.

—Mira. ¿Dónde crees que deberíamos hacer el cobertizo?

Observé los alrededores tratando de obtener la respuesta correcta. Poco a poco había ido aprendiendo que tras cada pregunta de Argo se escondía una pequeña prueba, como si estuviese midiendo mis aptitudes.

—Bueno…, el cobertizo es para evitar que Laki se moje. —Señalé hacia lo alto de la pequeña colina—. Yo buscaría un lugar despejado de árboles y maleza donde el agua difícilmente llegara en caso de inundación.

—Muy bien. Manos a la obra entonces. ¿Ves esos seis troncos? Los más grandes.

—Sí.

—Lo primero que haremos es hacer agujeros para asentarlos en la tierra. Asegúrate de que sean suficientemente hondos para que los postes queden bien anclados.

—Ya…

Debí haber imaginado que los trabajos forzosos no habían hecho más que comenzar, pero en lugar de eso había guardado la vana esperanza de que todo fuese más fácil después de drenar el acceso a la casa el día anterior. No obstante, aquello tenía cierto encanto, era la primera vez que construía algo con mis propias manos.

—El cobertizo será rectangular: un poste en cada esquina y dos de apoyo a medio camino, en el lado más largo.

Sopesé el pico que Argo me había lanzado. El mango era de madera de hoga y la punta de hierro. «Allá vamos».

La tierra al principio cedía con facilidad y luego se endurecía a medida que cavaba más profundo. Por un momento, pensé si no ahondaría demasiado por error y le haría un respiradero a nuestra

guarida.

—Así es, Dehljos. Te marcaré con la pala dónde van los otros cinco. Sigue cavando y yo iré a buscar algo para comer, que ya empiezo a hartarme de las rapinas.

Asentí con la cabeza y sentí que una gota de sudor me resbalaba por la frente. Fue entonces que caí en la cuenta de que necesitaba un buen baño, y pronto. No había tocado más agua que el lodo del túnel desde que salimos de casa.

—¿Hay algún río por aquí cerca? —pregunté mientras se alejaba. Argo se giró y por mi expresión debió entender a qué me refería.

—Tranquilo, chico, cuando acabemos el cobertizo nos daremos un buen chapuzón. —Guiñó un ojo y siguió su camino colina abajo.

Estuve largo rato picando tierra y roca para abrir camino a los postes de rapine. En un momento dado, Laki tuvo la ocurrencia de venir a aposentar su culo justo sobre el agujero que estaba cavando, con lo que tuve que desplazarme y seguir con otro.

—Eres una burra cabezota —le dije y luego saqué la lengua, ella no se inmutó.

Pasaron algunas horas antes de que Argo regresara. Cuando lo hizo yo había cavado todos los hoyos excepto aquel en que el animal descansaba. Tras varios intentos frustrados por moverla de allí, al final acabé por recostarme sobre ella. Se estaba bastante cómodo.

—¿Qué? ¿Haciendo amigos?

—Más bien, no. La muy burra no me ha dejado terminar este agujero.

—¿Ves, Laki? Ya va cogiendo lo de la diferencia de género. Anda, levanta.

Era sorprendente cómo la burra hacía todo cuanto él decía. Noté cómo empujaba hacia arriba y tuve que incorporarme a regañadientes. Tenía los brazos doloridos de tanto picar, pero sabía que de nada servía quejarse, así que me empeñé en terminar el último agujero. Cuando el trabajo estuvo acabado me reuní bajo la colina con Argo, que me dio unas setas crudas para comer.

—Fíate de las más negras y nunca te dejes engañar por los tonos grises. —Señaló una cuyo color estaba a caballo entre el blanco y el negro—. Si dudas, no la comas. Recuérdalo.

Asentí con la cabeza, demasiado hambriento como para hablar. La textura de aquellas setas era agradable y tenían un sabor bastante neutro, más bien inexistente.

—Crecen en las raíces de los rapines cuando hay humedad. Abundan conforme uno se acerca al río.

—¿Cómo se llaman?

—Por los Siete, chico, son setas sin más. —La palabra siempre volvía a sus labios cuando se trataba de recriminarme algo.

—Padre solía comprar en el mercado de Nathalma, me enseñó que hay diferentes familias o especies de hongos.

—Menos mal, empezaba a pensar que no te habían enseñado nada. Estas son setas comunes, no tienen nada de especial. Es fácil encontrarlas en casi cualquier sitio, por lo que no son muy caras.

—Ya —suspiré—… es mejor que seguir comiendo rapinas. —El sabor del fruto comenzaba a aborrecerlo—. Oye, he estado pensando, ¿qué es lo que hace que algunas piedras de oscurita sirvan como pedernal y otras no?

—Buena pregunta. ¿Recuerdas arenas Gul?

—Cómo olvidarlo…

—La tierra que allí pisas es diferente a esta, y no solo en cuanto a consistencia se refiere, sino en cuanto a composición. —Engulló dos setas de un bocado—. Los alquimistas llevan siglos estudiando de qué está hecha la roca en las cuatro esquinas del continente. Lo que llamamos oscurita en realidad es algo mucho más complejo que eso. Según donde uno esté, la presencia de ciertos minerales se da con mayor o menor intensidad. Es muy difícil verlo a simple vista, pues la proporción de oscurita es tal que nada nos parece más que tierra negra.

—¿Y qué es lo que hace que salten las chispas?

—Es el sílex. Tu piedra lo contiene en altos niveles.

—Así que no es una piedra común…

—No te emociones. Tampoco es ningún tesoro.

Metí la mano en el bolsillo y acaricié con los dedos el canto rodado. Su tacto era suave y libre de imperfecciones, y a pesar de las palabras de Argo, para mí sí era una especie de talismán: un símbolo de los descubrimientos que me guardaba el mundo.

Estuvimos divagando un rato hasta que las setas estuvieron bien asentadas en nuestros estómagos. Entonces, tío Argo dijo que debíamos buscar algas Nott para hacerlas servir como cuerda. La idea era asentar así los troncos del cobertizo entre sí.

—Es raro que crezcan por aquí cerca, es una zona demasiado húmeda. Tendremos que retroceder en dirección al camino.

«Espléndido, otra caminata».

—¿Puedo montar a Laki? —pregunté sin demasiadas esperanzas.

—Está bien, pero solo porque a ella también le interesan las algas. —Se frotó el estómago haciendo entender que se las comería.

Era agradable montar a lomos del animal. Si le rascaba las orejas se distraía y giraba en esa dirección hasta que Argo nos regañaba.

—Vais a caeros los dos y a ti su peso te va a partir la pierna. Después, no quiero lloriqueos.

Pero cuando se alejaba yo volvía a juguetear con Laki.

—¿Te gusta, eh? Buena chica. Pero no tuerzas que el tío nos mata.

No sabría decir cuánto retrocedimos, pero sí recuerdo que el bosque no me parecía tan espectacular como el día de nuestra llegada. En muy pocas horas me había hecho a la vida allí, era un tipo de existencia libre y sin complicaciones, más allá de las tareas que me eran encomendadas.

Cuando encontramos el primer matojo de Nott, Laki se las comió, así que tuvimos que seguir buscando un rato. Nos habíamos alejado considerablemente del refugio y eso se notaba en la sequedad del suelo y el tamaño de los rapines, que había decrecido considerablemente. Al fin, hallamos un buen grupo de algas y Argo me explicó lo que debíamos hacer.

—Córtalas de lo más bajo que puedas, déjalas secas y guarda la piel, es dura y resistente y servirá para atar los troncos entre sí.

Aunque trenzar cuerda era de las pocas cosas que sí sabía hacer, no dije nada. Nos pusimos a vaciar las dichosas Nott. Todavía recordaba lo mal que me habían sentado la primera vez, aunque no pude evitar esbozar media sonrisa ante el recuerdo.

Estaba siendo un día duro de trabajo, pero al volver comenzamos a construir el cobertizo. En realidad, después de todo lo que había hecho, aquella resultó la parte más divertida. Deslizamos los troncos más gruesos a sus respectivos agujeros, estudiando previamente su longitud y dónde convenía colocarlos debido a la desigualdad del suelo. Era gratificante ver cómo se colaban hasta el fondo de los agujeros cuando los levantábamos entre los dos y emitían un fuerte sonido a madera sacudida. Cuando tuvimos los seis de la base pasamos al resto.

Primero conectamos los pilares entre sí con otros troncos de grosor medio que harían de base para el techo. Argo hacía surcos en la madera allí donde debía pasar la cuerda para que esta quedara más afianzada, de modo que la estructura resultó más que consistente. Para el techo utilizamos ramas de menor grosor e hicimos varias capas que evitarían el paso del agua. Cuando cayó el sol todavía estábamos en ello.

—Bueno, es mejorable, pero de momento servirá —sentenció tío Argo con las manos apoyadas en las caderas. A mi aquello me parecía una obra de arte—. Ven, Dehljos, vamos a darnos ese baño que te prometí.

Laki y yo le seguimos por el bosque. Las lobobu se movían lánguidas a nuestro paso queriendo atraparnos en su abrazo mortal, pero yo les había perdido gran parte del miedo. En realidad, si uno era prudente, era más bien difícil cortar una de las lianas y verse bañado por su veneno.

El río estaba más cerca de lo que esperaba, tanto que me sorprendió no haber escuchado el rumor del agua desde la colina. Había

anochecido casi por completo, tío Argo se quitó la ropa y vi las cicatrices que le recorrían la espalda, eran enormes y había gran cantidad de ellas, le atravesaban la piel desde los hombros hasta casi las nalgas. No me atreví a preguntar. Dio media vuelta para invitarme al baño y me sentí ruborizado. Nunca había visto nada igual.

—¡Venga, Dehljos, que no te van a comer los *lizardos*! —Se zambulló en el agua.

Me acerqué y vi que había una pequeña cascada. El caudal tendría unas tres varas de ancho y las aguas parecían tranquilas, no obstante no me moví de donde estaba. Tío Argo, tras observarme unos segundos se dio cuenta de lo que pasaba.

—¡Oh, chico, no me jodas! ¿No sabes nadar?

Me sentí el hombrecillo más ridículo del mundo, y agachando la cabeza, me preparé mentalmente para la burla.

—No te preocupes, pondremos remedio a eso —dijo sin un ápice de mala intención—. Entretanto báñate en la orilla, no te llegará más allá de la cintura.

Cayó la noche mientras me desnudaba, y cuando me aventuré a sentarme en las orillas gélidas del río el espectáculo era ya sobrecogedor. Las lobobu comenzaban a brillar más y más a medida que la oscuridad se apoderaba de todo, y se reflejaban en las aguas negras como esquirlas de verde serpenteantes. El sonido de la cascada resultaba en cierta forma mágico, y el río y sus alrededores parecían cobrar vida por momentos. Las lianas fluorescentes se mecían suavemente a pesar de que no soplaba el viento, en una danza de color que erguía el vello de la piel, y me sobrevino la sensación de que los ojos del bosque nos observaban, de que de alguna forma la espesura actuaba como un ser pensante a través de sus vigías anónimos y escurridizos. Un búho fue a posarse sobre la rama de un rapine y su ulular llenó el silencio, solo roto por el ir de las aguas calmas. Me aventuré un poco más hacia el centro del caudal, donde todavía hacía pie, y zambullí la cabeza. «Libertad», pensé, «¿es esto lo que se siente al ser libre?».

Cuando emergí de nuevo al mundo de la superficie, el búho había desaparecido. Tío Argo se había metido bajo la cascada y el agua le golpeaba con fuerza la espalda marcada. Cuando se dio la vuelta vi que sonreía, y fui consciente de que sin darme cuenta yo también lo hacía. Nunca antes me había sentido como aquella noche, y eso me gustaba.

EL FUEGO

Siempre había algo que hacer. A la puesta del sol tenía la sensación de que estaba exprimiendo los días al máximo, sentado sobre la colina junto a Laki, observando las estrellas o escuchando las historias de tío Argo. Habíamos terminado el cobertizo añadiéndole paredes y dejando espacio para una pequeña puerta, que era el único lugar por el que se colaba el viento. A veces nos extendíamos tanto en nuestras charlas que acabábamos durmiendo allí con la burra.

Yo estaba ansioso por aprender y Argo debía de notarlo, pues a la mañana siguiente de haber terminado la construcción se dirigió a mí para proponerme un reto.

—Quiero que hagas fuego.

—¿Ahora?

—Sí, ya quisieras —masculló.

—Te he visto hacerlo bastantes veces. No creo que sea para tanto. —En realidad, la duda me corroía.

—Está bien. Haz fuego para el almuerzo entonces. —Esbozó una sonrisa maquiavélica—. Cuando lo logres comerás algo, pero hasta entonces tendrás que conformarte con beber agua del río.

Creí que se burlaba de mí, pero pronto comprobaría que nada más lejos de la realidad. Reuní unas ramas de rapine en un lugar seco y despejado de maleza, y después, creyéndome inteligente, busqué algo que hiciese las veces de yesca y regresé orgulloso con unas briznas de hierba seca que había encontrado bosque adentro. La sorpresa fue que, al hacer chispas con la piedra de oscurita no ocurrió nada.

No logré hacer fuego a la primera, ni a la segunda, ni a la enésima vez que entrechocaba los cantos entre sí generando haces de chispas cegadoras. Un pequeño chasquido eléctrico me sacudía las manos cada vez que lo hacía, y no obstante, la hierba seca no parecía querer arder. Ofuscado y contrariado, me detuve para observar la sonrisa triunfante con la que mi tío me observaba desde lo alto de la colina.

«He de calentar los hierbajos», pensé, y me afané en generar descargas centelleantes que no hacían sino embotar mis sentidos a medida que mi frustración crecía. Luego decidí que el pedernal no era de calidad y debía buscar algo mejor, sin resultados; y más tarde empapé la yesca en savia de rapine y solo logré que dejara de emitir chispas al golpearla con la otra roca. Cuando regresaba de lavarla en el río y echar dos tragos de agua, Argo me esperaba junto al intento de fogata.

—¿Cómo va eso, chico? —Y en esta ocasión sentí que omitía mi

nombre a propósito, como si no fuese digno de él.

—Voy a hacerlo —respondí, hierático.

—No lo dudo. —Se sentó—. Si quieres puedo amenizarte las horas de ayuno.

—Así no es que me ayudes demasiado…

—Venga, no te quejes. Sé que te gusta disfrutar de la buena compañía.

Y no tuve más remedio que seguir intentando arrancar una llama de la nada, frente a su mirada atenta y la incomodidad que me causaba.

—¿Qué es lo que sabes del mundo? —preguntó al fin, tras lo que bien pudieron ser diez minutos o medio día.

—¿Cómo que del mundo? —La cuestión me había cogido por sorpresa.

—Lo que oyes. Si he de enseñarte cómo funcionan las cosas debo saber hasta dónde sabes.

—Ah —suspiré, me daba vergüenza reconocer que apenas tenía conocimientos—, sé que vivimos en la gran isla. Sé que los Dioses mantienen a flote Ojhmron porque son misericordiosos, y que la penitencia por nuestros pecados es este mundo desvaído de color en que vivimos. Sé que el mundo acaba más allá de los cuatro mares, donde las cataratas negras conducen al infierno.

El color de la cara de tío Argo pasó por varias tonalidades mientras yo entonaba aquella retahíla de conceptos, torpemente aprendida de las oraciones que escuché durante la niñez.

—Lo siento Dehljos, pero no sabes una mierda. —Solté las piedras y las dejé caer sobre la hierba grisácea—. De veras que a veces no entiendo cómo os pueden meter esas gilipolleces en la cabeza.

Parecía enfadado, no conmigo, sino con algún ente o entidad que yo no acertaba a dilucidar.

—¿He dicho algo malo?

—No, joder, tú no. Es esta mierda de continente, es viejo y huele a podrido…, y lo peor de todo, dudo que cambie, a tenor de las circunstancias…

No paraba de soltar improperios: más y más juntos entre sí como nunca antes desde que lo conocía.

—¡A la mierda! —Se levantó y se marchó colina arriba.

Aguardé un rato a que regresara, no sabría decir cuánto. Al final me di cuenta de que no iba a volver, al menos a corto plazo, así que recordé el reto del fuego y busqué las piedras entre la hierba.

Golpeé, sin apenas ganas, de forma mecánica y aburrida un canto contra el otro, creando destellos de luz que pasaban desapercibidos a mi mente, ahora inmersa en otros quehaceres. «¿Qué demonios le pasa? ¿Por qué reacciona de esta manera?». Y fue entonces cuando me di cuenta de que en realidad, a pesar de los días que habíamos

compartido, no sabía nada de tío Argo ni de su pasado. «¿Quién es? ¿Por qué tiene la espalda llena de cicatrices? ¿Por qué sabe tantas cosas si es un segundo?», se sucedían las preguntas en mi cabeza.

Tchhssstttt, *tchhhhhsssst*, *tchhhhhhsssssssssst*, silbaban las chispas. *Tchhhhhsst*, hasta que tuve las manos adormecidas. El sol había subido hasta lo más alto y ya emprendía su descenso, yo no había probado bocado y mi estómago comenzaba a rugir de forma alarmante. *Tchhhsssssst*, *tchssssssssssssttttttttt*.

—¡Eh! —exclamé al ver el hililllo de humo—. ¡Eh, vamos, vamos, vamos!

Tchhhsssssssst, *tchhhhhhssssssssssssstttttttt*.

—¡Eso es! ¡Eso es! —soplé con cuidado sobre la parte enrojecida de los hierbajos.

Resguardé el foco del viento con las manos y vi cómo una pequeña llama emergía de la hierba. A continuación, con sumo cuidado, fui depositando pequeñas ramitas una sobre la otra, sin ahogar el fuego y alimentándolo a medida que se hacía fuerte. En unos pocos minutos una hoguera bastante decente desprendía su calor junto a mí.

—¡Argo! —grité—. ¡Lo he hecho! ¡Ven a verlo! —Pero Argo no estaba por ninguna parte.

Al cabo de un rato, Laki apareció entre los árboles y vino a sentarse junto a mí. Todavía mascaba algo que había encontrado por el bosque, y aquello hizo que mi sensación de hambre aumentase.

Esperé, esperé convencido de que mi tío volvería hasta que la noche cayó y me sumió en su negro abrazo. Fue entonces cuando el miedo hizo acto de presencia, más apremiante conforme las lobobu iluminaban con el don de Visef el bosque a mi alrededor. Un verde fantasmagórico. «Un verde con mil caras», recordé el espectáculo que el río ofrecía por las noches.

Algo después Laki acabó durmiéndose, y el calor de la hoguera, junto con el hecho de tener el estómago vacío, hizo que pronto mis fuerzas zozobrasen y estuviese a punto de correr la misma suerte. Ya en ese extraño puente quebradizo entre la vigilia y el mundo de los sueños, la voz de Argo me devolvió a la realidad.

—Bien hecho, Dehljos. Estoy orgulloso de ti.

Me incorporé a duras penas, frotándome los ojos para recuperar la nitidez de la visión.

—Creí que no volverías…

—Perdona, chico. —Por primera vez parecía nervioso—. ¿Tienes hambre?

Reparé en la especie de paquete que sostenía entre las manos: una gran hoja oscura que envolvía lo que parecía ser la cena.

—¿Qué es?

—Carne. —Sonrió—. Por fin hay carne en el menú.

Desenrolló el envoltorio y pude ver unos filetes rosados. No se parecían a nada que hubiese comido antes, pero dada mi situación los hubiese engullido crudos, si fuese necesario. Argo ensartó los filetes en una rama preparada de rapine y clavó otras a los costados de la hoguera para sostenerla. Cuando la carne estuvo sobre el fuego, chorretones de grasa comenzaron a caer sobre las llamas desprendiendo un olor delicioso.

—¿Has cazado?

—¿A ti que te parece?

—Quiero decir…, ¿has matado a un animal, con tus manos?

—Si lo prefieres puedes comer unas rapinas —soltó un bufido—. Pero no, hay otras formas de obtener carne si uno sabe cómo.

Me imaginé cosas peores que matar.

—Joder, chico, me pones de los nervios. Mañana vendrás conmigo y te arrancaré de la cabeza esa vena vegetariana que de pronto te ha entrado.

No intercambiamos más palabras hasta que la carne estuvo a punto. Argo tuvo que rodar el pincho que la sostenía varias veces antes de eso.

—Siento lo de antes —dijo mientras masticaba un pedazo de filete —. Es que a veces no entiendo el comportamiento de tu padre, Dehljos. Y me duele no conocer a mi hermano, eso es todo.

—¿Qué es lo que te cabrea? —Probé la carne, que tenía un gusto parecido al pollo, aunque más sabroso.

—Me veo en tus ojos. Eres igual que yo cuando tenía tu edad: ignorante, pero con ganas de aprender; cabezota, empecinado e incluso orgulloso…, he visto cómo hacías ese fuego. —Dio otro bocado—. Hubieses permanecido aquí tres días, si fuese necesario. Hubieses ido a buscar setas antes de pedirme comida y reconocer tu fracaso. Hubieses hecho cualquier cosa antes de abandonar.

—Es cierto —Asentí.

—Mi padre… tu abuelo y padre de tu padre, no era mala persona, pero no era de esos que saben pensar por uno mismo. Ya sabes lo que se dice… «Honra al primero de tus hijos, teme al segundo…». Él se tomaba esas cosas al pie de la letra.

«¿Fue él quien te hizo eso en la espalda?», estuve tentado de preguntar, «¿es por eso que padre apenas me ha hablado de él?». Mantuve la boca cerrada.

—Tu padre era el mayor. Cuando le llegó la hora de partir y comenzar su aprendizaje, enfermó de urticaria roja, así que tuvo que posponerlo todo por el peligro que aquello conllevaba. La Orden no se podía permitir un contagio masivo, así que decidieron que hasta que la enfermedad cesase se instruiría en la ciudad. Nathalma ha sido un buen nido para la Orden Pura desde hace siglos, así que no les resultó

difícil proporcionarle un profesor.

»Nos criamos juntos, algo totalmente inusual, y aunque todo fue a causa de su enfermedad tu abuelo se empeñaba en culparme a mí. —Dibujó una mueca con los labios—. Tu padre tenía el conocimiento del mundo al alcance de su mano, entretanto yo me conformaba con verlo ir y venir del templo. Pero nos queríamos, y aquello no iba a durar demasiado. En secreto, comenzó a instruirme en todas esas cosas que a mí me estaban vetadas. Teníamos una especie de pacto, aunque nunca hablamos de ello. Ambos sabíamos que aquello era demasiado peligroso para pronunciarlo en voz alta, aunque fuese una sola vez.

—¿Y qué pasó?

Las llamas mantenían a raya la oscuridad, entrelazándose en una danza amarilla y roja.

—Pasó que hice exactamente lo que no debiera haber hecho. —Sus ojos brillaron al fuego como dos estrellas en la noche—. Hice que temiesen al segundo, hice que el refranero popular fuese cierto, al menos por una vez.

LIZARDOS

Jamás hubiese podido imaginar criaturas como aquellas. Eran astutas, rápidas y feroces si se encontraban en apuros; quietas y calmas cuando se disponían a cazar; capaces de ocultarse bajo el agua o entre la maleza del río. Los lizardos resultaron ser todo un espectáculo para mí.

—Cualquiera diría que has visto un dragón —sonrió Argo.

—¿Acaso no podría serlo? —Señalé el bicho que descansaba once varas más allá, en la otra orilla del río.

—Ven, te enseñaré cómo se hace. —Caminó por la ladera río abajo.

—¿A dónde vas?

—A buscar otro, no soy tan idiota como para cruzar el río con esa bestia esperándome al otro lado. Regla número uno: debes tener una ventaja estratégica con tu oponente.

—¿Esto qué es? ¿El arte de la guerra?

A pesar de que a mí me pareció de lo más ingenioso, Argo hizo caso omiso a mi comentario. Anduvimos un buen trecho en descenso hasta que hizo un gesto para que me detuviese, y señaló con la mirada un ejemplar de mediana estatura que descansaba junto a un arbusto.

—Les encanta la hojarasca, se mezclan en ella para pasar desapercibidos, ¿ves?

Los ojos del animal centellearon en la sombra.

—No dejes que te atrape —aseveró.

—¿Y si lo hace?

—Con suerte una pierna menos, sin suerte…

Mi mirada iba y venía una y otra vez, de los ojos de Argo a aquellos dos luceros brillantes en la oscuridad. El animal estaba tan bien camuflado que no lo hubiese visto de no ser por mi tío.

—¿Recuerdas el plan?

—Posición ventajosa, sin titubeos, no mostrar miedo… Sí. —«Aunque no estoy seguro de que funcione».

—Controla esos temblores, yo soy el que hace de cebo —me regañó.

Tras el fútil comentario el tiempo se disparó. Argo se adelantó hacia el animal y supe que debía hacer algo, a menos que quisiera que lo despedazase de un bocado. Él era el cebo y yo era el ladrón.

De pronto tuve la sensación de que aquello se había convertido en un baile enrarecido. Argo iba de frente hacia el lizardo atrayendo su atención, entretanto yo trataba de pasar desapercibido mientras daba un rodeo para situarme a sus espaldas. En las dos ocasiones que me atreví a mirarle, el reptil me estaba observando.

—¡Ah! —gritó Argo—. ¡Ah! —como parte de un absurdo ritual.

Pero el animal picó el anzuelo y ahora fijaba toda su atención en él. Yo tenía la ocasión perfecta para situarme tras su cola.

Azoré el paso y estuve a punto de darme de bruces contra el suelo cuando uno de mis pies se enredó en una raíz. Me incorporé a toda prisa, con la fatal sensación de que antes de estar en pie la bestia me habría arrancado el cuello. Logré recomponerme y miré en dirección al animal, que ya no estaba. Mi corazón latió con tanta fuerza que sentí el dolor en el pecho.

—¡Argo! —grité aterrorizado.

—¡Aquí, demonios!

Movió los brazos y vi que estaban unas varas más abajo, cerca de la orilla. El lizardo había salido de su escondite y reptaba lentamente hacia él, que cada vez estaba más próximo al agua.

—¡Vamos, joder! ¡Venga! —y esos gritos ya no eran parte del ritual; iban dirigidos a mí.

Corrí, siempre tratando de quedar a la cola del reptil, hasta estar a unas dos varas de ellos. Una vez allí el terror me atenazó de nuevo.

—¿A qué esperas? —dijo esta vez con tono más bajo, aterido por las circunstancias.

Di un paso trémulo hacia la cola del lizardo, que daba bandazos aquí y allá. A pesar de ser un ejemplar «mediano» mediría unas dos varas y media de largo, de las cuales dos tercios eran todo cola.

«Donde el negro no es negro», recordé, y busqué con la mirada el cambio de color en el cuerpo de la bestia. «Te tengo».

Alcancé la cola de forma mecánica, sin saber muy bien lo que hacía. Tuve la suerte de hacerlo en un momento en que permanecía quieta, pues de lo contrario no hubiese sido capaz de ello.

—¡Ahhhrrgggg! —Tiré de ella con fuerza, pero solo conseguí levantarla media vara de la superficie. El lizardo se aferró con sus musculosas patas al suelo y movió una de ellas, no sabría decir si deliberadamente, de modo que una cantidad considerable de tierra salió expulsada hacia mí. Cuando me quise dar cuenta había caído al suelo y me había convertido en la presa.

«El cazador, cazado», pensé, aunque tío Argo había dicho que era un ladrón. Ahora aquel reptil se disponía a robar la parte de mí que más le gustase.

—¡Ah! —Escuché al supuesto cebo a la otra parte de la polvareda—. ¡Ah!

Pero el lizardo ignoraba los gritos de Argo y ya solo tenía ojos para mí. Retrocedí como pude, a gatas, sin dejar de mirar al frente. El animal parecía divertirse siguiendo el recorrido de forma parsimoniosa, deleitándose ante el festín que se llevaría a la boca. Entonces, me mostró su sonrisa, y supe que era cuestión de tiempo

que aquellos dientes gruesos y amarillentos se clavasen en torno a mi carne.

Mi espalda topó con algo, y estaba tan nervioso que no era capaz de discernir el qué. Y a pesar de no poder seguir alejándome, no hice el menor intento de levantarme y salir corriendo. El miedo me había paralizado.

La boca del lizardo se cerró con un chasquido cerca de mi pie derecho, que logré apartar convenientemente en el último momento. Instintivamente, traté de alejarlo a patadas, pero solo conseguí enfurecerlo más. El reptil me mostraba sus fauces una y otra vez, cerniéndose sobre mí y cerrándose con un sonido a huesos rotos cada vez más cercano. Entonces se abalanzó. Corrió directamente hacia mi torso, llegando a poner sus patas sobre mis piernas en su carrera. Sus garras me cortaron la piel y desgarraron mi camisa en la parte del vientre. Yo ya gritaba de forma desesperada cuando de pronto algo tiró del reptil con fuerza.

«Argo».

La amenaza desapareció durante un breve instante, dándome un respiro y la vana sensación de que el peligro había pasado. Estaba comenzando a palparme las heridas cuando el lizardo apareció de nuevo frente a mí, emergiendo de la todavía espesa nube de polvo negro.

—¡Cuidado! —gritó Argo al otro lado.

Pero ya era demasiado tarde, y el animal esta vez no parecía andarse con rodeos. Vislumbré de forma ralentizada el perfecto juego de equilibrio, una pata tras otra apenas rozando el suelo, solo lo suficiente para impulsarse hacia mí más, y más, y más. Me pasó por encima como una estampida, y yo estaba esperando el golpe final cuando me di cuenta de que todo se trataba de eso…, y nada más.

Horas después, tras lavarme los arañazos, comentamos la hazaña mientras degustábamos unos buenos filetes de lizardo.

—Una vez se soltó no era potencialmente peligroso. Quise dirigirlo hacia el río pero fue a parar encima tuya. ¡Ja!

La cola se había soltado poco más abajo del cambio de color, tal cual me había advertido.

—¿Cuánto tarda en crecerles de nuevo?

—No lo sé: unas dos semanas. —Tragó un pedazo de carne antes de seguir—. Los jóvenes son los que dan más carne: cuantas más veces la sueltan, menor es la parte que dejan caer la vez siguiente, y así sucesivamente. Es como una especie de diente de leche, solo que necesita salir muchas más veces antes de dar paso al definitivo.

—¿Y qué ocurre entonces?

—Ocurre que los lizardos son viejos y no disponen de su mejor defensa. Resulta triste si lo piensas, pero así son las cosas.

De pronto no estaba seguro de si quería comer aquella carne. Me saqué un trozo de la boca y lo mantuve en la mano.

—¿No está mal dejarlos indefensos?

—¿Preferirías que los matásemos? Ya has visto cómo corría ese bicho, estará en su madriguera hasta que le crezca la cola, y dentro de poco será como si nada le hubiese pasado.

La teoría no acababa de convencerme. Tío Argo bufó y dejó también de comer.

—Todos morimos, Dehljos, es ley de vida. Hacemos las cosas lo mejor que podemos, tratamos de no perjudicar a las otras especies pero tenemos unas necesidades que cubrir, al igual que ellos. ¿Qué crees que hubiese pasado si te llego a dejar a tu suerte? —Comenzaba a estar visiblemente molesto con mi actitud insatisfecha—. Las piernas no crecen, chico.

«¿Qué es una pierna por trescientas colas?», pensé.

—A Laki le va bien —sentencié.

—Laki es una burra.

La conversación se había estancado, y ambos estábamos algo incómodos por ello. En el fondo, sabía que Argo estaba haciendo todas aquellas cosas por mí, aunque de vez en cuando veía un brillo en sus ojos que me decía que él también disfrutaba.

—¿Por qué viniste aquí? Quiero decir…, la otra vez.

Me miró con cara de sorpresa, probablemente todavía no esperaba una pregunta como aquella.

—Hay historias que necesitan ser contadas en determinados momentos, Dehljos, pero si quieres, te puedo… —se detuvo en seco.

Seguí su mirada y me di cuenta de lo que ocurría. Uno de aquellos Eternos nos observaba desde los árboles, bajo la colina. Sus ropajes verdes evocaron la misma sorpresa inicial para mí, a pesar de que ya los había visto. Era un hombre, a tenor de su aspecto, y a pesar de que no se movía, tanto Argo como yo entendimos que quería decirnos algo.

—Espera aquí —dijo, tras lo cual me dirigió una mirada seria y marchó a recibir a tan peculiar personaje.

Intercambiaron palabras en un dialecto ininteligible para mí durante un instante. En un momento dado, Argo me señaló y el hombre verde clavó sus ojos en mí haciéndome sentir incómodo. Poco después parecieron despedirse y el Eterno desapareció tras unos árboles a una velocidad pasmosa, a pesar de que iba caminando. Cuando Argo se acercó no tardé en preguntarle.

—¿Qué quería?

—Quería saber si vamos a quedarnos.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no sabía que necesitara pedir permiso. —Se sentó junto a mí

—. No, le he dicho educadamente que vamos a permanecer aquí un tiempo pero que no vamos a entrometernos en sus asuntos.

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué me has señalado?

—No se te escapa una… El tipo no confiaba en que pudiera tenerte amarrado.

—¿Eso ha dicho?

—Literalmente. Dice que se fía de mí pero que tú no le gustas. «Chico joven trae problemas», creo que han sido las palabras.

Decidí quitarle importancia al asunto. Tampoco me interesaba especialmente mezclarme con aquella gente de orejas puntiagudas.

— ¿Qué hablabais? ¿Gohjiano?

—Bueno…, en cierto modo, aunque es gohjiano del malo —Cada vez entendía menos—, como la canción del otro día, no es más que una farsa. Aunque no lo digas muy alto cuando los tengas cerca…

—¿Qué quieres decir?

—Los Eternos, todos ellos en sí, son una pantomima. No lo son sus creencias ni sus ritos, eso lo respeto, pero sí en el hecho de que quieran aparentar ser algo que nunca fueron. ¿Has visto sus orejas?

—Sí.

—Pues no te dejes engañar, chico. Probablemente hayas oído antiguas historias sobre los Dioses y su aspecto. Lo que estas personas hacen no es más que rendirles culto.

—No te sigo.

—Son pendientes, Dehljos. Se agujerean el cartílago y lo atan a la cola del pelo, cada vez más tirante. Tras un tiempo la carne cede y la oreja se deforma.

—Ya veo —Recreé la imagen mentalmente.

—Suéltale a uno la melena y sus orejas caerán a los lados como las de un perro.

Aquella escena me perturbó más aún.

—Pero, ¿por qué?

—Porque es su forma de vida, es una manera de mostrar su fe. En otros lugares del continente la gente se tatúa la piel o se venda la cabeza para hacerla más alargada. No nos concierne a nosotros juzgar las costumbres de la gente.

—Pero tú lo acabas de hacer.

Argo arqueó una ceja, divertido. Había satisfacción en sus ojos.

—Cierto, aunque algún día entenderás mis motivos.

Ese día no hubo mucho más que hacer. Poco a poco nos habíamos establecido y no quedaban pendientes demasiadas tareas forzosas, así que nos dedicamos a charlar y pasear por el bosque.

—Pronto verás que no soy una persona de las que se rige por horarios estrictos —comentó Argo—, pero eso no quiere decir que

desaproveche el tiempo, ni mucho menos. Es cierto que si te adaptas a mis horas de sueño verás más amaneceres que atardeceres, pero pronto descubrirás que eso también tiene su encanto. Seremos aves nocturnas, los vigilantes de la noche verde.

Entendí que se refería a las lobobu. Era cierto que al caer el sol, el bosque cobraba todo el color que le faltaba por el día.

—Padre hubiese dicho que eres un vago.

—A tu padre se le acumulan los guantazos cada vez que habla por tu boca —bromeó, y yo no pude evitar reírme.

—¿De quién fue la idea? —Se me ocurrió de pronto.

—¿Y tú que crees? —Sonrió.

—No lo entiendo. ¿Qué ganas tú con todo esto? ¿Qué ganas arriesgándote por mí?

—Esa es una pregunta inteligente, chico. —A aquellas alturas me convencí de que jamás dejaría de llamarme así—. En realidad no lo sé, puede que sea esa espina que tenemos los viejos: el estigma del fracaso. Puede que solo quiera ver en ti lo que yo debería haber logrado.

—O puede que tras ese falso aspecto de bravío escondas un buen corazón.

Me miró por un instante y vi que sus ojos brillaban. Después siguió caminando.

—Bravío… ¡Hay que joderse, que tonterías te enseña tu padre!

DE CÓMO CAEN LAS PIEDRAS

—Hoy te hablaré de una gran caída.

Ese día una ligera lluvia azotaba el exterior, así que habíamos decidido quedarnos en la cueva. Bajo la lumbre de dos velas de tintum negro, Argo se propuso enseñarme algo de historia.

—Seguro que has oído hablar de Undagohj —prosiguió.

—La ciudad maldita. —Asentí.

—Lugar de prostitutas y herejes. Sí, así la llaman.

—¿Has estado allí? —Supe cuál era la respuesta con solo mirarle—. ¿Cómo es?

—Es más o menos como la describen. —La llama de los cirios proyectaba nuestras sombras contra las paredes de oscurita. Negro sobre negro—. Aunque hay belleza en ella si uno sabe verla. Queda poco en pie, más allá de la plaza grande y algunas callejas contiguas, el resto languidece en las profundidades del río Gohj.

—¿Y qué tiene eso de bello?

Él pareció buscar las palabras adecuadas.

—Es la belleza de lo efímero. Es la certeza de saber, que en ese lugar desierto, hubo gente que rio y lloró, hubo gente que soñó y se enamoró. Si uno se queda quieto y cierra los ojos, casi puede escuchar el rumor de las carretas y las voces de los comerciantes; puede oler el aroma de las rosas recién cortadas en los puestos de flores; o percibir el rumor de la pluma de los escribas que ofrecían sus servicios a cambio de unas monedas.

Por un instante casi pude verlo, Argo tenía una capacidad especial para transmitir ese tipo de cosas. Pensé que sería un buen profesor.

—Lo de las prostitutas y los herejes —prosiguió—, quizá fuese cierto en otros tiempos, cuando los caminos eran más transitados y daban sustento a ese tipo de vidas desarraigadas.

—¿Qué es un hereje? —pregunté. A pesar de haber escuchado la palabra en diversas historias, nunca acababa de comprender su significado.

—Un hereje…, es aquel que no sigue lo ortodoxo de su religión, aquel que sostiene dogmas u opiniones contrarias a ella.

—Y eso…

—¿No me convierte en hereje? —Guiñó un ojo—. El más descarado de todos ellos. Debería mudarme a la plaza grande y esperar a que llegasen las mujeres de amistad fácil.

—¿Las mujeres de amistad fácil?

—El poder de la retórica, chico. Todavía te queda mucho que aprender al respecto —suspiró—. Pero ese no es el caso; hablábamos de la caída de Gohj.

—Te escucho.

Mi hermano me contaba en sus cartas que le hacían anotar todo lo que le enseñaban. De momento, Argo no había dicho nada al respecto y yo supuse que no disponíamos de los medios necesarios para malgastar tintum de esa manera, siquiera del negro. Fuese como fuere, yo lo prefería. Era más enriquecedor detenerse a entender el sentido de las palabras que transcribirlas a un trozo de papel.

—Gohj fue una de las ciudades más prósperas de Ojhmron. Fue fundada en el siglo doce después de los siete avisos.

—Hace mil ochocientos años de eso…

—Es una ciudad antigua. —Asintió—. Se erigió a partir de los asentamientos que habían ido surgiendo en las orillas del río, pero no sería hasta la llegada de Arjhan el magnífico, rey de las cuatro esquinas, que se le diera el nombre de ciudad.

—He oído esa expresión antes: Eroajh, rey de las cuatro esquinas.

—Sí, ese es el necio que hace como que nos gobierna, pero no es más que una marioneta de la Orden. Lo de las cuatro esquinas es por las ciudades, y Arjhan fue el primero en hacerse llamar así —hizo una breve pausa—. Veamos, Ojhmron es la gran extensión de tierra, no se encuentra superficie igual en los mares. Hasta entonces Nathalma, Jahlantir y Brehm habían ido alternándose como capital del reino, a capricho de unos y otros monarcas. Pero Arjhan quería más, e hizo construir la ciudad más grande, bella y opulenta que jamás habían visto los hombres. Antes de que estuviese terminada ya se había autoimpuesto el famoso sobrenombre: rey de las cuatro esquinas.

»Como te he dicho, Gohj se construyó sobre los asentamientos de las orillas del río de mismo nombre. Las obras duraron más de diez años, y en ese tiempo Arjhan se encargó de erigir todo tipo de obras de arte, edificios suntuosos y palacios. Los que no construía, los robaba.

—¿Un rey ladrón?

—Te sorprendería lo pocos que no lo son, pero, ¿cómo se acusa a alguien de robar lo que se supone que es suyo por derecho?

No supe qué responder.

—Arjhan, por supuesto, no se ensuciaba las manos, para eso tenía a la Orden Pura.

Aquellas revelaciones me estaban resultando si no siniestras, sumamente extrañas.

—La Orden venía ganando fieles y riqueza desde los siete avisos, utilizando el control como moneda de cambio. A medida que los seguidores del culto se hacían más y más numerosos, se crearon fuertes lazos de unión entre el régimen monárquico y la Orden.

—¿Por qué?

—Porque a un rey le interesa atar en corto a su pueblo, o al menos eso es lo que cree la mayoría. La Orden les proporcionaba justamente eso, a cambio de ser coronados por la fe de los Siete y hacer oficial su culto durante el reinado.

—Entiendo.

—Hoy en día la Orden ha ganado tanto poder que los reyes son meras marionetas a su antojo, pero eso ya lo estudiaremos otro día. Estábamos con Gohj y su belleza —carraspeó—. La ciudad creció de forma exuberante en muy poco tiempo, pues Arjhan abrió rutas marítimas para comerciar con Jahlantir y Brehm, entretanto mantenía el camino negro como enlace con Nathalma. La plaza grande se coronó con siete grandes estatuas, una para cada Dios; y tres siglos después se construyó la primera escuela de alquimia.

»La Orden había ido ganando más y más poder y ya no se conformaba con el mero reconocimiento. La sociedad avanzaba, y las gentes con ella; los trabajadores comenzaron a organizarse en gremios y a especializarse en diferentes artes como la alfarería, la orfebrería o la carpintería. Así que la Orden, en su afán por mantener el control, dio un paso al frente y comenzó con sus investigaciones alquímicas. Muchos célebres alquimistas salieron de la escuela de Gohj.

»Nadie sintió la necesidad de amurallar la ciudad hasta que en el siglo diecisiete, Nurjho, coronado rey tras el asesinato de su antecesor, Erjho creo que se llamaba, creyó que podría sufrir la misma suerte. Así comenzaría una larga sucesión de coronaciones, unas más prósperas que otras, pero siempre bajo el amparo de la bella urbe, que no dejaba de crecer en esplendor y grandeza.

»Fue ya cuando sus calles habían visto muchas gentes y muchas canciones se habían tocado en sus salones, en el siglo veintitrés después de los siete avisos, que una crecida del río Gohj se la llevó consigo, pues el cauce cambió su curso sepultándola para siempre.

»Miles de vidas se perdieron ese día en una muerte horrible; padres, madres, e hijos por igual; el rey inclusive. Más de diez centenarios de historia engullidos en un soplo, como un cuadro macabro que quedará por siempre expuesto bajo las aguas. Ahí terminó Gohj, y desde entonces se la llama Undagohj.

La historia había logrado perturbarme. Hacía poco más de seiscientos años aquella ciudad era la capital del continente y había sido reducida a la nada por un giro caprichoso del destino. Yo sabía por parte de mi hermano que la mayor y más importante escuela de alquimistas se encontraba en Brehm, y en mi insensatez había pensado que era así desde siempre. Me quedaba mucho que aprender.

—¿Qué crees que cuenta esta historia, Dehljos?

—Es la historia de una ciudad.

—No. Más allá de eso.

No supe responder.

—Piensa en ello, porque esta noche quiero mi respuesta.

No se habló más del tema durante el resto del día, pero yo sabía que Argo no olvidaría el asunto. Pensé en cuál sería la contestación perfecta, pero los detalles se hacían difusos en mi cabeza. ¿Se había construido la muralla antes o después de la escuela de alquimistas? ¿Había matado el rey que la ordenó levantar al anterior, y por eso sentía miedo de correr similar suerte? ¿Qué sería de la ciudad si el río no se la hubiese tragado? ¿Qué papel habían jugado los alquimistas en el progreso de la urbe?

Pensé en ello durante el almuerzo, mientras tratábamos sin éxito de robarle la cola a un lizardo, y durante nuestro baño nocturno, que ya se había convertido en una tradición. A esas alturas era consciente de que me quedaba poco tiempo, y aunque había macerado varias posibles respuestas en mi cabeza, no sabía cuál era la que Argo querría escuchar.

Cuando nos vestimos el bosque era ya un ente verde que parecía observarnos con sus ojos escurridizos. «Somos los vigilantes de la noche verde», recordé, no sin esbozar media sonrisa. Como si me hubiese leído la mente, un búho vino a posarse en un rapine cercano, elegante y adusto.

—Hagamos una hoguera —dijo mi tío, y yo le seguí por el bosque de regreso a nuestra colina.

No cargué demasiada ropa conmigo el día que abandoné Nathalma, pero sí la suficiente para sobrevivir decentemente en el bosque. Aquella noche había lavado una de las mudas en el río, y la sostenía aún chorreante mientras seguía la estela de Argo.

—¿Tienes tu respuesta? —me inquirió al fin, como quien no quiere la cosa.

—Eso creo.

—Bien. Espero que me entretengas al calor del fuego.

Llegamos a nuestro particular altozano, y fue entonces cuando comencé a ponerme nervioso. No quería defraudar las expectativas generadas, si es que las había. Todas las cábalas que habían pasado por mi cabeza durante el día se mezclaron de pronto, y dudé de que alguna de ellas me sirviese de algo.

—Pasa la piedra —me ordenó una vez tenía preparadas las ramas en la falda del promontorio.

Y así traté de hacerlo, pero tenía la mente embotada y el lanzamiento fue torpe. El canto voló describiendo un arco, y reparé en su ascenso prometedor y en su forma de desfallecer posteriormente, golpeando la hierba con un *crack* silenciado. De pronto obtuve mi respuesta.

—Todas las rocas caen —dije sin esperar a que me preguntase—. No importa cuán alto las lances.

Por la forma en que se torcieron sus labios, supe que había acertado.

FAEH

Así que poco a poco fuimos acostumbrándonos los unos a los otros. Argo a mí y yo a él, porque de Laki la verdad es que ninguno de los dos albergaba queja. La burra tenía mucha personalidad, algo que fui descubriendo con el paso de los días. Durante mi infancia en Nathalma había tratado con diversos animales, y siempre me habían gustado, pero Argo me había enseñado a verlos de otro modo.

Todo había comenzado a cambiar con las historias, y en particular con la primera de ellas, la de los A'uepofu. Era cierto que en las palabras se escondían grandes lecciones, y a medida que pasaban los días en el bosque yo me veía más capacitado para reconocerlas y quedarme con cada una de ellas. La historia de los A'uepofu en parte se me antojó fantasiosa, pero tenía presente lo que mi tío me había dicho; que eso no hacía sino ayudar a que la recordase.

Laki era un animal excepcional y tardamos bien poco en hacernos amigos. Si bien es verdad que no alcanzaba a tener la complicidad que Argo se había ganado con ella, al poco tiempo comenzó a hacer caso a algunas de mis indicaciones, e incluso se acercaba a darme empujones con el morro a modo de caricias.

Una mañana como cualquier otra, Argo dijo que debía salir de incursión.

—Querrás decir de excursión —me atreví a responder.

—Sé perfectamente lo que quiero decir, Dehljos. Lo comprenderás cuando vuelva.

«Él siempre sabe lo que quiere decir», repetí mentalmente, a caballo entre el aburrimiento y la burla.

—Y cuidado con esos pensamientos, que tus labios te delatan. —Se dio la vuelta y se fue, dejándome con una extraña sensación en el cuerpo y el gesto torcido.

«¿De dónde lo sacan?», me atreví a plantearme, solo una vez hubo desaparecido entre los árboles.

Quedamos Laki y yo, y el bosque era nuestro. Una lluvia de verano, como Argo llamaba a aquel aguacero débil y casi agradable que apenas se colaba entre los rapines, comenzó a regar con suavidad nuestra colina.

—¿Te apetece ir al cobertizo? —pregunté a la burra—. No, claro que no.

Salimos a dar un paseo, pero en lugar de ir en dirección al río, al este, decidí que quería explorar otras zonas. Nos internamos en la espesura sureña, ya que habíamos llegado por el oeste desde el camino

negro, y al noroeste quedaba el río. A primera vista el bosque era igual por los cuatro costados.

—¿Qué te parece, Laki? ¿No te aburre tanto árbol negro y tanta lobobu? —la burra mugió—. Ya, a mí también.

Anduve un rato a pie y luego a sus lomos. Había aprendido unas palabras en gohjiano que el animal obedecía mucho mejor que en la lengua común.

—*So'ipvevi,* Laki. —Y se sentaba—. *Assoce,* —Se erguía una vez yo montaba—, ¡*Afimepvi*, *afimepvi*! —Y comenzaba a caminar.

Me entretuve cabalgando. No era lo mismo que montar un palafrén, pero Laki trotaba a una velocidad más que considerable para ser una burra. Sus cascos resonaban contra la piedra negra a medida que nos internábamos más y más en el bosque, y de vez en cuando tenía que ordenarle aminorar la marcha para no dejarme la piel en alguna rama baja.

Argo se empeñaba en que aprendiese a montar sin silla, y en esas andaba. El problema recaía principalmente en mantenerse estable cuando la velocidad sobrepasaba cierto límite. Para colmo, la palabra que hacía las veces de frenado siempre se me olvidaba. A fin de cuentas, era la que menos me interesaba cuando las aprendí. Ahora sabía cuánto me equivocaba. «Divipvi…, ¿o era diqsote?».

—*Diqsote,* Laki.

«Era divipvi», fue cuanto pude pensar, pues todo se sucedió tan rápido que apenas tuve tiempo de reaccionar. Me vi envuelto en una especie de carrera sin sentido, la burra apretó el paso y los rapines pasaron a ser sombras negras que se difuminaban cuando pasábamos junto a ellas. Quise agacharme para poner mi cabeza a la altura del animal y evitar así posibles golpes —eso confiando en que fuese lo suficientemente hábil para esquivarlos ella misma—, pero era demasiado tarde. El descenso se convirtió en ascenso cuando una robusta rama me golpeó en la frente.

Me mordí la lengua, y eso hizo que la caída fuese aún peor. Estaba tan embotado por el dolor que no fui capaz de prepararme para el golpe. Di de espaldas contra el suelo y el mundo se hizo negro a mi alrededor, más, si cabe. A duras penas logré incorporar la cabeza y acerté a ver la silueta de Laki desapareciendo en las frondosidades.

—Di… —escupí rojo sobre la oscurita—. *Divipvi*, Laki…

Después todo se volvió más oscuro que nunca.

*****

Desperté, y lo primero que experimenté fue el desconcierto. ¿Dónde estaba? Las lobobu refulgían con el don de Visef y los ojos del bosque me observaban. Traté de levantarme.

—¡Ahhg! —sentí el dolor en la cabeza y en la lengua, al roce con los

dientes.

Escupí lo que creía que sería sangre, y no pude amagar un gesto de sorpresa al descubrir la suerte de hierbas que salieron de mi boca.

—¿Qué narices…? —Entonces lo vi, un rostro entre la maleza, apenas perceptible y más quieto que un tronco de rapine.

Me sobresalté, e instintivamente quise ponerme en pie, pero una punzada de dolor en el tobillo hizo que cayese de rodillas. Estaba vendido.

De pronto llegó el miedo. Miedo a no saber qué demonios estaba pasando; miedo de aquel rostro que me espiaba desde la oscuridad y de aquellos ojos que refulgían con el mismo candor que las lianas.

Percibí un leve sonido en el silencio, y cuando miré al frente vi que aquel que me observaba ya no se escondía. Estaba frente a mí, a unas escasas tres varas, y me dedicó un extraño gesto con las manos que no comprendí del todo. Parecía que me instaba a calmarme.

—*Nu tipibu mofep* —dijeron sus labios en un susurro.

«Gohjiano… No, falso gohjiano», recordé lo que me había explicado tío Argo. A pesar de todo, aquellas palabras sonaron con una cadencia mucho más agradable que las que salían de su boca, por muy versado que fuese en el idioma.

—No…, lo siento. No entiendo —me encogí de hombros para hacerlo más gráfico.

—*Ti het defu up bafo gumuf* —se aproximó el Eterno. No parecía que quisiese hacerme daño.

—Lo siento —repetí.

—¡*So*! ¡*So*! —Se puso de lado e interpretó una especie de escena.

«Alguien que cabalga…, alguien que cabalga rápido. Alguien que cabalga rápido y se cae del caballo».

Entonces lo recordé todo. Laki, nuestra excursión sureña y mis malas dotes con el idioma; una rama baja, la sangre en mi boca y la silueta del animal desapareciendo en el bosque.

—¡Laki! —esta vez sí logre ponerme en pie, a pesar de que sentía un fuerte dolor en el tobillo izquierdo.

Escupí, y más hierbas salieron de mi boca.

—¿Has hecho tú esto? —Me señalé la lengua con el dedo, sin dejar de buscar a la burra con la mirada.

—¡*So*! —Frotó con el pulgar el resto de los dedos de su mano diestra, un gesto que en Nathalma se asociaba al dinero—. *Let hofucet ti cases'ep*.

Yo no entendía nada de nada.

—La burra…, ¿sabes dónde está? —Me llevé las palmas de las manos a ambos lados de la cara, queriendo simular unas orejas puntiagudas. Solo después de hacerlo reparé en que podía malinterpretar el gesto, tratándose de quien se trataba.

Pero el Eterno sonrió, y había en su mueca algo particular, algo que no se hallaba en la sonrisa de los hombres comunes —o al menos esa fue mi impresión. Se giró y solo entonces reparé en su silueta curva y estilizada. Quizá aquello explicara el tema de la sonrisa.

—¡*Basub*, Laki!

¿Había pronunciado su nombre?

La burra apareció al poco tiempo tras la enigmática mujer, y a pesar de que me alegraba enormemente de verla, no fui capaz de mover un dedo. Todavía no me fiaba de ella.

A Laki parecía caerle bien. Pasó a su lado y le regaló uno de sus hocicazos. La mujer verde le correspondió con una carcajada y unas cosquillas bajo el cuello. Cuando al fin la burra vino hacia mí, la Eterna imitó la postura de las falsas orejas que yo había empleado momentos antes y se echó a reír. Me sentí avergonzado.

No supe qué hacer. ¿Debía irme sin más? ¿Se suponía que debía agradecer de alguna manera los cuidados recibidos? La chica, más joven de lo que en un principio me había parecido, volvió a hablarme en señas. «Vete tranquilo», me pareció que quería decir, a tenor de los movimientos de sus manos.

—Gracias —pronuncié torpemente, y después hice una reverencia. Fue lo único que se me ocurrió, y a ella por lo visto le hizo gracia.

Después de aquello traté de salir de allí lo más dignamente posible.

—*So'ipvevi*, Laki —susurré, y Laki obedeció.

Tuve que reprimir más de un alarido de dolor mientras montaba, dándole la espalda a mi salvadora; desde luego me había torcido bien el tobillo al caer. Cuando al fin logré establecerme y dije a Laki que se levantase, pude percibir con claridad la presencia de la chica a mis espaldas.

Giré la cabeza y vi que se aproximaba por mi izquierda. Se llevó un dedo a los labios en una seña que sí supe reconocer: «Silencio». Después, con delicadeza, se aproximó más hasta quedar justo al lado de la cabeza del animal.

—*Faeh.* —Se llevó la mano al pecho, y luego me señaló.

—Dehljos —acerté a decir sin titubeos.

—*¿Nu ti aevisebu di mo*?

Aquello ya era esperar demasiado.

—No —respondí sin saber muy bien por qué. A decir verdad, siquiera tenía claro que fuese una pregunta.

—Shhhhh. —Volvió a llevarse el dedo a los labios.

Y la recordé, era el mismo gesto. Aquella chica era la que tanto se había acercado a mí el día que llegamos al bosque. Aquel día también me había mandado callar.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, como si comprendiese a la perfección lo que acababa de suceder en mi cabeza. Acto seguido,

pronunció algo tan suave a oídos de Laki que no pude escucharlo, y la burra se puso en marcha. En cuanto a ella, pude verla la primera vez que me di la vuelta, pero cuando lo hice por segunda vez había desaparecido. No salía de mi asombro.

—Menuda excursión —musité, y aquello me hizo recordar la incursión de tío Argo. A estas alturas debería estar preocupado.

No me atreví a decirle nada a Laki durante nuestro regreso, y cuando llegamos a la colina pronto me di cuenta de que todo estaba demasiado tranquilo. Argo no había vuelto aún.

Dolorido para hacer nada más que esperar, me recosté en la falda del altozano y perdí la vista en las estrellas. Eran tantas y tan brillantes… Pensé que me gustaría conocer las siete figuras y que debía pedirle a mi tío que me las enseñase. Tan solo sabía reconocer el caballo alado, que señalaba el norte con su hocico brillante, y ni siquiera estaba del todo convencido de eso. Seguro que aquello frustraría a Argo, pero sería divertido aprenderlo.

Fue inevitable darle vueltas a lo que me había ocurrido. ¿Cuántas horas habría permanecido sin conciencia de mí mismo, tendido en el medio del bosque? Había tenido suerte de toparme con aquella chica. Faeh, dijo que se llamaba. Pero…, ¿había sido una simple casualidad… o acaso estaba siendo vigilado desde el primer momento? Estaba ansioso por comentarlo con tío Argo.

Las hierbas me habían dejado un mal sabor de boca, pero al parecer habían cortado la hemorragia de la lengua. De no ser por eso quizá me hubiese ahogado en mi propia sangre.

Traté de recordar más detalles, pero todo era algo difuso en mi cabeza, sobre todo los primeros momentos tras despertar. ¿Estaba bocarriba, o ella me había puesto de lado? ¿Y qué era todo lo que me había dicho? ¿Acaso no me habría perdido algo importante? Tendría que haber recordado las palabras, de modo que Argo las tradujese.

—Estúpido —me recriminé.

Esperé y desesperé, ansioso, pero Argo no aparecía. Pronto me di cuenta de que estaba verdaderamente hambriento y tuve que salir a por unas setas —se me antojó más práctico que una cola de lizardo. En lugar de ello, no obstante, acabé cogiendo unas rapinas maduras de un árbol cercano, y regresé a la colina cojeando.

Laki había encontrado algas en alguna parte y había traído un par de ellas consigo, así que se sentó a cenar en compañía.

—¿Tu qué opinas, Laki? ¿Me puedo fiar de esa chica?

No respondió, aunque tampoco esperaba que lo hiciese.

Una vez tuve el estómago lleno sentí la necesidad imperiosa de darme un baño, pero ir hacia el río requeriría demasiado esfuerzo en mi estado, y todavía no sabía nadar. Ya había tenido suficientes aventuras.

Acompañé a Laki al cobertizo y me aseguré de que entraba y se acomodaba en un rincón, la pobre también debía estar cansada. Luego descendí con cuidado hasta la entrada a la cueva y me deslicé por el túnel para llegar a la guarida de roca negra.

Encendí una vela, y cuando me dejé caer en el catre de paja, con la vista perdida en el gran túnel negro, este se me antojó más siniestro que nunca. Supongo que el estado de ánimo contribuiría a ello, pero el hecho es que, a pesar del agotamiento, me costó horrores conciliar el sueño. Si hubiese sabido lo poco que me iba a durar, ni lo hubiese intentado.

Desperté empapado en sudor, alarmado por un grito que se escurrió por la cavidad de entrada al refugio. «¿Es que este maldito día no va a acabarse nunca?», pensé.

—¿Argo? —llamé mientras me levantaba. Había olvidado el dolor del tobillo y solté una maldición al hacerlo—. ¿Eres tú?

Nadie contestó en el pasadizo. Por toda respuesta se escuchó algo o alguien que reptaba en la oscuridad.

«Mierda».

Corrí, o hice lo que pude, hasta llegar a la espada de rapine que Argo guardaba en la casa. El cirio de tintum negro todavía no se había consumido y me permitía ver con claridad, así que me situé tras la mesa de madera para interponer un obstáculo entre quien quiera que entrase al agujero y yo. Al alzar la espada, un brillo suntuoso recorrió su hoja curva y sentí un escalofrío.

—¡El rey de las cuatro esquinas! —Apareció a cinco varas de altura, sobre la escalera de mano. Pero no era ningún rey.

—¡Por el infierno más negro de todos! ¡¿Es que estás loco?!

Argo se había sentado en el borde, notablemente ebrio, y trataba de bajar la escalera de cara, sin aferrarse a los peldaños. Solté la espada.

—¡Era la más guapa de todas! ¡Y triunfé! ¡Oh, lady Flores!

—¿Pero qué narices dices de lady Flores?

—¡Su cabelloooo huele a jazmín, su zapato es de serrín! ¡Hip! —Tuvo un ataque—. ¡Hurra!

Se plantó sobre los peldaños y creí que iba a matarse, así que me apresuré a ayudarlo.

—¡Baja de ahí! ¿Esto es tu incursión? ¿Volver tan borracho que no sabes ni bajar las escaleras?

—¡Sí, señor! ¡Como una cuba! Lady Florrres, no le hagas caso.

Por un momento creí que la tal lady Flores iba a aparecer a sus espaldas, pero suspiré aliviado al ver que era otro de sus delirios alcohólicos. Había visto a otros hombres borrachos, incluso padre había vuelto a casa bebido una vez, durante las fiestas de la cosecha. Argo los superaba a todos con creces.

—¡Sus pómmmulos de hollín, su caaara de delfín!

Quise pensar que aquello pertenecía a algún tipo de canción.

—¡Eh, cuidado!

Bajó varios peldaños de golpe, cayendo de espaldas contra la escalera y aferrándose como pudo a la madera. Si no llego a estar sosteniéndola hubiese acabado en el suelo con varios huesos rotos. Después de eso, por suerte, pareció reaccionar momentáneamente y logró llegar vivo a tierra firme.

—Me voy a dormir, lady Flores —dije, y muy a mi pesar se me escapó una carcajada.

Estuvo cantando un buen rato mientras vaciaba su petate sobre la mesa: chorizos, unas hogazas de pan y un par de pellejos de vino. El dueño de La Brea y el Molinillo iba a estar muy contento.

LAS FLAQUEZAS DE LOS HOMBRES

—¡Hombre, si se acaba de despertar Lady Flores!

La mañana había pasado, y la hora del almuerzo con ella. Yo me había levantado tarde, pero lo de Argo tenía narices. Apareció en la falda de la colina luciendo un aspecto horrible, llevándose las manos a la frente para bloquear la luz del sol y anadeando de forma algo torpe debido a la resaca.

—¿Hoy ya no cantas? —Me dirigió una mirada de soslayo—. *Su zapato es de serrín y sus pómulos de hollín* —tarareé—. Anoche te la sabías muy bien.

—Ya, ya…, me pasé un poco con el vino —admitió de mala gana—. Voy a darme un baño, ¿vienes?

No solíamos bañarnos a la luz del sol. Los lizardos eran criaturas diurnas y no era del todo seguro zambullirse en el agua hasta que comenzaba a caer la noche. De todos modos le seguí.

Se dio un baño rápido y al salir parecía otra persona, más similar al Argo que yo conocía. De regreso a nuestro asentamiento al fin reparó en que yo cojeaba.

—¿Qué te ha pasado?

—Ayer caí cuando montaba a Laki. —No sabía muy bien cómo seguir—. Perdí el conocimiento.

—¿Qué? ¿Estás bien, chico? —de pronto parecía preocupado.

—Sí, sí, ahora ya no importa. Pero pasé todo el día tendido en el bosque, y al despertar había perdido a Laki.

—Un momento…

—No, no. Laki también está bien. No es eso.

Nos habíamos detenido en mitad del bosque. Él aún estaba empapado por el baño, y decenas de gotitas de agua salían disparadas hacia mí cada vez que gesticulaba.

—¿Entonces qué es? Suéltalo.

—Había uno de esos Eternos —su gesto se tornó más severo—. Él me salvó. Quiero decir…, ella.

—¿Ella? Dehljos, será mejor que no te mezcles con esa gente.

—Ya, ya… sé que dijiste a aquel hombre que no me entrometería… pero no es el caso. Me mordí la lengua al caer, hubiese podido ahogarme en mi propia sangre. Laki salió despavorida bosque a través…, y supongo que ella se compadeció de mí. Eso es todo.

Argo reemprendió la marcha, meditativo. Yo le seguí a escasos pasos de distancia.

—Dices que te ayudó…
—Sí. Cuando desperté era de noche… y tenía unas hierbas amargas en la boca. Ella me observaba tras los árboles.
—¿Te dijo algo?
—Muchas cosas, pero no pude entender nada. Recordé lo que me contaste del falso gohjiano. —De pronto habíamos llegado al altozano, Laki tomaba el sol en lo alto—. Luego llamó a Laki.
Argo paró en seco.
—¿Llamó a Laki?
—Sí, y ella obedeció. A decir verdad, incluso le dio una caricia con el morro.
—Eso es algo a tener en cuenta —reflexionó, y pareció quitarse un gran peso de encima—. Laki tiene buen ojo con las personas. De todos modos no te conviene mezclarte con ellos. Debes de ir con más cuidado.
—Lo haré.
Había estado esperando toda la noche a que llegase el momento de poder hablar con él, pero Argo no mostraba demasiado interés por seguir con el tema. Más bien me dejó entrever que estaba zanjado.
—Me dijo cómo se llamaba.
—No importa lo que dijese. Olvídalo, chico.
—Pero…
—Pero nada. Esa gente no va a traerte nada bueno; ni a ti, ni a mí, ni a los nuestros.
Y ahí acabó la historia de Faeh, la chica de ojos verdes a la que le gustaba mandarme callar.
De súbito aborrecí todo cuanto me rodeaba. Estaba enfadado. ¿Por qué no podía verme con ninguno de los Eternos? ¿Por qué ni siquiera podía hablar de ello?
—Tus reglas están bien solo para los demás. ¿Es eso?
Argo me miró de una forma en la que jamás lo había hecho antes. Sentí miedo.
—¿Qué has dicho?
—¡Hago todo lo que me pides! ¡Si hay que vaciar un pozo Dehljos lo vacía, si hay que cortar ramas de rapine las corto, y si hay que robar colas de lizardo, las robo!
Estaba atorado, los sentimientos se habían ido acumulando en algún rincón oscuro de mi mente y ahora querían salir todos a la vez.
—¿Y qué haces tú? ¿Qué me has enseñado, aparte de un par de historias sobre ciudades a las que nunca iré?
—Dehljos —Por su tono supe que me advertía de que no siguiera.
—¡¿Dehljos?! ¡Si ni siquiera me llamo así, maldita sea!
—Basta.
—¡Me habéis llenado la cabeza de tonterías, pero lo único que

queréis es alejarme de todos vosotros! ¡Todo esto no es más que una pantomima! —Me di cuenta de que estaba llorando—. ¡Pero no pasa nada, puedes ir a robar un pellejo de vino y emborracharte! ¡Así todo se olvida!

Un tenso silencio recorrió la colina, solo entrecortado por el sonido de mi respiración alterada. Había gritado tanto que apenas me quedaba aire en los pulmones.

—¿Es eso lo que piensas? —preguntó con serenidad.

Y yo estaba angustiado y herido, sin siquiera saber por qué; cegado por una rabia que no me permitía pensar con claridad.

—Sí.

Recuerdo el escalofrío al mover los labios, recuerdo la brisa acariciando el sudor de mi frente y el sabor amargo de las lágrimas. Recuerdo que en ese mismo instante, supe que me había equivocado.

—Está bien, nos vamos.

Y la colina quedó más triste y vacía que nunca antes, cuando Argo desapareció por la cavidad de entrada a la cueva, dándome la espalda.

LO QUE NO SE VE

Le encontré en el refugio, recogiendo sus cosas.

Descendí los peldaños de la escalera de mano avergonzado, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Quise mirarle y que él me mirase, que comprendiese que estaba arrepentido de todo cuanto acababa de decir…, pero al parecer él no quería ni verme. Sus gestos eran bruscos e iracundos, a medida que iba alcanzando todos los enseres necesarios para el viaje. Cuando cruzó la estancia para recoger una manta del suelo, reuní el valor necesario para hablarle.

—Lo siento —traté de sonar lo más sincero posible. No quería que nos fuéramos—. Lo siento de verdad, no quería decir esas cosas.

Argo se detuvo momentáneamente, como si se debatiese entre sus pensamientos internos. Permaneció así lo que a mí me pareció una eternidad, hasta que al fin, soltó un bufido y dio un golpe a la mesa.

—Está bien, chico. Yo también lo siento. —Aquello no me lo esperaba—. Siento no explicarte las cosas…, ha sido culpa mía.

—Yo…

—No te preocupes. Después te lo contaré todo.

—No me molesta que bebas vino —dije, y me sonó a la cosa más estúpida que había dicho jamás—. Anoche me hiciste reír un rato.

—Ya —hizo un esfuerzo por sonreír, pero compuso un gesto roto—, déjame un rato solo, ¿quieres? Luego hablamos.

Salí al exterior, algo aliviado por no tener que marcharnos, pero preocupado por el estado de tío Argo. Desde que lo conocí, siempre había sido la persona entusiasta y alegre a que me tenía acostumbrado, pero esa tarde parecía el hombre más triste del mundo.

No sabía qué hacer, así que pensé que estaría bien tener algún tipo de detalle con él. Llamé a Laki para que viniera y salimos a buscar algo para el almuerzo.

—¿Qué es lo que le pasa? —pregunté a la burra—. Seguro que tú lo sabes, ¿verdad?

Me entretuve rascándole las orejas mientras nos adentrábamos en dirección norte —el sur había perdido mi interés por el momento. La intención era buscar setas, pero estaba tan inmerso en mis pensamientos que apenas miraba el suelo. Al fin, casi sin darnos cuenta, Laki y yo regresamos al campamento con las manos vacías.

Argo estaba tumbado en la falda de la colina a pleno sol y no tardó en vernos, con un gesto indicó que nos acercásemos.

—Quería buscar algo de comer —dije a modo de disculpa, aunque sin saber muy bien por qué.

—Bueno, no solo me dediqué a beber en la taberna. —Señaló con la mirada los chorizos y el pan que había sobre un pequeño mantel, a su lado.

De forma casi automática, nos limitamos a comer en silencio, como si aquella capa de hielo que había surgido entre nosotros todavía no se hubiese derretido del todo. Al cabo de un rato, mientras aún masticaba, Argo me lanzó una pequeña bolsa negra que yo conocía muy bien. La cacé al vuelo.

—¿Y esto?

—No te entusiasmes, saca una moneda de cada.

Pesaba más de lo que había imaginado, y pude notar el tacto del dinero a través de la tela. Con cuidado, fui localizando y dejando sobre el mantel las monedas que eran diferentes entre sí.

—¿Qué ves? —me preguntó una vez hube terminado.

—Tres monedas.

—Bien. ¿Qué más?

«Siempre había algo más».

—No lo sé…, que son diferentes entre ellas.

—De acuerdo. Supongo que conoces su valor —por un instante la duda pareció horrorizarle.

—Sí, sí. Eso sí me lo enseñaron. Madre me mandaba a menudo a comprar ciertas cosas.

—Bueno, adelante pues.

—La más pequeña y oscura es un negro, la que menos vale de todas.

—Así es. ¿Qué te cuenta su aspecto?

Tuve que pensar un poco.

—Me dice que le damos más valor del que tiene al peso.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

—Porque está hecha de oscurita, y la oscurita está por todas partes.

—Correcto, pero fíjate en el relieve.

Había visto muchas veces aquella cuña, pues había trasteado bastante con aquel tipo de monedas. Se trataba de una especie de balanza cuya base era un decantador alquímico.

—¿Y bien? —pregunté.

—La Orden las acuña. ¿Qué crees que le pasa al pobre incauto que trata de falsificarlas con un poco de oscurita fundida?

No hizo falta que respondiera.

—¿Qué me dices de esta otra? —señaló la segunda en la escala que, sin darme cuenta, yo mismo había formado.

—Es un diezmo, o diez negros.

—¿Y…?

—Pesa exactamente diez veces más que un negro, eso me lo explicó padre. —Hice una pausa para calibrar su grado de satisfacción—. También sé que lleva el mismo cuño que el negro.

—¿Sabes cómo llaman al símbolo? La balanza alquímica.

«La balanza alquímica». Pasé el pulgar sobre la superficie y noté el relieve en el metal.

—¿No es irónico? —siguió él—. La balanza que rige el mundo, y está aquí, en tus manos, como una broma de mal gusto.

—Ya…

—¿Sabes algo más? Te explico. El negro surgió como una nueva forma de pagar a los mineros.

—¿A los mineros?

Argo asintió con la cabeza.

—En un principio se les pagaba con el derecho a comida y alojamiento, pero llegaron las sequías y las malas cosechas, y con ellas la imposibilidad de pagar a los trabajadores. Ante esta situación la Orden comenzó a emitir pagarés, esto es, papeles con la pertinente certificación de que a los trabajadores se les abonaría lo adeudado en un futuro. ¿Me sigues?

—Sí. Era algo así como una promesa de pago, ¿no?

—Y la Orden siempre cumple sus promesas —se mofó—. El caso es que al igual que hoy día ocurre con la moneda, hubo quien comenzó a falsificar los pagarés. Además, estos con el tiempo se desgastaban o el tintum perdía nitidez, con lo que muchos de los verdaderos tampoco pudieron ser cobrados.

—¿Y se les ocurrió hacer monedas?

—Ajá. Una promesa difícil de falsificar, a prueba del deterioro y del paso del tiempo.

—Ya veo.

—Hoy día, al igual que tenemos alquimistas, los orfebres de la Orden pura se encargan de hacer monedas más y más difíciles de falsificar.

—Está bien, pero, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Demonios, chico, espera, que ahora llegamos —me regañó—. ¿Qué sabes de la otra?

Miré la moneda de la que todavía no habíamos hablado.

—Bueno, esa es un cinto, o cien negros.

—O diez diezmos. —Sonrió—. Pero, ¿sabes? En realidad ese no es su verdadero nombre.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es?

—¿Ves el agujero en el centro? —Asentí—. Pues aunque te parezca increíble, ese agujero no es cosa de la Orden ni de sus alquimistas.

Debí poner algún tipo de cara graciosa, porque mi tío soltó una carcajada.

—Cógela —dijo, y esperó a que lo hiciera—. ¿Pesa?

—Bastante más que el negro y algo más que el diezmo.

—Su nombre era ciento, y durante algún tiempo fue la moneda de

más valor en curso.

—Ciento…, ¿y por qué lo de cinto?

—Era valiosa, poco común, y se extendió la costumbre de mandarla agujerear y colgarla de un cinto al cuello. Era una forma de mantener los ahorros a buen recaudo. De ahí el nombre.

—¡Pero es absurdo! ¿Quién saca los ahorros a pasear cada vez que sale a la calle?

—¿Y quién los dejaría dentro de casa? —Se encogió de hombros—. La Orden al principio se lo tomó como un abuso de autoridad, pero para cuando fueron a actuar la moda estaba tan extendida que no les quedó otra que agujerear las nuevas monedas emitidas. Hoy día nadie la cuelga al cuello, pero el agujero se ha mantenido.

—No tenía ni idea —susurré a medida que examinaba el pedazo circular de oscurita.

Tras unos segundos de ensimismamiento, Argo me arrebató la moneda y la puso junto a las otras dos.

—¿Qué veías al principio?

—Tres monedas.

—¿Y qué ves ahora?

Observé la balanza alquímica acuñada sobre las tres superficies, aunque a la del cinto le faltaba un pedazo del decantador debido al agujero. Repasé la forma y el tamaño de cada una de ellas, y recordé cómo habían surgido los primeros negros.

—Ahora también veo su historia.

—Eso es exactamente lo que te ocurre con los Eternos, Dehljos. No puedes ver más allá de su fachada. —De pronto se había puesto serio —. Esas gentes solo muestran una cara de la moneda, pero jamás enseñan el reverso, oscuro, lleno de enigmas, sin un cuño que lo identifique.

Dio, una a una, la vuelta a las monedas, y reparé en que por la parte de atrás no había nada; solo oscuridad.

—No te quedes con sus ropajes verdes. No dejes que sus ojos tocados por Visef te engañen, Dehljos, porque sus mentes son insondables como la más común de las oscuritas, porque tras ellos hay una historia de ritos, sacrificios de sangre y fanatismo. —De pronto me pareció que el bosque entero ensombrecía, el sol había quedado oculto tras una nube y todo parecía más pardo y confuso que segundos atrás—. Porque aunque se hagan ver como los guardianes del bosque, nunca lo han sido.

Y aquellas palabras a la luz del día quedaron grabadas en mi memoria, a pesar de que en aquellos instantes, yo todavía era incapaz de atisbar la lóbrega fortuna que se cernía sobre nosotros.

EL OJO

Los días pasaron sin demasiados percances después de aquello y sin darme cuenta, me hice a la vida del bosque. En mi interior había una vocecilla que me decía que todo aquello terminaría algún día, algo que me advertía de que las cosas no serían así para siempre. Pero yo acallaba aquellos pensamientos casi de forma inconsciente, pues en aquel lugar había encontrado la felicidad.

A pesar de que había muchas cosas que hacer, nunca llegué a percibir mis obligaciones como una rutina. Era rara la ocasión en que la jornada terminaba sin una anécdota que contar, sin una historia a la luz del fuego o sin la emoción de cada uno de los descubrimientos con que me topaba en Bosque Vehlos.

Tomé la costumbre de pasear con Laki cada mañana en busca del almuerzo. Argo me enseñó todos los tipos de plantas que conocía: las que eran comestibles y las que no, las que eran de carácter curativo, e incluso los venenos más mortíferos entre los A'uepofu, la raza de los árboles. Así que lo primero que hacíamos la burra y yo al levantarnos era salir a procurarnos algo para llenar el estómago. Mi tío insistía en que aquello era una de las partes más importantes de mi enseñanza, ya que me permitiría valerme por mí mismo en caso de necesitarlo.

A la hora de comer, si hacía buen tiempo, los tres nos reuníamos en la falda de la colina y, algunas veces, Argo me amenizaba con una de sus historias. Con el tiempo aprendí a extraer aquellas lecciones implícitas que él consideraba tan valiosas, esas verdades mudas que se esconden entre las palabras y solo son vistas por aquel que sabe ver. A mí me fascinaban las enseñanzas del *Soduf Cumosit*, libro sagrado de la Orden Pura y del cual se extraían gran número de creencias populares. Argo, no obstante, sabía leer entre líneas, sabía extraer de esos escritos conclusiones totalmente contrarias a las adoptadas por la Orden. Aseguraba que, en realidad, los autores del *Soduf Cumosit* habían ocultado el verdadero mensaje en el fondo de cada uno de los mitos que se reunían en el libro.

Por la tarde, algunas veces, tocaba caza. Difícilmente olvidaré aquellos momentos bañados por el sol, en que Argo y yo nos acercábamos al río para hacernos con un par de colas de los fieros lizardos. Los movimientos de mi tío y sus gritos, esa especie de ritual para distraer al animal, y mi primeriza torpeza a la hora de robar la tan codiciada carne. Cuando, por insistencia, perdí el miedo a aquellas criaturas magníficas —que no el respeto—, reparé en lo graciosa que era la forma en que actuaba Argo, sus aspavientos y gritos guturales

cual danza ritual, y en secreto sonreía pensando que aquella era una de sus facetas más entrañables, como el hombre que de pronto vuelve a ser niño.

De modo que el tiempo siguió su avance impasible, los días dieron paso a las semanas, las semanas a los meses y estas a las estaciones. Cuando el invierno arañó el bosque y el viento cantó canciones siniestras al roce de los árboles, reparé en que habíamos llegado allí bajo el sol del verano, y que los segundos y las horas habían pasado muy rápidas para mí en aquel sitio.

Fue entonces que tomamos la costumbre de hacer hogueras dentro de la cueva, cosa que yo había imaginado imposible hasta entonces. Para ello nos bastaba con internarnos en la cueva que tanto me había fascinado desde que nos instalamos. Poco más allá de donde estaba nuestro refugio, y antes de que el abismo horadado en la roca tomara ninguna bifurcación, había unas aberturas en el techo que se tragaban el humo hacia algún lugar desconocido, alguna vía de escape que por mucho que buscase en la superficie, me era imposible encontrar.

Desde allí, a pesar de que todavía era posible vislumbrar nuestra guarida, tenía la posibilidad de ver el mundo con ojos distintos. Cada corriente de aire subterránea era como un lamento de la tierra, y las profundidades más lóbregas de la cueva se me antojaban como algo intocable, desconocido y grotesco. De forma que, casi de forma anunciada, aquella atracción fatal que esos enigmáticos pasillos me imbuían, acabó por propiciar mis primeras incursiones solitarias hacia la oscuridad.

Aprovechaba cada vez que Argo hacía una de sus visitas a la taberna de Tuhrj para adentrarme un poco más, para ganar aunque fuese solo unas zancadas más en la oscuridad. Por supuesto, iba preparado: tras una primera vez en la que el terror a perderme pudo conmigo, había ido reuniendo y anudando la piel de las algas Nott a modo de cuerda, y había escondido esta celosamente bajo la paja sobre la que dormía. El caso es que cuando llegaba la hora, cogía la cuerda, cada vez más larga, y atando un extremo a la mesa de nuestro refugio, me internaba en las penumbras.

El corazón me latía fuertemente en las sombras de aquella boca negra horadada sobre la roca, como advirtiéndome de que aquello no estaba bien, de que aquel lugar estaba vedado a las gentes comunes como yo, no obstante yo no cejaba en mi empeño, y poco a poco me aventuraba hacia los secretos más oscuros de la tierra.

Poco más allá de donde solíamos hacer las hogueras, el camino se bifurcaba en tres cavidades diferentes. La de la izquierda, a su vez, se dividía en dos más poco más allá, por lo que descarté escogerla en las primeras expediciones; la de la diestra era angosta y tomaba un ligero descenso al principio para luego convertirse en un resbaladizo

pasadizo vertical. Tuve suerte de verlo a la luz de la antorcha la primera vez que anduve hasta allí, pues de lo contrario no lo habría contado. El pasillo central, por su parte, era lo suficientemente ancho como para parecer la mejor opción, pero si uno comenzaba a recorrerlo pronto se daba cuenta de que el techo descendía hasta obligar a andar a gachas. Así y todo, normalmente era ese el camino escogido.

Era ya la tercera o cuarta vez que emprendía mi particular viaje a lo desconocido cuando lo encontré. Había logrado construir una cuerda lo suficientemente larga como para atravesar el angosto pasaje que se formaba en el pasadizo central, cuando el techo quedaba a la altura de la cintura y la única forma de avanzar era reptando por el suelo. A la emoción contenida a cada paso, debía sumar la inquietud que me producía pensar que Argo podía volver en cualquier momento, y que el panorama que encontraría con aquella cuerda que señalaba un periplo a lo más ignoto, no iba a agradarle nada.

Y allí estaba yo, con una antorcha de rapine que había ido perfeccionando bajo las enseñanzas de mi tío. Se trataba de una rama hueca, pertinentemente vaciada y endurecida al fuego, cuyo interior había sido rellenado de tierra hasta casi el extremo, donde se colocaba el combustible. Después bastaba con un chispazo de la piedra lisa de oscurita para arrancar las primeras lenguas de fuego.

El calor de las llamas hacía que pequeñas gotas de sudor apareciesen en mi frente para luego resbalar por mi rostro. Se hacía difícil sostener la llama lejos de la cara en un pasadizo angosto como aquel, y la luz arrojada por esta, más allá de permitirme ver lo que la negrura me guardaba, apenas me dejaba conocer los detalles del suelo que me aguardaba pocos pasos adelante. De pronto el agujero se hizo estrecho y redondo, e instintivamente comprobé que todavía me quedaba cuerda para seguir adelante. El más mínimo error y podía quedar atrapado en lo más hondo de la caverna.

Noté que el túnel zigzagueaba en pequeñas curvas cada pocas varas, como si estuviese en el interior de una serpiente en movimiento que hubiese abierto la boca para abrirme paso a su estómago. Un siseo me llegó, a lo lejos, desde la oscuridad, y sentí un escalofrío. Era un sonido suave y sedoso. ¿Agua, quizá? Eché la vista atrás y vi que la cuerda quedaba tensa contra la pared, allí donde el pasadizo mostraba el último giro. ¿Cuántas veces más habría de someterme a una de esas curvas para llegar al final del túnel? ¿Había un lugar al que llegar? ¿Y si la cuerda se rompía al roce con alguna de aquellas paredes de piedra?

El aire se me antojó pesado, no sabría decir si por pura sugestión o porque realmente estaba viciado y me había aventurado demasiado hacia las entrañas del agujero. Respiré hondo y, tras pensarlo unos

instantes, decidí seguir un poco más.

Tras un par de serpenteos, el túnel parecía dar a una especie de sala más grande. Lo supe porque el brillo característico de la oscurita desaparecía unas varas más adelante, dando paso a la más abrumadora de las penumbras. Ni suelo, ni paredes, ni techo. Nada parecía haber unas pocas varas más allá de donde estaba. Con un nudo en la garganta y decidido a descubrir lo que me esperaba tras ese último esfuerzo, me di cuenta de que la cuerda estaba tirante y maldije mi suerte. Por absurdo que pareciese, y a pesar de que no vislumbré ninguna bifurcación cercana, abandonar la seguridad de aquella rústica liana de rapine fue un mal trago para mí.

Avancé sintiéndome desnudo, como si el lugar hubiese logrado penetrar en mi conciencia y derribar aquellas capas que me protegían de él, de sus secretos, del horror más inexplicable que calaba en lo hondo de los huesos. Gateé, entretanto la mente me jugaba malas pasadas, sin atreverme a girar la cabeza por miedo a ver la cuerda desaparecer tras el último recodo, como si esperase que alguien o algo tirase de ella desde el otro lado. Y así, al fin, llegué a la apertura en la roca, y lo que allí vi, a pesar de la cautela con que me asomé al abismo, no estaba preparado para verlo.

Había un pasadizo vertical horadado en la roca. Sin previo aviso, el túnel en el que yo me hallaba acababa para dar paso a otro que lo cruzaba perpendicularmente. Era imposible dilucidar la profundidad de aquel pozo negro, hasta el punto de que, avanzando la antorcha, solo conseguí ver aquel brillo característico de la oscurita perdiéndose en las profundidades. Allá, en lo más hondo, reconocí el sonido sedoso que anteriormente me sobrevino, y de nuevo sentí un escalofrío. Había algo en aquel lugar, algo siniestro y oscuro, algo que no acertaba a ver y que no obstante, estaba allí.

Entonces alcé la vista y lo vi, al otro lado del pozo, como un espectro en la negrura reinante. Era un ojo, un gran ojo grabado sobre la piedra, un ojo que llora.

Las líneas de aquella pintura grotesca me provocaron un enorme horror. Estaba delineada en rojo, un rojo sucio y desvencijado por el paso del tiempo, quién sabe cuánto. Y noté que me faltaba el aliento mientras aquella enorme pupila parecía advertirme desde el otro lado del pozo, mientras aquel iris rojo sangrante me juzgaba desde el otro lado de aquel abismo insalvable por ningún humano.

Un vértigo incontrolable se apoderó de mi cuerpo: el túnel, la cuerda, el pozo y aquel ojo daban vueltas a mi alrededor. El pánico se hizo omnipresente, y traté de retroceder, azorado, hacia la falsa seguridad que me ofrecía el terreno a mis espaldas. Cuando la antorcha cayó por la garganta de piedra, la luz se desvaneció con una lentitud pavorosa, ensombreciendo todo a mi alrededor excepto la

pintura. Fue un instante interminable de terror, en el que mi cabeza daba vueltas a las connotaciones de aquel descubrimiento, de la profundidad del pozo, y de los posibles orígenes del ojo que, frente a mí, parecía aguardar a que la luz se apagase.

DE LAS ÚLTIMAS COSAS BUENAS

Resulta curioso cómo organizamos los recuerdos, la forma que tenemos de clasificar esos pequeños detalles que marcan la diferencia. Conservo una visión particular de esos últimos días, de los postreros momentos en que nuestra peculiar compañía permanecería unida antes del abrupto final. Eran días de aprendizaje como no conocería otros, días de reflexión a la luz de la hoguera, de amistad y camaradería.

Quisiera haber sabido apreciar más esos instantes, haber podido retenerlos para siempre, pero la naturaleza del mundo es cambiante y el tiempo cabalga incesante hacia el final de todas las cosas.

Oculté a tío Argo el incidente de la cueva. Sabía que si él se enteraba de aquella insensatez por mi parte me lo echaría en cara hasta hacerme aborrecer la gruta, aunque no fuese ya necesario. Había logrado arrastrarme hasta el refugio a duras penas, con aquella sensación de vértigo pavorosa haciéndose presa de todo mi cuerpo. Temblando, me había aferrado a aquella cuerda y la había seguido hasta el final sin fijarme en ninguna otra cosa, sin siquiera atreverme a ello, de modo que lo último que quería era volver a entrar en aquel agujero.

Pasados los días y pensando lo ocurrido, me fue difícil comprender por qué aquel símbolo arcaico grabado en la piedra me había resultado tan aterrador, pues al fin y al cabo, se trataba de una pintura. Quizá fuese el sinsentido del lugar escogido, la imposibilidad aparente de que, nada ni nadie conocido, pudiese mantenerse sobre la cavidad abierta del pozo para delinear aquellos siniestros trazos.

Por las noches, no podía evitar perder la mirada en la roca horadada preguntándome el significado de cuanto había visto allí. De vez en cuando echaba un rápido vistazo a Argo, que había tomado por costumbre dormir sobre la mesa, y en más de una ocasión mis ojos encontraron los suyos. Tuve la impresión de que, en el fondo, él lo sabía todo, de que yo era un niño sin apenas conocimientos al que le era imposible ocultar ese tipo de secretos.

El invierno se hizo más crudo con el paso de los días y las noches, las lluvias arreciaban encharcando el acceso a nuestra guarida y obligando a Laki a quedarse en el cobertizo. Eran días en que poco podíamos hacer más que permanecer en el refugio; él enseñándome y yo aprendiendo, en esos roles inalterables que habíamos adoptado desde que nos conocimos. Calaron especialmente hondo en mí sus clases sobre el idioma gohjiano; eran las únicas para las que

gastábamos papel y tintum, pues resultaba imposible asimilar ese tipo de conocimientos por tradición oral.

Al parecer, en alguna de sus incursiones, Argo le había «tomado prestados» los materiales a Tuhrj, que a esas alturas debería estar ya rojo de cólera.

—Todo lo que rodea al gohjiano y al idioma libre es una enorme mentira. —Así lograba cautivarme desde la primera frase—. ¿Recuerdas la historia de Undagohj? Cuando la ciudad se convirtió en un lugar adecuado para las prostitutas y los herejes, la Orden Pura decidió que debía alejarse cuanto pudiese de esa imagen tan sórdida y vulgar, así nació el idioma libre.

—¿Por qué el nombre?

—El nombre lo es todo, Dehljos. Tú más que nadie deberías saberlo. —Me guiñó un ojo—. El idioma libre, más atractivo que el idioma oficial o la lengua de la Orden… La gente debía comenzar a utilizarlo cuanto antes, y un buen calificativo es la mejor carta de presentación.

—Ya.

—La necesidad de la Orden era apremiante, a tal punto que ni siquiera crearon unas nuevas normas lingüísticas. Se limitaron a cambiar… ¿Cómo lo diría? El color de las palabras. Ven, fíjate en esto.

En uno de aquellos folios parduscos, escribió un par de líneas con el tintum negro. Su caligrafía me pareció mucho más ornamentada que la que recordaba de las cartas de mi hermano. Pensar en él me encogió el corazón por un segundo.

He aquí el secreto del idioma del mundo.
Hi ara'o em sidsivu dim ifoune dim mapfu.

—¿Qué ves?

—Una frase que entiendo y otra que no, aunque supongo que dicen lo mismo.

Argo arqueó una ceja, haciéndome saber que quería más.

—Las palabras parecen iguales —sentencié.

—Eso es, de hecho lo son. —Parecía satisfecho—. Solo tienes que poder verlas. Estúdialas.

Y sin previo aviso se marchó, dejándome frente a las dos oraciones. Me abstuve de preguntar cuándo volvería.

«Las palabras son iguales», traté de meterme en la cabeza mientras las observaba, «solo las han pintado de otro color».

El primer día apenas descubrí nada, atontado ante la aparente simplicidad de aquella conversión lingüística que yo no acertaba a ver. Cuando Argo regresó al cabo de las horas, me preguntó con toda la naturalidad.

—¿Hablas ya gohjiano?

Creí que era una broma, pero por la expresión de su rostro vi que

estaba equivocado.

—No.

Compuso un gesto de desaprobación, y luego cambió de tema por completo.

—Ha dejado de llover. ¿Nos damos un baño?

El río bajaba furioso en invierno, y a los lizardos parecía gustarles aquello. Eran más atrevidos y se mostraban menos temerosos ante nuestra presencia incluso de noche, cuando normalmente regresaban a sus agujeros.

Argo también me había enseñado a nadar, y a mí me gustaba desafiar la corriente mientras él se metía bajo la cascada. Cada noche veía sus cicatrices, largas tiras blancas recorriéndole la piel de la espalda en un dibujo caótico, y cada noche me daba cuenta de que jamás me acostumbraría a ellas. Cuando él me descubría observándole a hurtadillas, se limitaba a dedicarme una sonrisa. De aquel tema nunca hablábamos.

Regresábamos a casa cuando me llamaron la atención unas setas de color verde oscuro que nacían de la raíz de un rapine. Nunca había visto unas de aquel color, a pesar de que todos los días me encargaba de buscar comida para el almuerzo. Cuando fui a tocarlas Argo me reprobó.

—¿No conoces el dicho, chico? Guárdate de Visef en las horas frías —arqueó una ceja.

—No, no lo conozco.

—En invierno la naturaleza se vuelve algo insidiosa. Todo perece en esta época del año y algunas especies tratan de sobrevivir a toda costa, es por eso que algunas de las setas comestibles en otoño se vuelven venenosas en invierno. El verde es una forma de advertir el peligro, y el objetivo es que las dejes quietas donde están.

—Pues no seré yo quien se encargue de ellas hasta que llegue la primavera —refunfuñé. La idea de morir envenenados por un error de cálculo me pareció terrorífica.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Lo único que debes hacer es descartarlas ante la mínima duda.

—Ya —susurré, no demasiado convencido.

—Pero el dicho no solo se aplica a los árboles, Dehljos, aunque originalmente tuviese ese significado. En invierno, quienes rinden culto a Visef lo hacen con más fervor que en cualquier otra época del año. Celebran el ciclo de la muerte y la nueva vida, en ocasiones con ritos y costumbres que hacen demasiado honor a su nombre. Es por eso que cualquiera con dos dedos de frente se aleja de todo aquello tocado por el verde en los días en que el frío cala hondo y los árboles se muestran desnudos. De hecho, los supersticiosos creen que da mala suerte toparse con nada de ese color en un día lluvioso.

—¿Y tú? ¿Tú que crees?

—Yo creo que las supersticiones son cosa de idiotas, pero que nunca está de más un poco de cautela.

Al día siguiente, cuando tocó la lección de idiomas, Argo escribió en una hoja el dicho completo, sustituyendo la frase arbitraria del día anterior.

Guárdate de Visef en las horas frías, pues el verde es débil y ansía la vida.
Guárdate de su cara ficticia, pues anuncia la muerte y su sed es impía.

Después hizo lo propio en gohjiano, y volvió a desaparecer como hizo en la clase anterior.

Ga'esfevi di Visef *ep let huset fs'oet,*
pait em visfi et d'icom y apt'oe le voce.
Ga'esfevi di sa cese fodvodoe, pait apapdoe le masvi y sa sif et inq'oe.

Ese día pude reafirmar la teoría de que todas las palabras tenían las mismas letras en ambas lenguas, lo cual me hizo sospechar que el idioma libre no era sino una especie de cifrado del propio gohjiano. Recordé las órdenes que había aprendido a darle a Laki y aquello también apoyaba mis conclusiones: «So'ipvevi», siéntate; «assoce», arriba; «afivepmi», adelante; «divipvi», detente.

Lo que más me sorprendió e incluso me provocó un pequeño escalofrío, fue que en gohjiano, la palabra verde se traducía como *visfi*, muy similar a Visef.

Cuando mi tío regresó, tuve algo que decirle.

—Es un idioma pensado desde la escritura, más que desde el habla, una especie de cifra…

—¿Hablas gohjiano? —me interrumpió.

Le dediqué una mirada hostil.

—No.

—Entonces vamos, la cena está lista.

Y aquello se convirtió en un juego. Cada día, Argo escribía unas frases cualquiera sobre el papel, y me dejaba solo a la luz de la hoguera tratando de desentrañar sus secretos. Yo me rompía la cabeza con toda clase de combinaciones, tratando de averiguar cómo una palabra se transformaba en otra y recordando el modo en que él se había referido al proceso: «Se limitaron a cambiar el color de las palabras».

Como si fuera fácil.

La analogía quizá sea absurda, pero me sentía como un alquimista tratando de transmutar la oscurita para convertirla en algo más puro,

libre de aquel color negruzco que sentenciaba su carácter. Era como si, por primera vez, estuviese más cerca de aquel sueño iluso con el que había partido de Nathalma.

Al cabo de un rato, normalmente un par de horas, mi tío volvía y me hacía la susodicha pregunta.

—¿Hablas gohjiano?

La respuesta era siempre la misma.

No obstante había algo de magia en aquellos momentos de reflexión a la luz de las llamas, mientras fuera la lluvia repiqueteaba contra el suelo y pequeñas partículas lograban filtrarse y condensarse en el techo de la gruta. Si uno prestaba atención, podía dejarse llevar por el lamento de la cueva, que emitía su triste canción al ulular del viento, una melodía cadenciosa que envolvía hasta el último rincón de la caverna.

A pesar de que sabía leer y escribir cuando salí de casa, he de decir que mi caligrafía mejoró considerablemente en aquellos días, entretanto desmenuzaba las palabras y las volvía a juntar tratando de desenmarañar sus secretos. No es que el tintum negro fuese caro, pero en casa jamás me habían dejado tanto papel como el que logré reunir allí, llenándolo de teorías a cada cual más absurda.

Ante los pocos avances decidí crear un diccionario con todas las palabras de las que conocía su traducción. Rebusqué el dicho sobre Visef y todas las oraciones que Argo había utilizado como ejemplo, y elaboré un detallado listín de todas las palabras en el idioma libre y su equivalente en gohjiano.

Tampoco aquello me sirvió de nada. Es más, un buen día, tras someterme mi tío a la susodicha pregunta y escuchar mi respuesta negativa, cogió la lista y la hizo pedazos, para luego arrojarla al fuego ante mi asombro.

—Nada de memorizar —aseveró—. Quiero que aprendas. —Y volvió a desaparecer en la oscuridad.

Otro día le dio un ataque de risa al constatar que me habían crecido los primeros pelillos de la barba. Yo no entendía nada, y a decir verdad todo aquel asunto del gohjiano ya empezaba a tocarme las narices. Tío Argo me explicó que se solía bromear con que a uno le iba a salir barba cuando hacía algo de forma muy lenta, y a mí aquello me enfureció todavía más.

Para cuando quise darme cuenta, el tema se había convertido en un asunto personal, así que comencé a emplear todos los ratos muertos en revisar una y otra vez los apuntes que había elaborado hasta entonces. Fueron momentos de auténtica obsesión hasta que al fin, una noche como cualquier otra, di con la solución.

En realidad hacía un par de días que estaba convencido de haber resuelto el rompecabezas, pero lo último que quería era equivocarme

y quedar en evidencia. Así que repasé la teoría y traté de hacerla pedazos, la puse a prueba en todos los supuestos conocidos y, para mi sorpresa, funcionaba a la perfección.

Cuando, como de costumbre, mi tío se arrastró hasta mí sin demasiadas esperanzas, yo me preparé para pronunciar las palabras que llevaba horas asentando en mi cabeza.

—¿Hablas gohjiano?

—*So, y sumu hi tipofu qai cencoes em cumus di let pemecset*.

La pronunciación fue torpe a pesar de mis esfuerzos, y aun así vi encenderse una llama en los ojos de tío Argo. Supe que se sentía orgulloso de mí, y aunque no movió un ápice los labios, pude reconocer una sonrisa en su boca.

Aquella noche, cuando me eché a dormir en el descuidado catre de paja, me dejé llevar por delirios de grandeza, entusiasmado por aquel gran descubrimiento que había llevado a cabo. Tardé más de lo normal en dormirme, amparado por los suaves ronquidos de Argo, que descansaba de espaldas a mí sobre la mesa. Si hubiese sabido que aquella era la última noche que pasaríamos juntos, quizá le hubiese despertado para decirle el tipo de cosas que siempre quedan por decir. De haber sabido el camino que tomarían nuestras vidas solo unas horas después, quizá le hubiese instado a contarme algo más sobre él, sobre aquel laberinto de líneas blancas que recorría su espalda y lo difícil que debió haber sido crecer a la sombra de mi padre.

Todavía hoy me arrepiento de no haberlo hecho.

LA DANZA DE LAS MIL CUCHILLAS

Nos despertaron los tambores.

Bum, bum bum bum, bum, bum bum bum, bum, bum bum bum…

Yo apenas había dormido cuando todo empezó, y durante unos instantes me debatí en ese delgado velo que separa la vigilia del mundo de los sueños. El sonido era al principio liviano y parecía ajeno a la seguridad de nuestra guarida, pero poco a poco se fue haciendo más y más intenso.

Bum, bum bum bum, bum, bum bum bum…

Cuando me di cuenta de que algo pasaba, lo primero que hice llevado por el instinto fue buscar a tío Argo, que ya estaba en pie y me hizo una señal con el dedo índice para que permaneciese en silencio. Había encendido una antorcha y parecía preocupado por el origen de aquel mal augurio, aquel rítmico despertar que de alguna manera transmitía una funesta sensación.

Conforme me fue posible, me vestí tratando de no hacer ruido y me acerqué a sus espaldas, entretanto él estaba concentrado en averiguar de dónde venían los tambores. Tenía los ojos en alto y permanecía totalmente inmóvil, examinando el ir y venir de la arcaica canción.

—¿Qué está pasando? —pregunté cuando regresó a la realidad.

—Los Eternos, están llevando a cabo algún tipo de rito.

De pronto sentí el ambiente gélido a mis espaldas, como si la boca de la cueva hubiese exhalado una bocanada de aire frío.

—¿Deberíamos preocuparnos? —le inquirí de nuevo, asustado.

—No lo sé. Cuando menos debemos ser cautos.

Bum, da, bum, da, bum, da, bum, da. Bum, bum bum bum, bum, bum bum bum, bum…

—¡Se están acercando! —me dejé llevar por el miedo.

—¡Shhhh! ¡Déjame pensar, chico!

Pero se hacía difícil razonar allí dentro, atrapados en nuestro propio hogar de piedra, mientras sobre nuestras cabezas el bosque llenaba las sombras con el repiqueteo de la percusión.

—¿Y Laki? —mi voz sonó entrecortada. Pensar que la burra estaba expuesta me provocó una punzada de dolor en el pecho.

—Laki…

En aquel momento comprendí que mi tío había estado pensando en ella desde que despertó, debatiéndose quizá, entre salir en su busca a la espesura o hallar refugio en los recovecos más recónditos de la gruta que se abría paso hasta nuestro refugio. La duda en sus ojos hizo que sintiese miedo. Si no había peligro, ¿de qué había que

preocuparse?
—Salgamos de aquí —y su voz era firme como una roca.
Cogí la retorcida espada de rapine que siempre había estado junto a la pared, y Argo, lejos de reprobarme, asintió con un leve gesto de cabeza. Después, me puse tras él y comenzamos a subir los peldaños de la escalera de mano que llevaba al agujero de salida. Cuando estuvimos a gatas en el túnel, los sonidos se hicieron más fuertes.
Bum, da, bum, da, bum, da da da, bum, da da da…
Llenos de barro por las últimas lluvias logramos salir al exterior, y entonces el horror se hizo palpable. Los sonidos, sin roca de por medio, resultaban claros e inconfundibles, y su cadencia semejaba ser portadora de un oscuro mensaje. Temí mirar la espesura y ver emerger a aquellos hombres verdes de entre los árboles, rodeándonos con sus antorchas, pero nada de eso ocurrió. Nos quedaba algo de tiempo.
—¡Ve a por Laki! —me ordenó mi tío entretanto él se aseguraba de que no corríamos peligro.
Corrí colina arriba, espada en mano, queriendo encontrar a la burra fuera del cobertizo, donde en ocasiones le gustaba echarse a dormir, pero no estaba. Entré a la construcción y las sombras que provocaba la madera al negarme la luz de la luna me instaron a tomar precauciones. Recorrí el techado cubriéndome las espaldas contra la pared, y buscando en vano al animal. Laki no estaba.
—¡No la encuentro! —exhalé desesperado a mi regreso.
Argo, mucho más sereno, se permitió pensar un par de segundos para luego añadir.
—Laki es un animal inteligente. Habrá salido de aquí por su cuenta.
Asentí, pues aquella era una idea que me resultaba alentadora. No obstante, el hecho de que la burra hubiese partido tenía otras connotaciones: ella también había sentido el peligro.
—Vamos.
Le seguí. Argo apagó la antorcha en un charco, pero llevó consigo el improvisado garrote. Yo estaba tan azorado que no sabría decir en qué dirección caminábamos, aunque en los últimos meses había aprendido a orientarme con soltura.
En el bosque, la amenaza podía venir de cualquier sitio. Los tambores parecían acercarse más y más a nosotros, a pesar de que íbamos a paso ligero, esquivando las ramas bajas y las lobobu, con su brillo espectral. De pronto caí en la cuenta de que el dicho también se aplicaba a aquellas lianas que refulgían a la caída del sol: «Guárdate de Visef en las horas frías».
Da, da, da, bum, da da da, bum…
Los ritmos del tambor parecían sucederse unos a otros, siempre con un mismo tempo pero alterando las notas graves y agudas a merced. Ahora que todo se escuchaba con más claridad, pude percibir las

primeras voces, que solo sonaban muy de tanto en tanto y en perfecta armonía, para emitir sonidos fúnebres que se me antojaron como un lamento de la misma tierra. Después, la nada. Un silencio angustioso que se prolongaba unos segundos, para luego dar paso de nuevo a los golpes, a aquella maldita percusión que estaba volviéndonos locos.

Anduvimos como sombras entre la maleza, pero aquella sensación pesarosa se hacía más y más latente. Pronto nos sentimos rodeados, oprimidos por aquella suerte de melodía que atravesaba la negrura del bosque hasta nosotros. Noté que tío Argo apretaba el paso e hice lo propio, pero la canción venía ahora de múltiples direcciones y las voces que de tanto en tanto proferían sus lamentos se delineaban con nitidez.

—¡*Modora*!

Bum, da, bum, da, bum, da da da…

—¡*Vecu noduz*!

Mis conocimientos en gohjiano eran torpes como para traducir con rapidez, pero sí acerté a saber que aquellas palabras no se correspondían con nada que yo conociese. Era aquel «falso» idioma de los Eternos.

Bum, da, bum, da, bum, da, BUM.

Y de improvisto todo sonido cesó, envolviéndonos el silencio en su incómoda negrura. Argo se giró y supe por su mirada que quería decirme algo, pero no hizo falta que hablara. Aquellos hombres verdes no tardaron en dejarse ver, saliendo de detrás de los árboles con una sonrisa indescifrable en los labios.

No producían sonido alguno al moverse. Sabían dónde y cómo pisar, cómo distribuir el peso del cuerpo y cómo disponerse para la próxima zancada. Todo ello lo llevaban a cabo de forma simple y automática, como quien camina sin más.

Argo se irguió y trató de comprender la intención de los Eternos. Por mi parte, yo había izado la espada sin darme cuenta y tuve que bajarla cuando uno de los hombres me hizo un gesto con las manos instándome a ello.

No dejaban de sonreír, y con aquella misma sonrisa nos invitaron a seguirlos hacia algún lugar del bosque. Mi tío y yo cruzamos miradas, mas no podíamos hacer más que eso. Uno de los Eternos tendió ambos brazos indicándonos el paso entre dos árboles, y sus dientes mellados me hicieron sentir un escalofrío. El cartílago de sus orejas puntiagudas permanecía tenso, atado a su cola de pelo negro, que mostraba un brillo verdusco similar al de las lobobu, aunque mucho más apagado.

A pesar de sus expresiones joviales, algo me decía que no me fiase de ellos.

Nos sometimos a aquella «invitación» y emprendimos el camino, los Eternos nos dejaron algo de espacio y reuní el valor necesario para

hablar con mi tío.

—¿Qué hacen?

Argo no contestó. Su expresión era severa y parecía absorto en sus pensamientos. Yo me di cuenta de que no me habían quitado la espada, ni a él el garrote, lo cual hizo que me tranquilizase un poco. Sus intenciones no parecían hostiles, después de todo.

Convenciéndome de aquella teoría me dejé guiar, sorteando la maleza, hacia las profundidades del bosque. Ninguno de los Eternos iba delante nuestra indicándonos el camino, sino que se limitaron a rodearnos delimitando nuestro radio de acción y conduciendo así nuestra trayectoria.

El viaje se llevó a cabo sin ceremonia alguna, la música de los tambores no se dejó escuchar ni tampoco hubo más cánticos. Poco después llegamos con nuestra particular escolta a un claro en el que pudimos ver a muchos más Eternos. Estos se amparaban en los árboles adyacentes a la zona sin maleza, y en el centro permanecía inmóvil solo uno de ellos. Yo la reconocí al instante.

Faeh era la única que no estaba oculta. Permanecía en el claro en una postura relajada, erguida y con la mirada clavada en nosotros. Aunque no se movió, supe que me había reconocido.

Un viejo de orejas puntiagudas interrumpió mis pensamientos, cuando llegó hasta nosotros con dos grandes escudos de madera endurecida al fuego y nos los tendió a mi tío y a mí. Yo cogí inmediatamente el mío, y el Eterno escenificó con un ágil movimiento cómo debíamos utilizarlo, orientándolo al frente e inclinándolo para cubrirse la cabeza. Mi tío se negó a cogerlo, pero el Eterno le lanzó el escudo y se marchó sin más, diluyéndose en las sombras de los rapines.

Argo abrió la boca para protestar cuando los tambores sonaron de nuevo.

Bum… da, bum… da, bum… da, bum… da.

Los Eternos que había en la primera línea que formaban los árboles contra el claro, alzaron sus escudos conforme nos había enseñado el viejo. Me di cuenta de que todos ellos tenían una pequeña ranura en la madera por la que los Eternos miraban hacia la zona despejada. Hacia Faeh.

Argo y yo, desconcertados, hicimos lo propio, agachándonos para guarecer todo nuestro cuerpo de aquello de lo que tuviéramos que protegernos —no sabíamos el qué.

Pronto otro tambor se unió al que había iniciado el ritual, aunque con un ritmo diferente al primero.

Da da da da, da da da da, da da da da…

Faeh comenzó a moverse muy lentamente, acompañando con los hombros y la cintura el ritmo hipnotizante.

—Es un rito iniciático. —Escuché la voz de mi tío—. Escúchame, Dehljos, cúbrete lo mejor que puedas.

—¿Qué…, qué es lo que pasa?

—Van a extraer el tintum de las lobobu.

Le miré y sus ojos me miraron. No bromeaba. Recordé el día que llegamos al bosque y cómo Argo me había advertido del veneno de las lianas. El más leve contacto de su savia con la piel podía provocar una fuerte parálisis, e incluso la muerte.

Volví a mirar por la ranura. Cuatro Eternos habían salido de la maleza y estaban envolviendo con vendajes de algas las partes expuestas del cuerpo de Faeh: brazos, piernas, pies y cabeza, cubriendo sus cabellos y dejando una estrecha abertura para que pudiera ver. Cuando los hombres se retiraron, la Eterna estaba totalmente cubierta de algas allá donde no la cubrían sus ropajes. Después…, la danza dio comienzo.

Faeh se agachó en uno de sus rítmicos movimientos para coger algo que hasta entonces me había pasado desapercibido; dos largos cuchillos curvos que alguien había depositado a sus pies. La imagen resultaba atrevida, casi poética; su cuerpo como un ente desafiante contra el verde de las lianas, contra el veneno que las llenaba de vida y las hacía retorcerse al ritmo de la percusión.

El primer tajo fue contundente. Faeh se dejó llevar por una danza hipnótica, casi errática, y doblándose hacia atrás por la cintura hendió la hoja en una liana gruesa que pendía desde las ramas altas de los rapines. El veneno salió expulsado con una presión irrefrenable por encima de su cuerpo, todavía arqueado hasta casi tocar el suelo con la cabeza.

La Eterna giró hábilmente para alzarse por detrás de la liana herida, allá donde el veneno todavía brotaba generosamente. Después vinieron dos, y hasta tres cortes consecutivos que arrancaron destellos de verde en todas direcciones. Se escucharon murmullos nerviosos entre los observadores más cercanos, y algunos de ellos incluso retrocedieron, como si no hubiesen esperado tanta contundencia por parte de la muchacha de ojos verdes.

La danza mortal era bella por propia definición, un desafío a la vida y toda una oda a la muerte. Recordé lo que me había dicho tío Argo y no pude sino reconocer la razón en sus palabras: «Celebran el ciclo de la muerte y la nueva vida, en ocasiones con ritos y costumbres que hacen demasiado honor a su nombre».

El baile era encarnizado, y los movimientos de Faeh tan limpios y precisos que pronto daba le sensación de que allí no había dos, sino mil cuchillas en movimiento arrancando la vida a las lianas. El líquido letal se desparramaba por doquier, salpicando la corteza de los escudos y produciendo un siseo al contacto con la madera. La joven

aprovechaba la presión con que el veneno era expulsado para pasar bajo los chorros encadenando movimientos de baile enérgicos y enrarecidos.

Bum, da, bum, da, bum, da da da, bum, da, bum, da…

Un fuerte flujo golpeó contra el escudo y me vi sorprendido por la fuerza de su embestida. Tuve que afianzar los pies contra el suelo para no verme derribado por el golpe. A mi diestra, un Eterno que se había expuesto demasiado vio como el líquido impregnaba su mano izquierda y cayó de súbito haciendo gala de unos estertores terribles. El resto de los Eternos, lejos de compadecerse por él, se mostraron pletóricos y alzaron sus cantos a la unión de los tambores.

—¡*Mooodooora*! ¡*Vecu noduz*!

Bum, da, da, da, bum, da, da, da…

El lugar se convirtió en parte de una pesadilla. De tanto en tanto, cruzaba miradas furtivas con mi tío, que parecía decirme que aguantase con sus pupilas dilatadas.

Era espectacular la forma en que Faeh evitaba el veneno. Saltaba por los aires y cortaba lianas de cuajo, para asirse a sus partes más altas y proseguir la danza en las alturas, mientras a sus pies la planta expulsaba su vida para sembrar la muerte. Pronto el suelo estuvo tan anegado de aquel líquido que el baile se trasladó por completo a las alturas. La Eterna se balanceaba y trepaba por las cuerdas mortales con suma agilidad; se enroscaba en alguna de ellas y luego se dejaba caer para detenerse a poca distancia del suelo.

Hubo un momento en que dejé de mirar. El ritmo de los tambores aumentó su frecuencia y el líquido pasaba regándolo todo junto a mí una y otra vez, al punto que temí que algo se colara por la ranura de mi único salvavidas de madera. Escuché más de un grito ahogado al otro extremo del claro, probablemente de algún Eterno que había corrido menos suerte que yo. Cuando al fin todo terminó con un sonoro golpe de percusión, Argo y yo permanecimos aún unos instantes guarecidos tras los escudos. Solo entonces me di cuenta de que todo el cuerpo me temblaba debido al esfuerzo y al estrés soportado.

Cuando nos atrevimos a levantarnos vimos que Faeh no estaba en el claro. Este había quedado desolado, encharcado y repleto de pedazos de lianas moribundas, algunas todavía en movimiento. Observamos que la muchedumbre se había reunido algo más allá, en el bosque, y supuse que allí es donde estaría la Eterna. Nunca hubiese imaginado que aquella chica fuese capaz de tales proezas.

—¿Qué decían? —pregunté a mi tío, que estaba calibrando la situación.

—Muerte, vida nueva.

«Modora, vecu noduz», sentí un escalofrío.

—Vámonos, Dehljos. Ya hemos visto suficiente.

Dirigí una última mirada furtiva a el grupo de Eternos y vi que uno de ellos, el viejo que nos había dado los escudos, señaló a uno de ellos en nuestra dirección. El otro asintió con la cabeza.

«¿Y ahora qué?».

—Corre —murmuró mi tío.

—¡¿Qué?! —exclamé por lo bajo.

—A mi señal…, corre.

El grupo se acercó lentamente hacia nosotros sorteando las ramas bajas de los rapines. Sentí un movimiento a mis espaldas y vi que uno de ellos se abalanzaba sobre tío Argo.

—¡Ahora!

Quedé paralizado, sin saber qué hacer. El individuo verde trató de asestar un golpe a mi tío, pero este lo esquivó y dio con la antorcha apagada en la cara del Eterno. De pronto todos gritaban y corrían hacia nosotros.

—¡*Modora*! ¡*Modora*! ¡*Modora*! —como una jauría descontrolada.

—¡Corre, Dehljos! ¡Maldita sea!

Levanté la espada de rapine, indeciso. Un miedo terrible me corroía por dentro, pero me negaba a huir y abandonar a mi tío a su suerte. Era la clase de decisión que define a una persona.

A pesar del pánico, alcé la hoja de madera afilada y corrí hacia donde estaba Argo, uniendo mi espalda con la suya.

—¡Idiota! ¡Chico de las narices! ¡Corre!

Pero no me moví de su lado.

Noté la angustia en sus palabras, pero no era capaz de ver su rostro. ¿Estaba llorando? ¿Lloraba por mí? Pronto hubo tantos Eternos, tan cerca de nosotros, que comprendí algo que antes había pasado por alto: No nos habían quitado las armas porque no suponíamos ninguna amenaza para ellos.

Lancé una torpe estocada hacia la cara del viejo de los escudos, que la esquivó y me mostró su horrorosa sonrisa. Argo giró sobre sí mismo y estrelló el garrote en sus dientes haciéndolos saltar. El Eterno cayó al suelo retorciéndose de dolor, diluida su sonrisa en una vorágine de sangre. Una pequeña brecha se abrió donde antes estaba.

—¡Vete! —me empujó tío Argo—. ¡Vete, crío de las narices!

Me vi fuera del círculo. Él me protegía a sus espaldas, pero aquello no iba a durar demasiado. Uno de los hombres tocados por Visef se abalanzó sobre mí desde las sombras y logré esquivarlo. Eché a correr sin saber siquiera a dónde dirigirme. El grueso de la multitud acosaba a mi tío, así que el camino parecía bastante despejado.

Parecía.

Un brazo me asió por la cintura deteniendo mi carrera, y de pronto me hallé sujeto por dos de aquellos hombres del bosque. Trataba de

zafarme inútilmente cuando vi algo que me horrorizó. Quedé paralizado.

Argo estaba rodeado, y sus esfuerzos por librarse de sus acosadores resultaban inútiles. Hendía la antorcha apagada aquí y allá, agotado, tratando de acertar en el cuerpo de esos seres que parecían divertirse con su desesperación. Dejé de patalear, absorto y aterrado por aquella visión que no auguraba ningún buen final. Entonces le vi caer al suelo, y mis temores se hicieron latentes.

Grité, no podía ver lo que ocurría, pues los cuerpos de los Eternos ocultaban el de mi tío. Traté con todas mis fuerzas de zafarme de mis captores, de correr hacia él y abalanzarme sobre aquellos que le amenazaban. Insistí con tal frenesí que logré caer al suelo, libre de los brazos que me atenazaban. En aquel momento no acerté a pensar, que quizá me habían soltado a propósito.

Corrí en dirección a mi tío, hasta que de pronto todos se apartaron dejando que lo viera. Todos menos uno.

Me detuve en seco. El viejo de los escudos seguía sonriendo, ahora con una sonrisa roja que me heló la sangre. Mi tío estaba de rodillas, tenía una herida en la frente que le impedía ver con claridad con el ojo diestro, pero el otro se clavó en mí como una saeta en llamas. El Eterno lo sostenía por el pelo, echándole la cabeza hacia atrás.

No tardó demasiado.

Vi el destello del filo, y vi cómo este se hundía en el cuello de tío Argo. El líquido rojo brotó y sentí que su mirada se desvanecía para siempre. Grité, y el alarido que salió de mi garganta me resultó extrañamente ajeno, como si no proviniese de mí.

Cuando Argo cayó sin vida a los pies de aquel ser infecto, sentí que toda la ira del mundo corría por mis venas.



NINGÚN LUGAR AL QUE IR

Me encontré corriendo entre el caos y el fuego. La sangre resbalaba cálida por mi rostro mezclándose con unas lágrimas repentinas que apenas habían tenido tiempo de descender. Aquello era el infierno, me hallaba en el infierno y mi instinto solo me instaba a hacer una cosa: salir de allí cuanto antes.

Los recuerdos me eran confusos. Primero, había caído el asesino de la sonrisa roja y acto seguido los dos que me custodiaban. No sabía de dónde habían salido las llamas ni qué las había provocado, y aunque una parte de mí quería ser pasto del fuego, otra —más imperiosa y dominante—, me obligaba a correr y a luchar por mi vida.

Jamás antes había visto unas llamaradas tan intensas; el calor que desprendían al lamer las ramas de los rapines hacía pensar que el mismísimo Ruku había perpetrado aquella barbarie. Durante mi marcha desesperada escuché unos gritos aterradores que estremecieron mi cuerpo y me persiguieron a lo largo del vasto laberinto negro que era Bosque Vehlos —no sería hasta más tarde que descubriese que yo mismo los provocaba—, y eran auténticos aullidos de desesperación; el sonido de la misma muerte.

Las lobobu se hinchaban por efecto del calor a merced de las lenguas del fuego y yo casi podía sentir el veneno hirviendo en su interior. Un mal movimiento o la mala fortuna de una brecha en aquellas lianas sería mi fin. Intoxicarme en aquellas condiciones significaría la muerte, pues mi corazón latía a un ritmo desbocado y el veneno tardaría bien poco en recorrer todo mi cuerpo.

Resultaba fascinante y aterrador a un mismo tiempo el vivo color de aquellas llamaradas. Nunca había visto nada semejante, un baile de luminosidad que contrastaba con la negrura espectral de los rapines e iba cambiando de tonalidad y forma allí por donde sesgaba la vida. Los arbustos que caían víctima de las llamas enardecían el rojo, mientras que las lobobu, a pesar de no prender, desprendían destellos de un verde fantasmagórico cuando alguna de las lenguas de fuego osaba rozarlas.

Fueron las lágrimas las que me nublaron la vista en un principio, pasando más tarde a ser aquel humo denso y blanco el que dificultara mi visión. Estaba por todas partes, el fuego se había descontrolado y yo no sabía siquiera en qué dirección corría —bien podría dar el siguiente paso y encontrarme en el centro de la gran hoguera en que se había convertido el bosque. Mis pies descalzos se enredaron en la punta de una lobobu y fui a dar de bruces contra el suelo. Fue

entonces cuando confirmé que estaba totalmente desorientado.

Desde aquella baja posición pude atisbar con mayor claridad el panorama, ya que el humo se alzaba por encima de mi cabeza. Todo era destrucción a mi alrededor, todo excepto una pequeña brecha por la que quizá lograra salir si me daba prisa; un pequeño claro entre la vastedad del caos reinante; una salida de aquel infierno de vapor blanco y llamas; una última esperanza para huir de allí con vida.

Agazapado como estaba, repté zafándome de las lobobu que se retorcían con el calor reinante. Logré ponerme a cuatro patas y traté de acelerar la marcha, deshaciéndome las rodillas contra el suelo de oscurita y sintiendo punzadas de dolor a lo largo de las piernas. Pero no importaba, tenía que escapar de aquel lugar… Y tenía que hacerlo ya.

Frenético como estaba, apoyé la palma de la mano izquierda sobre unos restos de madera en llamas y sentí cómo el dolor penetraba la piel y luego la carne. Tuve la sensación de que hasta los mismos huesos ardían y un desagradable olor a cuerpo en combustión llegó hasta mis fosas nasales como un aroma macabro. Cuando alcé de nuevo la mano no tuve valor para mirarla, mi vista estaba centrada exclusiva y únicamente en aquel claro que prometía una salvación; aquella vía de escape libre de llamas que cada vez se hacía más y más pequeña ante mis ojos.

—¡Vamos Dehljos! —grité desesperado—. ¡Vamos!

Me arrastré, ahora apoyando los codos, pues el daño que corroía gran parte de mi brazo izquierdo era cada vez más intenso. Ya casi estaba, pasé entre varias lobobu que se retorcían de forma sugestiva haciendo un símil de mi propia aflicción, y por una fracción de segundo pensé que lloraban por el bosque. Al enroscarse sobre sí mismas, henchidas de veneno burbujeante a causa del calor, emitían un sonido extraño que se me antojó como un llanto; el llanto de Vehlos. Era un sonido triste, como un gemido apagado que recorría la espesura y la sumía en la más profunda de las melancolías.

Y allí estaba, a unas escasas dos varas del hueco por el que habría de escapar. La sangre se había secado en mi rostro por el calor sofocante del lugar, tenía todo el cuerpo magullado y podía sentir las heridas abiertas en mis pies descalzos, pero ya nada de eso importaba, lo único primordial en aquel momento era sobrevivir.

«Una vara…, apenas una vara me separa de la salvación», pensé, y en verdad era cierto que estaba muy cerca de lograrlo. Mas todas mis esperanzas se derrumbaron con el tronco de un rapine y su caída hacia los infiernos. Sé que grité, pero no sabría decir si de mi boca salió sonido alguno. Y extendí la mano quemada como si así pudiese detener el descenso de aquel verdugo negro, que acabó por bloquear mi única salida.

«Quizá sea lo mejor», pensé, «Después de todo…, no hay un lugar al que ir». Y cuando el calor se hizo tan insoportable en derredor como mil cuchillas de hielo clavándose en mi cuerpo, supe que todo había terminado.

PENSAMIENTOS TURBIOS

Todavía no sé qué parte de aquella algarabía de sentimientos formaba parte de un sueño o cuál era real. Mis sentidos estaban obnubilados por el humo, el calor y el profundo dolor que recorría mi cuerpo magullado, cuando vi las lobobu moverse. Se mecían enérgicamente acercándose hacia mí: primero una, lejana, quizá llevada a deslizarse por las corrientes de vapor humeante que el fuego provocaba; después la adyacente, siguiendo la inercia de la anterior y en la misma dirección como si hubiese recogido el testigo; y así una tras otra acercándose en un baile endemoniado. ¿Es que acaso se estaban mofando de mí? ¿Acaso aquellas lianas colgantes tenían capacidad para tal cosa? La estancia en Bosque Vehlos me había permitido observar sucesos otrora inexplicables para mí, y aunque poco a poco había comprendido que aquel lugar en sí mismo estaba vivo, no podía creer que las lobobu se moviesen con más propósito que enredarse a cualquier cosa.

La última liana rozó mi brazo diestro y la punta hizo ademan de enroscarse en él, no obstante era el mismo movimiento lánguido que había visto otras muchas veces. Y fue de pronto que un cuerpo liviano fue a caer donde yo estaba, y vi sus pies descalzos y sus ropas verdes, y quise gritar de pavor pero no logré más que emitir un gemido sordo. Unas manos que se me antojaron extremadamente frías me asieron por debajo de los hombros y fui arrastrado hacia atrás sin demasiados miramientos. Después el cuerpo anónimo avanzó, con sus raídas ropas bendecidas con el verde de Visef y mis ojos tras ellas como llevados por el mismo diablo.

Pensé en lo que estaba ocurriendo, pues tío Argo me había enseñado que la diferencia entre la vida y la muerte muchas veces dependía de una buena o una mala elección. Pensar en él me hizo daño, así que traté de apartarlo de mi cabeza y volver al asunto que imperaba en aquellos momentos. Me incorporé como pude, tosiendo a causa del humo y tratando de vislumbrar lo que ocurría unas varas más adelante, allá donde yo había tratado de llegar momentos atrás y donde en estos instantes permanecía la figura verde.

Apenas tuve tiempo de ponerme en pie, pues una tremenda explosión me sacudió devolviéndome al suelo de oscurita. No pude alcanzar a ver la magnitud de la eclosión tras la mascarada de vapor blanco, pero sí acerté a ver el color de las llamas, que hendieron un verde como yo jamás lo había visto. Nada tenía que ver aquel color con los ropajes de aquel Eterno, ni con los tintum caseros que había

visto extraer de las lianas. Aquello era un verde verdadero, tan puro que sentí que me quemaría a pesar de la distancia. «Polvos de *bom*», pensé aturdido, «…una gran cantidad de ellos».

Entonces supe lo que había pasado. Las lobobu no se habían movido por arte de magia, sino que aquel Eterno se había columpiado de una a otra hasta llegar a mí. El resto…, lo que acababa de suceder… Pero…, ¿quién? ¿ella? ¿era posible que después de todo lo que había sucedido…?

Me apresuré a ponerme en pie, olvidando momentáneamente el estado de mi mano izquierda y lamentándome al apoyarme sobre ella para coger impulso. Caí de bruces contra la oscurita como un idiota, golpeándome la nariz y añadiendo otro reguero de sangre a mi ya lamentable rostro.

—¡Argghh! —me quejé.

Volví a intentarlo ahora ayudándome de la diestra y esta vez sí conseguí establecerme sobre las dos piernas. Me temblaba todo el cuerpo, no sabría decir si por el shock recientemente vivido, por mi frenética huida o por el devenir de los últimos acontecimientos.

—¡Faeh! —grité con lágrimas en los ojos—. ¡Faeh, tú no…!

Sentí que la respiración me fallaba, cualquiera hubiera dicho que a causa de la explosión, ya que las llamas habían consumido gran parte del oxígeno abriendo una brecha entre el infierno, pero yo sabía que no era eso. Tenía el corazón destrozado.

—¡Faaaaehhh!

Y entre los restos moribundos de humo mortecino vi su cuerpo frente al mío. Estaba mostrándome la espalda, y solo dio media vuelta para dedicarme una escurridiza sonrisa. Sus labios no se movieron, ni su rostro compuso expresión alguna, pero yo había aprendido a leer aquellos ojos verdes durante las pocas ocasiones que me los crucé en Bosque Vehlos. Decían «lo siento», decían «siento que todo haya acabado de esta forma», decían que estaban tristes y a la vez felices de verme, decían que me diese prisa, decían «corre, Dehljos, corre». Y eso fue lo que hice, correr tras ellos entre la humareda, tras la promesa de un último contacto efímero con aquel ser tan similar y distante a lo que yo era a un mismo tiempo.

Me hallé perdido entre las nubes, ansioso de llegar al otro lado y encontrarme con ella, pero al otro lado solo habría de hallar muerte y desolación, restos de vegetación languideciendo y soledad. Corrí sin dirección alguna, solo para alejarme de todo cuanto había perdido en aquella espesura que, por otra parte, tanto me había dado. No había rastro de Faeh ni de su rostro inexpresivo, no había rastro de aquellos a los que quise un día ni de las promesas de un futuro mejor. Todo había acabado, nuestro periplo había llegado a su fin mucho antes de lo previsto.

Perdí la noción del tiempo y del espacio, solo había rapines, lobobu, y mis pies descalzos contra la piedra negra que lo cubría todo. No recuerdo haberme detenido en un momento concreto, solo guardo la imagen de mí mismo en uno de aquellos claros que ofrecían los rapines en los márgenes del bosque. Quizá fuese el mismo en el que Argo, Laki y yo descansásemos tiempo atrás, la noche de nuestra llegada, y era curioso cómo la visión idealizada de la que había sido mi casa se iba desfigurando por momentos, a medida que el odio y el deseo de venganza crecían en mi interior. Desfallecí rendido por las heridas y el cansancio. Habría sabido encontrar lo necesario para curarme en el interior del Bosque, pero no estaba de humor para volver a adentrarme entre aquellas estelas negras que eran los rapines.

Caí en un estado febril en el que las imágenes se mezclaban en mi cabeza como malformaciones grotescas y siniestras que parecían burlarse de mi destino. El sonido de las cuchillas cortando el viento iba y venía, como una cacofonía macabra que no hiciese sino aumentar mi pesadumbre. ¿Qué habíamos hecho para merecer aquello? ¿Qué había hecho él? Y de nuevo las lágrimas se mezclaban con la turbiedad de mis pensamientos, unos pensamientos oscuros como jamás antes había albergado en mi interior.

PERDIDO

Un tremendo estado febril se apoderó de mi cuerpo y mis pensamientos. Los dedos largos y afilados de los árboles se me antojaban amenazas reptantes y sibilinas que trataban de atraparme en sus fauces, todo daba vueltas a mi alrededor y ya nada me parecía importante, como si el mundo que me rodeaba hubiese perdido el significado por completo.

El dolor era tan hondo en mi corazón que sentía dificultades para respirar, y la visión de mi tío cayendo al suelo me daba vueltas en la cabeza atormentando mis pensamientos. Después recordaba la sonrisa roja del asesino y el contraste con sus ropajes verdes, un color que había aprendido a amar en los últimos meses y ahora solo me producía pavor y rechazo.

«Guárdate de Visef».

Sentí un vuelco en el estómago y no pude retener el vómito. Boca arriba como estaba, tuve que hacer un esfuerzo por moverme y logré ponerme a cuatro patas. La mano quemada emitió una punzada de dolor que me recorrió el brazo entero y me hizo zozobrar. El brazo derecho, por su parte, me temblaba de forma incontrolable, por lo que me era difícil siquiera soportar el peso de mi propio cuerpo.

Conseguí alzarme sobre las dos piernas, sin más motivación que el desconcierto que me consumía. El odio que sentía era tan intenso que no me permitía pensar con claridad, y la pérdida de Argo había sido un golpe imposible de asimilar; un mazazo que me tendía una mano hacia la locura.

La venganza era el máximo exponente en la mezcolanza de sentimientos confusos que merodeaban por mi mente; un deseo irrefrenable y oscuro que me empujaba hacia la destrucción. Quizá en el fondo fuese lo que quería, puede que aspirara a terminar con todo de una forma rápida y relativamente fácil. No tenía nada que perder.

Las piernas me fallaron y caí de rodillas golpeándome contra el suelo. El dolor ya no era más que una señal de que seguía vivo, una sensación nefasta que más que provocarme malestar físico contribuía a acrecentar mi desasosiego. Y volví a alzarme de nuevo con lágrimas en los ojos.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhhhhhhhhhhhhh! —grité a los cielos—. ¡Aaaaaahhhhhhhh! —antes de que un sollozo quebrara mi voz.

Caí una vez más, o tal vez me dejara caer. No sabía qué hacer ni a dónde dirigir mis pasos. Estaba solo y perdido en un mundo todavía

nuevo, frío y distante; un mundo cruel que me había mostrado sus fauces por primera vez.

Llegó el amanecer y el cielo cambió de color dejándome expuesto a la luz. Eso fue lo primero que analicé racionalmente, en una suerte de lucidez momentánea.

«Veo el cielo, debo estar saliendo del bosque».

Pero no hice nada por salir de allí. Permanecí tendido en el suelo, bocarriba, con la vista clavada en el limpio azul de las alturas. Aquella visión neutra y libre de distracciones me ayudó a serenarme y ver las cosas con mayor claridad. Y sentí el peso del miedo cuando caí en la cuenta de que Laki, si es que seguía viva, estaba perdida en algún lugar de la espesura.

El recuerdo de la burra me llenó de fuerzas por un instante, las necesarias para levantarme y permitirme llegar a un rapine cercano sobre el que apoyarme. Y lo que no había logrado la sed de venganza lo logró el fiel animal, pues estaba decidido a adentrarme en el bosque una vez más, aunque la vida me fuese en ello.

«Laki, una razón para vivir».

Fue un pensamiento natural, un idea simple que germinó en mi mente antes de que pudiese pararme a analizarla; salvar al animal. Lo que no fui capaz de ver, es que a través de esa motivación, de esa razón para alzarme de nuevo, era ella la que me estaba salvando a mí.

¿Estaría bien? ¿La habrían encontrado los verdugos de tío Argo? La visión fugaz de los cuerpos cayendo me desconcertó, como si de pronto me hubiese dado cuenta de la importancia de ese detalle. Después, había llegado el fuego y todo se había convertido en un laberinto de llamas y desesperación.

Mi estado era lamentable, pero la idea de localizar a la burra hizo que pasase por alto esa clase de detalles. Argo así lo hubiese querido, era lo último que podía hacer por él, por ella, y por mí mismo. Traté de orientarme con un vistazo al cielo y la vegetación, mi tío me había enseñado a hacerlo y no me era difícil moverme por el bosque con soltura, al menos cuando contaba con todos mis sentidos.

Pronto logré ubicarme. Debía estar en las afueras de Vehlos, en dirección al camino negro y la posada de Tuhrj. En condiciones normales tardaría unas horas en llegar a nuestra guarida, aunque tal vez me costara medio día en mi estado. Con suerte podía comer unas setas por el camino, o incluso alguna alga Nott que creciera cerca de donde me hallaba, pues el terreno allí era más seco y propicio para ello.

Di el primer paso y maldije por lo bajo al comprobar el penoso estado de mi rodilla izquierda. Con medio cuerpo mermado difícilmente podría enfrentarme a uno de los asesinos verdes, por lo que debería extremar las precauciones y ser sigiloso, una sombra a la

luz del día. Me tomé unos segundos para comprobar mi estado general y vi que la quemadura de la mano tenía mala pinta. Había estado arrastrándome por el suelo más de lo deseable y debía haberse infectado.

El segundo paso fue, si cabe, más doloroso que el primero. Trastabillé y tuve que aferrarme a una rama baja, pero no me detuve. Uno, dos, y hasta tres pasos más antes de dar de bruces con el suelo. Traté de detener la caída con una sola mano para no exponer la quemadura, pero estaba débil y di con el codo, hombro y cuerpo contra la piedra negra.

«Levántate».

Un hilillo de baba se deslizó de mi boca al suelo cuando traté de incorporarme. Estaba agotado y las fuerzas me abandonaban.

«Levántate, maldito seas».

Pero no podía. Era tal la fragilidad de mis músculos castigados que no me sentía con fuerzas de ponerme a cuatro patas.

—¡Levántate!

La impotencia me arrolló como el más nefasto augurio. ¿Era aquello un abandono? Así lo sentía, como una derrota anunciada que no había sabido o querido ver.

—Levántate…

Me llevó un buen rato hacerlo, pero al fin lo logré. No obstante, la realidad había caído sobre mí como una losa, haciéndome ver que adentrarme en el bosque a por Laki siempre había sido una utopía; la esperanza ilusa de un crío.

«Llámala». Se me ocurrió de pronto «Llámala, Dehljos». Y así lo hice, sin preocuparme de que aquellos que sesgaban la vida viniesen a mi encuentro.

—¡Lakiiiiiiiiiiiiiiiii! —Dejando cortos espacios de tiempo para la escucha, por si oía algún movimiento entre la maleza—. ¡Lakiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

Regresé hasta el claro, donde por alguna razón me sentía más seguro, y desde allí seguí gritando el nombre del animal largo rato, sintiendo cómo la llama de la esperanza se hacía más pequeña a cada voz.

—¡Estúpida burra, ven si no quieres que te coja!

»¡*Lakiiiii, vip a pus upet amhet*!

»¡*Diqsote, vip a des upe vaimve*!

Y todo reclamo que se me ocurrió, en el idioma libre y en gohjiano, para atraerla hacia mí.

»¡*Amhet* Nott*, di let qai a to ti gatvep*!

Grité hasta que eso era lo único que existía, mi voz en el silencio reinante; grité hasta que el sol del nuevo día se alzó sobre mi cabeza y supe que llevaba demasiado tiempo gritando. Fue entonces cuando

entendí que había llegado el momento de marcharme.

Avancé con lentitud, levemente restauradas mis fuerzas, en dirección opuesta a la que había ido en principio, alejándome del bosque y de todo su significado. La idea de separarme de Laki me encogía el corazón, pero sabía que nada más podía hacer en mi estado actual por encontrarla. Cuando el sol cayó no había probado bocado, y apenas había notado un cambio en la altura de los rapines, lo cual era una clara muestra de lo poco que había avanzado.

Me dejé caer, sin importarme dónde estaba, con la única esperanza de dormir y recuperar así algo de energía. El tacto de la piedra de oscurita en el bolsillo me arrancó un par de lágrimas discretas, y no tardé en sucumbir al mundo de los sueños.

A pesar de lo que había esperado, no sufrí pesadillas. Desperté algunas horas después, todavía de noche, alertado por algún sonido a mis espaldas. Me di la vuelta, lamentando el entumecimiento de mis extremidades, pero con algo más de soltura que la que había imaginado. Apoyé la espalda contra el tronco de un rapine cercano y esperé, aguardando quizá una nueva pista en la oscuridad.

Un movimiento de ramas me alertó de nuevo. Venía de la misma dirección. Y por un momento me permití divagar con la mejor de las soluciones al misterio, aunque pronto me fue arrebatada.

Vi a la Eterna asomar de detrás de un robusto árbol y unos sentimientos contradictorios me asolaron. Por una parte, odiaba todo lo que tenía que ver con aquellos seres fanáticos que habían matado a mi tío; por otro lado, ella me había salvado, y siquiera podía imaginar las consecuencias que eso podía acarrearle.

Esta vez, aunque se mostraba inexpresiva, me pareció que su rostro lloraba. Se acercó a mí lentamente, y sus movimientos suaves y precisos parecían advertirme de algo que no cuadraba. Cuando llegó y detuvo sus pies descalzos frente a mí, me di cuenta de que estaban manchados de sangre.

—¿Qué…?

Ella se acuclilló y me hizo aquel único gesto que una vez nos había unido, esa única expresión que enlazaba nuestros tan distantes mundos. Yo obedecí y guardé silencio.

Me pasó los pulgares bajo los ojos, como si quisiese borrar el paso de las lágrimas y el dolor. Sentí un escalofrío, y ella pareció darse cuenta. Me acarició la frente y el pelo, el tacto de sus manos era tan agradable que estuve tentado de cerrar los ojos. Parecía querer arrancar todo el sufrimiento de mí, como si se sintiese culpable de lo ocurrido.

De cuclillas como estaba, pude ver las cuchillas que llevaba al cinto. Eran aquellas con que había perpetrado esa danza enrarecida, pero en ellas el verde se mezclaba con el rojo de la sangre. Entonces

comprendí: era ella quien había matado al asesino de tío Argo, y había derribado también a aquellos otros dos para abrirme una vía de escape. Pensando en cómo había manipulado los polvos de bom para salvarme del fuego, caí en la cuenta de que con toda probabilidad ella misma habría provocado las llamas.

—Faeh…

Me mandó callar una vez más, y alcanzó unas bolsitas que colgaban de la otra parte de su cintura, en el lado opuesto a los cuchillos. Era la segunda vez que me curaba.

Supe reconocer la *alhea* que aplicó en mis quemaduras, y sentí un escozor agradable cuando me cubrió gran parte del brazo y mano izquierda con unas vendas iguales a las que había utilizado en su baile. Cuando hubo terminado sonrió, esta vez de verdad., torciendo los labios. Tenía una sonrisa preciosa.

—Vive —pronunció para mi conmoción—. Vive —Me golpeó en el pecho, sobre el corazón.

Asentí con la cabeza, sin saber muy bien qué otra cosa hacer. Y hecho esto ella me besó en la comisura de los labios. Fue su forma de despedirse.

Se alejó, dejándome perplejo, y viendo sus movimientos comprendí qué era aquello que no me había cuadrado al principio. Ella no producía sonido alguno al moverse.

Cuando estuvo junto a aquel grueso árbol del cual había salido, alargó el brazo y alcanzó lo que parecía ser una cuerda, tirando de ella. Se fue antes de que yo comprendiese lo que aquel movimiento significaba.

—¡Laki! ¡Lakiiii! ¡Laki!

Jamás había deseado tanto sentir el tacto frío de su hocico, ni rascarle tras las orejas puntiagudas.

DE VUELTA A LA NEGRURA

El reencuentro con Laki significó mi salvación. La alegría hizo que olvidase momentáneamente el dolor y el pésimo estado de mi cuerpo, con lo que me fue posible caminar un pequeño trecho apoyándome en su lomo. Poco después, no obstante, sufrí una ligera recaída y fui consciente de que ni siquiera había bebido desde hacía muchas horas.

La deuda que, moralmente, había contraído con Faeh, se hizo más grande cuando vi lo que la burra llevaba en las alforjas. Había alhea para todo un mes de cuidados; vendas de algas; rapinas; setas; unos frutos pequeños y negros que no supe reconocer; y lo más importante de todo, agua, dos pellejos repletos de ella.

Acabé con el primero de ellos de una sentada, deshidratado como estaba, y hubiese terminado con el segundo de no haberme parado a pensarlo. El líquido restableció mis sentidos agotados y me hizo volver a la realidad. Estaba en Bosque Vehlos, y si seguía vivo era gracias a ella, a la eterna que me había salvado. No quería pensar en lo que podría pasarle si los demás comprendían lo que había ocurrido, aunque guardaba una pequeña esperanza de que eso nunca sucediera.

De pronto, tener a Laki conmigo significaba tener algo que perder, y de esa idea saqué fuerzas para levantarme y andar, apoyado en la burra, dirección al camino negro. Era un trecho que me hubiese gustado recorrer de otro modo. Argo me había prometido llevarme a una de sus famosas incursiones, y en realidad, aunque yo siempre me quejase de su estado ebrio, recordaba aquella noche en la taberna, al inicio de todo, como uno de los momentos más significativos de nuestro viaje.

Se hacía difícil desandar aquel camino, pues resultaba inevitable hacer balanza de aquello que había entrado al bosque y aquello que ahora salía. Distraje la mente recordando nuestra cueva, aquella guarida subterránea que me había robado la respiración la primera vez que la vi; el túnel horadado en la roca y su promesa de misterios encerrados; el pasadizo de salida y la forma en que se embarraba en los días de lluvia; la colina; el cobertizo, levantado con nuestras propias manos; las tardes de lizardos; las historias al fuego y las lecciones de gohjiano. Eran momentos que nunca regresarían, instantes que, de algún modo, quedarían siempre encerrados en aquel bosque que había sido mi iniciación y mi tormento; una espesura contradictoria que por propia definición, se mostraba negra por el día y en las noches se teñía de verde.

Quizá esa fuera la naturaleza del mundo, y quizá ese fuese el mayor

aprendizaje que extraje de entre los árboles negros. Ojhmron era un lugar de contrastes, si uno sabía ver más allá del negro reinante; era noche y día…, vida y muerte.

No volvería a ser el mismo después de Bosque Vehlos, y eso lo supe aquel mismo día mientras me alejaba de allí con Laki, cuando las primeras gotas de lluvia cayeron sobre nuestras cabezas. El agua, siempre purificadora, se me antojó como un llanto delicado que caía de los cielos, mientras bañaba nuestros cuerpos y extraía destellos de la oscurita a nuestro pies.

Estaba cansado, y la nueva situación no facilitaba las cosas. La burra iba demasiado cargada como para llevarme a sus lomos, y quién sabe qué peripecias habría tenido que sufrir para reunirse conmigo. No obstante, no tardó en darme un hocicazo cuando paré a tomar aliento.

—¿Qué quieres, Laki? —la rasqué tras las orejas.

Hocicazo, hocicazo.

—Ya va, ya va, solo un poco, hasta que recupere la respiración.

Hocicazo.

—¡Pero hombre! ¿Qué demonios quieres?

La burra, como si hubiese esperado la pregunta, se reclinó justo a mi lado, ofreciéndome la comodidad de su lomo.

—No…

Me dejó sin habla. La grandeza demostrada por aquella «pequeña» criatura era algo para lo que no estaba preparado en esos momentos, y me eché a llorar. Fue así como, ya sobre su espalda, me dejé llevar confundiéndose mis lágrimas con las de los Dioses, que lloraban desde el cielo. Me rompí como el más frágil de los cristales.

Laki se movía con agilidad entre los árboles, ahora notoriamente más bajos. Eso significaba que salíamos del bosque, y mi ánimo se vio ligeramente encendido por ello.

—Muy bien, chica.

Me di cuenta de que la había llamado como Argo solía hacer conmigo, y eso me arrancó una ligera sonrisa. Me era sorpresivo el modo en que el animal afianzaba las patas sobre la piedra mojada, a pesar de que la lluvia caía cada vez con más fuerza. Nos movíamos a una velocidad más que razonable, teniendo en cuenta que cargaba conmigo y con las alforjas, y pronto los árboles pasaron a ser arbustos y las lobobu desaparecieron por completo. Faltaba poco.

El continuo cambio en el paisaje enardeció mis ánimos hasta el punto en que me hallé a mí mismo animando a Laki en su empeño. Las ganas de salir de Vehlos se habían hecho tan grandes en las últimas horas, que por un momento no hubo lugar para nada más en mi cabeza.

—¡*Diqsote*, Laki! ¡*Diqsote*!

Hasta que al fin llegamos a la gran explanada y todo se me antojó

negro como el paisaje.

Traspasamos el último arbusto y nos encontramos ante un solar oscuro bañado por el agua, con escasos signos de vegetación y vistas a la lontananza. El sol acababa de ponerse y la oscuridad lo engullía todo. A lo lejos: el camino negro, y tras él la Brea y el Molinillo, apenas una casucha desde donde estábamos.

Cenamos algo allí mismo, de pie, bajo la lluvia, entretanto pensaba cuáles serían nuestros próximos pasos. No podía volver a casa, no si no quería echar al traste todos nuestros planes. Y aunque el calor del hogar era lo que más anhelaba en aquel momento, no estaba dispuesto a dejar que la muerte de mi tío hubiese sido en vano, no iba a comportarme como un cobarde…, al menos por el momento.

Había crecido una sensación nefasta en mi interior, el pensamiento de que, hiciese lo que hiciera, acabaría abandonando y regresando a casa, echándolo todo a perder. El miedo era real, tanto como el anhelo que me empujaba a recorrer el camino negro hacia el norte y terminar con el sueño que un día tuve.

Por eso estábamos allí, quietos bajo la lluvia, porque echar a andar significaba un grave reto para mí.

Laki acabó de mascar sus recién halladas algas y me miró como instándome a avanzar. Así que anduvimos lentamente hacia el camino, el uno al lado del otro. Yo medía las zancadas, como si quisiera posponer aquella decisión hasta la última instancia. Pero el camino negro cada vez estaba más cerca, y el miedo que me atenazaba se hacía más grande a cada tranco.

Había anochecido casi del todo. Me hallaba envuelto en una suerte de negrura que no solo embotaba mis sentidos, sino también mis pensamientos. Estar asustado…, ¿no era acaso la prueba de que ya había tomado una decisión? ¿De que dentro de mí la cobardía había vencido al honor, al recuerdo, y a todos los sentimientos que debiera enarbolar?

Cuando llegamos al camino las manos me temblaban, en parte por la lluvia y en parte por mi estado de indecisión. Laki y yo nos detuvimos en el centro de la vía, como dos sombras que se perdían en la noche lluviosa.

Miré al sur, y solo alcancé a ver negrura. No conocía nada unas varas más allá de la posada, si bien tenía una noción de lo que podría encontrarme gracias a los mapas que me había mostrado Argo. El norte, por su parte, con su misma opacidad nocturna, me prometía un sendero reconocible y un hogar al final del camino.

Permanecí allí unos largos instantes de incertidumbre. La lluvia arreciaba con fuerza y la mano quemada me lanzaba mensajes de dolor a lo largo de todo el brazo. Las vendas estaban empapadas y comenzaban a desprenderse con el trajín del viaje. Laki permanecía a

mi lado, como si supiese que todo dependía de aquella decisión.

Cuando di el primer paso en dirección norte, sentí cómo el peso de la vergüenza caía sobre mí.

LO NUEVO, LO VIEJO

Allí se acabaron los pensamientos. De pronto sentí que me había quitado un gran peso de encima, como si el hecho de saber que la decisión de abandonar era real, lo hubiese cambiado todo.

Podía hacerlo, podía seguir el camino hacia el norte, atravesar el puente de arena y reunirme con mi familia. Nadie me lo impedía.

Noté en ese instante algo que no había percibido desde que partiera de Nathalma: por primera vez en la vida, tenía la capacidad de decidir.

No había sido dueño de mis actos ni una sola vez desde que tenía uso de razón, ni siquiera cuando partí con tío Argo. Pues si bien es cierto que yo aprendí a amar nuestra empresa en los días que pasamos juntos, no había sido yo quien escogiera emprenderla.

Allí, guarecido en el cobertizo de la Brea y el Molinillo, supe por primera vez lo que significaba ser dueño de uno mismo. Lo había sentido bajo la lluvia, a medida que calaba en mis huesos mientras caminaba de vuelta a casa: no estaba obligado a hacerlo, no tenía por qué seguir mi periplo en solitario para respetar los planes que otros habían trazado para mí. Y fue ese pensamiento, por contradictorio que pueda parecer, el que hizo que detuviese el paso y buscase refugio en la posada.

No tenía dinero. Demasiado pedir hubiese sido encontrar unas monedas en las alforjas, y la verdad es que no me apetecía nada internarme de nuevo en el bosque en busca de la bolsa de tío Argo. Sin atreverme a colarme en la posada, me contenté con poner a Laki a cubierto y dejarme caer junto a ella.

Era inevitable pensar en el significado y la levedad de la vida, cuando hacía poco mi tío había estado allí haciendo de las suyas. Había una parte entrañable en él, pues tras toda su experiencia se escondía el niño que quizá en su día no pudo ser. Yo sabía que exageraba los detalles de sus incursiones para hacerlas más grandes y entretenidas, pero esa, al fin y al cabo, había sido su pasión: contar historias, tejerlas e hilvanarlas, extraer de ellas sus secretos y significados ocultos.

Se lo debía todo. Podría decir casi con toda seguridad, que me había enseñado a vivir, a contemplar la vida de una forma muy distinta a como yo la había creído. Y en aquella noche de negrura insondable, bajo la lluvia, destrozado por el dolor de su pérdida, me di cuenta de que, ahora que no estaba, me había dejado el mayor de sus legados… La libertad.

Con sumo cuidado me retiré las vendas de la mano y el brazo. Allá donde las brasas habían penetrado con mayor intensidad, la piel se desprendía junto a la venda desprendiendo un olor desagradable, mezcla del pus y la alhea. Tras mucho sudor logré quitar el último pedazo de alga y dispuse unas vendas nuevas, secas y más consistentes, en el sitio de las viejas. Cuando hube terminado me eché en la paja hedionda de las cuadras.

—Te gustaba más la colina, ¿eh, Laki?

La burra conocía aquel lugar de las veces que había ido con tío Argo y se había dormido al poco de llegar. Yo traté de hacer lo propio, sin demasiada suerte.

A pesar del cansancio y las heridas me fue difícil pegar ojo. Mi cabeza daba vueltas a aquella recién estrenada libertad y lo que implicaba. Por una parte, sentía que aquella sensación me abrumaba, que el hecho de tener que tomar decisiones era algo desconocido para mí. Por la otra, una nueva y casi ridícula sensación se apoderó de mi cuerpo: la sensación de ser invencible.

Mientras la lluvia repiqueteaba sobre la madera y el mundo de los sueños se apoderaba de mí, me permití desvariar sobre las decisiones que habría de tomar a partir de aquel momento, los caminos que recorrería y los muchos otros que dejaría atrás, sin saber qué hubiera sido de escogerlos. La pesadilla de Bosque Vehlos parecía haber llegado a su fin y toda una nueva vida me esperaba al amanecer. La primera elección estaba allí mismo, a escasas varas, en el largo camino. Norte o sur; lo nuevo o lo viejo; lo desconocido o lo familiar. Y yo sabía que todo dependía de aquel cruce de vías, del sentido que tomase mi viaje a través de aquel desvencijado ir y venir de gentes que era el camino negro.

CAMINO A NINGÚN LUGAR

Me largué de la posada antes de que pudiesen echarme. Despuntaba el alba cuando puse mis pies sobre el camino negro y, sin pensarlo dos veces, emprendí el viaje hacia el sur.

Resultaba turbador saber que cada uno de mis pasos me llevaba más lejos de casa de lo que nunca había estado, pues si bien me había adentrado por un tiempo en el este para vivir en el bosque, jamás me había aventurado tanto en las zonas meridionales de Ojhmron.

Caminaba sumido en un estado de alerta constante, como si las experiencias vividas en Vehlos me persiguiesen aún a través de la roca del camino. Y a pesar de que por un momento pensé que realizaría todo el recorrido en soledad, pronto empecé a toparme con diversas gentes en la senda. La mayoría andaba lo suficientemente inmersa en sus quehaceres como para prestarme atención, aunque, de tanto en tanto, algunos me dirigían la mirada como preguntándose qué hacía alguien como yo en un lugar como aquel.

En realidad no había fijado ningún destino. Lo único que había decidido es que no iba a volver a casa, que no regresaría hasta ver cumplido el propósito de mi periplo. «Solo tienes que desaparecer un tiempo», me dije a mí mismo, «no puede ser tan difícil».

La mayoría de las personas que me topaba en el camino pertenecían a la baja escala social, como yo. En gran medida serían segundos que se dedicaban al pequeño mercadeo o a servir a pequeños señores. Sus ropas eran tan negras como la oscurita misma, al igual que las mías, y de pronto sentí que había vuelto a la realidad sin apenas darme cuenta de ello. Adiós a los ropajes verdes, adiós a los adoradores de Visef y a sus pupilas encantadas, a las noches fluorescentes y a todo color más allá de la negrura que lo engulle todo. Era como regresar a un lugar que ya no conocía.

A ratos iba a lomos de Laki, aunque no me gustaba abusar de ella. Si bien sabía que la burra podía de sobra conmigo, prefería esperar a que los fardos que portaba estuviesen más vacíos para cargarla con el peso de mi cuerpo. Faeh había hecho un buen trabajo al aprovisionarnos para el camino, y yo me había encargado de llenar los pellejos de agua en el pozo de la posada, con lo que al menos desaparecía una de nuestras preocupaciones.

Llegó el mediodía y el paisaje apenas había cambiado. Sí noté, no obstante, que la oscurita se endurecía a medida que avanzábamos, y era mucho más robusta que aquella otra que habíamos encontrado en el puente de arena. El sol arrancaba destellos aquí y allá, en las

pequeñas formaciones cristalinas que se daban de tanto en tanto en el desértico lugar. Eran pequeñas agrupaciones rocosas que apuntaban como afiladas garras al cielo, y parecían montones de espadas negras orientadas al firmamento. Me hubiese gustado tocar alguna de ellas, pero estaban demasiado alejadas del camino, y yo todavía estaba demasiado afectado por los acontecimientos como para abandonar la seguridad que este me ofrecía.

Nos detuvimos para comer algo y noté que para entonces el tránsito de viajeros había disminuido notablemente. Divisé una pequeña aldea al oeste, y supuse que muchos de los transeúntes habrían salido de allí para dirigirse a Nathalma. No había grandes ciudades al sur en esta parte de la gran extensión de tierra, y todo tránsito comercial solía ir y venir de los pequeños pueblos del camino a la urbe norteña. Como excepción, estaban los carros cargados de herramientas que salían de Nathalma hacia las minas Guhl. Padre solía alardear diciendo que si alguna vez veía a un minero empuñando una herramienta, con toda probabilidad la habrían forjado sus propias manos. Fue el destino quien dispuso que me topara con uno de esos carros horas después, ya emprendida la marcha hacia el sur insondable.

Había pasado de largo la aldea, sin despegarme del camino negro, cuando divisé el carromato a lo lejos. Estaba detenido en el medio del sendero, bloqueando el paso, y eso me obligó a proceder con cautela. Recordaba perfectamente las advertencias de Argo sobre las gentes que uno puede hallar en los caminos, y aminoré el paso a fin de cerciorarme de que no corríamos peligro.

Supuse que, si esperaba un rato, el carro emprendería la marcha borrando mis miedos, pero nada de eso ocurrió. Sin poder regresar, no me quedó otra que acercarme aún más, deseando que todas mis sospechas fueran infundadas. Era en momentos como aquel cuando echaba de menos la espada de rapine. La había perdido en algún momento durante mi huida del bosque, aunque no acertaba a saber cuándo con exactitud, y a pesar de que no sabía utilizarla, sostenerla me hubiese proferido algo más de confianza.

Cuando estuve lo suficientemente próximo como para distinguir el emblema grabado en la madera, una voz me sobresaltó.

—¡Eh! —Sentí una punzada en el corazón—. ¡Eh, chico! ¿Puedes acercarte?

Aferré las riendas de Laki.

—¡¿Qué ocurre?! —pregunté desde donde estaba.

—¡Se ha escapado uno de nuestros caballos! ¡Hemos visto que tienes un burro! —señaló a Laki.

Poco a poco, sin soltarla, llegué hasta donde el hombre me esperaba. Vestía ropas sencillas y negras, lo cual, sin saber por qué, me tranquilizó. Volví a mirar el símbolo grabado en la madera del

carro, y al ver de nuevo la balanza alquímica supe de qué se trataba.

—Llevo este cargamento a las minas, pero uno de los caballos se ha escapado. El otro no tiene suficiente fuerza para tirar solo del carro. ¿Crees que tu burro puede ayudar?

Aquello me recordó un día en Bosque Vehlos, sobre la colina. La risa de tío Argo todavía sonaba en mi cabeza.

—Es una burra.

—Ya..., ¿importa eso? Quiero decir, ¿son más flojas las burras? No lo sé, no entiendo mucho de animales —Sonrió, y su sonrisa parecía sincera. Relajé un poco los músculos.

—Si la descargamos de los fardos, creo que no habrá problema —sentencié, todavía con reservas.

—Perfecto. ¿Cuánto quieres? —No comprendí la pregunta—. ¿Cincuenta?

Debí poner cara de incrédulo. ¿Me estaba ofreciendo dinero?

—Ya. Es muy poco, claro. ¿Cien?

—Cien...

—Sí. Eso es, cien negros. ¿Te parece bien?

Asentí con la cabeza, todavía desconcertado. El joven parecía contento con el resultado.

—Me llamo Yuro. —Me estrechó la mano.

—Tuhrj. —Se me ocurrió de pronto.

—¿Tuhrj? ¿Como el de la Brea?

—No —dije mientras asentía con la cabeza—. Tur, me llamo Tur.

—Encantado, Tur. ¿Me ayudas?

Procuré no decir nada más. Bastante había hecho adoptando el nombre de un primero por querer ocultar mi verdadera identidad. Nadie podía saber quién era, no hasta que me hubiese ganado mi nombre. Me pregunté si había reaccionado lo suficientemente rápido para que Yuro pasara por alto mi error.

Desensillamos a Laki y colocamos silla y alforjas junto a las herramientas del carro. Después, Yuro unció a la burra junto al caballo y me indicó que tomara asiento en la parte delantera del carro, desde donde se manejaban las riendas. De pronto quise añadir algunas condiciones más a nuestro trato.

—Nada de atizar a la burra. Ella obedece mis palabras.

Yuro me miró con aires de incredulidad. Luego se encogió de hombros.

—Mientras nos saque de aquí, por mí bien.

Esperé a que se sentara a mi lado. Su expresión no había cambiado un ápice cuando di la orden.

—*Afimepvi, Laki.*

La burra dio un tirón tan fuerte que pudimos sentir la sacudida. La cara de Yuro pasó del escepticismo a la sorpresa, y luego a la

admiración. Por su parte, el caballo entendió la señal y tiró junto a Laki, consiguiendo así que el carro se pusiese en marcha. Yo no podía creer que todo hubiese salido así de bien, y a la primera. Traté de mostrarme indiferente.

—Dioses, ¿qué clase de burra es esta?

Como no supe que responder, preferí cambiar de tema.

—¿Vas a minas Guhl?

—Sí, al sur. ¿Cómo lo has sabido?

—Por el emblema de la Orden, mi padre suele decir…

Tuve que morderme la lengua.

—¿Sí?

—Nada, no tiene importancia. ¿Vienes muy a menudo por aquí?

—No tanto como antes. He oído que pasan cosas raras en las minas. Desaparecen trabajadores.

—¿Desaparecen?

—Bueno, no es el trabajo ideal, hay muchos huecos por los que uno puede escurrirse sin darse cuenta.

—Ya…

Recordé el gran ojo rojo sobre el pozo y el miedo que me había inspirado. Por un momento fue como si estuviese allí, en la cueva, asfixiado por la proximidad de la oscurita. Después regresé a la realidad.

—¿Y tú? ¿A dónde vas?

«Perfecto Dehljos, tan torpe que ni siquiera has inventado una excusa».

—A comerciar.

—¿Al sur? —de nuevo el rostro de Yuro era todo incredulidad.

—Sí, bueno…, en realidad es un trato cerrado. Voy a vender la burra.

Recé porque no preguntase dónde. No tenía ni idea de qué aldeas o pueblos había más allá de las minas, y la única ciudad que conocía no me servía…

—Oh, vaya. Es una lástima. Es un buen animal.

—Sí que lo es.

Proseguimos en silencio tras esas palabras, como si Yuro se hubiese dado cuenta de que me incomodaban las preguntas. No fue hasta caer la noche que volvimos a intercambiar algo más que comentarios banales.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —pregunté.

—Quedan al menos seis días.

«Eso podría servir, seis días a tiro de carro eran una distancia más que decente para que nadie me conociese».

—¿Seis?

—Rápido, ¿verdad? Normalmente serían unos siete, pero estos dos

están llevando buen ritmo —señaló a los animales.

Así que tuve que hacerme a la idea. Aquella noche, cuando paramos a un lado del camino, dije que estaba cansado y fui a prepararme una historia para los siguientes días. Si seguía diciendo tantas tonterías Yuro no tardaría en darse cuenta de que mentía. Por la mañana tenía en la cabeza una historia bastante bien hilada, pero él no me preguntó nada.

—Me gusta esto —dijo cuando emprendimos la marcha de nuevo.

—¿El qué?

—Este tipo de vida. —Levantó los brazos como señalando en derredor—. El camino, el traqueteo del carro, el ir y venir de las gentes. Creo que estoy hecho para esto.

Traté de respirar de su entusiasmo. Era fácil viéndole cerrar los ojos con esa expresión de satisfacción en los labios.

—Me siento libre —añadió.

Pero yo observé el camino. No estaba de acuerdo con él.

—¿Libre? Solo sigues el sendero. No tienes capacidad de elección.

—Je, je, je, je —rio de una forma un tanto ridícula—. Eso no es así, amigo. Así pensaba yo…

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? —De pronto me interesaba lo que él tuviese que contarme.

—Los caminos del deseo.

—¿Los qué?

—Tur, no me digas que no sabes de qué te hablo. —Negué con la cabeza—. ¡Los caminos del deseo!

Me encogí de hombros. No sabía si Yuro estaba loco o me tomaba el pelo.

—A ver…, este camino…, ¿cómo crees que lo hicieron?

—No lo sé —confesé de mala gana.

—Este camino lo hizo la gente. Es un gran camino del deseo.

—No lo entiendo.

—Piensa en un jardín.

—¿Cómo?

—Hierba, vegetación que cubre el suelo.

Lo que me vino a la cabeza fue Bosque Vehlos, nuestra guarida y la colina pardusca que la coronaba.

—Sss… sí.

—¿A que hay un camino de tierra en él? —Entonces empecé a entender por dónde iba—. Ese es un pequeño camino del deseo. Un sendero creado a partir de tus pasos y los de los tuyos, de vuestro ir y venir. La hierba se seca y el sendero queda marcado, yermo de vida. Cuanto más ancho es el camino, más personas han deseado recorrerlo. ¿Lo entiendes?

—Eso creo.

—Por eso yo me siento libre —afirmó—. Mira esto, —volvió a levantar los brazos—, mira que amplitud. Si tanta gente ha deseado recorrer este sendero, algo bueno ha de haber al final.

No acabé de comprender qué tenía que ver todo aquello con la libertad, pero supe lo que Yuro quería decir.

«Has dejado que los demás escojan por ti», pensé en decir, pero luego vi la felicidad de su rostro y decidí callar. Quizá su libertad fuera esa, la elección de dejarse llevar por los pasos de otros. No era una idea que yo pudiese compartir con facilidad.

Pronto tomamos confianza y comencé a desear contarle la verdad. No obstante, una de las noches que pasamos juntos, y tras meditarlo mucho, decidí que la historia que guardaba a mis espaldas ya no era mía; había escogido ser otra persona y debía acatar las consecuencias.

Los seis días pasaron con más rapidez de la que habría deseado. A pesar de que en principio el viaje se me antojó como una difícil prueba, Yuro no volvió a preguntarme una sola cosa y se dedicó, por contra, a contarme todo tipo de historias. De lo que más hablaba —y yo me alegraba de ello—, era del trabajo en las minas y de los alquimistas. De estos últimos sabía más bien poco, pero de lo que sucedía en Guhl guardaba todo tipo de detalles. Me contó que el motivo de que se viesen menos carros como el suyo últimamente era la desaparición de los mineros. Muchos de ellos parecían evaporarse sin más, dejando sus herramientas cerca de donde habían sido vistos por última vez. A otros, siempre según su palabra, incluso se les había oído gritar a través de algún pasaje cavernoso. El caso es que cada vez había menos gente y más picos que empuñar.

Nos despedimos en el camino negro, junto a un pequeño sendero de tierra que se adentraba hacia el oeste, donde a lo lejos se veía la entrada a las minas.

—¿Seguro que vendrán?

—Seguro. Apenas quedan unas millas.

—¿Cómo saben que estás aquí?

—Porque me esperan. Además, mira esto.

Alcanzó un pequeño cuerno que le colgaba del cinto.

Wuuuuuuuuu, wuuuuuuuuu, wuuuuuuuuuuuu.

—¿Ves? Lo tengo controlado.

Liberamos a Laki de las ataduras del carro y luego la ensillamos. Cuando estábamos cada uno a un lado del animal, Yuro me pagó lo acordado.

—Cien negros —dijo—, y un consejo. La próxima vez cobra la mitad por adelantado, no todo el que te encuentres es tan de fiar como yo —compuso una sonrisa burlona.

—Gracias.

—A ti, Tur. De no ser por tu amiga todavía estaría tirado en el

medio del camino.

Nos estrechamos la mano. Una pequeña ráfaga de viento pasó a mis espaldas y sentí un escalofrío. Yuro torció los labios en una mueca.

—Espera.

Fue al carro y regresó con una vieja capa desgastada.

—Ten.

—Ah, no. No puedo aceptarla.

—Tómala, no seas estúpido. No iras muy lejos con esas ropas veraniegas. Además, yo tengo otra.

No rechisté. Realmente me hacía falta la capa.

—Gracias.

Laki y yo emprendimos el viaje al sur sintiendo el sabor de la despedida. Cuando me había alejado solo unos pasos, di media vuelta para hablarle a Yuro una última vez.

—¿Sabes? Creo que entiendo lo que quieres decir. —Él miraba hacia las minas, pero se giró para prestarme atención—. Me alegra haber compartido el camino contigo, Yuro.

Se limitó a asentir con la cabeza, lentamente. Por sus ojos supe que estaba levemente emocionado.

Monté en Laki. Durante el viaje habíamos compartido viandas y la burra ya no llevaba tanto peso en las alforjas. Al trote, mientras me anudaba la capa al cuello, clavé la mirada en el horizonte determinado en llegar a un lugar, el único en el que podría desaparecer el tiempo oportuno sin levantar ninguna clase de sospechas.

Le había dado mil vueltas al asunto en las últimas noches, cuando la debilidad de mi historia construida me hizo ver que las mentiras no habrían de llevarme a ningún sitio. Solo tenía una opción, por descabellada que pudiese parecer, un único destino en el que nada importasen los nombres ni el pasado de uno.

Undagohj, la ciudad sumergida, hogar de herejes y prostitutas, me esperaba al final del camino.

SOLEDAD

De pronto tenía cien monedas en el bolsillo, así que paré en una posada unas millas adelante. El lugar lucía un aspecto más descuidado que La Brea y el Molinillo, pero supuse que allí podría obtener algo de información sobre la distancia que debía salvar hasta mi destino. Tampoco me vendría mal pasar una noche bajo techo, pues cada vez hacía más frío.

Dejé a Laki junto al abrevadero, que era lo único que estaba en mejores condiciones que en la posada de Tuhrj, después empujé las puertas de hoga negra y me adentré en el local.

—Oh. Saludos, señor…

—Tur, me llamo Tur.

Logré juntar las palabras de forma más o menos convincente. Había visto cómo Argo actuaba en la Brea y traté de hacerlo de forma similar. No era extraño para mí relacionarme con otras gentes, pues en Nathalma solía encargarme de comprar algunas cosas en el mercado, no obstante era la primera vez que iba solo a una posada.

—Perfecto, Tur. ¿Qué se le ofrece?

—Busco alojamiento…, y un plato caliente.

—Eso no será problema, señor, si tiene los suficientes negros para pagarlo.

—Los tengo. —Luego pensé que quizá había sido demasiado atrevido—. ¿De cuánto hablamos?

—Veinte por la noche y cinco por el plato —observó mi reacción—, cinco más si bebe cerveza y cinco por un techo para la burra —señaló a través de la ventana.

Me sorprendió el hecho de que se pudiese intuir algo a través del cristal, no era tan opaco como los que estaba acostumbrado a ver.

—Es bueno —dio respuesta a mis inquietudes—. Son los originales, de cuando levantaron la posada hace doscientos años. Por aquel entonces las cosas iban mejor y uno se podía permitir ese tipo de cosas. Hoy día es difícil ver unas ventanas como estas, creo que debería cobrar por mirarlas. —Guiñó torpemente un ojo.

—Ya… —traté de reírle la gracia—. No se ven muchos huéspedes esta noche. —Señalé en derredor en un torpe intento de obtener una rebaja. En todo el local solo había un viejo que se había quedado dormido sobre una mesa y dos mineros que jugaban a las cartas.

—Ah, eso sí que no. Si quiere regatear tendrá que ser con otro. O acepta mis precios o ya puede buscarse otra posada, y no la encontrará a menos de dos días de camino.

—¿Al sur?

—No, demonios. Al norte.

Recordé la última aldea que atravesé junto a Yuro, más bien eran cuatro casas de madera montadas de mala manera a un lado del camino. No iba a volver, y no parecía que fuera a necesitar el dinero en las tierras meridionales, así que cedí.

—Hecho.

Me senté en una de las mesas, lo más apartado que pude de los otros clientes. El plato caliente consistía en una sopa de cebolla y media hogaza de pan, lo cual me pareció delicioso. No probaba algo parecido desde el día que estuve en La Brea con mi tío.

—Oiga, incluya también la cerveza.

Puse cinco negros sobre la mesa, y aproveché que el posadero se detenía a recogerlos para sonsacarle algo de información.

—¿Hay alguna posada más al sur?

—¿Al sur? ¿A dónde dirige sus pasos, señor?

—Eso no es asunto suyo. —Supe reaccionar.

—Disculpe, no era mi intención importunarle. —Terminó de recoger las monedas—. Hay una pocilga unas millas más allá.

—¿No me la recomienda? —Sonreí.

—Si me lo permite, ese no sería un lugar apropiado para usted, señor.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

El posadero se inclinó para hablar más bajo, de modo que el resto de los presentes no pudieran escucharle.

—Ese lugar acoge de tanto en tanto a todo tipo de indeseables: ladrones, putas e incluso asesinos. Toda la calaña de Undagohj se arrastra allí de tanto en tanto, cuando sobran algunas monedas que gastar.

—Entiendo.

—Si me lo permite —prosiguió—, ese no es lugar para un segundo como usted. Haga lo que tenga que hacer y márchese, cuanto más al norte mejor. De aquí para abajo no le gustará lo que vean sus ojos.

Dicho esto se marchó, dejándome frente a una pinta llena de cerveza y una desagradable sensación: «…ese no es lugar para un segundo como usted…»

Sorbí un trago del líquido amarillo y sentí que mi mente viajaba meses atrás. El toque amargo de la cerveza provocó a su vez cierta amargura en mi ser. Echaba mucho de menos a mi tío.

¿Qué hubiese pensado él de mí, de mi idea de seguir con nuestro propósito? Probablemente hubiese considerado una estupidez que me dirigiese a Undagohj, pero sin sus consejos yo no sabía qué otra cosa hacer. Se había ido demasiado pronto.

Mientras me bebía la cerveza, fui consciente por primera vez de la

locura que estaba a punto de cometer. El miedo hizo mella en mí de forma poderosa, entretanto imaginaba el tipo de horrores que me aguardaban en la ciudad sumergida. Cuando la pinta estuvo vacía, no se me ocurrió nada mejor para aliviar mis males que pedir otra.

—Guarda esas monedas —espetó el posadero cuando quise pagarle más—. *Copdu pus tsit*. ¿En qué clase de tugurio crees que estás?

Entendí que había una oferta de tres pintas por cinco negros. Por la forma en que lo había dicho, supuse que aquello era una especie de regla de oro de los buenos taberneros.

—Gracias.

Cuando sorbí el primer trago de esta segunda cerveza, empecé a notar que el amarillo se subía a mi cabeza.

—¡Por Aobujomu! —gritaron los dos jugadores de cartas. Había sabido que eran mineros por los picos que descansaban en una silla cerca de ellos.

Yo también había brindado por el Dios de la cerveza una vez, cuando todo mi periplo no era más que la ilusión de un niño. Ahora el viaje se había torcido de forma abrupta, y enderezarlo iba a suponer una ardua tarea.

—Ya está en los establos, señor.

—¿Qué? —la interrupción me cogió por sorpresa.

—La burra, ya está bajo techo.

—Oh, gracias.

Cuando se alejaba, reparé en algo en lo que antes no había reparado.

—Oiga.

—¿Sí? —Se detuvo poco antes de llegar a la barra.

—¿Cómo ha sabido que es una hembra?

El posadero sonrió y luego movió los brazos, como restándole importancia al asunto.

—Mi señor padre criaba caballos, y entre ellos me echó a mí para que creciera. —Soltó una fuerte carcajada—. Siempre me han gustado los animales. Si visita los establos verá dos ponis muy bien cuidados. ¡Casi comen mejor que yo!

—Bueno saberlo —«¿Bueno saberlo? ¿Qué clase de respuesta es esa?».

—Tienes un buen animal.

Comenzaba a resultarme extravagante que todo el mundo quedase prendado con Laki. ¿De dónde demonios la habría sacado Argo?

—¡Sí, la mejor burra de las cuatro esquinas! —exclamé. Los mineros rieron y el viejo se despertó de su siesta alcohólica.

—No me altere el personal, señor Tur.

—No, no. Disculpe.

El posadero se encaminó de nuevo a la barra, pero no llegó a dar

más de dos pasos.

—Una cosa más…

—¿Sí, señor? —había cierta irritación en su voz.

—¿Sabría decirme cuántos años tiene la burra? La compre hace poco y quisiera saber si he pagado de más.

Al final iba a sacar más información de aquel lugar de la que había imaginado.

—Bueno…, por lo que he podido ver…, diría que unos quince.

—¡¿Quince?!

—Señor, le ruego que modere su voz.

—Sí, sí, disculpe. ¿Es eso mucho?

—Depende, la burra no tiene mal aspecto. En buenas condiciones uno de estos animales puede vivir veinte, e incluso treinta años.

Exhalé un soplo de aire contenido, por un momento creí que a Laki le quedaban dos días.

—Cuídela bien, eso es lo que marca la diferencia.

Asentí con la cabeza.

La quietud nos envolvió y me di cuenta de que había estado llamando demasiado la atención. Decidí renunciar a la tercera pinta del «copdu pus tsit» y retirarme a la habitación por la que había pagado. El posadero me enseñó el camino y me entregó la llave y un cirio de tintum negro.

La habitación era sencilla. Contenía un colchón tan mohoso que me hizo decidirme por el suelo a pesar del cansancio. Madre me había enseñado a ventilar y renovar el relleno de mi colchón, a fin de evitar humedad, pulgas y otros parásitos. «Si uno encierra la paja, la paja se pudre», solía decir, y eso se había transformado en una manía que aún allí, tan lejos de casa, todavía me perseguía.

La única ventana era de madera y daba al camino negro. La abrí para que el cuarto se ventilase y mis ojos se perdieron en la negrura absoluta de la noche. Solo las estrellas titilaban en lo alto, conocedoras de los secretos del mundo. Cuando encendí la vela, incluso su brillo se desvaneció un tanto, deslumbrado por la llama que emanaba del tintum.

En aquel momento sentí la soledad del mundo, sentí que a pesar de haber estado relacionándome con otras personas, ninguna de ellas lograba llenar el hueco dejado por tío Argo. Eran relaciones vacías, agradables pero huecas, carentes de significado. Y comprendí que el sentimiento del ermitaño no era el de aquel que está aislado de la gente, sino el del que se aparta por voluntad propia.

Cerré la ventana y me eché en un rincón de la habitación con la capa por todo cobijo. Coloqué la vela junto a mí y traté de pensar, con la mirada clavada en el techo. Pero no había nada en mi cabeza, únicamente soledad. Apagué el cirio con el negro pensamiento de que,

por mucho que pasara el tiempo, jamás dejaría de sentir el peso de la ausencia en mi corazón.

AL FINAL DE LA SENDA

Por la mañana quise partir sin demoras, pero el posadero me advirtió de algo en lo que yo no había reparado hasta entonces.

—Me he tomado la libertad de echar un vistazo a los cascos de la burra, y necesitan un buen saneado.

—Oh… Muchas gracias —pensé que aquello se traduciría en más monedas.

Hasta tal punto ignoraba los cuidados que precisaba Laki, que aquello me cogió por sorpresa. Sabía que era necesario llevar a cabo revisiones periódicas de los cascos, pero no cada cuánto tiempo ni de qué manera se realizaban estas.

—No se preocupe, a esto invita la casa —dijo el hombre—. No puedo dejar que una burra tan guapa se marche de aquí en estas condiciones.

Llevamos a Laki hasta una de las paredes de los establos y el posadero afianzó las riendas a una argolla de metal. Después, tomándose primero su tiempo para rascar, acariciar y hablarle a la burra, comenzó con un trabajo que a mí me pareció fascinante.

—¿Ve? Nunca hay que doblarle la pata en exceso, eso podría hacerla caer. —Levantó la pata delantera izquierda del animal con cuidado—. Los burros no suelen llevar herraduras, pero necesitan un recorte de los cascos cada seis u ocho semanas.

—¿Dependiendo del uso?

—Sí, hombre. Dependiendo de la carga, la frecuencia de los trabajos y el propio desgaste natural. Normalmente, a más esfuerzo, más cuidados. Inclusive, si el animal realiza habitualmente tareas muy forzosas, uno se debe plantear ponerle herraduras.

—Ya veo. —De pronto me arrepentí de haberla hecho tirar de aquel carro durante seis días. No obstante, eso me había permitido viajar sin problemas hasta allí, pues nadie se mete con una carreta que lleve grabada la balanza alquímica.

—Ahora hay que retirar todo lo que sobra.

Primero con unas tenazas, y luego con una especie de gran cuchillo y la ayuda de una maza, el hábil posadero comenzó a cortar partes del casco, dejándolas caer al suelo.

—Eso…, ¿no le hace daño?

—¿La ve usted quejarse?

La verdad es que Laki no parecía inmutarse. Haciendo uso de una escofina, el trabajo fue rematado y el casco quedó perfectamente nivelado.

—Se nota que la burra está acostumbrada a los buenos cuidados —prosiguió tras terminar con la primera pata—. ¿Lo ve? Levanta la siguiente antes de que se lo pidan.

El proceso siguió con las patas traseras. Se notaba que aquel era un hombre de mil oficios y que realmente le encantaban los animales. Por mi parte, y a pesar de la impasible actitud de Laki, yo seguía padeciendo con cada corte del cuchillo sobre la pezuña. Cuando todo hubo terminado, no pude sino darle las gracias al herrador.

—¿Qué puedo hacer para prevenir posibles daños?

Pasaríamos una larga temporada en Undagohj y durante ese tiempo difícilmente encontraría a nadie que le echara un vistazo.

—Revise y cepille los cascos a diario. Si le retira la suciedad y las piedras evitará posibles heridas.

—De acuerdo…, gracias una vez más.

—Todo sea por el bien del animal.

Me fui de la posada con una sensación contradictoria. Si bien es verdad que las comodidades eran más bien escasas y que había pagado por dormir en el suelo, la comida y la cerveza no eran malas, y me había venido muy bien aprender ciertas cosas sobre los burros. Por otra parte, de un modo u otro, había logrado comportarme de forma más o menos coherente y autónoma ahora que estaba solo, y eso me reconfortaba.

Regresamos a la negrura del camino una vez más. A medida que avanzábamos hacia el sur el paisaje era más yermo y desolado, y aquellas formaciones antes ocasionales de oscurita en forma de cristal, se volvieron más y más frecuentes con cada milla recorrida.

No había nadie en esta parte del sendero, como si las gentes supiesen que no debían traspasar cierta línea en el recorrido, como si de alguna forma aquellas tierras cargasen con el peso de un mal augurio, un presentimiento nefasto que no tardó en recorrer mis venas.

En la lejanía, llenando el horizonte al suroeste, se alzaban imponentes los Picos de Sate: montañas negras que parecían ser la sucesión de aquella suerte de estalagmitas que ahora bordeaban el camino. Era como adentrarse en Bosque Vehlos, donde los primeros rapines se alzaban a escasa altura del suelo para luego convertirse en enormes formas de vida. Solo que todo estaba muerto y falto de vida a nuestro paso.

Me pregunté qué clase de fenómeno natural habría derivado en un paisaje como el que tenía ante mis ojos. De haber estado tío Argo conmigo, seguro que hubiese dado una explicación coherente a todo aquello.

Traté de hacer un cálculo aproximado de la distancia recorrida y el trecho que debía separarnos de la ciudad maldita. Habían sido… tres

o cuatro días a pie desde Nathalma a la Brea y el Molinillo, y luego otros seis a tiro de carro hasta la última posada. Eso hacía…, unas cuarenta y cinco leguas, que se dicen pronto, o lo que es lo mismo, alrededor de ciento cuarenta millas.

Las unidades de medida eran una de las pocas cosas que había aprendido de Nathalma, pues necesitaba conocerlas para que no me diesen negro por ciento en el mercado. Así, sabía que una pulgada era equivalente a la última falange del pulgar, que un paso venían a ser dos zancadas, o que una vara se medía por la distancia entre la mano de un brazo extendido y el centro del pecho. Una milla eran mil pasos…, y una legua la distancia que un hombre corriente recorre en una hora a pie… algo más de tres millas y media. Uno debía tener bien claros estos conceptos, pues la falange del tendero es siempre más pequeña que la del cliente, y su brazo más perezoso y reacio a extenderse en toda su longitud.

No recordaba con demasiada claridad la distancia exacta que había entre Nathalma y Undagohj, pero teniendo en cuenta que la primera era la ciudad más al norte del oeste de Ojhmron, y la segunda lindaba con el Mar Purpúreo al sur, con toda seguridad eran más de cincuenta leguas las que separaban ambas urbes. Eso me dejaba ante unas tristes expectativas de al menos otros tres o cuatro días a pie, siendo optimistas.

«Al menos ya se ven las montañas», me dije. Mi viaje llegaba a su fin tras bordear los primeros picos negros por la parte más oriental de la cordillera. El mismo camino negro, si todo estaba donde debiera estar, me guiaría por la falda de las montañas hasta la vieja Gohj.

La oscuridad de la piedra a nuestros pies transmitía ahora sensaciones muy distintas a las que uno sentía más al norte. A pesar de que el día era soleado, la calidez parecía escurrirse de algún modo y perderse en las grietas de la roca, como si la tierra la engullese. La soledad estaba tan presente que semejaba ficticia; una contradicción… Y uno perdía la cabeza viendo sombras que acechaban por doquier, en aquel juego de luces que el sol creaba con los frecuentes monolitos de oscurita.

Aferré con fuerza las riendas de Laki, y la monté de tanto en tanto como si aquello lograse apaciguar mi creciente incomodidad. Pero había algo en la senda que me ponía nervioso: una amenaza oculta, quizá solo existente en mi cabeza; un presentimiento lóbrego que me auguraba algún tipo de desgracia al final del camino.

Puede que fuese la sugestión la que me empujase a ello, o las advertencias del posadero, pero pronto abandoné el camino para sortear los monumentos naturales de piedra con que lindaba. Laki sabía moverse bien en el bosque, y esto no le acarreaba ninguna dificultad.

Así pasamos dos, tres, y hasta cuatro días, sin hallar más que el silencio roto por el ulular del viento y los extraños silbidos que arrancaba este al roce de la roca. Hubo una noche, envuelto por aquel halo de quietud embriagadora, que llegué a preguntarme si no estaba muerto, si no me habrían asaltado en el camino y, aquello que ahora veía, no era sino el producto de mis anhelos. Un camino negro insondable, un paisaje desértico y falto de vida, y unas montañas a las que uno nunca llegaba, aunque siempre parecían estar más cerca.

Aunque aparté con prontitud aquella idea absurda de mi cabeza, en ocasiones ese sentimiento regresaba para atormentarme y contagiarme de su irrealidad. Estaba cansado y ansioso de llegar a algún lugar, por muy malo que fuere. Las provisiones cada vez eran menos y las tierras meridionales eran tan secas que apenas se veían algas Nott, con lo que muchas veces debía partirme la comida con Laki.

La noche del cuarto día nos quedaba algo de comer en las alforjas y nada que saciara nuestra sed. A pesar de haber administrado los dos pellejos de agua con sumo cuidado, se habían quedado cortos para tan desolado paisaje. Por ese motivo, a pesar de todos los avisos que había ido recogiendo a lo largo de nuestra travesía, me alegré al ver la luz de la fonda a lo lejos, aquel lugar del que tanto nos había prevenido nuestro anterior anfitrión.

Nos acercamos con suma cautela, amparados por el denso anonimato de una noche de luna esquiva. Era tal la oscuridad que regresamos al camino, sin miedo ya a ser descubiertos por nadie. Anduvimos algo más de una hora hasta llegar a la falda de las montañas, donde el albergue estaba asentado. Al fin, tras el largo viaje, sentí que nos acercábamos a nuestro destino. Miré a las alturas y maldije no poder observar con mayor detalle las montañas, que se confundían con el cielo y las estrellas titilantes.

—Aquí, Laki —susurré a la burra—. Vayamos poco a poco.

Estábamos a escasas varas de la posada que, más que un cuchitril, parecía un caserón deshabitado, quizá un vestigio de épocas en que el negocio de la prostitución arrastraba más clientes, o era menos común en otras ciudades.

No tenía la menor intención de pernoctar en la cercanías de aquel sitio, ni mucho menos traspasar sus puertas, pero necesitábamos agua para proseguir el viaje e instintivamente busqué un pozo entre las penumbras de los alrededores.

Había una única luz, la de dos antorchas que franqueaban la entrada a la vieja construcción: dos advertencias ardientes, dos razones llameantes para no acercarse ni dejarse ver. No obstante tendríamos que hacerlo.

Decidí que lo mejor era dejar a Laki oculta tras uno de los monolitos, pues era más fácil que nos vieran si íbamos juntos. Cogí los

dos pellejos y me armé de valor, pero no podía negar la presencia del miedo en mi cuerpo. Agazapado, como una sombra reptante, me acerqué sigilosamente al edificio de madera en busca de nuestro más preciado bien.

El corazón me latía con fuerza, y estaba tan concentrado en resultar invisible que se me olvidaba hasta respirar. De tanto en tanto sentía el aire viciado en el pecho pugnando por salir, y era entonces cuando exhalaba e inspiraba, sin detener mis pasos.

Pronto estuve próximo a la inconfundible madera de hoga, y me pregunté si alguien no me estaría viendo a través de un ventanuco oculto. Pero no había tiempo para atormentarse con esa clase de ideas. ¿Dónde demonios estaba el pozo? Un lugar como aquel debía tener uno a la fuerza, pues nadie en su sano juicio se hospedaría en una posada en que no pudieran servirle agua. Bordeé la edificación deseando hallarlo al doblar de la esquina, mas no encontré nada mejor a lo que había dejado atrás.

Desesperado, no cejé en mi empeño, y seguí escabulléndome en las zonas umbrías para alcanzar el siguiente recodo. Entonces lo vi, a unos cuarenta pasos, en el medio de la nada, alejado de cualquier muro que me diese cobijo. Sin pensarlo dos veces y sintiendo el peso de mil miradas en la nuca, me lancé en una silenciosa carrera en su dirección.

Era un pozo como cualquier otro, y junto a él hallé un cubo de hierro debidamente afianzado a la polea mediante una tosca cuerda. Eso facilitaba las cosas.

Me guarecí tras la propia piedra negra del brocal y, con toda la lentitud de que logré hacer acopio, fui deslizando el cubo hacia las profundidades. La posición resultaba incómoda y tenía una mano inútil, así que no tardé en sentir el cansancio en el brazo bueno. Desde allí, agazapado como estaba, podía ver el brillo de las dos antorchas y el significado implícito de su mensaje.

Tras lo que me pareció una eternidad, logré traer de vuelta a la superficie el cubo lleno de agua y reabastecí como pude los pellejos. Deseaba con todas mis fuerzas salir de allí cuanto antes, pues aquel caserón no me transmitía nada bueno, así que, ya provisto de lo que había ido a buscar, y consciente de que había rodeado el edificio para hallar el pozo, decidí atajar hasta donde había dejado a Laki, en lugar de regresar por donde había venido.

Salí de nuevo a campo abierto y me sentí desagradablemente expuesto. Corrí, primero agazapado, después a medio incorporar y luego a pleno pulmón. Cuando estuve cerca de las antorchas, como la confirmación de un mal presagio, escuché una fuerte carcajada que provenía del interior del edificio y sentí una corriente desagradable recorriéndome la espalda. Era una risa que se alimentaba de otras, una

burla conjunta de varias voces a la vez, que se entrelazaban en el sinsentido del qué y el por qué, de la nula explicación a su propia existencia.

Azorado, no dejé de avanzar una pierna sobre la otra, dando grandes zancadas y deseando no ser el objeto de tan siniestra mofa. El terror, como un ente con voluntad propia, me atenazó en cada bombeo, en cada recorrido que la sangre realizaba al ir y venir de los músculos cansados. Y cuando fui a darme cuenta estaba entre los monolitos negros, y la risa seguía hendiendo el aire y tintándolo de locura.

Llamé a Laki, demasiado turbado como para buscarla de una forma más silenciosa, y ella acudió solícita a mis ruegos. Monté a sus lomos, y la burra parecía comprender la intensidad de mis horrores.

—¡*Diqsote*! ¡*Diqsote*!

Emprendimos un baile endemoniado con las negras formaciones rocosas que, afiladas como espadas, me recordaron a una vieja amenaza y a otra huida, más dolorosa que aquella. Y cuando salimos de nuestro escondite para reencontrarnos con la senda del camino negro, no tuve valor para mirar atrás.

La risa, macabra y funesta, quedó a nuestras espaldas como el espectro de una advertencia; la de no regresar a aquella posada. Al frente, solo la noche cerrada y un sendero que por primera vez se apreciaba curvilíneo, bordeando la montaña.

Galopamos con toda vehemencia para alejarnos de la locura. Laki, fiero animal donde los haya, volvió a demostrar sus dotes en una carrera digna del mejor corcel, y solo nos detuvimos cuando consideré que el peligro había pasado.

—Muy bien, Laki. Argo estaría orgulloso.

Tras desmontar, le rasqué tras las orejas conforme acostumbraba y ella respondió con un hocicazo cariñoso. Bebimos la tan valorada agua para recuperar fuerzas, y resultaba graciosa la forma en que ella la cazaba al vuelo, haciendo como si la masticase.

—Buena chica Laki, buena chica…

Traté de pensar con claridad, y lo único que vislumbré con nitidez es que no quería pasar la noche allí. Presa del cansancio y todavía con la sangre alterada, decidí que proseguiríamos el viaje.

La consistencia de la oscurita, cambiante y traicionera, mutó una vez más a medida que salvábamos la montaña. Levantábamos más polvo al caminar, y los monumentos de roca que nos habían custodiado hasta allí aparecían ahora derruidos a medias, como si se hubiesen quebrado por la mitad.

Me incliné a recoger una piedra similar a mi amuleto, y esta se deshizo en mis manos. Después, tuve la osadía de darle una patada a uno de los montículos que flanqueaban el camino, y este se desintegró

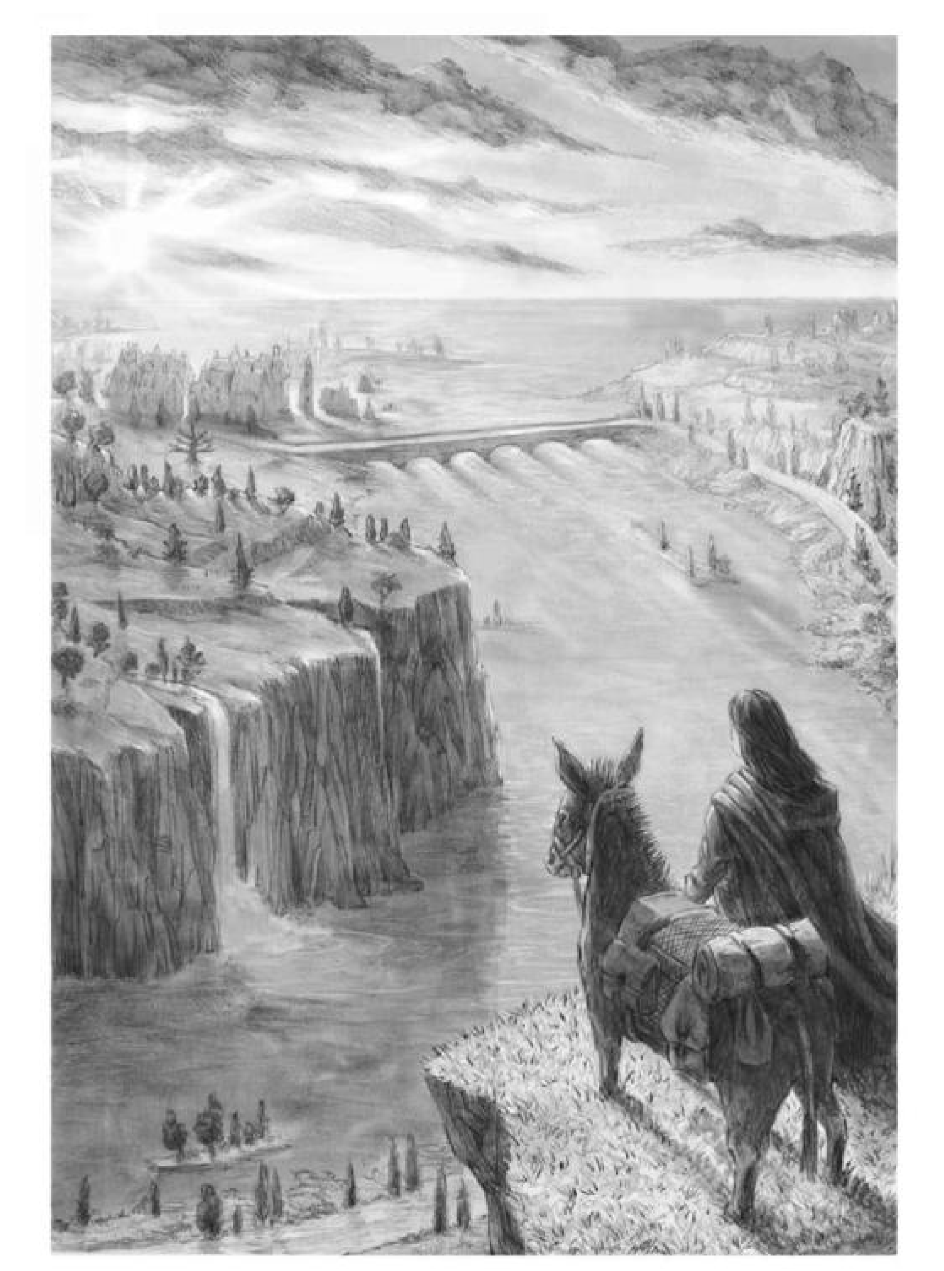
en una nube de polvo.

—¿Qué demonios…?

Anduvimos una hora, quizá dos, hasta que al sortear al fin la montaña, descubrimos lo que esta nos había estado ocultando durante todo el tiempo. Ante nosotros, salvando un notable desnivel y aún a una legua de distancia, se extendía la vastedad de una playa enorme. Y a pesar de la oscuridad reinante, fui capaz de ver la espuma blanca de las olas perfilándose contra todo lo demás; y sentí la brisa y el olor a sal; y supe que aquel lugar tenía algo de magia, algo ancestral y primitivo que no alcanzaba a comprender. Era la primera vez que veía el mar.

El camino, no obstante, volvía a describir una curva para seguir rodeando la montaña y a él nos ceñimos. El sonido del agua corriente nos indicó que llegábamos al final de nuestro viaje. Laki no rechistaba, y yo me sentía empujado por un nuevo brío tras aquel revelador descubrimiento. Cuando poco después, despuntó el alba, vislumbré el río Gohj en toda su magnitud, y aquello es algo que uno no está preparado para ver todos los días.

El cauce era poderoso —no sabría decir de cuantas varas de longitud—, y en su serpenteo, las aguas furiosas arañaban las rocas sumergidas haciendo brotar lujosos saltos de espuma blanca. Solo había que seguir el cuerpo de la serpiente para llegar a la ciudad y a su nostálgica promesa de gloria: Undagohj era un coloso vencido, la magnífica obra del hombre que pierde contra la naturaleza. Sus torres emergían de las profundidades del río como fantasmas de otro tiempo, y sus calles se hundían en este para perderse en su lecho negro de secretos. Solo una pequeña parte había sobrevivido a la catástrofe, y hasta ella llevaba el sendero de forma paralela al torrente. Más allá, las aguas del Mar Purpúreo hacían honor a su nombre, luciendo un color inexplicable bajo la luz del sol naciente, y el propio río se tintaba en su desembocadura del mismo color, en un espectáculo inigualable de belleza. Una belleza tan insoportable, que cuando quise darme cuenta estaba llorando.





La Belleza de lo Oscuro



AF

Alberto Fausto

NOTA DEL AUTOR

Quiero aprovechar esta oportunidad para dirigirme a ti y darte las gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que la aventura de Delos te esté resultando apasionante y tengas ganas de saber más sobre el mundo de *Ojhmron*.

He escrito muchas historias antes que esta, pero hay algo en este proyecto que lo hace muy especial para mí. Han sido más de cinco años los empleados en planear, imaginar y escribir la trilogía, a los que hay que sumar meses de trabajo para preparar la cuidada edición de la obra.

He tenido el placer de estar rodeado de los mejores profesionales, con especial mención a María Salcines y Miguel Vararte, que han ilustrado las portadas y el interior del libro, respectivamente. Ver cómo el mundo que con tanto mimo había creado traspasaba las propias ideas para convertirse en algo tangible, ha sido una experiencia increíble para mí. Y podría decir sin duda que, durante todo el proceso creativo que envuelve a esta trilogía, he sido muy feliz.

Por supuesto, nada de esto tendría sentido sin ti, que estas leyendo estas páginas. Al fin y al cabo, un escritor no es nada sin sus lectores. Es por vosotros que esta obra existe, y por ello os estoy eternamente agradecido.

Si os apetece, os invito a compartir vuestras impresiones sobre el libro conmigo y hacérmelas llegar a través de las redes sociales. No importa si me etiquetáis en vuestra publicación o preferís un mensaje privado. ¡Me encanta leeros! También podéis dejar una crítica en Amazon o Goodreads. Eso me ayuda muchísimo a seguir escribiendo, no os imagináis cuánto.

Antes de irme, me gustaría hablaros de lo que está por venir, pues si bien *La Belleza de lo Oscuro* nos narra un viaje iniciático, *La Sombra de las Saetas* es un libro de transformación y de cambio, un libro lleno de secretos en el que descubriréis mucho más sobre Delos y el sentido de su viaje. Me despido con la sinopsis. ¡Nos vemos muy pronto!

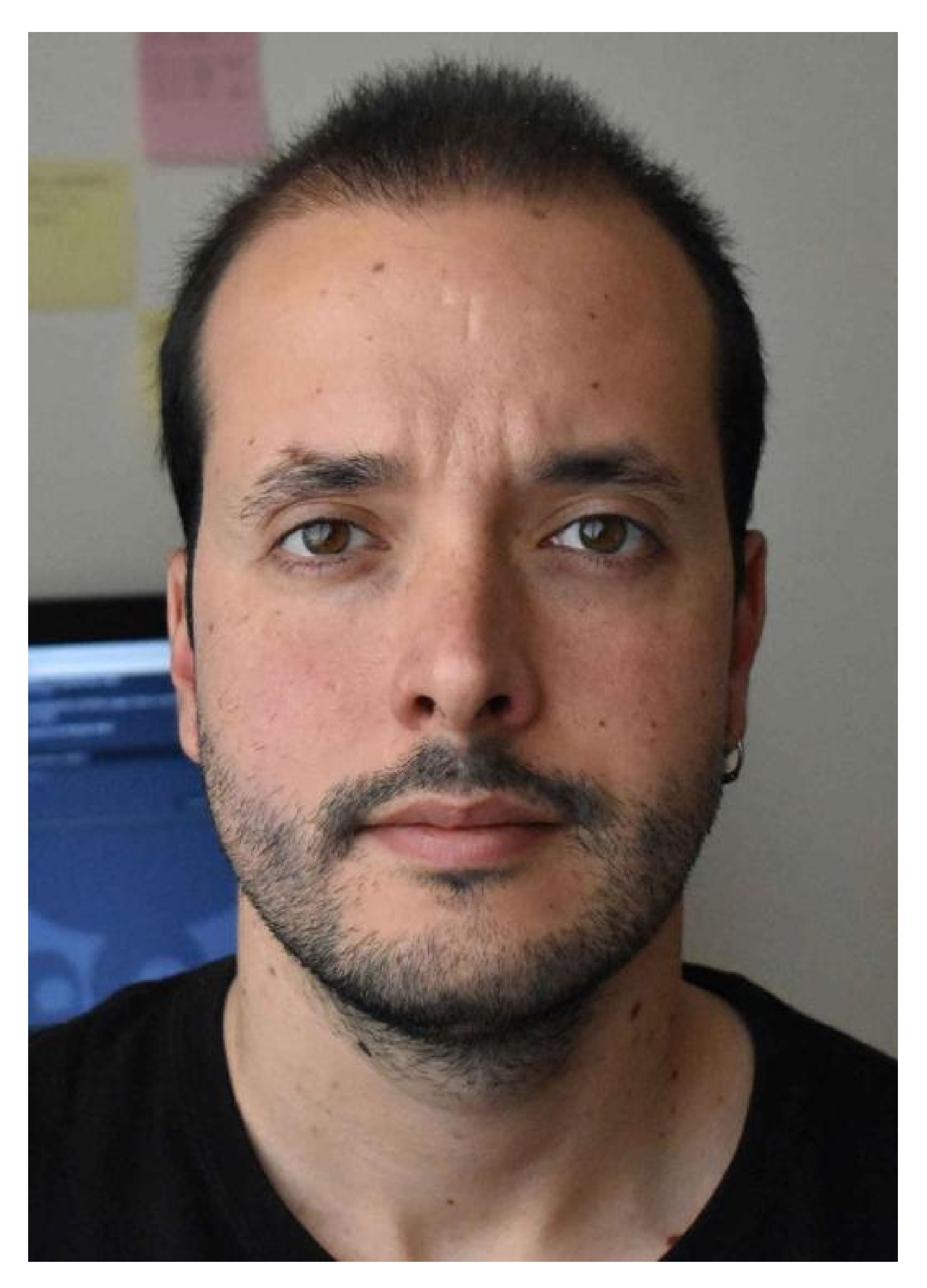
Ojhmron. Libro 2. La Sombra de las Saetas ¿Hasta dónde llegarías por cumplir una promesa rota?

La ciudad en ruinas de Undagohj se alza como un coloso vencido, aguardando la llegada de Tur. El joven sin nombre prosigue su camino en busca de una solución desesperada, adentrándose en la plaza grande y descubriendo los secretos del lugar, que van mucho más allá

de lo que hubiera imaginado.

La roca es engañosa y guarda numerosos enigmas. Los edificios que otrora rebosaron vida se ahogan en su propio silencio, y la calle de los escribas es una reliquia de otro tiempo. Allí, en la ciudad semisumergida, Delos hallará preguntas de difícil respuesta, descubrirá los principios de la taumaturgia y conocerá los entresijos del primer amor, a la par que pugna por convertirse en un adulto.

ALBERTO FAUSTO



Alberto Fausto (Alcoy, España; 1988) es escritor de misterio, fantasía y ciencia ficción. Desde su más temprana juventud se ha sentido atraído por el mundo de las palabras, publicando su primera novela a

nivel nacional en 2010 con solo 21 años. Actualmente compagina su trabajo como *Software Developer* con la escritura. Su pasión por la tecnología puede verse reflejada en algunos de sus trabajos, como *Intragénesis*.

Además de haber escrito la *Trilogía Oscura* de *Ojhmron*, es autor de las novelas *El Síndrome de Korsakoff*, *Oniria*, *Intragénesis* y *La Anatomía de las Rosas Rojas*. Además, ha impartido clases de escritura creativa y, desde 2010, ha dado charlas en diferentes convenciones y centros de enseñanza promoviendo la lectura entre los más jóvenes. También publica activamente contenido acerca de libros y escritura en su canal de Youtube.

Sus anteriores trabajos han alcanzado el top 100 de Amazon y algunos de ellos se incluyen como lectura obligatoria en institutos de la Comunidad Valenciana.

Miles de lectores han disfrutado de sus obras.

